ENSAYO HISTÓRICO

SOBRE LA REVOLUCION

DE LOS COMUNEROS DEL PARAGUAY

EN EL SIGLO XVIII

SEGUIDO DE UN APÉNDICE

SOBRE

LA DECADENCIA DEL PARAGUAY Y LA GUERRA DE 1865

POR

José Manuel Estrada

BUENOS AIRES

Imprenta de la Nacion Argentina, calle de San Martin Nº 124

1865

COMUNEROS DEL PARAGUAY

PRÓLOGO

El *Ensayo histórico*, que vá á leerse, fué escrito con destino á figurar en un trabajo, que cuando llegue á ser un libro se llamará *Historia de la Provincia de Misiones en el Rio de la Plata;* y hablo de esto, como de cosa remota, porque no está en mi voluntad fijarme un plazo. Esto lo comprenderán fácilmente todos los que se hayan dedicado á hacer investigaciones sérias relativas á la historia nacional, porque saben que frecuentemente son ineficaces toda la perseverancia y laboriosidad imaginables para encontrar antecedentes sobre puntos oscuros y de indispensable esclarecimiento por el mal estado de nuestros archivos y la pobreza de nuestras bibliotecas. Mas de

una vez acontece, que sea preciso resignarse á esperar de la casualidad la luz, que se busca. Y eso, que comienza á introducirse una consoladora fraternidad entre los que aman este género de estudios, al extremo de poder contarse como con cosa propia con el libro ó documento que exista en cualquiera biblioteca particular. Hablo á lo menos por impresion personal, pues no he encontrado hasta ahora la menor reserva en las ricas colecciones de mis amigos; y no cito nombres por no parecer injusto si me olvido de alguno.

Volviendo á mi objeto, repetiré que mi «*Ensayo sobre la revolucion de los Comuneros del Paraguay*» era destinado primitivamente á ese trabajo; pero como el tema es tentador y le hubiera prestado alguna atencion, adquirió tal desarollo, que lo hizo desbordar de un libro, con cuyo asunto capital no se liga íntimamente, y resolví guardarlo en mi carpeta. — Entonces hice conocer algunos fragmentos del mismo en el *Círculo Literario*, en el mes de Octubre del año pasado. La benévola acogida que recibió mi estudio me hizo mirarlo con un poco de amor, que no sé si será injusto, pero me lo temo mucho. No lo he llamado *Ensayo* por escudarme tras de un título modesto,

sino porque, rigurosamente hablando, no es una historia de la revolucion, sino un Bosquejo ó Ensayo histórico, como se llaman los estudios, que á la manera de éste, abrazan los conjuntos, descuidando los detalles, y narran sintéticamente los hechos para someterlos á juicio y discurrir sobre su carácter y significacion.

Mi objeto al presentarlo hoy al público, venciendo mis naturáles desconfianzas, puede servirme de disculpa. — Al inaugurarse la guerra alevosamente provocada por el Presidente del Paraguay contra mi pais, en la cual al vengar éste las afrentas inferidas á nuestra gloriosa bandera, vá á llevar con las armas aliadas la crísis de la libertad y la iniciacion revolucionaria del siglo XIX y de los principios de Mayo al seno del pueblo atónito, que aquel despotiza, me ha parecido, que no careceria de interés el estudio de las perturbaciones del siglo pasado, en que se revela el nervio de la sociedad paraguaya, enervada hoy por la accion perseverante de los tiranos. Al final del *Ensayo* condenso los antecedentes políticos, que producia la historia en el Paraguay, las lecciones y las semillas desprendidas de la vida colonial, como yo los entiendo, y dejo así

descubierto el terreno en que vino á plantear sus trabajos de zapa y de corrupcion el Dictador Perpétuo, y las esperanzas que la marcha ulterior impresa á la política ha defraudado para el mismo pueblo y para la América liberal.

Á fin de que la utilidad de mi *Ensayo*, dado que alguna tenga, no fuera ilusoria, he agregado un *Apéndice*, en el cual estudio la decadencia del Paraguay, examinando á grandes rasgos sus causas, residentes en el sistema de la dictadura, que trato de esponer, á través de los tres matices porque ha pasado en manos de Francia, y de ambos Lopez. — Resalta de este análisis que D. Francisco Solano Lopez ha provocado insensatamente la ruina de la dictadura, dándole un desarrollo lógico, de que no es susceptible, y al conflagar el Rio de la Plata no hace sino complementar el sistema desenvuelto en el Paraguay en cincuenta y mas años de despotismo. Considerada la guerra bajo el doble aspecto de los intereses trascendentales de la República Argentina y del Paraguay, la saludo como un hecho providencial y una satisfaccion histórica, cuyos copiosos frutos recogerá en breve el Rio de la Plata; y comparando, por la combinacion de am-

bos estudios, el Paraguay de otros tiempos sorprendido en un movimiento culminante, con el Paraguay moderno, manifiesto los presentimientos que me asaltan por su porvenir, si se incorpora la sávia de la civilizacion, que le llevan las banderas aliadas, estirpando radicalmente el antagonismo suscitado contra sus afinidades tradicionales.

Naturalmente mi estudio se detiene en la víspera de la victoria. Obtenida esta, resta emprender la tarea de reorganizacion, á la cual creo que es deber de todos los que nos interesamos en esta santa empresa, concurrir con nuestro pensamiento leal é ingénuamente manifestado, siquiera temblemos al encarar el problema por su imponente majestad y sus graves asperezas.

Mi conviccion es profunda y sincera: por eso entrego estas hojas á la crítica, como he aceptado contra mi vocacion y contra mis gustos un puesto en la ardiente arena de la improvisacion y de la lucha diaria, acompañando á un amigo digno de aprecio por su cabeza y por su corazon, en las tareas cuotidianas de la prensa, y trabajaré con la misma fé hasta ver coronada por el éxito la obra capital de mi tiempo. — Este trabajo sintetiza los

fundamentos de mi entusiasmo por la guerra del Paraguay. Ignoro si vale la pena de ser leido. No lo averiguaré tampoco. Al darlo á luz, quedo profundamente tranquilo; porque al concurrir á obra tan fecunda para la América revolucionaria y de tanta gloria para la República Argentina, podré no adquirir reputacion literaria, pero conquistaré seguramente algo que debe estar mas arriba en la conciencia del ciudadano: la satisfaccion del deber cumplido; y porque este libro, bueno ó malo, representa un esfuerzo en servicio de mi pais y en obsequio de la causa eterna de la libertad social y del derecho del hombre.

J. M. Estrada.

Buenos Aires, Mayo 24 de 1865.

COMUNEROS DEL PARAGUAY

1717—1735.

CAPÍTULO PRIMERO.

Teoria de esta revolucion—Situacion de la política en el Paraguay—Curso de la lucha—Actitud de los partidos—Actitud de los Jesuitas.

Cuando una Sociedad llega á esos deplorables marasmos de las civilizaciones, en que la política se empeña en hacer descansar las fuerzas siempre enérgicas del progreso humano, parece como que se cerrára la arena en que habian de luchar las ideas, y careciendo estas de campo para su desarrollo, privadas de los choques que brotan luz, se hace tardía la produccion de los grandes pensamientos, encarnados en los grandes partidos.—La presencia simultánea de las entidades poderosas y terminantemente clasificadas, que pasaron sobre la América en los dias

de la Colonia, sugieren á primera vista el cálculo de una lucha fecunda para la ciencia política, y harian adivinar un choque contínuo y un predominio alternativo, ya de uno, ya de otro símbolo, del cual aprovecharía el progreso social, á no aparecer sobre todos los matices de la Sociedad el rasgo fundamental de la fisonomía de aquella época, que consiste en el adormecimiento del amor á lo abstracto para dejar el campo á lo relativo y al interés transitorio. — Cuando las escuelas alemanas han desterrado el ideal y lo absoluto del cielo del derecho moderno, reduciendo la justicia y lo divino á simples relaciones sujetivas, no han hecho sino formular como teoria el espíritu imprevisor y estrecho del siglo xv daguerreotipado en el libro del *Príncipe*. Estas escuelas, al falsear las bases de la metafísica y del derecho, nada han inventado; han hecho de Maquiavelo una abstraccion, y justificado en nombre de la ciencia la indiferencia dogmática, el empirismo político: el quietismo social, en una palabra.

El siglo xv ha sido de larga vida: se ha escedido á sí mismo en sus triunfos y la dominacion de su espíritu. Impregnados de su influencia bajaron á las playas de América sus animosos conquistadores, y el largo gobierno de España está como inundado de sus emanaciones. Solo un maquiavelismo, que se ignoraba á sí mis-

mo, podía hilvanar los multiplicados elementos de la política americana; pero es forzoso convenir en que aquella union, siquiera fuese cavilosa y vacilante, era real, y que en razon con el poder que la determinaba y mantenía, no era dable á los fragmentos heterogéneos del total, detallarse primero á los ojos del contemporáneo, separarse despues, luchar mas tarde, y por fin, impulsar el Nuevo Mundo por los francos caminos de un progreso invencible, — obrando por su propia energía y por la conciencia moral de cada partido. La lucha se conservaba en estado latente. En el fondo de la Sociedad y mas abajo de donde penetra la sonda de la autoridad y la accion coercitiva de los poderes, vivian esas antipáticas entidades, á la manera con que discurren por las entrañas de la tierra las corrientes artesianas. Es necesario que la obra esterior les abra salida para que su existencia se manifieste. — Así las fuerzas divergentes en el gobierno colonial conservaban su pleno individualismo, y dormian teniendo por almohada el interés contingente, que las obligaba á agruparse alrededor de un órden de cosas hecho, á coadyuvar á su mantenimiento y á contribuir á la robustez de su accion, sin inquietarse del porvenir, toda vez que carecian de la nocion de su ideal absoluto, y solo se curaban del presente.

No pretendemos indicar que su existencia fue-

ra oscura. Palpitan, por el contrario, en la historia, y se presentaban sin embozo á la mirada de los coetáneos, porque de suyo se distinguian al obrar sobre los negocios públicos. Su naturaleza misma determinaba y caracterizaba su personalidad. Pero si en completa posesion de su autonomia figuran activos en el cuadro de la Colonia, — es incontestable que se contentaban con el lote de provecho ó de honor, que les caía en suerte, sin aspirar, violentamente á lo menos, á un triunfo definitivo, como parece ser la tendencia fatal é irresistible de toda agregacion de ideas personificadas, que es lo que constituye la entidad moral de los partidos. — Eran agentes, que no podian confundirse, pero que tampoco aspiraban á sobreponerse. — La fijeza de su fisonomía provenía de su carácter íntimo: su indiferencia por su respectivo triunfo total, provenía del maquiavelismo depurado, que los impregnaba: del hegelianismo, que parecian adivinar.

En los momentos de la conquista, estaba flamante el predominio del realismo absoluto, que habia destrozado en su victoria todas las otras fuerzas capaces de regir la Sociedad. No sería aventurado atribuir á ese triunfo reciente la irrupcion de todos los restos de partidos, que inundaron la América, como fragmentos que flotan despues de la tempestad. Orgulloso y embravecido con su victoria, el realismo fosco y mal en-

obedece el enfermo á la enfermedad.—Su partido, sinembargo, permanecia intacto y conservaba su genio y sus tendencias : solo que se limitaban á darles espansion por los medios tranquilos y callados, pero eficaces á veces y siempre temibles para la justicia, que pone en manos de todos los intereses el estado social, que se apoya sobre el cálculo y el favor.

Vamos á presenciar una esplosion, y es necesario que preparemos nuestro juicio.—¿Qué era en la Colonia el partido de los comunes?—Las ciudades españolas, ocupadas por los colonos, que emigraban de Europa, sentíanse lejos de la influencia del trono y del centro de poder del realismo, dominante en la Metrópoli : gozaban además de franquicias municipales, que en algunos eran tan restringidas, que solo espresaban una modificacion del despotismo monárquico,—mas en otras, bastante latas para permitirles saborear una gota de libertad, y encender en su corazon, sediento de independencia como lo es siempre el corazon humano, un creciente deseo de mas ámplias satisfacciones.—De aquí la elaboracion lenta de un partido ardientemente aficionado á los derechos de las ciudades, y representante en América de uno de los momentos mas críticos del pensamiento político en Europa. Este partido incubaba los gérmenes traidos á América por los últimos fragmentos supervivientes de

las tradiciones del siglo XII, que la monarquía encontró moribundo en la víspera de su triunfo y esparció envanecido por los aires de la historia. —O mejor dicho, los recuerdos vivos y frescos aún de aquella nerviosa y prolongada esplosion, que alimentó tanto heroismo, y cayó envuelto como en un sudario fatal en el manto del Rey Emperador.—Callado, manso y por ventura ignorante de sí mismo, este partido, la entidad menos caracterizada en el derecho colonial, venía engrosando á cada hora, adquiriendo mayores proporciones, fermentando en silencio: y estaba llamado á ser el refugio de todos los recelos, de todos los descontentos, por lo mismo que podia levantar una bandera simpática para la mayoría.—No obstante, á principios del siglo XVIII, no pasa de ser un pensamiento, que discurre aquí y allá: una idea, que vá viajando por determinados horizontes y llamando á la puerta de escaso número de inteligencias.—Carece de forma y no ha engendrado caudillo, que es la prueba de la fecundidad y por consiguiente, del vigor de los partidos: no ha llegado á darse cuenta á sí propio ni del camino, que puede abrirse, ni de los medios á los cuales puede recurrir, ni de las fuerzas y elementos de que puede disponer: por manera que se asemeja en presencia de la historia, á uno de esos hombres que reciben la enseñanza de todos los maestros y dejan esparcidos

en su atmósfera los gérmenes de toda doctrina, sin llamarse á sí mismos á juicio, penetrar en el tesoro amontonado, y revestir por fin al carácter personal, que forma la conciencia del pensador.

Al contrario de ambos partidos, los Jesuitas por la naturaleza de la idea, que los dominaba, y por la conciencia íntima de su poder, necesitaban obrar enérgicamente, y hacer sentir su presencia en las peripecias de la política. Inclinándose alternativamente á uno ú otro de los principios en pugna en las agitaciones internas, ó absteniéndose de modo que su abstencion se hiciera notar, pero sin perder de vista jamás el punto hácia el cual se dirigian, su accion siempre fué eficaz, y siempre y constantemente estuvo presente su espíritu y su voluntad.

Los Jesuitas tuvieron un ideal: la civilizacion del salvage:—por eso no decreció su actividad hasta el siglo XVIII.

Carecian de él el resto de los partidos: el de los comunes, porque rigurosamente no lo era, destituido como estaba de union, de centro y de cabeza, puesto que á principios de dicho siglo, se encontraba en los primeros pasos de su elaboracion.

Menos podria abrigarlo ya el partido de los encomenderos, olvidadizo del derecho y de la igualdad humana, preocupado solo de intereses personales y empeñado en trasplantar á la Colo-

nia las instituciones de la Conquista. Lo que habia de absoluto en su pensamiento repugnaba á la justicía, y era la invocacion del retroceso y la corrupcion y el aniquilamiento de las fuerzas humanas.—De ahí su debilidad.

Vamos á ver levantarse, no obstante, valeroso y enérgico hasta la estremidad un partido comunero en el Paraguay. ¿Qué causas inmediatas fueron capaces de producir este hecho y de dar forma é infundir coraje al mas desvanecido de todos los matices políticos? Suelen ignorar los pueblos á qué deben su salvacion ó los rasgos mas pronunciados de su vida. La política en sus regiones se encarga como de desmentir este axioma de la metafísica: que los efectos están contenidos en las causas. En política se ven nacer de las causas mas pequeñas las mayores y mas trascendentales consecuencias, y parece que un génio oculto dedujera en el misterio de pobrísimas premisas, fórmulas y sentencias definitivas, para que la historia sea siempre motivo de admiracion, y el hombre objeto de asombro para el hombre. Ó bien podria decirse, que hay en la vida de las naciones momentos estraordinarios y críticos, en que germina una idea fecunda, pero impotente por falta de un centro de accion, que la preste su energia,—y entónces, si por causas fortuitas, un interés cualquiera levanta ese centro de accion, necesario para el triunfo de la idea

ó para sus luchas,—ésta se apresura á apegarse á su vida, y se le adhiere, impregnándole su ideal, ennobleciéndole por el pensamiento, y asimilándose á su vez las fuerzas y la vitalidad que necesitaba.

Un acto de celos nobiliarios, arrojando á un majistrado en senderos tortuosos, y engendrando una resistencia sorda primero, franca y descubierta despues, es el primer eslabon de los acontecimientos, que vamos á presenciar, y al contemplar en el encadenamiento de los hechos recojidos en la historia, todos los partidos en accion: el monarquista y los jesuitas, aliados por una parte: el partido nuevo, dominante en la otra, y transigiendo con el bando *anacrónico* de los encomenderos; al ver la sangre rebullir ardiente en las venas del cuerpo político, y acumularse en la lucha todos los recursos y toda la vida del pueblo; al sentir en los senos mas escondidos de una época todas las palpitaciones menguadas del interés personal, venir engrosando y aumentando en su caudal como las finísimas corrientes del arroyo, que terminan por arrojarse tumultuosamente en el mar, para reproducir en la historia las tremendas convulsiones de los grandes principios en esplosion, vamos á ver de lleno la verdad de que en política las energias fortuitas buscan la alianza de los pensamientos absolutos y trascendentales, y

estos la de aquellas, para producir por su coalicion los hechos sobresalientes de la historia, siempre que el empirismo ha cerrado el palenque á la especulacion, y lo contingente al ideal.

La revolucion de los comuneros del Paraguay comienza por un choque de intereses privados, que sintiéndose débil por falta de norte, vá á fortalecerse y retemplarse, en las fuentes de una idea simpática, popular y capaz de abrir nuevas esperanzas y nuevas ilusiones para el porvenir. Parece un cuerpo, que aspira ansiosamente en una atmósfera elevada para impregnarse una alma.

El partido comunero, dormitante á los principios y ageno á la lucha, pone su bandera en manos del partido de accion. Necesita un brazo, necesita una energia, y acepta esperanzado el que se le ofrece. Es el alma buscando cuerpo que animar. Es el pensamiento encarnándose en la accion: la idea trascendental, infundiéndose en las fuerzas inmanentes de la sociedad, para fundir ambos caracteres, y multiplicarse en la vida y en las instituciones del pueblo.

Este doble esfuerzo de concentracion está personificado en la historia por Don José de Antequera y Castro.

El espíritu de la política sacudió la parálisis, que la abrumaba, con esta iniciacion á la lucha, y será fácil comprender la lógica de las alianzas y

de las transformaciones, á que dió lugar la memorable revolucion, que vamos á ver brotar de una lucha estéril en su primer momento, hasta que se apoderó de un principio, que se hallaba sin campo de accion, merced al interés momentáneo, que lo cerraba á todos los partidos. Todas las entidades se vigorizaron, pusiéronse en movimiento y acudieron á la arena, cuyas vallas, contra la voluntad soberana, habian derribado violentamente los brazos del pueblo enardecido. Tragéronse á juicio los fundamentos mismos del poder, y la crítica y el espíritu de análisis penetró hasta las entrañas de la monarquia, sin respetar las supersticiosas tradiciones, heredadas de padres á hijos y que el partido absolutista no podia ver discutir y manosear sin levantar el grito al cielo, estremecerse de horror en presencia del sacrilegio y rasgar desesperadamente sus vestiduras, gritando: *blasfemia!* Van á levantarse á la mirada del historiador partidarios fanáticos, vaciados en el molde de Clodio: tribunos revolucionarios, á la manera de Danton: mugeres heróicas, dignas del timbre de las matronas de Lacedemonia: políticos hábiles y victimas ilustres, dignos de vivir en la memoria de las presentes y venideras generaciones de América. Nada falta de cuanto caracteriza las grandes crísis de los pueblos. Su infecundidad nada arguye. Dos mundos de monarquia absoluta se

desplomaron sobre los Comuneros paraguayos. Harto heroismo fué de su parte luchar como leones y morir como mártires, dejando en su sacrificio altísimo ejemplo de constancia y de valor patriótico.

Tan séria conflagracion hacia temblar el cuadro en que reposaba la situacion de los jesuitas en América, y les amenazaba demasiado de cerca para que permanecieran indiferentes á la lucha. Tenian, pues, que decidirse; pero sin comprometerse á ciegas en un temperamento que pudiera serles fatal. Así lo hicieron, en efecto, y representaron en el drama de los Comuneros uno de los mas importantes papeles.

Los encomenderos, aunque disolviéndose como partido, toda vez, que se ligaban á otro de ideas mas ámplias, y en el cual entraban en detalle, pero nó en conjunto, ligáronse, por lo general al partído comunero, satisfaciendo así un doble resentimiento, que abrigaban hacía mas de un siglo. De ellos tenian que temer los jesuitas, y con razon, el restablecimiento del antiguo régimen, incompatible con el actual estado de la Colonia, y por demás ruinoso para las poblaciones de indios, formadas bajo la promesa de la estincion del servicio personal. Los encomenderos halagados siempre y mantenidos en sus aspiraciones con la conservacion de las mitas, no podían descuidar ocasion alguna de avanzar un

paso en el camino de las usurpaciones, y de renovar los abundantes provechos, que á costa de la sangre, del sudor y de las angustias del indígena, reportaban en la época de las yanaconas, — y aun dado, que perdieran la esperanza de instituirlas nuevamente, habia aun ancho campo para estender las mitas, que no entraban en las Reducciones guaraníes. — La historia probaba yá, que en las misiones franciscanas y otras ajenas á los jesuitas, y que no participaban de los privilegios acordados á las de la Compañía, — las mitas habian esterilizado el celo de los Sacerdotes que se esforzaban en conservar las reducciones para mantener la fé cristiana en las razas originarias, — precipitando la fuga de los indios, y dejando solo el recuerdo de su antíguo y primitivo esplendor. — Si este partido llegaba á obtener ascendiente y prestigio en el Paraguay, era de recelar, que sus pretensiones se tornáran exijentes y altaneras, y acaso, que consiguieran ponerlas por obra, lo cual hubiera traido á los pueblos guaranís idéntica ruina, que al resto de las misiones despobladas y perdidas en el Paraguay y Tucumán. — Importa recordar además la parte eficaz, que cupo á los jesuitas en la Reforma de 1611 para comprender con cuánta razon podían temer, que las pretensiones de los encomenderos, acerbamente apasionados contra ellos, se dirijirian con preferencia á los pueblos, puestos

bajo su gobierno, y que sin duda eran los mas favorecidos por los Reyes, entre todos los de indígenas. Por manera, que la situacion, que creaba para la Provincia de Misiones, la union de los encomenderos con el partido, que se alzaba, era tirante y peligrosa, y corría prisa de prevenir las consecuencias, que pudiera acarrear.

Como quiera que los jesuitas, yá por su fuerza moral, yá por la fuerza material, de que los belicosos guaraníes les hacian dueños, hubieran podido inclinar la balanza al lado de los Comunes si para contrarrestar la influencia de los encomenderos, se hubieran ligado con la revolucion, anulando así por una influencia mayor, y por los títulos, que sin duda habrian adquirido á la gratitud de su partido, una vez conseguida la victoria, la tendencia perniciosa, que pudieran imprimirle éstos, — no encontrariamos bastante lógica la actitud, que asumieron en la lucha, á no tener presentes otras consideraciones. — Desde luego se advierte, que el éxito de una revolucion emprendida por una gobernacion pobre y escasa de recursos, contra todas las fuerzas activas y todas las influencias del gobierno colonial, era poco dudoso. — Seguramente, que la participacion de los jesuitas hubiera sido de grandísimo peso, — pero, la empresa no dejaba por este de ser sobremanera arriesgada, y sin duda que habrían obrado imprudentemente si por la

remota esperanza de un triunfo aventurado hubieran puesto en peligro el favor de su Compañía en Europa y sus intereses permanentes en el antiguo y en el Nuevo Mundo. — Los jesuitas tenían que conservarse como partido, — que salvarse como corporacion. — Necesitaban mantener sus fuerzas vivas y desembarazadas de toda accion estraña, y dueños como eran de un pensamiento político, su tendencia debía consistir en subordinar todos al suyo. De consiguiente, no podían conceder supremacias entre los que negaban su símbolo, ni contribuir al triunfo de otro partido, que desconcertaba las bases de su sistema. Aún dominado el elemento encomendero en el seno de la revolucion, era temible para los jesuitas el triunfo de los Comunes. Establecida, en efecto, la autonomía de los Cabildos, y la eleccion pupular de las majistraturas locales, caía por sus fundamentos el régimen jesuítico apoyado en la autoridad absoluta de los Padres, que á pesar del remedo de Cabildos establecidos en Misiones, reunian en su mano todas las ramas del poder, rigiendo como un patriarcado aquellas Sociedades atrofiadas por el comunismo (1). Aunque la re-

(1) No es posible desarrollar aqui nuestro juicio definitivo sobre el régimen jesuitico en América, en el cual estamos distantes de toda pasion favorable ó adversa á una Orden, que veneramos, pero cuyos desaciertos politicos y sociales en el Nuevo Mundo no se nos ocultan por eso. El juicio de los jesuitas en América es, en efecto, sobremanera complicado, y lo reservamos. No se dé, por consiguiente, á estas palabras otro sentido, sino el limitadisimo que espresan.

volucion, en rigor, jamás se preocupó de implantar las instituciones comunales, como mas tarde veremos, adoptaba, sin embargo un nombre, que no le convenia, y que bastaba para sublevar recelos de parte de los jesuitas. La absorcion de soberanía de parte de los religiosos era esplícito en la ley, mientras que los revolucionarios invocaban principios, que debian poner al pueblo en poseesion de gran parte de la misma soberanía. Esto era á lo menos, lo que podia deducirse de su credo en los primeros tiempos de agitacion. Y como la eleccion del Juez fuera incompatible con las funciones judiciales del Cura: como la realidad del voto popular en la formacion de los Cabildos, entraña su completa libertad, dentro del círculo de sus atribuciones, y las Ordenanzas de Misiones al establecer la eleccion para los primeros cargos del Cabildo, limitaban sus atribuciones hasta constiuirlos en simples agentes del Cura, —se concibe sin esfuerzo, que una vez radicadas las instituciones en el sentido, que, á juicio de los jesuitas, buscaban los comuneros, —aquellos quedarían presos en sus propias redes; y desconceptuada su autoridad suprema é inviolable, irian perdiendo terreno cada dia y terminarían por verse obligados á abandonar todo plan y todo sistema de gobierno para tornar á guarecerse en el celoso cumplimiento de su mision sacerdolal.

Recelando, pues, tanto de los encomenderos,

cuya sola presencia y participacíon en la política importaba una amenaza,—cuanto de los Comuneros, que parecian iniciar un sistema mortal para el suyo propio y traian el incendio hasta sus mismas puertas,—los Jesuitas encontraron mas seguro y mas prudente ligarse con el partído del Rey. Leyes especiales protegian, es cierto, la conservacion íntegra del régimen jesuítico y la perfecta independencia de los Padres en el Gobierno de la Provincia de Misiones; pero la revolucion surgía con desmedidas proporciones: multiplicábase por todo el Paraguay; encontraba éco y abrigo en Corrientes: podia temerse que alcanzára hasta Santa Fé y Buenos Aires: las activas comunicaciones y poderosas amistades de las revolucionarios podian arrojar la centella en Tucumán, y una vez conflagrado todo el Rio de la Plata, la Provincia de Misiones, engastada en su territorio, no podia sustraerse al incendio general.—Los Jesuitas peligraban tanto mas cuanto que sus estrechas formas populares, serian como un elemento y un gérmen, que podria coadyuvar á la rápida propagacion de la idea nueva.—Solo de la Monarquía, á la cual estaban fuertemente adheridos por poderosas influencias en Europa: por sus servicios, su fuerza real, y leyes y franquicias especiales en América,—solo de la monarquía nada tenian que temer. Su triunfo probable, al revés,

era para ellos una garantía de estabilidad, y con tanta mayor razon si contribuian con sus múltiples recursos á asegurarlo. Los jesuitas fueron lógicos consigo mismos y fieles á su sistema: se ligaron á la monarquía.

Estos eran los resortes, que movian á cada partido en la actitud, que asumió en presencia de la revolucion. Busquemos ahora en los hechos la exactitud de las reflexiones que preceden, tanto en este aspecto de la crísis, cuanto en el curso que siguió hasta ponerse en lid abierta y sucumbir en pos de su pasagera victoria.

CAPITULO II.

Primer periodo de la revolucion. — Don José de Ábalos. — Don Diego de los Reyes.—Don Tomas de Cárdenas.

(1717—1721.)

Escasos son las monumentos que puede encontrar el historiador para comprobar la verdad neta en los acontecimientoe de esta revolucion. Sin embargo, los que vamos á referir están fuera de cuestion, puesto que resultan de las observaciones terminantes de los historiadores jesuitas y de las piezas oficiales de un proceso, ademas de otras fuentes fidedignas; y siempre que el giro contradictorio dado por las pasiones opuestas á los hechos de la historia, nos obliguen á ello, lo haremos notar, á fin de no vender como verdad comprobada lo que no sea posible poner en claro por medio de la discusion ó de la crítica.—Inútil es advertir que en la prolongada série de cuestiones históricas que se relacionan con los jesuitas de América, no es posible encontrar crítica imparcial de parte

de ninguno de cuantos escritores nos han precedido. Esto dificulta en grande escala nusetra tarea, y no es la menor aspereza con que tenemos que luchar.

El padre Charlovoix (1), jesuita, y como es consiguiente, panegirista de los hombres de su partido no puede armonizar las suyas con las versiones de los amigos de Antequera (2) en los puntos difíciles y oscuros, con que se inició el movimiento de 1724. Todos los demas escritos son de menor importancia, y sin dificultad se clasifican y se agrupan al rededor de uno de ámbos. — Las cartas del señor don José de Palos, obispo del Paraguay, al Rey y al señor Antequera, las Memorias de los Padres Jaime Aguilar y Gaspar Rodero, — las hermosas y robustas esposiciones del señor Antequera, — el informe del señor don Matias de Ángles y Gortari, la carta del padre Rillo á este Ministro, son todas piezas que se contradicen terminantemente, y si á veces del fondo de esta lucha es posible ver surgir la verdad, en no pocos casos la confunde; y la antorcha, que los documentos

(1) Histoire du Paraguay, Liv. XVII.

(2) Coleccion general de documentos, que contiene los sucesos tocantes á la segunda época de las conmociones de la Compañia en el Paraguay, y señaladamente la persecucion que hicieron á Don José de Antequera y Castro. — Madrid, — 1769.

encienden en las regiones de la historia, se vé palidecer combatida y azotada por el viento de las pasiones ó de los intereses, que ofuscan la vista y guían torcidamente la mano de la crónica.

Tratemos, no obstante, de encontrarla, siquiera aproximativamente.

Ejercia en el Paraguay por los años de 1717 el puesto de Alcalde Provincial, Don Diego de los Reyes, hombre destituido de antecedentes en el servicio público, Andaluz de nacimiento y oriundo del Puerto de Santa-Maria, el cual gozaba no obstante, de la reputacion de hombre honrado y recto, que se habia grangeado en el cumplimiento de sus modestas funciones oficiales. Con no pequeña sorpresa de parte de los que, ó por gloriarse de mas ilustre cuna, ó enorgullecerse de títulos adquiridos al respeto público y á la consideracion del soberano, sirviendo al Gobierno en puestos de alta importancia, — yá por reunir en su persona dotes elevados ó abundante cópia de luces, se creian llamados cuasi de derecho á desempeñar las primeras funciones, — se supo en este año, que el Rey acababa de nombrar á don Diego de los Reyes para desempeñar el Gobierno de la provincia del Paraguay. No paró en sorpresa, á estar al Padre Charlovoix, el efecto de esta súbita elevacion de Reyes, — antes, de tal modo repugnaba

á lo que él llama y llamaremos nosotros tambien, la nobleza de la Asuncion, que muchos de los que á ella pertenecian quisieron embarazar la recepcion del nuevo Gobernador, apoyándose en la prescripcion de la ley, que impedía la provision de tales puestos en los vecinos de la localidad, que habían de gobernar, lo cual no les hubiera sido difícil, desempeñando ellos funciones importantes en la administracion, y ejerciendo sobre todo una decisiva y estensa influencia en el ánimo de los habitantes de la ciudad. Advirtieron, sin embargo, que esta dificultad habia asomado en la Corte al tiempo de acordar el nombramiento de Reyes, y adelantándose el Soberano á la dificultad, que pudiera originar la separacion de la ley, habia subsanado la nulidad en los despachos enviados á Don Diego. No encontrando fundamento legal para una resistencia, que el arbítrio supremo, colocado encima de todas las garantías del derecho político, se había apresurado á cerrar de antemano, hubieron de resignarse y recibieron callada y pacíficamente al nuevo Gobernador, rindiéndole el juramento de obediencia en sesion pública del Cabildo, el 5 de Febrero de 1717, (1) como era de práctica pana tales casos.

(1) Serie de los Gobernadores del Paraguay. por el Padre Bautista.

Don Diego de los Reyes, á quien no sorprendería menos que á sus rivales el ser llamado á tan alto puesto, así que subió y se apoderó de las riendas del Gobierno, cobró rápidamente la embriaguez de la elevacion y se propuso hacer sentir su autoridad, llevando con enerjia y decision toda la supremacia y la autoridad del cargo á que subió inopinadamente. — Tenia delante de sus ojos como contrapeso, de hecho á lo menos, al prestigio y al poder de su ministerio, el influjo y habilidad de todos los que habian repugnado una eleccion, en que creyeron ver un desaire á sus personas y á sus méritos. — Por consiguiente, su esfuerzo debió dirigirse con preferencia á aniquilar aquel equilibrio, que le ponia en riesgo mas ó menos grave de ser desobedecido ó de verse desprestigiado ante la muchedumbre — Comenzó por no llamar, como era de costumbre en los asuntos graves, á las personas notables para escuchar sus opiniones y consejos, — y colocado en este camino, es verosímil lo que sus enemigos afirman : que hizo un objeto de ágria enemistad y de implacables persecusiones de cada figura notable, cuya cabeza percibía él levantándose por cima de la multitud : — y tanto mas verosimil es esto, cuanto que el Padre Charlovoix, á quien sin duda alguna convenia por su partido, callar, defender ó disimular los estravios de Reyes, llega

impulsado por la sinceridad y apremiado por la imponente influencia de los hechos, á declarar, que: «llevó un poco lejos la reserva en sus relaciones con ciertas personas (1).» — Afirma el mismo historiador, que se decidió, en vista de las dificultadas, que se trataron de suscitar contra su recepcion, á no hacer sentir demasiado su autoridad á los nobles ni á dejarles concebir, que le eran necesarios en su marcha de majistrado,—pero que no tomò el justo medio entre ambos estremos; y como quiera, que lo que la que sus enemigos aseguran es la adopcion de uno de estos estremos, parécenos que no es aventurado prestarles crédito y convenir con ellos, en que el Gobierno del Señor Reyes fué perseguidor para las personas notables é influyentes, que vivian en la Asuncion: y como continúa diciendo él mismo autor jesuita: — « Temió que abusasen de su confianza para hacerse necesarios, y les hizo conocer demasiado, que no necesitaba de sus consejos. »

Entre las personas que, á la sazon gozaban de gran prestigio en la capital del Paraguay, así por su buen nombre sin tacha, por su talento y luces singulares, como por sus relaciones personales y de familia, pocos llegaban á disfrutar

(1) Lib. XVII.

del rango que por todos estos títulos alcanzaba el Regidor del Paraguay, General D. José de Ábalos y Mendoza, á quien Charlevoix, si bien juzga rigurosamente, observando sus acciones bajo el prisma del interés de partido, no por eso economiza los elogios, á que era acreedor (1).— De pocos, por consecuencia, si es verdad que Reyes recelaba de la nobleza, tenía tanto que temer, como de Ábalos, y no es de estrañar que lo envolviera en la ojeriza comun, agregando ciertas recrudescencias, hijas del mérito especial del Regidor.—Los amigos del Gobernador dicen que obró con la debida cautela, y no quiso declararse en abierta enemistad con hombre tan poderoso, para conseguir lo cual y para atraérselo á su partido, le nombró lugar-teniente de Rey en la Asuncion, puesto que rechazó secamente el Señor Ábalos, sea que comprendiera la causa que movia al Señor Reyes á ofrecérselo, sea que agitára en su cabeza proyectos de otro órden y no quisiera verse ligado al Gobernador si recibia de él un don cualquiera.—Los temores del Gobernador aumentaron mas y mas con este

(1) Il en usa tout ainsi avec le Régidor D. Joseph d'Abalos, dont le crédit, que lui avoient acquis sa grande capacité dans les affaires, et le talent supérieur qu'il avoit de leur donner le tour qu'il vouloit, l'avoit mis en possession de faire passer ses avis pour des lois, sous les précédens Gouverneurs.

rechazo, —y entre él y el General se hizo cada vez mas honda la division y mas récia la enemiga.

Entramos aquí en el campo de las contradicciones, y por consecuencia, de las conjeturas.— Los hechos que preceden y en los cuales nos hemos atenido á Charlevoix, precisamente por ser amigo de Reyes, atestiguan á las claras los escesos del Gobernador y dán la razon á sus enemigos en mucho de lo que á su propósito afirman, al paso que nada envuelven, que pueda importar ni la sombra de una culpa ni el remedo de una mancha para el General Ábalos, á quien presenta rodeado y con justicia del aura popular. Si hubiéramos de creerle, truécanse ahora los papeles: el perseguidor se convierte en perseguido, y la víctima toma el rojo vestido del verdugo, mientras éste tiende la cabeza al hacha segadora.—El partido opuesto, por el contrario, parécenos que observa mejor la lógica de los caractéres y encadena los hechos con mayor seguridad y visos de razon.

Segun la afirmacion de éstos, las irregularidades del Gobierno de Reyes no se limitaron a la persecucion entablada contra los notables de la Asuncion y especialmente contra la persona y familia del General Ábalos, sino que el pueblo todo se vió sugeto á sus rigores; y no solo dañóal comercio de la Provincia con exaccio-

nes ilegales, y á sus mas vitales intereses, arrojando el descontento entre los pueblos de Indios reducidos, sino que tambien comprometió su tranquilidad y su riqueza, violando la fé pública empeñada con los indígenas infieles: é impidiendo tiránicamente, además, que llegáran á oidos del Superior los justos clamores de la Provincia oprimida. — Si documentos públicos y los autos de un proceso formalmente levantado, como veremos despues, y dado mas tarde á luz, no vinieran en apoyo de esta aseveracion, bastaria para inclinarnos á prestarle crédito una consideracion, que surje á poco que se medite este asunto.—El descontento exitado por el nombramiento de Reyes, por el hecho de llamar vivamente la atencion, no solo del cronista interesado en hacerle aparecer mal visto por el pueblo, sino tambien por el historiador interesado en lo contrario, — prueba que debió ser general y reunir en un sentimiento comun no solo á las personas distinguidas, sino á la vez á la mayoría de los habitantes de la Provincie. Y aun dando por sentado, que solo participáran de él los principales del pueblo, hecho que de suyo es inaceptable, pues nunca ha existido en América tan terminante division entre nobleza y pueblo,—como quiera que esas personas eran los propietarios mas acaudalados y los comerciantes mas ricos, no es de estrañar

que un sistema de persecusion concebido y llevado á cabo contra ellos abrazára medidas aflictivas para el comercio y la riqueza de la Provincia.—Ademas, todo gobierno mal querido, es por lo general violento.—Destituido del apoyo del pueblo é impotente para conducir á término sus pensamientos por los médios blandos, residentes en los poderes que cuentan con el corazon de la multitud,—el gobierno que carece de la simpatía general, necesita echar mano de recursos estremos y de enfrenar con ira los movimientos contrarios de la opinion.—Y el gobierno, que dá el primer paso en la senda del despotismo ó de la violencia, tiene inevitablemente que dar el segundo. Parece que se apoderára de él un vertigo, que le hace multiplicar cada dia sus errores; porque el hecho mal aconsejado que ese gobierno produce enciende justos resentimientos y santas cóleras en el alma del pueblo,—los cuales es preciso reprimir con actos de nueva violencia, é irritando mas y mas el descontento, multiplícase la necesidad de los medios coercitivos, que se encadena indefinidamente hasta llegar á las insólitas crueldades con que los tiranos manchan la historia, emborronan su conciencia y martirizan á las naciones.—Tan cierto es que un abismo llama á otro, y, como decía Napoleon, que el absolutismo engendra la necesidad del absolutismo.

No es de estrañar, por consiguiente, que un hombre, que subía solo al poder, tratára de echar raices en él, desgarrando el corazon de las muchedumbres: que tratára de cimentar una autoridad desprestigiada con actos abusivos, y que para mantener el brillo de su puesto y la obediencia á sus preceptos, tratára de ostentar su energía y de valerse del terror, que no se funda solo en el miedo de perder la vida. —No nos parece, pues, fuera de razon cuanto los enemigos de Reyes han escrito; y siquiera convenga descargar del cuadro de sus hechos el esceso de sombra, que pudiera haber amontonado la pasion, —no debemos tampoco absolverlo, como Charlevoix, de todo cargo. Los amigos del Señor Ábalos, por fin, apoyan sus aserciones en documentos, mientras que el P. Charlevoix solo habla por lo que sus recuerdos ó la tradicion de su partido le sugieren.

Si hubiéramos de creer á este último, poco despues de haber rechazado el Señor Ábalos el puesto con que le brindaba el Gobernador Reyes, y cuando mas fuertemente le hería el temor que debia inspirarle la actitud del Regidor, acudió á él un amigo de éste, demandando una gracia, á que no creyó deber prestarse en justicia el Gobernador, despachándole negativamente y haciéndole comprender que seria inútil toda diligencia ulterior.—Ábalos encontró aquí

la ocasion que esperaba hacía tiempo, con deseo mal disimulado, para manifestar su enemistad contra el Gobernador. Poco tardó en aparecer una «*Memoria*» anónima, que desde luego se atribuyó Ábalos, y en la cual era tratado Reyes con la mayor dureza y la mas inhumana injusticia. Reyes creyó, sin embargo, que debia callar y disimulando la aparicion del injurioso escrito, se abstuvo de tomar ninguna medida ni hacer la menor pesquiza.

Otra cuestion no menos injusta le suscitó un nuevo y poderoso enemigo al Gobernador. — Un cuñado del Señor Don José de Urrúnaga, distinguido vizcaino, al cual coloca nuestro historiador casi en la misma línea que al Señor Ábalos, — tenia empeño en apoderarse de un terreno, ocupado por una pobre viuda, que se negó á vendérselo, y habiéndose él propuesto obligarla, la propietaria acudió al Gobernador, el cual la amparó en su derecho. — Irritado entonces Urrúnaga por el perjuicio que esta determinacion irrogaba á su pariente, juntóse con Ábalos, y ambos se presentaron un dia en casa de Reyes, al cual insultaron impiadosamente, terminando por amenazarle con hacerle perder su gobierno. — El Señor Reyes continuó en el benigno sistema de disimulo y tolerancia, que habia abrazado.

La paciente bondad del Gobernador no hacía sino animar el imprudente coraje de sus enemi-

gos. — Á poco de haber acontecido la escena de Urrúnaga, presentóse á demandar otra gracia el yerno del Regidor Ábalos, Don Antonio Ruiz de Arellano, — y habiendo recibido tambien una negativa de parte del Gobernador, sobrepasó la conducta de Ábalos y Urrúnaga, increpándole á su vez y tratándole «con mayor indecencia aún (1)».

Entonces comprendió el Señor Reyes, que se tramaba una conspiracion tendente á derrocar su poder y á hacerle salir mal parado de la Provincia, — y haciéndose cargo de la estension del peligro, que le amenazaba, determinó cortar el mal, antes que tomára proporciones tales, que se hiciera difícil ó imposible su represion. — Ordenó la prision de los gefes de la conjuracion, que se llevó á cabo en seguida en dos de ellos. El General Ábalos fué asegurado en el Castillo de Aracusaná, distante doce leguas de la Ciudad: Urrúnaga recibió su casa por cárcel, — y Arellano advertido á tiempo de la órden espedida contra él, se puso en salvo, burlando la vijilancia de la autoridad.

Considerándose mal seguro mientras permaneciera en el Paraguay, ó enviado deliberadamente por los suyos, — determinó Arellano refugiarse en la Ciudad de Charcas. — Lo hizo así en efecto, y una vez que llegó, acusó ante la Real

(1) Charlevoix, Lib. XVII.

Audiencia al Gobernador del Paraguay, en una Memoria «muy bien escrita» (1), que habia llevado de la Asuncion, y que presentó en nombre de Don Tomás de Cárdenas, pariente de su mujer. — Encontrando infundados los cargos que esponía, la Audiencia creyó deber rechazar la acusacion y la rechazó efectivamente; pero tanto y tan hábilmente intrigó Cárdenas, y de tal manera supo pintar los peligros en que la conducta de Reyes arrojaba á la Provincia del Paraguay, que la Audiencia por fin, se vió obligada á hacer lugar á la acusacion, despachando un Juez pesquisidor.

Son estos los hechos como surgen de la esposicion de Charlevoix; pero hay en estos primeros antecedentes, en que no sin decidida intencion, marchamos paso á paso, circunstancias capitales, que pasan desapercibidas para este historiador. — Interesa, desde luego, observar, que parece poco lógico, que habiendo Reyes iniciado su gobierno con persecusiones, ó por lo menos, con ódio evidente contra la nobleza, — ostentára á poco andar una benignidad escesiva hácia esas mismas personas, llegando á sufrir sin inquietarse insultos groseros de su parte. Tan imprudente confianza, además, no guarda armonía con la precipitada determinacion, que adopta

(1) Charlevoix, id.

despues, de arrojar en una prision á tres hombres bien y generalmente queridos, cuya persecusion debia suscitarle muchos y poderosos rencores. — Concebir, por otra parte, la existencia de una conspiracion contra su autoridad y proceder enérgicamente á reprimirla, sin encontrar otro indicio, que se lo diera á entender, sino tres hechos aislados y distantes unos de otros, en que las pasiones personales se habian mostrado irritadas por la rectitud de sus procederes, es singularmente contradictorio con la paciente cautela, que le dominó en la direccion de esos mismos negocios. — Nos inclinamos á creer, por lo que á ellos respecta y toda vez que el partido opuesto no demuestra lo contrario, — la realidad de estos hechos, aunque no les demos crédito en toda su amplitud. — Parécenos poder afirmar, que con mayor ó menor justicia de una parte ú otra, y además de la embarazosa posicion, que los actos generales de Reyes, creaban para él mismo y sus relaciones con la nobleza, — hubo entre el Gobernador y el Regidor choque de intereses personales; pero el Padre Charlevoix les atribuye una influencia decisiva en las cuestiones políticas, que no es dado al historiador concederles tan de plano.

El Padre ha reparado poco en la cronología al referir estos incidentes, y ha confundido en uno solo los dos procesos iniciados en Charcas con-

tra Reyes: querella personal el uno, acusacion política el otro, evacuados en distintos tiempos, y terminado el primero, cuando el segundo apenas comenzaba; y ha callado además ó no ha conocido la presencia en el Paraguay del primer juez contra Reyes, pues menciona solamente al Señor Antequera, sin hablar de Don José de Garcia Miranda, enviado antes que la ilustre víctima; bien que, correspondiendo cada una de estas comisiones á uno de los procesos entablados ante la Real Audiencia, no es estraño, que el historiador calle la del Señor Miranda, cuyo objeto fué sustanciar la primera de las acusaciones.

Consta, en efecto, del estracto impreso de dichos procesos (1) que, habiéndose trasladado Don Antonio Ruiz de Arellano á la ciudad de la Plata, con objetos agenos á la política, sospechó Don Diego de los Reyes, que habia sido enviado á capitularlo ante la Real Audiencia, é incitada su mala pasion contra Ábalos y Urrúnaga por el encono, que este temor cierto ó simulado le producia, no reparó en echar mano de los medios mas injustos y violentos contra sus enemigos. Procedió con grande aparato y ostentando todos los rigores y precauciones que suelen usarse contra los criminales famosos el 14 de Septiembre de 1719 á la prision de los Señores Don José

(1) Memorial ajustado de Don José de Antequera.

de Ábalos y Don José Urrúnaga, y á la confiscacion y embargo de los bienes de Ábalos y de los de su yerno ausente.

Fué arrojado el General en duras prisiones, impidiéndosele toda comunicacion con los estraños, y permitiéndole apenas hablar con su médico, no sin haber exigido de este prévio juramento de no tratar con el preso, sino acerca de su enfermedad. Nada detuvo el rigor de Reyes. Penetró personalmente acompañado de sus soldados en la habitacion del Regidor, en la cual registró uno á uno todos los papeles particulares del preso, y llevó su crueldad hasta insultar inconsideradamente á su madre, Doña Ignacia del Valle, amenazada de muerte y que acababa de recibir los últimos Sacramentos, dejándola en seguida bajo la custodia de centinelas, con órden de no permitirle comunicar ni aún con el Sacerdote, que la traia los postreros consuelos y exortaciones de la Religion. Los primeros testigos, que depusieron contra Ábalos, retractáronse en seguida, sin que conste del estracto que nos ocupa, cuáles fueran los cargos de que el Gobernador culpaba tanto á éste como al otro Regidor preso, Don José de Urrúnaga. Impidió igualmente Don Diego, que se diera testimonio autorizado de las actuaciones para que los acusados espusieran sus descargos y defensa, lo cual obligaba á su apoderado Don Francisco Javier

de Terrazas, procurador de número de la Real Audiencia, á comparecer ante ésta sin mas pruebas que algunas certificaciones otorgadas por varios Prelados y otros eclesiásticos de la Asuncion, ademas de la carta dirigida á la misma con fecha de 9 de Octubre de 1719 por la Señora Doña Ignacia del Valle. Dèspues de esponer estos hechos en su presentacion, terminaba Terrazas pidiendo se nombrára un Comisionado que pusiera en libertad á sus partes, Ábalos y Urrúnaga, bajo las fianzas y garantias de la ley, y desembargára sus bienes; y así mismo, que se nombrára la persona, ante la cual habia de sustanciarse la causa y la remitiera en seguida para ser sentenciada á la espresada Audiencia por ser manifiesta la pasion, que el Gobernador Reyes abrigaba contra los presos; lo cual le hacia inhábil para entender en un juicio, en que el ódio se sobrepondria á la razon, con grave detrimento de la inocencia y de la moral pública.

Oido el parecer del fiscal, la Real Audiencia por auto de 23 de Enero de 1720, determinò, que se ordenára al Gobernador del Paraguay, bajo pena de cuatro mil pesos de multa la entrega inmediata de los autos seguidos contra Ábalos y Urrúnaga; que si de los autos no resultaba pena capital se les diera inmediata libertad, bajo las garantias de la ley, y se desembargasen sus bienes: que se intimára el Escribano, so pena de

una multa de dos mil pesos, sacára testimonio de los autos para enviar á la Audiencia los originales ; y por último, que se procediese á averiguar la verdad de la acusacion incluida en el escrito de Terrazas, de haber Don Diego de los Reyes puesto guardias en los caminos para interceptar la correspondencia, impidiendo asi todo recurso y queja elevada contra sus tiránicos procederes á la consideracion de la Real Audiencia de la Plata. Nombróse para llevar á ejecucion la Provision de la Audiencia al ya mencionado Maestre Campo Don José de Garcia Miranda, Juez de Comision de la Santa Cruzada y Receptor de penas de Cámara, residente por su empleo en la Capital del Paraguay, quien en el acto de recibir la órden superior se apresuró á notificarla al Gobernador Reyes.

Don Diego contestó á la intimacion del Juez Miranda, declarando haber remitido yá los autos á un abogado de Charcas, y negándose á dar nuevo testimonio, toda vez que yá los habia enviado para que fueran presentados á la Audiencia. Negóse tambien á traer á la cárcel de la ciudad al Señor Ábalos, duramente afligido en su prision, al cual por el contrario, le agravó los rigores que sufria en Aracusanâ. La madre del Señor Ábalos y los Señores Urrúnaga y Don Francisco Rojas, presentáronse á esta sazon, reclamando ante el Juez comisionado la devolucion

de dos mil y mas arrobas de yerba, que se les habian embargado á todos tres so pretesto de pagar los gastos de conducion de los autos á Charcas, —y habian sido remitidas á Santa Fé para ser vendidas.

El Señor Don José Miranda llegó á persuadirse de que no era posible arribar á un resultado pronto y leal, en vista de la decidida intencion de Reyes de dañar á los iniciados en el proceso, y despues de hacer constar con todas las formalidades de la ley la verdad de la acusacion entablada contra el Gobierno, de tener atajados los caminos de Charcas, escribió á la Audiencia con fecha 29 de Mayo de 1720 renunciando la Comision, que ésta le habia conferido.—Antes que llegára esta carta á poder de la Audiencia, por diligencias hechas á pedido de Terrazas se supo que en efecto habia conducido los autos á Charcas Don Luis de Escobar, quien los habia pasado al Abogado Don Pedro Herrera, de cuya mano los recogió el Tribunal. Querellóse en su presencia el apoderado de los presos, espresando los vicios de nulidad del proceso, por cuanto actuaba en él un escribano que era testigo en la causa, —juzgaba Reyes, recusado por Abalos,—se acompañaba de Don José de Aranda, igualmente rechazado por el juzgado,—llenó las funciones de fiscal otro testigo de la causa,—y en todo él se manifiesta el ódio y la pasion dirijiendo sus

procedimientos hasta el estremo de haberse negado á Ábalos la apelacion, que pretendia interponer ante la Real Audiencia,—ademas de la ninguna sustancia de los cargos resultantes contra los acusados, á los cuales sin embargo trataba con la mayor dureza.—El Tribunal despues de los trámites ordinarios, declaró nulos los autos obrados, y mandó restituir á los acusados en la posesion de su libertad y de sus bienes, inclusive lo que por costas procesales se les habia obligado á pagar, apercibiendo á Abalos para que en adelante se conservára en los límites del acatamiento y respeto debido á la autoridad, y condenando al Gobernador Reyes á pagar una multa de cuatro mil pesos: al propio tiempo, que se mandaba restablecer la comunicacion libre de la Provincia del Paraguay con el asiento de la Real Audiencia, y se aplazaba el juicio del Gobernador sobre este punto hasta la sustanciacion de la causa política recientemente entablada contra él.

Esto acontecia en Febrero de 1721, es decir, quince meses despues de haber comenzado la querella ante la Audiencia; y recien en estos momentos principiaba la causa de capítulos, de modo, que el comisionado para hacer cumplir el auto del Tribunal, fué nombrado al mismo tiempo Juez Pesquisidor en la acusacion pólitica.—El Padre Charlevoix ha confundido las causas y su cronologia.

En este punto comienza á engrosar la marea, y vá á cambiar de terreno, aumentando en importancia, la cuestion trabada entre Reyes y la opinion pública desde 1717 en que subió á ocupar el puesto supremo de la Provincia. Existe ya una pasion enérgica y obrando activamente: falta dejar venir los acontecimientos y observar la forma, que revisten en su curso.

En 20 de Setiembre de 1720 presentóse ante la Real Audiencia el Procurador Don Francisco de Terrazas, á nombre del vecino del Paraguay Don Tomás de Cárdenas, estimulado por Arellano, entablando contra Don Diego de los Reyes y Balmaseda acusacion civil y criminal y pidiendo su destitucion, para lo cual alegaba principalmente los seis puntos, que menciona pero no detalla Charlevoix y que constan del estracto de este proceso, á saber:—1° Que faltando á la fé del juramento y á la palabra empeñada en nombre del Rey y por los mas graves intereses de la Provincia,—habia promovido guerra al principio de su gobierno contra los indios infieles payaguás, que estaban de paz y avecindados á media legua de la Asuncion. Atacólos por agua y por tierra con furor inusitado en los pueblos cultos y les hizo una matanza, en que quedaron muertos mil individuos de su nacion, provocando así sangrientas represálias y venganzas de parte de los índios, entre las cua-

les se cuenta la muerte dada á los Padres de la Compañia de Jesus Blas de Silva y José Mazo (1). 2° Que puso al borde de perecer los pueblos de indios cristianos pertenecientes á su Provincia y ajenos á la direccion de los religiosos Jesuitas, cargándolos despiadadamente con un servicio personal impuesto en su provecho con flagrante violacion de las leyes y de las ordenanzas de 1611,—sacando en una ocasion doscientos individuos que detuvo en sus faenas particulares por mas de dos años, como en repetidas ocasiones lo ha practicado, sin pagarles nunca sueldo alguno, privando así á los pueblos del producto de una gran masa de trabajo, y promoviendo el descontento y la inquietud en esas pacíficas y laboriosas poblaciones con grave peligro de verlas desiertas y abandonadas por sus habitantes, temerosos de encontrarse permanentemente sujetos á tan tiránicos procederes.—3° Haber hecho tratos y contratos contra las leyes reales, perjudicando al comercio de la Provincia. Citaba en apoyo de esta asercion un negocio hecho con Don

(1) En 25 de Noviembre de 1722 aceptó Don Juan de Ugarte, Teniente de Gobernador y Justicia Mayor de Santa Fé, la informacion pedida por el P. Antonio Gimenez, Procurador de Misiones en dicha ciudad, cuyo punto 10° se referia á estas venganzas de los payaguás sobre los barcos guaranis, y la muerte de ambos religiosos de la Compañia. De ella resultaron probadas una y otra afirmacion, segun me consta por el espediente original. La informacion fué aprobada el 27 del mismo mes y año por el espresado Señor D Juan Lorenzo Garcia Ugarte.—(« M. S Archivo general de la Provincia de Buenos Aires. »

Francisco Noved (francés) en momentos en que se publicaba una cédula real, ordenando la espulsion de todos los franceses; (1) y otro con el vecino de Santa-Fé, Don Manuel de la Sota, á quien compró un cargamento que éste conducia al Paraguay, y para terminar su negocio embarcó toda la yerba que produjo ese año el beneficio de Ajos, bajo cuyo embargo la trocaba en su casa por otra yerba averiada que tenia, y á otros propietarios los obligaba á tomar en cambio géneros, que les perjudicaban,—cometiendo sin cesar idénticas exacciones contra la libertad del comercio y los intereses de los particulares en beneficio suyo.—4° Que impuso una nueva sisa gavela sobre las embarcaciones, sin competente autoridad para ello y solo por cuadrar así á su capricho, gravando á los Barcos mayores con una cóntribucion de cuatrocientos pesos, y de doscientos á los pequeños: que con pretesto de convenir á la defensa comun, prorrateó entre los vecinos en provecho propio una cantidad de caballos, vacas, herramientas y otros valores: y por último, que sobrecargó á los que se ocupaban del tráfico de la yerba beneficiada en el mencionado lugar de Ajos con una contribucion de treinta por ciento.—5° «Haber entrado á

(1) Las Leyes prohibian en general todo comercio con estrangeros. Vease la ley 10, tit. XIII, lib. III de la R. de I.

« aquel gobierno sin dispensacion de la naturale-
« za, estando tan emparentado por su muger en
« aquella Provincia con el Protector de los Na-
« turales, y con otros Regidores, de que resulta-
« ba gravísimo daño á los Indios indefensos.» —
6° Tener interrumpidó el Comercio de la Provincia con las demás, habiendo atajado todos los caminos, en los cuales puso guardias que los custodiasen vijilantemente, estorbando toda comunicacion é interceptando la correspondencia epistolar.

Escuchadas las escepciones opuestas por Don Juan de Calancha en nombre del Gobernador y la opinion emitida por el Fiscal, la Real Audiencia proveyó un auto en 18 de Noviembre de 1720, sin decidir todavia sobre la capitulacion, ordenando al Cabildo del Paraguay que intimase al Gobernador para que en término de una hora presentase la dispensa de naturaleza, que pudiera hacer lícita su permanencia en el Gobierno, y la remitiera sin demora á la Audiencia; y en caso de no tenerla, fuera depuesto, entrando á subrogarle interinamente el Alcalde de primer voto.

Cumplió efectivamente el Cabildo este mandato superior, haciendo á Reyes la intimacion, que se le ordenaba. El Gobernador, no solo trató con insolente altaneria á aquella corporacion, sino que manifestó abiertamente su intencion de

rebelarse contra la autoridad de la Audiencia. En la reunion del Cabildo, en la cual los escándalos sobrepasaron todo límite, el Gobernador dejó estallar sin reserva su cólera y sus resentimientos, concluyendo por armar soldados y amenazar con la fuerza á los representantes de la ciudad, dando así el primero la señal del caracter, que iba á adquirir esta lucha, larga y sangrienta en los anales del Paraguay.

Por auto de 20 de Noviembre admitió la Audiencia la acusacion de Cárdenas, nombrando Juez pesquisidor al Señor Doctor Don José de Antequera y Castro, caballero de la órden de Alcántara y Fiscal protector de la misma real Audiencia de la Plata, el cual fué definitivamente despachado en 11 de Enero del año siguiente.

Esta es la verdadera fecha y ocasion de la mision del Señor Antequera al Paraguay; asi como es tambien el instante de crísis, en que las turbulencias de la Provincia pierden su tinte de luchas personales y de celos de categoria, para iniciar la conflagracion política y adquirir un colorido mas alto, buscando en las doctrinas de los partidos y en el ideal permanente de las sociedades un tipo al cual sujetarse, y como si dijeramos un bautismo para correr autorizados por la movible superficie de la historia.

Termina aquí lo que llamaremos la primera época de estos acontecimientos. La opinion pú-

blica se encontraba en tales términos aletargada al despuntar la primera aurora del siglo XVIII, que su despertar debió ser lento y trabajoso.— Antes de abrirse una era de hechos verdaderamente culminantes, debió pasar el Paraguay por momentos de combate sordo, aislado, casi estéril. Así que las agitaciones que perturbaron la paz sepulcral en que dormia, comenzaron por las duras enemistades, celos y persecuciones, de que venimos ocupándonos, y que preludiaban la revolucion, como las chispas preludian el incendio.—La capitulacion del Gobernador levantó la cuestion á la altura de una crísis política; y la resistencia armada de Reyes á las órdenes que le comunicaba el Cabildo, no solo llamaban el pueblo á participar en la lucha, sino que además daba el tono en que habia de continuar un combate, que pudo ser callado y pacífico.—La crísis se generalizaba.—El instinto público, por una especie de providencial adivinacion, rara vez se engaña en la apreciacion de los hechos, que se desprenden de la vulgaridad de los acontecimientos cuotidianos; y como por una revelacion misteriosa ó por un convencimiento profundo y un arraigado respeto de sí mismo, amaba en los Cabildos el resplandor de una esperanza, y el reflejo de su voluntad realizada en el futuro. Pronto veremos surgir el resultado que en esta ocasion trajeron ese amor á las instituciones muni-

cipales, y la comprension rápida é instintiva, con que las muchedumbres se apoderan de las consecuencias, que cada establecimiánto político ó cada emergencia histórica puede entrañar para sus intereses.

Todos estos acontecimientos pasaban todavía encerrados en el Paraguay, sin éco ni reproduccion en el resto de la Colonia.—En adelante, veremos robustecerse poco á poco los detalles de la crísis hasta interesar, mas ó menos de cerca, las regiones mas importantes entre las que poco mas tarde, formaron el virreinato del Rio de la Plata, y singularmente los pueblos gobernados por los Padres de la Compañia de Jesus, que decidieron acaso la suerte de la revolucion, poniendo en juego, á mas de su influencia todos sus recursos militares.—Todavia se encontraba en este instante la Provincia de Misiones ajena á los vaivenes en que debia hacer pesar su esfuerzo tan ciego como poderoso, y tan valedero como exento de responsabilidad ante la posteridad.—Cuando el cuadro se ensanche, y contemplemos las risueñas riberas de nuestros grandes rios atronadas con la voz del esterminio,—las pacíficas y adormecidas poblaciones guaranies ardiendo en furor bélico y puestas de pié para morir heróicamente sin un propósito en la cabeza ni una conviccion, que fuera como el sentimiento de su propio heroismo,—entónces encontrare-

mos la realidad de nuestra historia ideal sobre la revolucion de los comuneros, y podremos llamar á juicio á los que galvanizaron un pueblo aletargado para llevarlo á sofocar la voluntad vehementemente manifestada de otro pueblo viril, que reclamaba á todos los usurpadores del derecho una limosna de libertad y una migaja siquiera de justicia y de decoro político.(1)—Poco tardaremos en llegar á ese nuevo matiz de la tempestad.—

(1) Advertiremos para en adelante, que al manifestar esta simpatia no es porque participemos del Credo Comunero. Solo encontramos en él una semilla históricamente progresista. La Ciudad pedia efectivamente soberania. Despues se verá nuestro pensamiento definitivo

CAPITULO III.

Segundo periodo de la revolucion. — Don José de Antequera.

(1721 — 1725).

Levántase en la historia del Paraguay bañada en su propia sangre y su cabeza rodeada por la corona, que el pueblo discierne á sus mártires, la figura de Antequera, personificacion del segundo periodo de la revolucion comunera. — El pueblo va á entrar de nuevo y á asumir una responsabilidad absoluta en aquel combate del espíritu de la monarquía contra el poder de las ciudades, que señala una faz característica en la civilizacion europea, y viene á repetirse en el cuadro plástico de la civilizacion americana; y no solo vá á asumir francamente su puesto en las filas batalladoras, sinó que vá á llamarse legion, á desafiar animosamente los peligros y arrastrar en la ola hinchada y creciente de su mandato y de su imperio á los representantes de su voluntad. — El cuerpo de la revolucion

vigoroso y desenvuelto yá, pero regida por el alma mezquina, que le infunden los estrechos horizontes, entre los cuales combate, — vá á buscar en la esfera elevada de los principios un espíritu animador capaz de realzar su carácter, y que, arrancándolo de las miserias personales, lo impregne con el fuerte colorido de los intereses comunes. — La idea viene á su encuentro. Arrojóla el Génio protector del progreso, como una alma huérfana, que pugna por bajar á la tierra para seguir su camino. — Ha encontrado por fin el vehículo que la conduzca, y se apresura á incorporar su vida de ideal á la vida audaz y fecunda de las pasiones. — El lazo de ambas existencias antinómicas, pero susceptibles de una sintesis, tiene que ser la personalidad de un caudillo.

No nacen de otra manera á la luz de la historia las revoluciones, que despiertan á los pueblos y los hacen pensar en el derecho y en su destino. — Toda revolucion en su compleja autonomia participa de este dualismo. Entran en su composicion, el ideal como motor, y la pasion como recurso. Cuando las pasiones duermen es necesario que las traiga á la arena el prolongado esfuerzo del interés individual. — De ese doble fondo, — noble por cuanto tiene de partícipe con la inspiracion del alma, y la conciencia de lo justo y de lo verdadero, —

innoble por cuanto encierra de desordenado, de violento y de irreflexivo surge el poder y la accion de las grandes y trascendentales revoluciones y como centro de union de ambos estremos y eslabon de tan opuestos elementos, la descollante personalidad de los caudillos. — Apoyar el ideal en la pasion, y dirijir la pasion por el sendero y el rastro del ideal, es la doble tarea del caudillo; por eso su carácter, enérgico y reflexivo á la vez, debe estar dotado de la superior intuicion de este equilibrio, que no puede perderse sin arrojar á los partidos en el estravio, y á los hombres que los encarnan en el crímen, amontonando terribles tempestades sobre la cabeza de los pueblos. El caudillo que sabe mantenerlo es San Martin en su dictadura del Perú, digna de los varones prudentes de Plutarco: el caudillo que lo pierde, por escasez de fuerza mental ó de sentido moral, es Rosas, verdadera y sangrienta personificacion del crímen social y político en la República Argentina.

Idéntica, como hemos observado ya, fué la marcha de la revolucion, que nos ocupa. Hemos visto hacerse la pasion: vamos á contemplar su identificacion con el ideal, merced al mátiz que sobre su fisonomia esparce el carácter y las obras del noble personage, que aparece en la escena, y que remontando su importancia, evo-

ca la aparicion de todas las fuerzas políticas, y hace calar la visera á todos los partidos, los cuales comprenden que en el combate que es el ejercicio de las fuerzas de todo bando, se ensaya su poderio, y se preparan los choques decisivos, ó mas directamente fecundos para cada uno, multiplicando singularmente de este modo las ventajas reportadas en los triunfos inmediatos á que contribuyen. — No se entienda por esto, que el estrepitoso sacudimiento de 1724 fué la obra esclusiva del génio y de la enerjía de don José de Antequera. — Los pueblos en ciertos momentos tienen sus espontaneidades, y así como comprenden y siguen con entusiasmo álos hombres, tambien se los identifican vigorizándolos. — Si es cierto que Antequera dió tono á la revolucion, tambien es verdad que el caudillo fué la hechura del pueblo paraguayo: — que el pueblo le amó, porque él se puso en la corriente de sus instintos, — y que aquel remoto ensayo, que hacia de su poder, antes de caer en el abatimiento en que lo ha postrado una série solidaria de Gobiernos personales, — encerraba como en gérmen el carácter de armonia tan superiormente estudiado por don Bartolomé Mitre (1) con que han marchado parale-

(1) Vease la Historia de Belgrano, y su defensa publicada en varios números de la «Nacion Argentina,» Mayo de 1864.

los pueblos é iniciadores, cabezas y muchedumbres en la gran revolucion con que la América española se ha conquistado la doble bendicion de la independencia y de la democracia.

Don José de Antequera, á estar al retrato que de él nos dejaron sus enemigos, — fué extraordinariamente favorecido por la naturaleza con los dotes de la inteligencia, que supo enriquecer á fuerza de estudios abundantes, fortificándose por médio de la meditacion y del recojimiento. — Audaz y emprendedor, tenía en sí mismo la enerjia de las tareas árduas y altaneras, y recursos poco comunes para lograr el éxito en lo que acometía. — Naturaleza ambiciosa de suyo, é irresistiblemente inclinada á no cejar en su carrera ascendente, no habia altura á que no se empinára, ni tropiezo, que no tomára empeño en vencer. Convencido de su propia suficiencia, miraba á los que se codeaban á su lado como una muchedumbre inferior, de cuyos celos mezquinos no participaba, desdeñando confundirse en la lucha de las bastardas pasiones, que se agrupaban en tumulto al rededor de la autoridad y subían como el vapor mefítico de un lodazal, para enfermar y oscurecer el aire, que el espíritu público ansiaba por respirar. En medio de este retrato de Antequera solo un tizne aparece, bien que indicado por sus enemigos. Su avaricia, segun ellos corria parejas con su

ambicion ; « el demasiado cuidado de cultivar su inteligencia, habia dejado inculto y vacio su corazon. » (1) No disimularemos nuestra simpatía hacía el mártir. Concedamos, sin embargo, lo que sus enemigos afirman, si no hace peso en el ánimo de la posteridad la contemplacion de su vida, y el fin desolador y la cadena de desventuras en que se agotó aquella existencia escojida. Antequera luchó hasta el sacrificio en la revolucion ; echó en la balanza de los acontecimientos cuanto él podía, su esfuerzo, sus recursos, su sangre : gobernó el Paraguay en horas de luctuosa perturbacion, teniendo que afrontar poderíos estensos y variados que se ponían en juego sin restriccion para aniquilar el partido, que él representaba. — Arrojado por la mala fortuna y el triste desenlace de sus esperanzas, se viò condenado á mendigar un asilo en que pudiera ocultarse, y pasó sus últimos años aherrojado en las cárceles del Perú. Nada dejó sobre la tierra, sino su nombre. Corresponde al historiador americano el deber de restablecerlo en su verdadera luz, y cuando evoquemos sus manes, no le hagamos levantar de la tumba, en que la crueldad le encerró, para arrojar el baldon sobre su memo-

(1) Charlevoix, Lib XVII.

ria. — Don José de Antequera fué amado del pueblo, y los pueblos no áman á los que comprometen insensatamente su vida y esplotan su sangre y su riqueza. Tambien los pueblos tienen su sentido moral. Mas aún concediendo la verdad de esa afirmacion, no es de nuestro deber disecar la conciencia de los muertos, que han dejado rastro en la historia. — La escuela de M. Taine es desconsoladora y fria. Estudiemos los héroes en su combinacion con los pueblos y con los hechos y en los grandes rasgos con que se dibuja su influencia, — sin descender al exámen nímio y severo de los resortes secretos y viciosos, que pudieran haberles animado. Esa especie de anatomía comparada de las almas, que por inconcebible aberracion, nunca se dá por satisfecha hasta haber descubierto una mala intencion ó un móvil torcido, no pertenece al dominio de la historia, que solo debe buscar la filosofia de los grandes acontecimientos y de los caractéres sobresalientes. — Don José de Antequera, por fin, era un hombre de inteligencia escojida, de vanidad superior á las rencillas mezquinas de su tiempo, de constante enerjía y espíritu emprendedor y perseverante. — Tal es definitivamente el aspecto de su carácter, como surge de la aglomeracion de detalles esparcidos en los anales.

Confiando en su suficiencia, le envió la Real

Audiencia de la Plata en calidad de juez pezquisidor en la causa de capítulos entablada por don Tomas de Cárdenas contra don Diego de los Reyes y Balmaceda Gobernador de la Provincia del Paraguay, (1) dándole las instrucciones convenientes, y un pliego cerrado además, que debía abrir en presencia del Cabildo de la Asuncion, si en la primera informacion resultára probada la culpabilidad de Reyes.

Llegó Antequera á la Asuncion el 23 de Julio de 1721, presentándose en seguida al Cabildo para acreditar la mision, que la Audiencia le habia conferido, — el cual le recibió y reconoció en su calidad, principiándose la actuacion.

Creyó el Sr. Antequera deber acceder al pedido del capitulante, mandando alejar de la ciudad á Reyes y muchos de sus parciales, que se temía pudieran impedir la regular continuacion del juicio, en lo cual se conformó á las instrucciones de la Audiencia.

Dióse principio á la Sumaria, que Cárdenas dividió en el órden de los capítulos, citando diferentes testigos para cada uno, el 20 de Agosto de 1721.

En cuanto al primer capítulo, ocho testigos

(1) Este nombramiento del señor Antequera, prévia la fianza del capitulante, estaba previsto y ordenado por la ley 20, tit. XV, lib. V de la Recopilacion de Indias.

autorizados (1), probaron la realidad de la acusacion, declarando que catorce ó quince dias despues de la recepcion de Reyes del Gobierno de la Provincia, atacó brusca y cruelmente á los Indios payaguás, que habian poblado en las inmediaciones de la ciudad al amparo del convenio celebrado con las autoridades paraguayas en 1714 durante el Gobierno de Bazan, (2) — ataque que en efecto habia provocado duras venganzas, de parte de los Indios, cuya conversion al cristianismo se ha hecho imposible, y que infestan no solo la Provincia, sino tambien todas las campañas de Corrientes; ademas de las órdenes crueles y pérfidas dadas al Castellano de San Ildefonso y al gefe del presidio de Tabati.

Ocho testigos españoles (3) y siete índios corro-

(1) Don Diego de Yegros, alcalde ordinario de la Asuncion: Don Sebastian Fernandez Montiel, Maestre Campo general de la Provincia: Mauricio Prieto de Ochoa, Sargento mayor: — Gerónimo de Flecha, capitan: Gonzalo Ferreira, capitan: Sebastian Ortiz de Zárate: Prudencio de Posada, capitan de Corazas: y Julian Guerrero Sargento mayor.

(2) La ley 9 tit. IV. lib III. de la Recopilacion de Indias, ordenaba lo siguiente:--- « Establecemos y mandamos que no se pueda hacer ni « haga guerra á los Indios de ninguna provincia para que reciban la « santa fé católica ó nos dén la obediencia ni para otro ningun « efecto, y si fueran agresores y con mano armada rompieren la « guerra contra nuestros vasallos, poblaciones y tierra pacifica, se les « haga antes los requirimientos necesarios, una, dos y tres veces y « las demas que convengan. . . . . Y ordenamos que si fuere necesario ha- « cer guerra abierta y formada, se nos dé primero aviso en nuestro « Consejo de Indias con las causas y motivos que hubiere para que « Nos proveamos lo que mas convenga al servicio de Dios nuestro « Señor, y nuestro. »

(3) Don Sebastian Fernandez Montiel, Maestre Campo general de la Provincia: — Matias R. de Santa Cruz, capitan: — Sebastian Benitez, Alcalde de Villa-Rica: — Ramon de Acosta: — Matias Valdivar: Bernardo Villa-Mayor. Alcalde de la Santa Hermandad: Martin de Laceval, y Roque Ramon.

boraron los cargos del segundo capítulo, afirmando que Reyes en diversas ocasiones había abusado de su autoridad y de la docilidad de los Índios, imponiéndoles arbitrariamente un servicio personal en provecho suyo, y sacándolos de sus pueblos para retenerlos largo tiempo en sus faenas particulares, sin abonarles nunca el menor salario.—Los testigos indios, que comparecieron á deponer en este punto, habían sido todos víctimas de los espresados abusos de poder del Gobernador Reyes, y se concertaban con los españoles para asegurar que tales procedimientos afectaban gravemente al porvenir y conservacion de los pueblos de indígenas cristianos,—y de consiguiente, á la prosperidad general de la Provincia.

Igualmente se probaron con número competente de testigos (1) los otros cuatro capítulos de que se componía principalmente la acusacion de Cárdenas, — resultanto Reyes culpable del delito de violacion de la fé pública, de malversacion de los dineros reales, y usurpacion de la autoridad soberana con notable perjuicio de los intereses de la Provincia. En esta emergencia, decidió el Señor Antequera cumplir el artículo 2° de las instrucciones de la Audiencia, abrien-

(1) Veáse el « Memorial ajustado » de D. José de Antequera, y la « Historia del Paraguay » del P. Charlevoix.

-do el pliego cerrado, que se le entregára para este caso. Convocó, en efecto, al Cabildo y le abrió en su presencia con todas las formalidades de estilo. Contenía su nombramiento de Justicia Mayor de la Provincia, con calidad de interino (1), nombramiento que coincidia con el que hizo en su favor el Virey del Perú, para suceder á Don Diego de los Reyes.—Recibióse del puesto el 14 de Setiembre de 1721, y diò principio al juicio, encarcelando á Reyes en su propia casa bajo la fé de su palabra, y embargando sus bienes por médio del Alguacil Mayor.

Llamado á juicio negó la verdad de los cargos resultantes en la Sumaria, y presentó testigos que depusieron en su favor, siendo á su vez contradichos por otros nuevos presentados por Don Tomás de Cárdenas.—Supérfluo nos parece seguir detalladamente el curso de este proceso, sujeto á todas las condiciones dilatorias de los juicios en los largos procedimientos de la legislacionespañola, aumentados en este caso por la importancia de los intereses debatidos y el invencible deseo de Reyes de prolongarlo cuanto supiera en su esfuerzo. Dióse la causa á prueba por ochenta dias, y se siguió con escrupulosa

(1) Esta determinacion de la Audiencia de Charcas contradecia el testo espreso de la Ley 17, Tit. I, Lib. VII de la Recopilacion de Indias.

severidad, concediendo al acusado la mas ámplia libertad para su defensa, así como para la exhibicion de documentos y testimonios en apoyo suyo.—Reyes, resguardado solamente por su fé de caballero empeñada, pudo sin la menor dificultad producir en juicio cuántas pruebas necesitaba, y no solo se procuró testigos y difusas defensas, sino que prolongó la causa, introduciendo en ella setenta y seis espedientes, que solo indirectamente se relacionaban con el cuerpo de la acusacion. Todos los asuntos en que había intervenido durante su gobierno y que podía presentar como un título al aprecio comun y un antecedente honorable para su persona, tenían cabida, á juicio suyo, en el espediente, y todos los introdujo, y todos fueron admitidos, llegando á engrosar de tal manera los autos, que por último contenían catorce mil pájinas de volúmen.

No cuadraba, sin embargo, tanta dilacion á las conveniencias del capitulante; así que se presentó el juez de pesquiza, pidiendo se apresurára su fin.—Despnes de oir sobre este particular las observaciones del acusado, determinó el Señor Antequera dar por concluida la causa. Al efecto citó á las partes, pero las citó inútilmente : Don Diego de los Reyes había desaparecido.

De diversa manera refieren los historiadores

amigos de Reyes los sucesos que acabamos de notar. Segun ellos, llegó Antequera á la Asuncion, en momentos en que el Gobernador Reyes se ocupaba en la visita de las Misiones jesuíticas del Paraná, y aprovechó aquella oportunidad para reunir á los vecinos, que mas apasionadamente le atacaban, y hacerse declarar por ellos como gefe suyo, sin que nadie pudiera oponerse á esta declaracion, tal era la impetuosidad con que desde luego procedió, así él, como los de su partido.—Cuando este abusivo proceder llegó á conocimiento del Gobernador, se apresuró á volver á la Capital para restablecer el órden ; pero era tarde yá : su enemigo se había apoderado de los medios de accion, y relegó al Señor Reyes á una aldea distante ocho ó diez leguas de la Asuncion, dando principio al proceso mas capcioso y menos leal, de que haya memoria. — Al mencionar la presentacion hecho por el Señor Antequera del despacho del Virrey en que le nombraba sucesor de Don Diego de los Reyes cuando éste terminára el periodo general de cada gobierno, no toman en cuenta la órden de la Audiencia, que llevó en pliego cerrado, la cual justifica el acto de tomar poseesion del mando, toda vez que su cumplimiento dependia del resultado del Sumario, con esclusion de toda otra circunstancia estraña.—Dueño del gobierno, nada detuvo á Antequera en su implacable ánsia de perder

á Reyes, á quien de tal manera afligió, sujetándolo á los mas duros tratamientos, que se vió obligado á ponerse en salvo para evitar la continuacion y aumento de su martirio, huyendo del Paraguay.

La conducta de Antequera como majistrado sale mal parada de manos de sus críticos, no solo en sus relaciones con la causa y la persona de Reyes, sino tambien en los términos generales de sus acciones con referencia al pueblo y al comercio paraguayo. —Dícese, en efecto, que el móvil que regía todos sus actos era la sed de enrriquecerse á toda costa sin reparar ni en el agravio que frecuentemente infería á la justicia, ni en los clamores del pueblo víctima de sus cínicas espoliaciones. Sin rubor ni respeto por las apariencias, protegía en los hechos menos justificables á cuantos podían servirle de instrumento para sus planes ulteriores, protegiéndoles con menosprecio de la ley,—así como á todos los que, aprovechando la avaricia y venalidad que formaron el baldon de su cáracter, compraban á precio de oro el disimulo ó la connivencia de la autoridad, que hace la ruina y el descrédito de los pueblos, cuando para desgracia suya, cae en manos ruines y tan poco honradas como las del Señor Antequera.

Es casi vano todo esfuerzo por sacar en limpio la verdad de estas contradicciones. Rara vez los

historiadores contemporáneos guardan la suficiente calma y serenidad de espíritu para someter á juicio sincero y desprevenido la conducta de los hombres de partido. Sin embargo, el curso del proceso de Reyes, resulta tal como al principio lo hemos referido, del contexto de su estracto impreso : y creemos que es el documento mas autorizado y digno de crédito de cuantos pueden haberse á la mano sobre estos acontecimientos. — Si en una época de sérias turbulencias, que debían ser tanto mas hondas en el Paraguay, cuanto que le sorprendían despues de una larga paz, se cometieron abusos de entidad, y los que formaban llevados del interés comun ó del suyo propio en el partido dominante, aprovechaban la fácil coyuntura de enriquecerse á costa agena, manchándose con graves atentados,—no debe causar sorpresa á quien conoce la estraña situacion en que coloca á las sociedades todo sacudimiento que las afecta íntimamente.—Los partidos siempre son injustos. Las facciones nunca vacilan en disimular en el dia del triunfo los desafueros de los suyos. Los malos elementos que encierran se sienten fuertes, y considerando que su partido necesita de su concurso, abusan del predominio fujitivo que gozan. Las leyes callan y tiemblan. Ésta es la amarga verdad, que se trasluce vívida y fuera de discusion en todos los desencadenamientos de

la barbarie latente, de que necesitan echar mano los partidos para luchar y para triunfar. — La situacion que el Paraguay atravesaba entonces estaba sujeta á estas terribles, pero innegables condiciones. Los anales de toda revolucion encierran la misma leccion, y la presencia constante en la historia de estos estragos de la justicia y la huella que su torrente desolador deja en las sociedades por donde pasan como una inundacion, es sin duda la que ha inspirado á un pensador la máxima populamente conocida en nuestro pais, de que el peor de los gobiernos es preferible á la mejor de las revoluciones. Injusto sería, no obstante, hacer recaer la culpa de cada desafuero sobre la cabeza de los que representan la autoridad, surgente del choque de los partidos. Sea esto dicho en defensa de la noble víctima, sacrificada á los ódios de un absolutismo sin freno ni sentido. Faltan las pruebas á las acusaciones que se han hecho contra Antequera,—al paso, que abundan los instrumentos, con que pueden juzgarse de un modo favorable las líneas generales de su conducta.

Dejando esta discusion de los fundamentos de nuestro juicio histórico, en que poco podemos avanzar, prolongándola, — consta por universal asentimiento la fuga del Gobernador Reyes, que se trasladó á Buenos Aires, segun

el P. Charlevoix con el intento de marcharse en seguida á España á entablar personalmente querella ante el Rey y el Supremo Consejo de Indios contra la Audiencia de Charcas y la comportacion del juez pesquisidor.— Escaso apoyo encontraria Reyes en la opinion pública, cuando de esta manera abandonaba el teatro de los acontecimientos para ir á buscar refugio á la distancia, ó entregarse desconsolado en brazos de la autoridad real á llorar sus cuitas, — él, que había probado que no carecía del corage y fuerza de voluntad necesarios para mantenerse en su derecho. Reyes fué el primero en hacer brillar la espada en la lucha, probando que no le arredraba ni detendría el empleo de la fuerza: violentamente resistió el primer mandamiento del Cabildo en 1720 para entregar el mando al Alcalde de primer voto : resueltamente contestó, como atestigua el Padre Charlevoix, á la primera intimacion del Señor Antequera para abandonárselo, y en el curso posterior de estas turbulencias no se mostró seguramente medroso ni apocado, ántes acredita su ánimo y su impetuosidad en la reconquista armada de la silla, á que le volvía la mano ciega del Virrey del Perú, ignorante de lo que pasaba y de cuán profundamente hervía aquel pueblo, al cual consideraban destituido para siempre del uso de la razon.—Su fuga, por consiguiente, debe atribuirse

á la conciencia íntima de su desprestigio : al profundo convencimiento, que debía abrigar, de que el pueblo permaneceria sordo á su llamamiento, cuando simultáneamente y en opuesto sentido le hablaba la voz harto mas simpática para él de su Cabildo, que abiertamente se declaraba en favor del Señor Antequera.

La cuestion empieza á complicarse aquí.—La resistencia á Reyes vá á tomar el aspecto de una resolucion de la Ciudad, aunque el partido no acepte francamente todavía ni su nombre ni su responsabilidad.—Esta situacion es el rasgo de otra época, que tardará todavía en aparecer, y que constituye la revolucion propiamente dicha.

Los pueblos guaranís ván á comparecer tambien al juicio de la posteridad. Poco tardarán en embrazar la adarga y ser lanzados por sus gefes á afrontar peligros y pesar en el órden de los acontecimientos. La Provincia de Misiones vá á hacerse teatro de estraordinarios sucesos, y á asumir un papel importante y cuasi decisivo en la política del Paraguay, desbordando con todo su poder y enviando sus legiones á batallar por los intereses de un partido.

A principios de 1723 y despues que la fuga de Reyes de la Asuncion hacía imposible ó inútil la continuacion de la causa, el Señor Antequera envió los autos de cuanto había obrado á

la Audiencia de Charcas. En aquellos momentos supo la Audiencia por un escrito de la parte capitulante, que Reyes había obtenido del Virrey del Perú despachos de reposicion en el Gobierno del Paraguay, hasta que se le nombrára sucesor por los términos ordinarios. Juzgó el Tribunal que el Virrey solo había podido otorgar dicho documento, falsamente informado de los negocios del Paraguay, sea que ignorára la gravedad y estension de los cargos sumariamente probados contra Reyes, sea que creyera que su deposicion solo se fundaba en la nulidad del nombramiento por causa del defecto de naturaleza, que podía él subsanar en uso de sus atribuciones; — y determinó retener el despacho hasta que impuesto el Virrey del estado en que marchaban los sucesos y el grado de probanza á que había llegado la capitulacion, así como de la fuga del acusado, determinára lo que su rectitud le aconsejase.

Inútiles fueron las diligencias de la Audiencia para impedir que llegára el Despacho á poder del interesado. Súpose primero que había llegado á poder del Procurador de Reyes Juan de la Calancha; éste declaró que lo había entregado al abogado Herrera, el cual á su vez aseguró haberlo pasado á Doña Gregoria Ortiz de Castro, esposa del Secretario del Virrey: y ésta haberle enviado á Don Alonso Alfaro, Teniente de San-

tiago del Estero,—resultando por fin de los procedimientos intentados en Santiago, la retencion del pliego, cuyas consecuencias no preveía infundadamente la Audiencia.—Informado sin embargo el Virrey de dicha retencion, le envió á Reyes un duplicado.

Don Diego de los Reyes recibió su reposicion estando en Buenos Aires. Nuevas esperanzas le sonreían. Nueva y fundada confianza engendró en su ánimo este documento, que debía abrirle sino las puertas de la Asuncion, cuyas aldabas él sabía, que era dificil violentar, á lo menos copiosas fuentes de recursos, proporcionándole con el respeto comun á las decisiones superiores y á las personas revestidas de la alta proteccion, el ausilio de brazos poderosos, y la delibitacion de sus enemigos, abandonados á sus propias fuerzas.

Dueño de tan poderoso talisman, se decidió á encantar á los jesuitas y hacerse seguir gozosamente por las mansas pero valientes poblaciones del Uruguay y Paranà, y partió para la Provincia de Misiones, deteniéndose en la próspera Reduccion de la Candelaria. — Mucho han luchado los infelices guaraníes, desde los dias en que contra el ímpetu asolador del mameluco defendían su vida y sus hogares: mucho han sufrido desde los dias agitados y fatigosos en que abandonaron con el corazon hinchado de dolor

los sitios encantados de sus recuerdos en la trasmigracion de Guayrà: mucho y muy esforzadamente han combatido por la seguridad co mun; pero tan tranquilamente y con tan copleta abdicacion de sí mismos duermen en los brazos de sus conductores, que no saben si en el mas inesperado momento no ván á arrojarlos en el abismo, para despertar en el peligro y reflexionar en las duras fatigas de la guerra.

La Provincia de Misiones se transforma en taller de las revoluciones y centro de la politica armada.

Don Diego de los Reyes encontró en los jesuitas el apoyo que esperaba. — Sérias consideraciones y una prevision digna de encomio decidió á los Padres á ligarse al partido de Reyes.— El rumor que solo se percibe en la historia como un éco lejano, como la resonancia que por largo tiempo deja en el oido la estrepitosa y salvaje armonia del torrente, era entónces el éco creciente y el bramido de un abismo que se abría en la Sociedad, rasgando su asiento con el atlético vigor de todas sus fuerzas vivas. Retumbaba cada vez mas amenazador, vibrando el cuerpo elástico del pensamiento dominante, en que se balanceaban los pueblos como en un mar de ondas narcóticas, á la manera con que se balancean en el aire los grandes cuerpos de la creacion, y los séres vivos y orgánicos y elementales sobre la

movible esfera de los planetas. — El observador contemporáneo podía comprender sin dificultad el camino que tomaban los acontecimientos y la direccion en que se inclinaban los partidos; podía ver, que la idea de los privilegios comunales ganaba terreno, y que no estaba lejano el dia de una explosion franca del nuevo partido, situacion, que como hemos observado en el capítulo I de este Ensayo, (1) era temible para los jesuitas. La actitud del Señor Antequera ligándose al Cabildo, que representaba á la ciudad y hablaba en su nombre, y haciendo comun con él su pensamiento y su causa; la impotencia del Señor Reyes para contrarrestarle, además de esa agitacion sorda, que lame como la marea las murallas de que se ampara el principio triunfante, y cuyos detalles escapan necesariamente á la historia, — debieron dar á entender á los Padres la proximidad de una crísis y resolverles á colocarse bajo las banderas que les ofrecia mas abundante y mas tranquila sombra. La exhibicion, por otra parte, de los Despachos al Virrey Morcillo garantían á los jesuitas, toda vez que á la larga el triunfo debia coronar los es-

(1) Me parece que el parentezco del Superior de Misiones con Don Diego de los Reyes, de que se ha hecho mérito por otros escritores, no vale la pena de ser tomado en cuenta como causa determinante de la participacion de los jesuitas en esta lucha. --- Lo contrario es no conocer la politica de los jesuitas ni á los jesuitas mismos.

fuerzos del partido de Reyes, de la seguridad y confianza con que podían coadyuvar á sus intentos. (1) — La Provincia de Misiones se encontró comprometida en la cuestion.

Don Diego fué reconocido en la Candelaria como Gobernador del Paraguay, y prestó juramento en manos de su hijo Don Cárlos de los Reyes, á quien dió el título de general de Armada. — Congregados los vecinos de la Candelaria en presencia de los Padres y de los Señores Reyes, con asombro no escaso probablemente de su parte, ya que jamás concurrian á otras asambleas sino las de la Iglesia y las fiestas populares de las grandes solemnidades del Corpus ú otras análogas, el Señor don Cárlos les dirijió la palabra en lengua guaraní, significándoles que el Despacho que exhibía, emanaba de S. M. y del Excelentísimo Señor Virrey, y ordenaba que su padre, Don Diego de los Reyes, fuera reconocido en calidad de Gobernador y Capitan general de la Provincia del Paraguay.— Los Índios oyeron. La ceremonia terminó con el juramento del Señor Don Diego. Los Índios se retiraron.— No sabían que aquella ceremonia, que habían presenciado con curiosidad, no era sino el prólogo de una tragedia, en que les estaba destina-

(1) Véase la página 19.

do el papel de comparsas. — ¡ Infelices los pueblos que viven ciegos, y mueren combatiendo bajo la accion de delirio, sin aspiraciones en el alma ni la conciencia de su causa !

Armó en seguida Don Diego un corto número de Índios misionistas, que se pusieron á su disposicion por órden de los Padres, y entró en la Provincia del Paraguay en tren de guerra, llegando hasta el establecimiento domínico de Tabatí, desde donde comenzó á impartir órdenes á varios gefes de destacamentos y presidios, significando su voluntad decidida de ser repuesto en el ejercicio de sus funciones majistrales. — El Cabildo de la Asuncion y el de Villa-Rica, así como la mayoría de los oficiales, que tenían fuerzas bajo su mando, espusieron al Señor Antequera los graves males, que podrían originarse de no reprimir la actitud del Señor Reyes. En consecuencia de estas peticiones el Gobernador en ejercicio, ordenó á un Alcalde de la Santa Hermandad que, presentándose en la residencia de Reyes, le requiriera á apersonarse en la Capital, y restableciéndose en la prision, que había violado á pesar de tener empeñada su palabra, exhibiera ante el Cabildo el Despacho de reposicion otorgado por el Virrey y de que hacía mérito para sus inusitados procedimientos.

Reyes había abandonado á Tabatí, cuando el Comisionado se dirijía á hacerle esta intimacion,

volviendo á penetrar en el territorio de Misiones, donde contaba poder engrosar sus fuerzas con los contingentes que los Padres le proporcionáran. — Parece que Don Ramon de las Llanas, á lo cabeza de corto número de soldados, acompañó á dicho Alcalde para forzar á Reyes á obedecer la órden de presentarse en la Asuncion, y no encontrándole procedió violentamente á la prision de Don Agustin de los Reyes, clérigo, que había recibido las sagradas órdenes hasta el diaconado, é hijo de Don Diego, así como á Don José Caballero Bazan, Cura de Yaguaron, que se sospechaba estar en connivencia con Reyes.

En esta situacion y persuadidos tal vez, aunque no lo declaráran, de la realidad de los Despachos, que traía Reyes, los partidarios de Antequera determinaron convocar el Cabildo para que éste deliberára sobre la conducta que debía observarse. Reunido efectivamente, y á pesar de la opinion del Alferez Real Don Dionisio de Otazú y del Regidor Don Juan Caballero de Añazco, que pensaban que no podía por razon alguna dilatarse el obedecimiento de una órden del Virrey, — prevaleció el contrario dictámen. La mayoría del Cabildo apoyándose en que, siendo lícito suplicar hasta tres veces las órdenes directas del Rey, aplazando su cumplimien-

to (1), con mayor razon podrían detenerse despachos ó disposiciones emanadas del Virrey, cuya autoridad es inferior, — aconsejaba la retencion del recibimiento de Reyes hasta que el Virrey contestára á la representacion del Cabildo. — Así lo deliberó, creyendo evitar las funestas consecuencias de la reposicion de Reyes, y mientras tanto, ratificó su nombramiento de Gobernador de la Provincia al Señor Don José de Antequera.

Publicada la determinacion del Cabildo, é instado por éste y muchas personas influyentes en el Paraguay, el Señor Antequera armó una division militar de quinientos hombres y bajó con ella hasta el paso del Tebicuarí. — Desde allí impartió órden á los Cabildos de los pueblos de Misiones pertenecientes á su jurisdiccion, donde había sido recibido Reyes como Gobernador y continuaba ejerciendo las funciones anexas á la suprema majistratura de la Provincia, para que comparecieran á dar cuenta en su presencia de la conducta, que habían observado haciendo el espresado reconocimiento, sin que Reyes hubiera hecho prévia presentacion de sus títulos y despachos al Cabildo de la Asuncion. Un alcalde de la Santa Hermandad, acompaña-

(1) La ley era terminante. Veáse la 24, tit. I, lib II, de la Recopilacion de Indias

do del Protector de Naturales y de cuatro vecinos, fueron comisionados para notificar dicho auto á los Cabildos á los cuales se dirigía. Esta Comision recibió una hostil acojida en Misiones. Parte de los Cabildos se negaron terminantemente á obedecer la órden, que les comunicaba, y por todas partes encontraba señales de que la Provincia se ponia en pié de guerra, haciendo á gran prisa preparativos bélicos y guardando con vijilancia los caminos interiores. — Sin embargo, poco despues de volver y haber dado cuenta de sus estériles diligencias, presentáronse en el campamento del Tebicuarí algunos Cabildos Misioneros, acompañados de dos religiosos de la Compañía (1). Procedió el Señor Antequera el interrogatorio, que había indicado en su auto anterior, sin conseguir, como era fácil de esperar, una respuesta capaz de satisfacer sobre el pensamiento, que animaba á los Índios en su decidida liga con Reyes. Manifestáronse sorprendidos los Índios de recibir un reproche por acciones, que solo habían ejecutado en virtud de órden de los Padres, de cuya rectitud no eran ellos capaces de concebir ni aun la sombra de una sospecha.—El Señor Antequera intentó entónces levantar un proceso para juzgar

(1) Los Padres Francisco de Robles y Antonio de Ribera.

la conducta de los Cabildos guaranís; pero hizo peso en su ánimo la observacion capital del Protector de Naturales, quien esponiendo la organizacion de Misiones y el sistema de gobierno, que sujetaba á los pueblos, de modo que eran impotentes para halagar por sí mismos una idea y menos para proceder en cuestion tan séria por inspiracion propia, pidió se sobreseyera en la causa, sin tratar de averiguar el oríjen demasiado claro de la comportacion de los Cabildos, y que no podía ser otro, sino la voluntad y mandato de los religiosos que los dirijían. — Accedió el Señor Antequera, y aunque permaneciera activo Don Diego de los Reyes, usando de su autoridad acatada en Misiones, creyó que por entónces á lo menos, era inútil su permanencia fuera de la Ciudad, y regresó á ella, pasando informe detallado de lo hasta allí ocurrido al Supmo Consejo de Índias, al Virrey del Perú y á la Real Audiencia de la Plata.

Aunque las relaciones, provenientes de distintinto partido, difieran en los detalles, convienen, sin embargo, en la sustancia de los hechos; cada uno puede apreciar las intenciones á su manera, pero guardan armonía en el órden de los acontecimientos.

La aproximacion del ejercito de Antequera á las fronteras de Misiones, acabó de señalar á los jesuitas lo que tenian que esperar y que temer

en la cuestion iniciada, y á pesar de las protestas hechas de una parte y otra: de parte de Antequera de no atacar los pueblos guaranís, y de parte de los jesuitas de no mover un solo hombre sin órden espresa y directa de las autoridades superiores, — todos se mantenian en sus recelos y comprendian perfectamente el valor real de tales promesas. — En el grado de efervescencia á que habia llegado el pais, era tan difícil reprimir las turbulencias, como calcular el estremo á que habian de llevarse las pasiones y los ódios.

Con fecha 3 de Marzo de 1723, la Audiencia Real, que todavia tenia empeño en mantener en el Paraguay á su Enviado, á quien mas tarde abandonó, condenando sus procedimientos, — dictó una determinacion, en que se ordenaba, que hasta haber obtenido la resolucion definitiva del Virrey del Perú, al cual habia trasmitido las actuaciones obradas contra Reyes, y haberla recibido, por conducto suyo, nadie innovára lo mínimo en el Gobierno del Paraguay, conservardo al Señor Antequera en el ejercicio provisorio de su cargo, so pena de incurrir en una multa de diez mil pesos.

Los temores que de contínuo asediaban el ánimo de los vecinos del Paraguay, aumentaron en estos momentos con una carnicería hecha por los Payaguás en la costa del Paraná contra los Españoles de un barco perteneciente á los Padres

de la Compañía de Jesús, acto de barbarie en que solo se veía la reproduccion de las venganzas suscitadas por los atropellos de Reyes al principio de su gobierno.

No bien repuesto aún el pais de esta nueva amenaza, se supo que Reyes no cejaba en la perseverancia de sus planes. — Establecido de nuevo en la Provincia de Misiones usaba de la autoridad, y se empeñaba en imponer trabas al comercio, mientras enviaba al Cabildo de la Asuncion una cópia del Despacho del Virrey, autorizada y certificada por los Padres jesuitas, en que le reponía en el Gobierno, por cuanto entrañaba violacion de la ley la investidura del cargo de Gobernador hecha en la persona del Juez del cesante, y ordenaba el desembargo de todos sus bienes. — En una fiesta pública de la Asuncion, presentó al Señor Protector Antequera este despacho el hijo del favorecido, Don Agustin de los Reyes, antes mencionado, y aquel se apresuró á comunicarlo al Cabildo para que deliberára lo que juzgase convenir á la Provincia, en vista del superior mandamiento. El Cabildo declaró, que la certificacion del Despacho no hacía fé; — y que Reyes, perturbando la paz pública y embarazando la marcha de la Administracion con su obstinada voluntad de reasumir el mando, — así como tomando resoluciones, que son del resorte de la majistratura suprema de la

Provincia, — había incurrido en los delitos y penas señalados en la Providencia interinaria de la Real Audiencia.

Verosimilmente se puede suponer, que si Reyes se hubiera encontrado, como si dijeramos, en poder de sí propio y sin mas recursos que los que pudiera suministrarle su partido en el Paraguay, ó el apoyo que su prestigio entre el pueblo hubiera de ofrecerle, — habría desistido á poco andar de su ánsia de gobernar la Provincia y se hubiera resignado á ser eliminado por los sucesos de la escena política. Mas no sucedía así. — Los jesuitas le amparaban y hacían acatar su autoridad: todos los ministros del poder, ligados por el interés de cuerpo á las representaciones sociales del Soberano, debian tomar parte activa en favor de una causa que era mediatamente la suya, y si nos es permitido usurpar á la filosfoía una palabra, comprendían que adhiriéndose á Reyes y ayudándole, ejercian una accion, transeunte en la apariencia, pero inmanente en la realidad. Así era que le protegian las justicias de Buenos Aires y Corrientes, y contando con su apoyo se trasladó á la última de estas ciudades, en la cual se dió á levantar un proceso contra el Señor Antequera y á reintegrar los bienes, que se le embargaron, apoderándose de las mercancías de los negociantes Paraguayos. Decidieron de comun acuerdo Gobernador y Cabil-

do requerir á las autoridades correntinas para que prendieran y remitieran al Señor Reyes; pero viendo los comisionados, que eran los alguaciles mayores de la Asuncion y un Alcalde de la Santa Hermandad con escolta armada, — que sería imposible convenir con los Ministros de Corrientes en la entrega del delincuente, — (hablamos con sus palabras), — valiéronse de medios cautelosos, echaron mano de su persona y le condujeron á la Capital del Paraguay, donde fué encarcelado en las habitaciones del Cabildo (1).

De este modo se encadenan los desafueros é informalidades en épocas análogas, en que tiembla tanto el suelo, que parece vacilante hasta la justicia. — Si en alguna ocasion es exacto el emblema con que se representa á este reflejo de la moral en una matrona con la espada levantada y los ojos vendados, en sin duda durante las revoluciones, en que se enceguece la Sociedad, y se alza su brazo sin respeto por las formas, ni escrúpulos en favor de la inocencia. Un convencional francés decia, que una revolucion es la Sociedad apresurando su accion en todo, hasta en la justicia. Mas exacto habría sido decir, que la revolucion es la Sociedad convertida en accion.

(1) La medida de requerir á las autoridades de Corrientes, es conforme á la Ley 22, Tít. I, Lib. VII de la Recopilacion de Indias.

Impera la fuerza del caudillo ó de la muchedumbre: el pueblo se desprende del ideal y lo coloca en el horizonte, como fin, mas no como móvil de sus aspiraciones y de sus hechos. En la revolucion, aunque la Sociedad piense tan en abstracto como Platon y tan candorosamente como Roberto Owen, — obra como Hobbes y camina como Maquiavelo. Mirad sino á Danton, iniciando á la Francia en el derecho, y encaminándola por el crímen. — Mirad á Clodio fulminando anatemas contra la injusticia, y ensangrentando la frente de Roma: y mirad por fin al órden combatiendo con el desórden, y desencadenando á Milon contra Clodio para castigar el crímen con el crímen. Así es la revolucion. Así lo son todas Así lo fué la del Paraguay. Antequera en calidad de Juez de Comision, podía sin violacion del derecho penetrar á mano armada en la jurisdiccion de otra Provincia para apoderarse del hombre á quien perseguia: pero no era lícito sin violacion de la moral, recurrir el dolo y la trapaceria para llegar donde las circunstancias se lo vedaban.— La Provincia de Corrientes se alarmó con este motivo, y tanto sus autoridades locales como las de Buenos Aires, de cuya gobernacion formaba parte, reclamaron fuertemente del hecho; pero la accion se sostuvo á sí misma. Talvez á esta doble irrupcion de las turbulencias del Paraguay, puede atribuirse la participacion que tomó mas

tarde Corrientes en favor de los comuneros.— La iniciacion era ruidosa. El éco que los oídos del pueblo conservaron, sirvió para escitar sus meditaciones.—

Reyes y sus amigos interpusieron queja ante el virrey de Lima (1), el cual yá de antemano habia reconvenido á la Real Audiencia sobre la conducta de Antequera en el Paraguay, y á ella misma por haberse resistido á dar cumplimiento á sus repetidas órdenes,—reconvenciones, que renovó con este motivo.—La Real Audiencia le contestó, disculpandose y disculpando á Antequera, de quien tenia erradas noticias el virrey, en cartas de 13 de Mayo de 1722, 13 de Marzo, y 11 de Octubre de 1723, (2).—En esta última reprobaba la Audiencia la conducta de Antequera en ciertos detalles: primero en su espedicion hasta el Tebicuarí, con la cual á su juicio, alarmaba esterilmente á los habitantes pacificos de la Provincia: segundo, en la mala voluntad, que habia manifestado contra los Padres de la Compañia de Jesús, y principalmente por haberles escrito una carta en que os trataba duramente, atribuyendoles gran parte en las turbulencias del « Paraguay: porque, decia la Audiencia, si en

(1) Rev. Arzobispo Maestro Don fray Diego Morcillo Rubio Auñon.
(2) « Memorial ajustado » de D. José de Antequera,--« Histoire du Paraguay » par le Père P. F. X. Charlevoix..

« todas partes son dignos de la mas relevante cor-
« respondencia, por la infatigable exaccion con
« que satisfacen á su Sagrado Instituto, en nin-
« guna mas que en aquellas Provincias, en donde
« deben á su ardiente celo, la Iglesia copiosa miés
« de Christianos, y su Magestad innumerable mul-
« titud de vasallos, manteniendo en su Evangé-
« lica disciplina, doctrina, y exemplo lo que re-
« duce al Católico Rebaño su incesante predica-
« cion. » Sin embargo, trataba en seguida de disculpar dicha carta, manifestando las razones, que podian engendrar temor hácia los Padres, de parte del Señor Antequera, pero sin tocar las que resultan del exámen de la historia, como únicas capaces de motivarlo.

La cuestion se precipitaba. El Virrey quería hacerse obedecer. Dictó una órden en que preceptuaba: 1° la reposicion de Reyes y todos los oficiales, pertenecientes al gobierno de éste, y que habian sido destituidos por Antequera: 2° la restitucion de todos los bienes, que mediante la capitulacion de Cárdenas, le habian sido confiscados: 3° el comparendo del Señor Antequera en Lima, en plazo de ocho meses, sin pasar por la residencia de la Audiencia Real; órden, cuyo cumplimiento encomendó al Coronel Don Baltazar García Ros, Teniente del Rey en Buenos Aires (1), encargándole á la vez se hiciera cargo

(1) 8 de Junio de 1723.

del gobierno de la Provincia, si creia inconveniente el restablecimiento de Reyes.

Cuando se supo en el Paraguay la existencia de esta órden, movióse grande ajitacion en todo el pueblo, con especialidad entre los gefes militares, quienes pidieron al Señor Antequera, que llegado el caso, no deliberára el Cabildo sobre este asunto sin su concurso, toda vez que las Leyes les acordaban el derecho de suplicar y retener los mandatos supremos del Soberano.—Llegó, en efecto, poco despues el Señor Don Baltazar Garcia Ros con tropa reclutada en la jurisdiccion de Buenos Aires y en Misiones, y á pesar de las reclamaciones de Antequera y del Cabildo, que le pedian se detuviera y enviára á la Asuncion sus despachos,—adelantóse hasta el territorio propio del Paraguay y se situó sobre el rio Tebicuarí. Allí, porfin, consintió en someterse á las decisiones que le comunicára el Gobernador actual de la Provincia. El 13 de Diciembre de 1723, los majistrados, cabos militares y pueblo de la Asuncion, con posterior adhesion de los de Villa-Rica, resolvieron en Cabildo abierto no recibir en la Capital ni acatar como tal Gobernador de la Provincia ni al Señor D. Diego de los Reyes ni al Señor D. Baltazar Garcia Ros. El Señor Garcia se sometió.—Convienen todos los partidos en la realidad y espontaneidad de esta resolucion. El pueblo de consiguiente, por sí

y por médio de sus representantes obraba activamente, y su voluntad libremente espresada contribuia á dar á la resistencia apoyo en el presente y altura é importancia en el porvenir. Nosotros que desde este porvenir la miramos, reconocemos fácilmente los pasos y marcha gradual con que vá creciendo y determinándose la crísis.—El pueblo ordenó é hizo acto de soberania local.

Contribuyeron poderosamente al sometimiento y retiro del Señor Garcia circuntancias ajenas á su respeto por la voluntad del pueblo. Sentiase débil, desde luego, para oponer violenta y pertinazmente á la actitud resuelta del Paraguay otra actitud igualmente hostil. Sin concurso en la opinion y sin fuerzas militares suficientes para trabar una lucha, hubiera sido temerario de su parte comprometer su vida y el éxito remoto de la empresa, que le estaba confiada, y cuyos reveses en aquel momento habrian puesto en manos del Paraguay mayor poder, y en su corazon con un notable aumento de esperanzas, abundantes creces de coraje.—Por otra parte, los deberes permanentes de su puesto en Buenos Aires le llamaban imperiosamente. La cesion hecha por Felipe V á los portugueses de la Colonia del Sacramento por el Tratado de Utrecht, lejos de estinguir habian dado nuevo pábulo á las seculares pretensiones territoriales de la Cor-

te de Lisboa; y pretendiendo encerrar el Brasil en una línea circularmente tirada desde sus antiguas fronteras hasta la Colonia, habianse apoderado de Montevideo. — Para conseguirlo mas fácilmente, y temiendo esperar á que se terminaran las obras de fortificacion, emprendidas por el Gobernador Zavala, y en las cuales cupo la parte mas importante á nuestros infatigables Misionistas,—aprovecharon el momento en que todavia estaban pendientes.—Habiéndose ausentado Zavala de Buenos Aires para obligar á los portugueses al desalojo de dicha plaza, creyó Garcia, que debia apresurarse á ocupar su puesto en esta ciudad. Todas estas razones le decidieron á someterse á la deliberacion del 13 de Diciembre, abandonando la Provincia del Paraguay.

La guerra con los portugueses agitó como era natural todas las posesiones españolas á las cuales comprometia mas ó menos de cerca—Los Padres jesuitas del Colegio de la Asuncion, escribieron colectivamente al Provincial P. Luis de la Roca, pidiéndole que no contribuyeran esta vez las Misiones con contingentes armados á la recuperacion de Montevideo. No obstante la tradicion gloriosa de los guaranies, baluarte siempre firme de la integridad territorial constantemente amenazada por los colonos, y brazo que jamás se fatigaba de luchar y de trabajar en pro de la seguridad comun,—los jesuitas del Para-

guay se resistian á que una vez mas entráran en la liza, porque necesitaban tener sus fuerzas libres y completas en presencia de los estraordinarios acontecimientoe de dicha Provincia. Lejos de disimularlo, declaraban en su esposicion al Padre Provincial, que si las Misiones se debilitaban era fácil que los paraguayos aprovecháran la oportunidad de vengar los desafueros, que enrostraban á los Indios, cuando en el siglo anterior, acudieron á reponer otro gobernador durante las tumultuosas y sangrientas cuestiones de Fray Bernardino de Cárdenas,—y haciendo sentir las animosidades despertadas contra su Instituto por su alianza con Reyes.—Sin embargo, concurrieron á la guerra con 3,000 hombres, como dos años ántes habian enviado 500 á reconquistar la Colonia. (1)

Previsor como era el Señor Antequera, creyó que alejaría en parte las sospechas de desamor á la causa del Soberano, que recaian sobre él, implicando de suyo un peligro; é interesado probablemente en la conservacion del territorio español, y deseoso segun recela el P. Charlevoix, de hacer salir del Paraguay personas, que le hacian sombra,—envió por su parte al Gobernador Zava-

(1) Vease el Memorial del P. Gerónimo Herran, pidiendo la separacion de los pueblos del Paraná de la jurisdiccion del Paraguay.—

la un socorro de soldados, conservando, sin embargo, fuerza bastante para resistir en los choques de la política interna, colocada en ese terreno, que la sangre derramada hace cada vez mas resbaladizo.

No obstante, el absolutismo no podia reconciliarse con quien de tal manera se ligaba con el pueblo. Una órden del Virrey dirijida al Señor Don Bruno Mauricio de Zavala, en que le encargaba lo pacificacion del Paraguay, y la imposibilidad en que éste se encontraba de abandonar su puesto en frente de los portugueses, le decidieron á enviar por segunda vez á D. Baltazar Garcia Ros.—El religioso franciscano Fray José de Palos, Obispo taliense, nombrado coadjutor del Paraguay, á quien poco tardaremos en ver figurar en la escena política, se negó á aprovechar de esta ocasion para trasladarse á la diócesis, de cuyo gobierno estaba encargado, como se lo instaba Don Baltazar, que contaba con su opinion en las cuestiones que iba á zanjar, y cifraba sin duda grandes esperanzas en la presencia y compañía del Pontifice. No quiso el Señor Palos acompañarle, sino hasta la Reduccion de los Reyes, relativamente próxima á Buenos Aires. Desde dicha Reduccion escribió el Señor Garcia al Padre Superior General de Misiones Tomás de la Rosa, pidiéndole dos mil soldados guaraníes, equipados y armados á su costa, que le esperáran el 1° de

Agosto en el paso del Tebicuarí, llevando provisiones para dos meses. La órden fué placenteramente obedecida.—La Provincia de Misiones era como una máquina al servicio de sus maquinistas: una especie de catapulta, que manejaban los Padres, conduciéndola sin esfuerzo ni resistencia á donde les convenia derribar una muralla.—El aparato de guerra animado amenazaba ahora al Paraguay.

La alarma cundió con rapidez por toda la Provincia, porque á nadie se ocultaba que estas nuevas complicaciones erizaban de dificultades el triunfo de la revolucion y la solucion del problema tan hondamente agitado. No era solo la persistencia del Virrey en sus propósitos lo que esta alarma engendraba: la pertinaz y creciente participacion de los Jesuitas en la lucha, contribuia sobremanera á ella, toda vez que estaba en el conocimiento comun el poderoso influjo, que gozaban en Lima y en Madrid, y sobre tantos motivos, la liga del Obispo Fray José de Palos con Ros, anunciaba una nueva série de combates y de infortunios, si como era de temer, asumia con franqueza su papel de partidario, pudiendo llevar la perturbacion y la duda al seno de las conciencias creyentes. La aparicion posterior de una carta suya dirijida en 6 de Agosto de 1724 al P. Policarpo Dufo, atestigua, que yá en estos momentos ocupaba su puesto en el partido de los abso-

lutistas, en el cual se dejó sentir pesadamente mas tarde, durante el encarcelamiento de Don José de Antequera.—Los temores de los paraguayos no carecian, pues, de fundamento. Dueño absoluto de todas las fuerzas de la Sociedad: en posicion conveniente para levantar una voz, que habia de producir el escándalo, sino la indígnacion en la mayoria de los que gobernaban los pueblos, y por ventura en los pueblos mismos, su enemigo levantaba el brazo formidable, contra aquel partido encerrado en los estrechos límites de una Provincia, sin mas recursos, que los escasos, que dentro de su seno se encerraban, y que no habia llegado al grado de desarrollo necesario para invocar sin rebozo la idea y la nocion política, en que se fundaba. ¿Cómo no alarmarse entonces?

Mas, si el partido revolucionario tenia que temer de los recursos estensos y poderosos de su enemigo, éste no estaba muy seguro de encontrar en el pais el concurso de la simpatia. Por esta razon tambien temia. A principios de este año de 1724 (1), el P. Pablo Restivo, Rector del Colegio de la Asuncion escribia al Señor Don Baltazar Garcia Ros, aconsejándole, que se abstuviera de penetrar á mano armada, aunque una

(1) 5 de Enero.

victoria prévia se lo permitiera, en la Ciudad de la Asuncion, porque se esponia á renovar las escenas y desgracias acaecidas en 1649 con motivo de la venida de Don Sebastian de Leon y Zárate á apaciguar las turbulencias provocadas por el gobierno del Obispo Cárdenas. En esa circunstancia el Comisionado venia autorizado no solo por el Virrey, sino tambien por la Real Audiencia de la Plata, cuya resistencia actual á las órdenes del primero, complicaba singularmente la dificultad y aumentaba el peligro. Sin embargo, yá no era dable retroceder, y sea que el Señor Garcia Ros encontrára poco sólidas las razones del P. Restivo, sea que viera comprometido su crédito en caso de volver las espaldas al peligro que se le señalaba, el caso es, que continuó obrando con el mismo teson, y avanzando resueltamente hácia el Paraguay con el ejército que habia reclutado y que esperaba engrosar en el Tebicuarí con los dos mil indios, que hemos mencionado yá.

Entre tanto el ardor aumentaba en la Capital. Prevenían se de prisa armas y municiones y disciplinábanse soldados con que sostener el empuje de las fuerzas del Virrey. La indignacion de los partidarios de Antequera hácia las Padres de la Compañia aumentaba á la par y en proporciones alarmantes y todo concurria á presagiar una tempestad próxima y desoladora.—

Ya no cabia duda de que el Paraguay seria atacado.

El 24 de Julio de 1724, reuníase el pueblo y magistrados en Cabildo abierto para deliberar acerca de la situacion, despues de haberse retirado á su casa el Protector fiscal, Gobernador de la Provincia, á fin de no estorbar con su presencia la libertad de los pareceres y la espontaneidad de las resoluciones.—La Asamblea comprendió la solemnidad del momento, y adoptó una determinacion enérgica. Acordó resistir á todo trance y hacer la guerra á Garcia y á los Padres, en quienes veían su instigador y su mas fuerte apoyo.—¿Quién puede templar la irritacíon de los ánimos en circunstancias análogas, ni preservar á las multitudes de todo estravío y de todo esceso? El nombre de los Jesuitas, rodeado de incriminaciones abultadas por el ódio de partido, corrió de boca en boca en la asamblea, y cayó bajo el anatema lanzado contra los realistas. Los pueblos son feroces cuando se irritan: parecen un mónstruo elástico, que multiplica desmesuradamente sus fuerzas y alcanza á todas partes y aniquila sin escrúpulo ni compasion cuanto les es antipático ó causa de recelos.—¡Al Colegio! gritó la multitud enfurecida. ¡Atroz y tempestuosa sentencia contra los pacíficos moradores de aquellos claustros, que vivian consagrados al estudio y la oracion, cuando no á fatigosas tareas

apostólicas, ignorantes de lo que su Instituto pretendia, y siendo instrumentos dóciles de la política concebida en sus altas regiones y practicada ciegamente por ellos! El Colegio de la Asuncion no aparece complicado en las convulsiones de esta época, sino por la carta colectiva dirijida al Provincial, de que hemos hablado poco mas arriba; pero que de ninguna manera acusa, que sus miembros se encontráran iniciados en los planes generales de su caviloso sistema y mucho menos, que tuvieran responsabilidad en la sangre vertida por el apoyo que prestaban á los que iban á sofocar la voluntad del pueblo paraguayo. Los niños que se educaban, y los pobres que se asilaban en el Colegio todos se encontraban envueltos en idéntico peligro con la cruel amenaza del pueblo, que á cada instante se enardecia mas y mas.—Intervinieron, sin embargo, los magistrados, intervino la voz prestigiosa de Antequera, y despues de graves dificultades, consiguieron, por fin, apaciguarlo.

Los aprestos continuaban en la Asuncion. Garcia Ros seguia su marcha, despues de estar satisfecho de su Ejército, amaestrado en el territorio de Misiones.—Pocos días despues de la Asamblea, que acabamos de referir, se supo que el Ejército invasor, dirijido por el mismo Garcia Ros y por los Padres Jesuitas Policarpo Dufo, Cura de Santa Maria, y Antonio de Rivera, Cura de San-

tiago, habia acampado sobre el Tebicuarí en jurisdicion paraguaya y comenzado las hostilidades. Juntóse nuevamente el Cabildo el 7 de Agosto del propío año de 1724, y declaró definitivamente la guerra en una estensa esposicion (1), en que hacia mérito de los daños acarreados á la Provincia por la intervencion armada del Teniente de Rey de Buenos Aires: de los graves perjuicios que á la misma se seguirian de la reposicion en el gobierno de Don Diego de los Reyes, objeto de universal repugnancia y antipatia en la opinion pública: arrojaban mucha hiel y cargos terribles contra los Padres Jesuitas por su violenta conducta, así en el caso presente como en la época del Ilustrísimo Señor Cárdenas: por la repetida y arbitraria mocion de armas hecha en sus pueblos contra terminantes prescripciones de la ley: por el fácil acceso que dejan para esos mismos pueblos á las Naciones bárbaras y á los portugueses de San Pablo, distrayendo las fuerzas que debian conservar al Rey esa parte importante de sus dominios: y en fin, por el peligro contra la riqueza particular y contra la moral pública, que trae de suyo una invasion del género de la presente, hecha casi en su totalidad por índios torpes y medio salvages.

(1) Memorial ajustado de Don José de Antequera.

En el mismo dia, se ordenaba de comun acuerdo entre Cabildo y Gobernador la espulsion de los Padres de la Capital en el término perentorio de tres horas, que otros tantos ruegos y súplicas, no consiguieron, sino abreviar. Verosímiles con los escesos, que menciona el Padre Charlevoix, al dar cuenta de la ejecucion de esta medida.—El momento era tempestuoso. El pueblo y los soldados embravecidos, y contando con el disimulo de la autoridad, que necesitaba imperiosamente de su concurso y entusiasmo,—entraron violentamente en el Colegio y cometieron actos de crueldad y profanaciones estraordinariamente reprensibles, pero fácilmente esplicables. Reputaban á los moradores del Colegio como la vanguardia del enemigo, que iban á combatir, y mas que esto todavia,—como un elemento de triunfo, colocado en medio de sus filas.

El Señor Antequera tocó al arma, y en cumplimiento de la decision del Cabildo, que ordenaba, que lo mismo el pueblo que los soldados, se opusieran á la invasion « con el séquito y valor « que han acostumbrado los naturales de esta « Provincia en defender á su Rey, y Señor natu- « ral, sus Reales Dominios, su Ley, y Patria, cau- « sa comun, y particular de sus individuos, has- « ta derramar la última gota de sangre de sus « venas, como está acordado, y resuelto en el « Auto de 24 de Julio próximo pasado, »—convo-

có á todos los habitantes de la capital y sus alrededores para tomar las ármas y salir bajo sus órdenes al encuentro de la intervencion. Sin la menor discrepancia atestiguan todos los documentos contemporáneos la prisa y entusiasmo con que concurrió el pueblo al llamamiento de su Gefe. Recurren los enemigos de Antequera á atribuir la prontitud del pueblo, á los manejos y engaños, con que éste se captaba su voluntad y estraviaba su juicio, ocultando el fondo de los asuntos, que promovian la guerra.—Parécenos un recurso pobre. El hecho es palpitante, y buscar su esplicacion en la necedad comun, es un medio de crítica poco honroso para el pueblo, que lo merece, sin contar con que esa causa, es sin duda mas sorprendente que suponer en el Paraguay una adhesion sincera á la persona de su gefe.—El historiador debe recojer las verdades mas lisas, que surgen del caos de la controversia. Esta es una de ellas.

Sin perder un momento ni aguardar el nuevo dia, salió el Señor Antequera de la capital, dirijiéndose contra el enemigo acampado como hemos dicho, en el paso del Tebicuarí.

Carecen de pruebas suficientes y documentadas las acusaciones, que el Padre Charlevoix hace á Antequera en estos momentos, y que consisten, en la órden dejada en la Asuncion para que se ajusticiára á Reyes en el acto de saberse que

él había sido derrotado: la tentativa de asesinato contra Garcia Ros,—y la muerte sin forma de juicio de Don Teodosio Villalba, despues del desenlace de esta segunda invasion.—No encontramos huellas de las dos primeras en los mas acerbos documentos contemporáneos, ni el acusador contiene una sola prueba fehaciente de su inculpacion, recojida probablemente en una tradicion apasionada. Pudiera haber sucedido que la efervescencia de la política y el ardor de la revolucion, hubieran estraviado la rectitud de Antequera y le hubieran arrastrado hasta el crímen; pero lo repetimos, no encontramos fundamento sério á una sospecha, que emborronaria la reputacion del desgraciado gobernador.—En cuanto á la muerte de Villalba, creemos concluyentes las esplicaciones que dió mas tarde el acusado desde la prision (1), y de que nos ocuparemos sumariamente despues.

Aproximóse Antequera al ejército enemigo y despues de una ligera escaramuza, en que ambos probaron la fuerza de su pobrísima artillería, tan mala como mal servida, comprendió Antequera, que aventuraria demasiado comprometiendo un combate decisivo con fuerzas superio-

(1) Correspondencia de Don José de Antequera con el Ilustrísimo Señor Obispo taliense D. Fray José de Palos—Carta II.

res á las suyas, y retrocedió como á una legua de distancia, donde hizo obras de fortificacion, que le garantieran mayores esperanzas de éxito en su resistencia. Por fin, el 25 de Agosto, aniversario del nacimiento del Rey, cuya muerte era ignorada todavia en el Paraguay, hizo correr en su campo la noticia de que iba á festejar el natalicio del príncipe, con recocijos y diversiones generales del campamento. Al mismo tiempo dió libertad á algunos índios misionistas, prisioneros del primer encuentro, á quienes habia tratado con grandes cuidados y compasion. Dirijiéronse éstos al campamento de los suyos, y como eran sabedores del falso rumor esparcido por Antequera, no vacilaron los gefes guaranies en permitir á los indios, que se divirtieran á su vez, abandonando néciamente la vijilancia á que les obligaba la presencia del enemigo, á su frente.—Habian caido en el lazo. En vez de redoblar su actividad para aprovechar el descuido de Antequera, en caso de haber sido efectiva su resolucion,—dejáronse engañar y poco despues resonaba en el campamento guaraní la mas franca y completa alegria.—Antequera habia avanzado.—Cuando los festejos del enemigo llegaban á su colmo, destacó una pequeña division, al mando de uno de sus cabos militares, que los sorprendió é hizo pedazos, mientras él con el grueso de sus tropas, caia sobre García, á quien

derrotó completamente, poniéndole en fuga desordenada.—Garcia dejó en su poder todos sus papeles y se refugió en la Reduccion guaraní de San Ignacio, que era la mas próxima al campo de batalla (1).—Este combate tumultuoso, cuyo plan no fué seguramente inspirado en los *Comentarios*, ni en la *Retirada de los diez mil*, ocasionó grandes pérdidas al ejército de García. De los guaranís sorprendidos quedaron trescientos en el campo. El Maestre Campo Don Lucas Melgarejo fué hecho prisionero. De parte de Antequera solo perecieron veinte y cinco hombres. —Muchos otros muertos y prisioneros ocasionó á los invasores la dura persecusion, que sufrieron despues de la derrota. Entre los prisioneros últimos se encontraban los Padres Dufo y Rivera, que fueron conducidos á la Asuncion y rigorosamente tratados. El humo de la sangre comenzaba á trastornar las cabezas.

Sucedia en esta revolucion, segun hemos dicho yá, como en todos: que los particulares ambiciosos y los partidos decadentes, se acojen á su sombra, y se empeñan por hacer á sus correligionarios en la idea, que fingen abrazar, instrumento de sus aspiraciones, consiguiendo manchar unas veces, degradar y pervertir totalmente

(1) El paso del Tibicuari.

otras, las causas mas desinteresadas ó mas justas. La avaricia y la sed de poder y el menosprecio por el derecho, que caracterizaba á los encomenderos, disfrazados con la careta de adhesion á la causa personificada por Antequera,—querian poner á su servicio la antipatia, que se habian atraido los Padres de la Compañia, para someter los pueblos de Misiones al azote feroz de las Encomiendas y de las mitas, comenzando por secularizar su gobierno.—Errado en el fondo de la cuestion, ó estraviado por la astucia de avaros partidarios, y conducido por el entusiasmo y la embriaguez de la victoria, el Señor Antequera invadió con su ejército las cuatro Reducciones del Paraná vecinas á la jurisdiccion del Paraguay, con ánimo de sustraerlas al gobierno de los jesuitas é incorporarlas al de la Provincia, sujetándolas á mitas, fundadas en beneficio de los servidores de la revolucion.

No nos apresuremos, sin embargo, á escandalizarnos; y ántes de pesar el alcance de la responsabilidad, que tal pensamiento arroja sobre sus autores, persuadámonos de que la unidad y perpetuidad inalterable del derecho, no obstan á que los errores comunes en una época y que constituyen el lote de infortunio y estravio de cada generacion, importen una disculpa para las acciones poco ajustadas á la razon, de los que en ese error universal se encuentran envueltos.

Por otra parte, no está fuera de controversia, que fuera este el objeto, que decidió al Señor Antequera á su invasion, que pudo bien no tener otro móvil sino el de hostilizar dentro de su territorio al enemigo, que fué á perseguirlo en el suyo ;—y sea dicho esto, sin que importe, no yá negarlo, pero ni siquiera inclinarnos en el último sentido. Pensamos, por el contrario, que la primera suposicion de la historia es verosimil y lójica, toda vez que en la composicion del nuevo partido entraban elementos de todo linage; y considerando tambien, que la marcha natural de toda faccion armada, la lleva á deplorables exajeraciones y la arrastra á imprevistos precipicios; asi como teniendo presente, que el deseo muy concebible de parte de los revolucionarios, de secularizar las Misiones, debia ser seguido del establecimiento de mitas, sistema implantado en todos los pueblos de indígenas y en todas las Reducciones, á escepcion de las jesuíticas.

Nuevas y terribles desventuras amagan al inocente guarani. Ha muerto el hermano sacrificado como un mártir: ahora toca al hermano gemir amargamente y llorar las consecuencias de su llanto : llorar los deplorables efectos de una guerra, á la cual marchó sin conciencia, y por la simple voluntad de sus legisladores y magistrados.—Los emigrados de Guayrá se vén amenazados por las Encomiendas.—Judio errante de to-

dos los ódios y de todas las malas pasiones, el guaraní huye: la madre carga sobre sus hombros al niño recien nacido, el jóven al anciano, el esposo á la esposa moribunda, y ván á buscar refugio en el misterio de los bosques, en las asperezas de la montaña ó en el desamparo del desierto,—si en la vecina Reduccion no hay trigo con que alimentarlos y un pedazo de tela con que cubrir sus cuerpos entorpecidos por la fatiga y la intempérie.—La esclavitud pende sobre sus cabezas como sombria amenaza de sus malos Génios. Antes que ver reagravados sus tormentos, abandonan sus pueblos al enemigo.—Horrible y desolador es sin duda el espectáculo de la historia, cuando presenta en sus cuadros el martirio permanente de una raza, que sale de la barbárie para vivir en las tinieblas á un paso de la luz fecunda del derecho: para ser llevado en su letargo, como una fiera que se desata, á luchar sin convicciones: para ser, por fin, constante norte de las ambiciones y del dolo. ¿Porqué huye el guaraní, triste é inofensiva víctima? ¿Porqué pesa sobre su raza tan horrenda fatalidad? ¿Porque se le persigue? Misteriosos destinos de los pueblos!

La crísis sin embargo fué breve, y el azote de la guerra no llegó á descargarse con todo su furor sobre la Provincia de Misiones.—Cuando Antequera llegó con sus tropas á Nuestra Señora de

Fé, la poblacion habia desaparecido: las mezquinas habitaciones del indígena estaban abandonadas: las tierras sin cultivo, los talleres paralizados: el éco de la campana, llamando plañideramente á la familia infortunada, que se acogía bajo la esbelta techumbre del templo para levantar á Dios su alma evaporada en la oracion,—perdíase sin que oido humano lo recibiera como recuerdo de la voz de Dios, que exijia de sus hijos la adoracion y el amor, tributados en las poéticas y solemnes ceremonias del culto católico. El ódio invencible y mil veces justo, que abrigaban aquellos corazones hácia la esclavitud del servicio personal, y la conciencia de su debilidad para defender su independencia, los habia obligado á abandonarlo todo.—El invasor se sorprendió. Fernandez de Montiel comprendia todo el funesto alcance de esa espedicion; pero sus consejos de retroceder fueron desoidos.—El vértigo dominaba las cabezas y oprimia los corazones. —Antequera marchó hácia Santa Rosa. Imposible era trabar un combate. Al estender la mano hácia el enemigo que perseguia, solo lograba coger las sombras en el vacío; y el guaraní preferia la vida errante del salvage á las intensas torturas del siervo ruso, que pesaban sobre las encomiendas y los infelices de que hacian su presa.—En Santa Rosa hizo presente al Cura (1),

(1) P. Francisco Robles.

que su único objeto era exijir de los Indios el pago de los gastos ocasionados por una guerra, que solo ellos alimentaban.—Tomemos en cuenta esta declaracion, para persuadirnos mas de la oscuridad, que envuelve esta rápida crísis de la historia de Misiones.—Si el temor esparcido por toda la Provincia importaba una amenaza de trastornar todo el aparato social, é introduciendo un principio esencialmente contradictorio al que las mantenia, un descalabro completo de las instituciones jesuíticas, cuyo mérito relativo en parangon con el régimen feudal de Irala no es lícito discutir aquí, la presente declaracion de Antequera trueca singularmente el aspecto de la cuestion y la imprime trazas de una represália, que si bien exagerada y errónea, no entraña un caracter tan alarmante y sério.—Y sostenemos la palabra: esa represália, aunque no sobrepasára en su alcance los límites de tal,—era mal aconsejada. No se encontraba la Provincia de Misiones en la actitud normal de todos los pueblos. Es evidente, que las Naciones se hacen colectivamente responsables de los áctos de la autoridad, que representa su soberania, porque es lógico suponer una estrecha solidaridad entre el soberano y el Estado, y el tácito asentimiento de los pueblos en las acciones de los Gobiernos.—Mas, la singular, y estraordinaria constitucion de Misiones: su completa separacion, así en la sus-

tancia como en la forma, de la politica antigua y de la politica moderna: su sometimiento á una legislacion caprichosa, que escluia fundamentalmente al pueblo de toda participacion en el gobierno,—todo aquel hecho histórico, que parecia un sueño,—sustraia á las masas de la implicita responsabilidad, que contraen las naciones ante el mundo, asi como de los términos y deberes comunes del derecho público.—No era lícito suponer el asentimiento de las muchedumbres, porque su situacion era visible y clara. Por manera, que habia error y abuso en hacer á las masas guaranies objeto de una represália, en cuya provocacion habian sido victimas, y mas bien pacientes que actores.—Antequera olvidaba su doctrina de dos años antes.

A pesar de todo, la alarma era séria. Los demás pueblos se preparaban á la defensa de sus hogares y acaso á la reconquista del territorio ocupado. — Seis mil hombres convocados por Garcia Ros, estaban prontos á caer sobre Antequera, quien comprendiendo su debilidad al frente de un enemigo tan superior en número, y que ahora se podia contar por animado de un justo y fervoroso entusiasmo, se decidió á volver á la Asuncion, como en efecto lo hizo.—No tuvo mayores consecuencias ni se prolongó mas la critica amenazada de los paraguayos. En su desordenada retirada, los soldados de Antequera

cometieron deplorables escesos en los pueblos desiertos y en las campañas vecinas, que demoraron un tanto el restablecimiento de la seguridad de la paz: pero en breve quedó enteramente desocupado el suelo de Misiones, y pudieron los Yndios amedrentados y dispersos, volver tranquilamente á sus hogares y reasumir la vida monótona, en que su ceguedad los conservaba quietos y sin aspiraciones.—

El terror de los jesuitas fué profundo. Poco despues de estos acontecimientos (1) enviaron á España al Padre Gerónimo Herran, el cual en un Memorial en que hacía mérito, así de los servicios prestados por los Índios, como de las persecuciones de los paraguayos, pidió que se agregáran los pueblos guaranís del Paraná á la jurisdiccion de Buenos Aires (2). El Rey lo decretó así en su Cédula de 6 de Noviembre de 1726; pero Don Martin de Barúa, espresó al Señor Zavala los graves inconvenientes que para el Comercio de la Provincia surgirían, si se separaban del Gobierno del Paraguay los pueblos mas inmediatos, San Ignacio Guazú, Nuestra Señora de Fé, Santa Rosa y Santiago, — y acordaron dejar las cosas en su estado anterior, por lo que á ellos respectaba, consul-

(1) El 11 de Febrero de 1725.
(2 Este « Memorial » corre impreso sin fecha

tando al Rey entretanto, como lo hizo el Señor Zavala en 30 de Noviembre de 1729. El Rey encontró fundado este proceder y lo sancionó permanentemente en su Cédula datada de San Ildefonso á 5 de Setiembre de 1733 (1). Creyeron los jesuitas cerrar así toda esperanza de dominacionde parte de los revolucionarios.

Vivo y completo fué el regocijo, que recibió el Señor Antequera en su entrada triunfal á la Asuncion. Los hombres de todas clases y posiciones se apresuraban á manifestar al vencedor del Tebicuarí, que compartían el dolor de sus fatigas y el placer de su victoria, y simpatizaban ardientemente con la causa, de la cual era representante y sostenedor armado. « Jamás, — asegura un autor jesuita, — « jamás tal vez, ha- « bía manifestado la Capital del Paraguay una « alegría tan universal. » — Sin duda que este entusiasmo popular es elocuente en la historia. No habria escapado á la pasion del Padre Charlevoix el menor signo de violencia en las ovaciones de la Asuncion; y cuando tan terminan-

(1) M. S. --- Documentos del Archivo General de Buenos Aires. --- En el Apéndice tocamos de nuevo este punto, que como todos los otros cambios en el Gobierno de Misiones, hijos de la habilidad de los jesuitas y de la imprevision del Gobierno Colonial, tienen una importancia indisputable por cuanto se ligan intimamente con las cuestiones de límites entre la República Argentina y la del Paraguay, y las absurdas pretensiones de la última sobre el territorio de la derecha del Paraná, cuestion que ha agotado tantas tentativas, y que fué hace poco aplazada por seis años al tiempo de la Mision del Señor Don Tomás Guido, plazo que ha expirado ya.

temente afirma su espontaneidad, presta estraordinario realce al hecho de la revolucion, que surgió rodeada con la unánime decision de los paraguayos de la Capital.

Las proporcicnes que la revolucion adquiría escitaban cada vez mas las fuerzas de la resistencia. — El enemigo, que se alzaba al frente de los poderes establecidos, era radical y fogoso; por consecuencia, éstos debian echar mano de todos sus recursos á fin de aniquilar un principio capaz de poner en peligro la política colonial. — Habia reemplazado al Arzobispo Morcillo en el virreynato el Señor Marqués de Castel-Fuerte, hombre decidido en las crísis, audaz é intransigente por carácter, y fanático partidario de las instituciones absolutistas, que hizo perderá su partido todas las trazas de irresoluto y vacilante, con que hasta aquí habia obrado en las cuestiones del Paraguay. No era el Marqués de Castel-Fuerte hombre para dormirse al borde del precipicio. Al tomar las riendas del Gobierno, quiso hacerse sentir, sofocando hasta los pensamientos hostiles á la autoridad que representaba.

Cinco semanas ántes de la derrota de García Ros en el Tebicuarí (el 8 de Julio de 1724), — escribió el nuevo Virrey al Gobernador de Buenos Aires, Señor Don Bruno Mauricio de Zavala, ordenándole, que se transportára personalmen-

te al Paraguay, remitiera preso á Lima al Señor Antequera, y proveyera provisoriamente el puesto, que éste ocupaba, — llevando el número de tropas, que estimase necesario para someter á los rebeldes, en caso de hacer resistencia. — Con la misma fecha se dirijía al Provincial de los jesuitas, Padre Luis de la Roca, recomendándole, que pusiera á disposicion del Señor Zavala todos los soldados guaranís que éste se sirviere pedirle para el logro y exacto cumplimiento de su Comision. — Nuevo sacrificio para la infeliz Provincia. Nuevea ocasion juntamente para los Padres, de mostrar su devocion á la causa de la Monarquía. — Seis mil guaranís engrosaron efectivamente el Ejército del Señor Zavala, que había reclutado en Corrientes algunos soldados mas. En los primeros dias de 1725 partió en direccion al Paraguay.

La revolucion estaba fatigada, y desmayaba. — Aislada y sin mas amparo que sus propias fuerzas, se veía precisada á combatir contra la Colonia entera. Dilatada habìa sido su resonancia y la conflagracion era general, pero como era fácil presumir, en sentido hostil á sus intereses. Veia por otra parte vacío el porvenir. Era imposible estender su triunfo á toda la Colonia. Dos mundos lo estorbaban. Imposible conservar el sistema iniciado en la lucha, en una Provincia pobre é incrustada en la Colonia, sin conmover to-

do el sistema, atrayéndose una guerra insostenible. El poder moral y material de la Compañia de Jesús en América y su influencia en Europa eran otros tantos diques, contra los cuales se estrellaban sus esperanzas. — Por otra parte, la profunda fé religiosa de los pueblos, su ingénuo respeto por las autoridades eclesiásticas y la docilidad con que seguían su direccion, así como el piadoso temor, que sus censuras infundian en los ánimos, — hacian poco menos que imposible la conservacion del entusiasmo revolucionario en los casos, como el presente, en que el sacerdocio olvidaba su deber de vivir consagrado á las tareas apostólicas, haciendo completa abstraccion de los partidos y del vaiven de la política. El Señor Obispo Palos se habia hecho cargo del gobierno espiritual del Paraguay, durante la breve tregua de que gozó la Provincia, desde la derrota de García Ros hasta la invasion del Señor Zavala, — y se habia declarado sin embozo enemigo de la revolucion. Conocia además el Paraguay cuánto y cuán universal trastorno acarrean las guerras civiles. En el siglo XVII habia sido abrumado por las contiendas intestinas con todo su fúnebre cortejo : la ruina, el temor, la inseguridad, los crímenes, todos esos mónstruos que rodean y acompañan al mónstruo formidable, engendrado por el estravio de las pasiones. El Paraguay temia, por consiguiente,

la prolongacion de aquel estado anormal, de cuyo desenlace poco podia prometerse. El temperamento apático de sus hijos contribuia tal vez en grande escala al profundo desánimo, que se habia apoderado de la revolucion. — Poco inclinados de suyo á dejarse dominar por el furor bélico, los paraguayos eran, sin embargo, celosos de su derecho, y en repetidas ocasiones probaron que sabian buscar con energía el ideal, en que fundada ó ilusoriamente, cifraban la ventura comun, y resistir con vigor á todos los avances de las doctrinas ó de los poderes opuestos. Así se mantenia el nervio popular. — Mas, ó renunciamos á esplicarnos el fénomeno extraordinario, que encierra su historia, ó convenimos en que la altivez y la actividad apasionada de los partidos, se conservaban ó se producian durante el coloniage, merced al elemento puramente español, que predominaba en las altas regiones, y que estimulaba perseverantemente el ánimo de la multitud. Hemos visto, desde el dia en que el Paraguay quedó entregado á su propia autonomía, precipitarse la Sociedad, por la obra tenaz y retrógrada de su verdugo, en una incurable decadencia, y sumerjirse en la mas deplorable postracion. Lejos de nosotros la idea de adherirnos á la escuela de Montesquieu, y menos aún al seco naturalismo de M. Taine, para encontrar en el clima y la organizacion física de

los hombres, los elementos de un fatalismo ni secundario ni causal, que someta irresistiblemente los pueblos á un destino, cruel unas veces, benéfico y risueño otras, pero siempre ciego. Solo notaremos, que cuando una raza es dócil y habita un clima enervador, si la educacion no modifica su carácter y sus propensiones, cae fácilmente en todos los lazos y se deja conducir mansamente por la audacia ó la destreza. — Es propiedad esencial del hombre la intuicion de la justicia : el amor al derecho es innato y casi instintivo. Los pueblos solo necesitan entreveerlo para desearlo, concebirlo para buscarlo. — Rompa una mano poderosa la primera piedra de la muralla, que encierra su energìa, y el pueblo desborda y lo conquista.— Pero si una concepcion eficaz de la justicia, neutraliza la apatìa constitucional de un pueblo,— la fatiga de una lucha prolongada, y sobre todo, la persuasion de su esterilidad, pueden dar un vuelco completo á su situacion de espìritu, ó amortiguar momentáneamente á lo menos, su entusiasmo y su pasion. En el último término consistìa el actual estado del Paraguay.—Pasaba por una época de transitoria languidez, si quiera el nervio de la revolucion, se mantuviese vivo.—De cualquier manera, el pais dormitaba, y no conservaba los brìos majestuosos, con que poco antes se habìa levantado contra sus enemigos.

El Señor Zavala se aproximaba con sus tropas. Era necesario poner al pueblo de pié. Poco fecundos fueron los esfuerzos del Señor Antequera, aunque mucho y muy arduroso su trabajo. Esta situacion palpita en las pájinas de la historia. Figurásenos ver á los hombres de la revolucion amedrentados en presencia del enemigo poderoso, con sus brazos sin fuerza para empuñar las armas, lánguidamente inclinada la cabeza ántes erguida, pálidos los ojos que chispeaban de entusiasmo y de furor,—y el caudillo vehemente como el heroismo, desesperado como la vida que se estingue,—luchando brazo á brazo contra la fortuna para reanimar las pasiones, y corriendo de círculo en círculo ansioso por infundirles su corage, y convertir su alma en llama, que encendiera aquellos corazones, como encendía la vida del cielo el fuego, arrebatado por Prometeo á la escelsitud de los dioses.

Corto fué el número de los que respondieron al ardor de su caudillo, en vano echó mano de todos los resortes: en vano trató de disminuir á sus ojos los peligros de la situacion. Era necesario buscar los recursos para la resistencia fuera de la Capital.

El Obispo hacía liga con los invasores. — Ordenó á todos los Curas de su jurisdiccion, por médio de una circular, que negáran su obedien-

cia al Señor Antequera, prestándola en su lugar al Señor Zavala, único representante de la autoridad superior, que era lícito reconocer y que él reconocía. Al mismo tiempo, y á pedido del Cabildo, que espidió al efecto un Auto exortatorio, suplicó al Señor Zavala, se abstuviera de entrar á mano armada en la Capital, á fin de evitar las gravísimas desgracias, que acompañan siempre los acontecimientos de esa naturaleza.—El Señor Zavala no prestó oidos á dicha súplica.

Había conseguido, entretanto, el Señor Antequera reunir algunas fuerzas en la Capital, pero cuya escasez hacía nula su importancia, dado el gran número de las tropas, que bajo sus órdenes llevaba el Gobernador de Buenos Aires;—lo cual le decidió á intentar en las campañas vecinas un reclutamiento entre los que le habían acompañado en la jornada del Tebicuarí, ya que la Asuncion parecía haber perdido toda esperanza.—Nombró, al efecto, comandante de las tropas de la Ciudad á Don Ramon de las Llanas, y partió á tentar el último esfuerzo.

Aprovechó el Señor Zavala la ocasion de estar ausente el caudillo enérgico y prestigioso, cuya presencia pudiera aún reanimar el corage del pueblo, y penetró en la Asuncion el 29 de Abril de 1725.

Don Ramon de las Llanas ni opuso resisten-

cia al ataque armado, ni presentó dificultades para abandonar su puesto.

El Señor Zavala nombró Gobernador del Paraguay al Señor Don Martin de Barúa, y puso en libertad á Don Diego de los Reyes.—Convencidos estaban, no obstante, de la enemiga del pueblo contra su antiguo Gobernador cuantos pertenecian á su partido, y temieron que su presencia despertára todos los ódios y todas las pasiones dormitantes. El Obispo consiguió de Reyes sin mucho esfuerzo la promesa de no presentarse en público, « porque juzgó,—dice el P. « Charlevoix,— necesaria esta precaucion para la « tranquilidad de la Ciudad. »

El Señor Zavala había terminado su mision : así que poco despues regresó á Buenos Aires.

El Señor Antequera huyó á Córdoba.

Ciérrase aquí el segundo periodo de la revolucion.—La hemos visto comenzar por una resistencia sorda y oscura, engendrada por celos y cuestiones personales, provocando desmandadas represalias de parte de Don Diego de los Reyes, las cuales lo llevaron ante el Tribunal de Charcas,—hasta que por médio de Cárdenas, y aumentando diariamente los actos abusivos del Gobernador, estas rencillas interiores se convirtieron en una acusacion politica.—Primer periodo.—En el segundo, cuyos acontecimientos acabamos de referir,—hemos visto á Ante-

quera plegándose al desagrado popular é invocando un pensamiento autorizado por la tradicion y elevado por la historia, que le dió tono y carácter. La accion ha adquirido ideal: el entusiasmo y la susceptibilidad del pueblo se han retemplado en una idea trascendental, marchando en línea paralela iniciadores y muchedumbre.—Descuella la figura de Antequera en este periodo como personificacion del esfuerzo concentrador de los elementos revolucionarios.—La enfermedad permanente del pueblo ha producido una crísis con su desaliento. El caudillo ha quedado solo, porque su partido se ha reconcentrado en el temor. Sale de la vida activa, y el asiento de la sociedad en que tan elevada colocacion le dieron los sucesos y su génio, oscila por el movimiento que le imprime la súbita segregacion de su peso. Su pasaje ha dejado huella en la historia; porque ha tenido la energía y la capacidad de concebir, que someten á la influencia de un hombre el poder de las muchedumbres.—El movimiento del pueblo se hace irresistible y arrasador, siempre que despues de haber partido del seno de intereses mezquinos, una personalidad elevada lo encumbra hasta las enhiestas cimas del pensamiento. Desde esas alturas baja fragoroso como el torrente, y sus ricas y espumosas oleadas arrastran así las rémoras, que le atajan el paso, como los cau-

dillos, que le prestaron grandeza. Todo lo barre y se hace rey; porque en las regiones de la idea, adquiere la revelacion de su potencia y de su soberanía. Puede á veces debilitarse en la fatiga; pero el gérmen de poderío y la conciencia del ideal trabajosamente conquistados, subsisten en su seno á todos los descalabros y á las mas envenenadas desventuras. Podrá faltarles el caudillo; pero su alma y su pensamiento, queda como herencia de las multitudes: *mens agitat Molem*.—La energía renacerá de sus propias cenizas. Tambien los pueblos necesitan reposo. —No es posible reclamar de las naciones el espíritu de abnegacion y el espíritu de perseverencia, que conducen al hombre aislado por caminos rectos, invariables, arrostrando las persecuciones y desafiando el martirio. Necesitan, por el contrario, retemplarse continuamente en nuevas fuentes, y que se derramen sobre su alma manantiales de ideas generosas, capaces de conservarles la elevacion de pensamiento y la fuerza y trascendencia de objetos, que constituyen la fecundidad en la historia. — Esperemos que esas nuevas fuentes y esos mantiales se produzcan. Dejemos que la Sociedad reflexione.

CAPÍTULO IV.

Tercer periodo de la revolucion—Don Fernando Mompo—Sublevacion contra Don Ignacio Soroeta—Organizacion del gobierno comunero—Traicion del Presidente Barreyro—Sacrificio de Antequera—Decadencia del partido—Su anarquía—Su estincion.

(1726—1735)

Corto fué el reposo de la Sociedad. — No es posible derrotar un pueblo á medias y esperar una larga tranquilidad, á consecuencia de esas victorias efímeras y fugitivas. — Cuando estallan revoluciones, que interesan el entusiasmo de la multitud y sublevan todo su vigor, alimentando preocupaciones ó despertando tendencias, cuyas raices sean hondas y fuertemente enclavadas, el poder ó partido que las contrarresta, necesita consagrarlas con una política reparadora y de conciliacion, ó esterminarlas en lucha abierta. Pero no resiste á sus palpitaciones la dominacion arbitraria y accidental, producida por elementos, que se sobreponen merced á circunstancias puramente casuales, y esplotando la fatiga inci-

dental del mismo pueblo ó revolucion, para encaramarse en la cumbre de la política por un rumbo tortuoso, y por decirlo así, ganándole diestramente la delantera al partido que combate.

Tal era lo que en el Paraguay acontecia. La vida de la revolucion estaba distante de haberse agotado. Se abre, por el contrario, una década, en que vá á manifestarse dotada de estraordinaria energía y con una franqueza de principios, de que careció en los dias de Antequera, que obró sin curarse de ostentar su símbolo. Habíase formado sobre el pueblo paraguayo un ideal robusto y fuertemente tallado, que todo hombre podia leer en el cielo de sus aspiraciones. — La formacion de este símbolo habia sido producto de la espontaneidad popular, desarrollando el gérmen de la doctrina, animosamente proclamada hoy, con que el Señor Antequera ennobleció la revolucion. No llegó el caudillo ausente y perseguido á completar ante el pueblo la fórmula, que sin duda anhelaba; y temeroso tal vez de adelantarse al tiempo, y de prevenir el hambre del pensamiento público con un alimento desapropiado, Antequera acaso se equivocó, y pudiera ser muy bien que fuera él quien quedó atrás, por no haber comprendido lo bastante el carácter del momento y la aspiracion del pueblo. — Los pueblos aman siempre el progreso en la política. Por eso jamás se estaciona la

historia. Puede sofocarse el entusiasmo y dormitar la pasion: mas el trabajo continúa latente, pausado, pero contínuo y perpétuo. — En la revolucion esta ansiedad es mayor. — Encontrábase satisfecha la Capital del Paraguay teniendo un gefe que era obra suya. Encontrábase tambien satisfecha, bajo las órdenes de Don Martin de Barúa, que protegia y acariciaba á los hombres del pueblo, y se cuidaba menos de la voluntad de las autoridades superiores, que de la voluntad del comun. Nada mas natural en esta situacion, sino que el pueblo deseára establecerla como regla, y convertir en institucion permanente lo que era obra de circunstancias eventuales y producto de una crísis turbulenta. Aquel bienestar era efímero y pasagero. Un paso mas, decíase el espíritu público, y habremos detenido en su marcha precipitada la felicidad, que se nos escapa, y que debemos fijar como un sol sobre la tranquila atmósfera de la patria. — ¿El desvío popular hácia Antequera en 1725 sería obra de esta ambicion, á la cual no satisfacía la prudente reserva del caudillo? ¿Detúvose Antequera á medio camino, y se le adelantó el pueblo, que inició en ideas fecundas? La rápida reaccion del Paraguay hace sostenible esta hipótesis. Sin embargo, no nos inclinamos á ella. Reconocemos en las razones antes emitidas, causas bastante poderosas para producir el

desaliento de un pueblo, en general poco turbulento, y en el cual las grandes pasiones no tienen fácil acceso por el carácter reconcentrado de sus hijos. — La nueva esplosion, que se prepara, encuentra tambien sencilla esplicacion en el génio fogoso, en la impetuosidad y en el ardor estraordinario del nuevo caudillo. — Bastó la perseverancia de Antequera y su elevacion de espíritu para mantener la vida de la revolucion en su primer periodo. Ahora necesitaba todo el fuego y la osadía de Fernando Mompo. Así surgen los hombres de las situaciones, se subordinan los partidos á los caudillos, y personalidades y situaciones, caudillos y partidos, se ligan y se relacionan íntimamente para engendrar los hechos capitales completándose. Así vino César á personificar su pátria, cuando no bastó Pompeyo, para encerrar en su cérebro, como santuario de la historia, el pensamiento de Roma y de su siglo, el progreso del derecho contemporáneo, y la simiente de la civilizacion futura. — Lo propio, que en las crisis decisivas para la humanidad, iniciadas en las nacionalidades, que absorven la vida del mundo y abrazan todos los pueblos en los límites de su poder ó en las fronteras ideales de su pensamiento, — acontece en las crísis privadas y en los movimientos reservados é inmanentes de todas las Sociedades, grandes y pequeñas: porque la vida colectiva está sujeta á

leyes mas estrictas que la vida individual, en la cual la libertad desaira todas las prevenciones y burla todos los sistemas.

En el presente periodo pierde la revolucion toda parsimonia; descubre temerariamente su esperanza y su objeto, y se estrella contra todas las barreras, sucumbiendo por fin. —Tal es su carácter, que constituye la revolucion propiamente dicha, segun indicamos mas arriba, siendo conducida á este punto por la influencia y el génio de su nuevo caudillo. —Era Don Fernando Mompo un político intransigente, activo, fervoroso: su alma, vaciada en el molde de los grandes agitadores, y que por mas de un detalle se roza con el génio arrasador de Danton, estaba dotada de un gran poder de iniciativa: se apegaba á una idea, de tal manera que parece como que lanzára su pensamiento fuera de sí y lo adhiriera á principios colocados en el horizonte de un porvenir remoto, y luego aplicára todas las fuerzas de su voluntad y de su ardor, de su entusiasmo y su corazon para empinarse hasta su pensamiento, fijo como la estrella, y tornar á identificarse con él, arrastrando en su impulso al pueblo, que encantaba con el prestigio de su fogosa elocuencia. — Don Fernando Mompo, es verosímil á lo menos suponerlo y así lo afirman antiguos documentos, — recibió de Antequera consejos é instrucciones y mantuvo con él activa correspondencia en los

dias que mas enérgicamente dominaba su presencia el curso de la revolucion. Abogado de la Real Audiencia, habia podido formar un juicio seguro sobre lo que pasaba en el Paraguay, y regido por la ley, que gobierna á todos los temperamentos exaltados, acogió sin retroceder ante ninguno de sus matices, el principio mantenido por la Capital. — Hízose *comunero*, sin reservar cautelosamente su idea: declarándola por el contrario y obligando á su partido á asumir noblemente la denominacion, que se repetía al oido, pero nadie se atrevía á profesar abiertamente. Orador de palabra de fuego, sorprendía las muchedumbres y les imponía por su ascendiente personal, conduciéndolas á todos los sacrificios é inoculándoles su energía. — En una palabra, — Don Fernando Mompo fué el tipo acabado del revolucionario: del revolucionario audaz, del revolucionario permanente en su corage: del revolucionario dueño del pueblo, del revolucionario, por fin, cuya pasion parece que se multiplica en todos los hombres, y se reconcentra prodigiosamente retemplada, en el alternativo movimiento del espíritu de dilatacion y compresion, con que hoy derrama sobre todas las almas su propia vehemencia, y despues de enardecidas, se las identifica en la accion, llevándolas consigo por una especie de invencible atraccion magnética. El revolucionario se multiplica en el pueblo hoy:

mañana unifica al pueblo en sí mismo. El primero es el dia de la propaganda: el segundo el dia de la accion.

Semejante linage de caudillo tenia necesariamente que producir un periodo, que participára de su génio, esto es: que fuera audaz hasta la temeridad, enérgico hasta rayar en cruel: siempre estremo y decisivo, y para el cual todas las cuestiones revistieran un colorido capital. Tal fué el carácter de este tercer periodo cuya influencia fué tan vasta, que dejó turbada por largo tiempo la tierra la cual doce años despues, todavía esperimentaba enfermizos sacudimientos, como las oscilaciones débiles del suelo despues de un terremoto destructor, como el repetido y súbito temblor, que aqueja al paciente muchas horas despues de haber cesado la convulsion nerviosa.—En el espíritu del caudillo se refleja concentrado el de la época, como se refleja la imagen en el espejo, como se refleja el paisage inmenso en la estrecha circunferencia de la pupila.—Estudiad al caudillo, y conoceréis su época.

Poco mas arriba dejamos indicada la actitud, que asumió Don Martin de Barúa en sus relaciones de majistrado con los partidos militantes, vencedor el uno y vencido el otro, mas tal vez por su propia debilidad y desconfianza, que á causa del poder del enemigo.—Barúa se ligó con el vencido. Persona poco descollante por sus dotes

personales, habian pasado inapercibidas sus secretas simpatias hácia el partido de Antequera, y el Señor Zavala creyó poder fiar á su celo las esperanzas de la opinion, que él representaba, y el desarrollo de la política de Lima. Con no escasa admiracion del Obispo, que felicitaba al Rey (1) por la completa pacificacion de la Provincia, se comprendió que Barúa defraudaba las esperanzas del partido, que le colocó en el gobierno en el dia de una victoria, que pensaba ser decisiva. Agitaban principalmente el Señor Obispo y los suyos la cuestion del restablecimiento de los jesuitas en su Colegio de la Capital, medida á que no se manifestaba inclinado el Gobernador: lo cual originó los primeros recelos contra sus secretas intenciones. Por otra parte, apesar de las remociones verificadas en el Cabildo, quedaban aún suficientes elementos para una reaccion, sin contar con que la introduccion de un espíritu de cuerpo, vigorizado por la lucha, derramaba yá en torno de dicha institucion una atmósfera, que podia contaminar al alma mas pura de comunalismo, que penetrára en su grémio.—La situacion era tirante, y tanto mas embarazosa, cuanto que el aparente letargo del partido, hacía temer á sus contradictores las consecuencias de un en-

(1) Carta del Obispo Palos al Rey,—25 de Mayo de 1725.

sayo. Nada arredra tanto como el peligro desconocido, ni se encuentra mas desagradable emocion que la mezcla simultánea de temor y de ilusiones, que acompañan á los momentos análogos.—La fiera parece muerta, pero no es dificil que solo esté dormida. ¿ Quién se aproxima á cerciorarse de la verdad ?—Si el partido está aniquilado, qué profundo gozo! Mas si solo reposa momentáneamente ¡ qué terrible desencanto ! y en qué peligro tan inminente nos colocamos, escitando su poder con nuestra propia imprevision!

Permanecía aún el Senor Antequera en el Paraguay, cuando ordenó la Audiencia (1) el restablecimiento de los Jesuitas en un estenso decreto, en que insertaba la carta, que en Noviembre anterior le habia dirijido el Obispo Palos, reclamando justicia contra los procedimientos de Antequera y señaladamente sobre la espulsion de los jesuitas, el juicio del Cura de Yaguaron y la confiscacion de los bienes patrimoniales de D. Agustin de los Reyes, á título de los cuales habia recibido las órdenes sagradas, hasta el diaconado. Aprobaba la Real Audiencia la conducta de Antequera en la causa del Cura de Yaguaron, partidario, que segun la declaracion del Fiscal Vazquez de Velazco habia decidido la actitud

(1) Marzo 1° de 1725.

perturbadora de Reyes, y á quien no era posible conservar en su Beneficio eclesiástico por los malos ejemplos con que escandalizaba á su pueblo. Aconsejaba, por fin, al Señor Obispo, que se valiera de los recursos del derecho, en las otras acusaciones, que hacia contra Antequera sobre la inmunidad de las personas y de los bienes eclesiásticos, á propósito de Don Agustin de los Reyes y de los P. P. Dufo y Rivera.

Inculpan los jesuitas al Sr. Antequera por haber abierto en Córdoba estos pliegos, y haber introducido en ellos cartas dirijidas á sus amigos del Paraguay, en que les daba instrucciones para mantener en pié la revolucion.—Valiérase de este ó de otro recurso, puede asegurarse, que el pensamiento de Antequera no se separó, durante sus desventuras, del partido, que habia creado, por decirlo así, en la Provincia del Paraguay.—El Obispo así que recibió dichos pliegos se apresuró á presentarlos al Cabildo, el cual despues de vacilar un tanto, deliberó no obedecer la órden que contenian, sin prévia súplica, que debia elevar ante la Real Audiencia. Es conocida una carta del Obíspo dirijida al mismo Tribunal de la Plata (1), en que manifiesta su opinion contraria al inmediato restablecimiento del Colegio de la Asun-

(1) 25 de Mayo de 1725.

cion, porque piensa, que es necesario desvanecer primeramente las calumnias esparcidas contra los Padres y estinguir los recelos, que engendráran en el pueblo, tanto éstas, como la participacion de los religiosos en la guerra de Garcia Ros y de Zavala: y además, porque no están dispuestos á volver á la Asuncion hasta obtener desagravio del Supremo Consejo de Índias y del Soberano Pontífice, á los cuales se habian dirijido yá. Declaraba, no obstante, que habia convenido con los miembros del Cabildo, suplicar al Provincial, que cambiára de resolucion y se apresurára á volver al Colegio los Sacerdotes, por quienes clamaba la Ciudad. Con fecha posterior (1) espresaba en un apéndice á su carta, que el Cabildo en vez de suplicar á los jesuitas, que cejáran en su determinacion, habia cambiado él de dictámen, y se oponia ahora á su regreso á la Capital. Igualmente estéril fué otra órden premiosa del Virrey, que Barúa creyó poder desobedecer sin peligro, sabiendo que acababa de ser nombrado Gobernador del Paraguay el señor Don Bartolomé de Aldunate, residente á la sazon en Buenos Aires. Este Señor era enemigo declarado de los jesuitas, y tal vez Barúa descansaba en él; pero su nombramiento fué revocado ántes de que saliera de Buenos Aires.

(1) 28 de Mayo de 1725.

En esta situacion sin que se produjeran hechos descollantes, pasaron muchos meses, hasta que una cédula real ordenó directamente la reposicion de los Padres, coincidiendo con una ágria ratificacion de las precedentes del Virrey, en que autorizaba además al Maestre-Campo general para proceder á su cumplimiento, si lo retardaba el Gobernador. El 13 de Febrero de 1728 comunicó el Obispo, por cuyo conducto venian, todas estas órdenes á los interesados. Fácil es reconocer el carácter del sombrío personage, que las dictaba, y que aparece en ellas tan irrespetuoso por las formas y por las leyes, que sin esfuerzo se descubren sus tendencias á la tiranía. Habia yá arbitraria é inusitadamente quitado á la Audiencia toda intervencion en los asuntos del Paraguay, ansioso de conducirlos con despótica energía y sin reparar en recursos.—Los jesuitas fueron pomposamente restablecidos en su Colegio el 18 de Marzo de 1728, cerca de cuatro años despues de su espulsion.—

Sigamos entre tanto á Don José de Antequera. Embarcóse en el Paraguay, en la oportunidad en que indicamos su fuga, y se dirijió á la ciudad de Santa Fé de la cual se transportó por caminos estraviados á la de Córdoba, refugiándose en el Convento de franciscanos para huir de la dura y cruel persecucion del Virrey.—El Marqués de

Castel-Fuerte le perseguía, en efecto, como reo de Lesa-Magestad y había puesto á precio su cabeza, ofreciendo cuatro mil pesos, depositados en manos de un negociante de Córdoba al que lo entregára, y dos mil al que descubriera el sitio de su refugio y enseñára medios seguros para apoderarse de su persona.—Los piadosos sacerdotes de San Francisco albergaban al amparo de la religion la presa codiciada por aquella persecucion literalmente bárbara. Ausiliado probablemente por ellos, logró burlar la vigilancia de sus enemigos, y huyó de Córdoba, dirijiéndose á Charcas, donde esperaba encontrar apoyo y defensa en la Audiencía, que le habia protegido, y cuyos derechos y autoridad, mantuvo enérgicamente en el Paraguay contra la doctrina de su opuesto partido y contra las terminantes voluntades del virrey Morcillo.—Pero la desgracia es una amiga cruel.—Sobran simpatias y consideraciones al caudillo vencedor ó levantado en los brazos del pueblo. Esperad que esos brazos se fatiguen y caiga el caudillo, para ver que las instituciones que sostuvo le vuelven desapiadada ó desdeñosamente la espalda.—Antequera, efectivamente, habia mantenido el principio del premacía á favor de la Audiencia Real durante su gobierno, y ésta, á escepcion de la causa de los jesuitas, lo habia rodeado con su prestigio y habia ratificado y sostenido todos sus áctos co-

mo juez pesquisidor de Reyes primero,—como Gobernador del Paraguay, despues.—De manera, que el Señor Antequera podia esperar fundadamente de la Audiencia la proteccion, que hasta su caida le habia dispensado.—Sinembargo, el actual Virrey habia decidido perder al caudillo y esterminar su partido, privando para mejor conseguirlo á la Audiencia de toda ingerencia en el asunto, que reservó para decidirlo en sus violentos consejos.—Presentóse Antequera á la Audiencia, que apenas llegado á Charcas le intimó comparecer en su presencia. Seco y airado le interrogó el Presidente,—qué tenía que aducir para justificar su estravagante conducta en el Paraguay; y habiendo él respondido, que en todos sus áctos se habia sujetado á las instrucciones de la Audiencia, —increpóle de nuevo el Presidente sobre la primera espedicion del Tebicuarí y la espulsion de los jesuitas, imponiéndole silencio, cuando iba á replicar. —Confesion es ésta llana é ingénua de los enemigos de Antequera. Niégase en vano el Padre Charlevoix á reconocer la informalidad y la injusticia de estos procedimientos, despues de haber afirmado el presente acto de la Audiencia, que cierra cruelmente el camino de la defensa al acusado.—El Señor Antequera fué engrillado y conducido á Potosí, de cuya cárcel no tardó el Regidor de la Ciudad, por órden del Virrey, en en-

viarlo á Lima, donde llegó en Abril de 1726.

Una observacion crítica contra Charlevoix. Asegura este historiador, que en los cinco años, que duró la prision del Señor Antequera, fué tratado con todo género de consideraciones y que disponia en la cárcel de la libertad mas ámplia; y se refiere para justificar el cariño, que le profesó el pueblo de Lima, á las defensas á que con relaciones y descargos especiosos, indujo al Obispo Palos, — á quien se apresuró á ganarse, porque le inspiraba mayor temor que los jesuitas. — Sin duda que el Padre Charlevoix no conoce sino en parte los documentos á que se refiere. Si hubiera tenido á la vista la segunda carta del Señor Antequera, no habria aventurado una opinion tan opuesta á la realidad (1). La Correspondencia entre ambos personages fué ágria, y nada manifiesta menos el Señor Antequera en sus cartas, que el deseo de ganarse la voluntad del Señor Obispo. — Con fecha 14 de Agosto de 1726, iniciando de este modo su defensa, escribió el Señor Antequera al Obispo una carta en que se justificaba de los cargos hechos contra él, y que el Señor Palos patrocinaba, en la cual se referia principalmente á la esposicion presentada por dicho Señor Obis-

(1) Entre los documentos justificativos del Libro XVIII, ha insertado el historiador la primera de Antequera y la respuesta del Obispo.

po ante la Audiencia. — Contestó á la espresada carta el Señor Palos con otra impresa, de fecha 18 de Marzo del año siguiente, que inserta Charlevoix entre sus documentos justificativos, en presencia de la cual no acertamos á esplicarnos cómo ha podido afirmar el autor, que el Obispo tuvo que convertirse en defensor de Antequera, despues de haber sido su acusador mas peligroso. Renueva en sus páginas el Señor Palos y recarga todas sus primeras acusaciones, sin manifestarse en manera alguna convencido por las razones, que habìa aducido el acusado. Lejos de esto, entra en detalles políticos, que anteriormente habìa aparentado escusar, ocupándose con preferencia de los que se rozaban con los asuntos eclesiásticos, y que en la situacion del Paraguay, no eran en el fondo, sino cuestiones políticas. — Parece ser completamente desconocida para el Padre Charlevoix la réplica á esta carta. — ¿Cómo afirmar de lo contrario que el Señor Antequera trabajaba por grangearse la opinion de un hombre, cuya esposicion calificaba de « *Criminal respuesta*? » ¿Cómo afirmarlo despues de leer los cargos amarguísimos que hace al Obispo, las sangrientas ironías y mordaces epígramas, de que está llena? Tan distante estaba el Señor Antequera de temer al Obispo, que escribió un volúmen cuyo resultado no podìa ser sino encender sus iras.

La segunda carta del Señor Antequera comienza por declarar, que el Señor Obispo habìa adulterado la primera en el impreso en que incluyó su respuesta; y copiando en los parages oportunos toda la espresada respuesta, que dividiò en doce puntos principales, entra á contestarlos sucesivamente. Su esposicion tiene las dimensiones de un volúmen abundante (1), y podrìa pasar por un modelo en su género. — Un conocimiento profundo tanto del derecho civil como del canónico, invocados por sus enemigos en los distintos aspectos de la cuestion: erudicion estensa y variada: lógica vigorosa: el acento digno de la inocencia, que confía en si misma: y un estilo suelto, agradable, que obliga á simpatizar con el carácter templado, que hace suponer en el autor: suave generalmente en la forma, elocuente á veces y siempre igual, recomiendan este último trabajo del Señor Antequera, el único que ha quedado de su pluma, terminante en su propio abono en la mayor parte de los casos, y de lectura tan amena, como lo comporta la mejor obra de su especie. Abunda en demostraciones de la justicia con que se recelaba de la presencia de los Padres en la Capital del Paraguay, demostrando

(1) 374 pàjinas en cuarto.

con documentos la parte activa, que tomaron en todas las turbulencias de su gobierno. Se sincera tambien del cargo que le fulminaban por la muerte de Don Teodosio Villalba, de un modo que nos parece concluyente. Era Villalba Maestre de Campo de Villa-Rica en los momentos de la segunda invasion de García Ros, en cuyo favor hizo reaccionar á dicha Ciudad, que por médio de su Cabildo se habia adherido á las manifestaciones de la Capital, y héchose solidaria de sus deliberaciones. Armó en seguida tres cientos hombres y marchó á incorporarse al ejército de García, cuando Antequera se encontraba en Nuestra Señora de Fé. Para sofocar éste la revolucion interior, despachó al Alcalde Ordinario, Maestre-Campo Don Ramon de las Llanas con órden de batir á Villalba, prenderlo y conducirlo al campamento del Gobernador. Lo capró efectivamente en el paso del Tebicuarí, y altando á la órden, que Antequera transcribe, le dió la muerte en seguida. — Antequera prueba que este suceso desgraciado tuvo lugar en esta forma; y no es por cierto responsable el gefe de todos los desmanes de sus subalternos. — Sostiene tambien, apoyándose en autoridades respetables en derecho, la doctrina, que inició en el Paraguay respecto á la supremacia del Virrey y de la Audiencia, probando que no ha sido una novedad, sino que forma la enseñan-

za de encumbradas ilustraciones jurídicas.

Notaremos, por fin, lo que á juicio nuestro es mas digno de atencion en esta Defensa, por cuanto arroja luz sobre las tendencias y la fisonomía política del personage, así como viene en apoyo de nuestras reflexiones sobre la revolucion. — Empéñase en poner en claro la actividad resuelta del pueblo, que arrastraba la de los majistrados y ejercía coaccion sobre el pensamiento de sus gefes, adelantándose á sus deliberaciones y significándoles enérgicamente que se encontraba dispuesto á hacer valer sus voluntades. — Despues de haber iniciado el Señor Antequera al pueblo en ideas capaces de dar formas nobles á la revolucion y de alimentar su entusiasmo, el nérvio de la soberanía popular latió con vigor estraordinario: hé ahí una verdad, que surge á poco que se discurra en las peripecias del segundo periodo; y cuando la efervescencia pública llega á hacerse dueña de la situacion, entonces se impone soberanamente y arrastra á los iniciadores. — El Señor Antequera está justificado en este punto por la historia práctica y por la historia ideal de todas las revoluciones. Las muchedumbres se imponen cuando se sienten fuertes. Y no que el Señor Antequera busque en esta esplicacion una disculpa á su participacion en los mismos hechos. Solo se propone, y con razon, sincerarse de escesos, en que no participó, y

de que solo podía culparle le pasion. Lejos de eso, profesa noblemente una teoría trascendental, en que se apoyaba la actitud asumida por el Paraguay, y declara, que las inspiraciones del derecho natural en sus formas mas absolutas, le hacían obedecer con plena conviccion y conciencia las voluntades libre y espontáneamente manifestadas del pueblo. — Los pueblos no abdican su soberanía, declaraba Antequera. El acto de delegar sus formas esternas y el ejercicio de la facultad de legislar, residente en él por razon de la naturaleza y suprema dispensacion de Dios, no implica en manera alguna que renuncie á ejercerla, cuando los procedimientos de los gobiernos le hieren, y falseando su deber, lesionan los preceptos eternos de la razon absoluta, que está sobre todas las leyes, y por consiguiente, es superior á todas las autoridades. Asombrosa profesion de fé política, que levanta á una altura colosal la figura de Antequera. No la pronunciaba á la sombra de un pueblo libre ni amparado por la distancia de las asechanzas del celoso absolutismo, que combatia. — Aherrojado en la cárcel de Lima, entregado al arbitrio de un partidario frenético y que disponia de la autoridad, lanzaba esa palabra de sabor profético al rostro de los representantes de la sombría autoridad, triunfante en América y en Europa hacía mas de tres siglos. Antequera, por consi-

guiente, ha dejado las trazas del héroe. Esa es la estofa de los mártires. El historiador jesuita no hace mencion de esta carta.

Grande fué la curiosidad del pueblo, cuando el Señor Antequera arribó á Lima, donde se le habia retratado con singular colorido, llegando á generalizarse la opinion de que intentaba sustraer el Paraguay al gobierno del Rey de Espapaña para fundar una dinastía, cuyo gefe sería él. Sin embargo, el pueblo lo adivinó. — Sea que personas mejor informadas disipáran todos los falsos rumores esparcidos en la Sociedad, sea que su correspondencia con el Señor Palos se popularizára, ó que las informaciones del Juez enviado por el Virrey para sentenciar la causa del ilustre preso produjeran este cámbio, el heho que nos llega con universal asentimiento, es que el pueblo comenzó por simpatizar con sus desgracias y terminó por atestiguar verdadero amor hácia su persona. — Á tal punto llegaron las simpatías públicas por él, que el Virrey, hombre poco vacilante sin duda y nada adulador de las muchedumbres, temía poner término á su causa, que por consiguiente se dilató estraordinariamente, prolongando con la prision los sufrimientos del acusado.

En Mayo de 1728 se retiró del Paraguay el General Don Matias de Ángles y Gortari, Corregidor del Potosí y despues Gobernador de la Pro-

vincia de Tucumán, que fué el Juez de instruccion enviado por el Virrey, en Setiembre del año anterior para entender en la causa del Señor Antequera. Á su llegada á la Asuncion renacieron los tumultos populares, mal apaciguados hasta entónces y que se oponian á su recepcion; pero no fué difícil acallarlos, y el Señor Ángles llenó su comision, con general aplauso, segun lo declara el historiador jesuita, que tanto hemos citado. No menciona él, ni conocemos el informe que presentó al Virrey, pero podemos inferir por otro documento (1), que tampoco toma en cuenta Charlevoix, pero que corre impreso, que no sería favorable en manera alguna á la causa sostenida por los Padres de la Compañia.

Encontráronse en la cárcel de Corte de Lima Don José de Antequera y Don Fernando Mompo (2), iniciador vencido el uno, encarnacion futura el otro de las revoluciones del Paraguay. En las largas horas de la prision, abriéronse sin duda aquellas almas, que lograron comprenderse y participaron la conviccion de un ideal, que solo á costa de inmensos sacrificios era dable, no ya hacerlo triunfar, pero á lo menos, alimentar su vida, y conservarlo como semilla de mas perfectas concepciones y mas seguros

(1) Su informe á la Inquisicion de Lima.
(2) Ignoramos la causa de esta primera prision de Mompo.

progresos en el camino de la soberanía popular. Veian que en el tiempo transcurrido desde la fuga de Antequera, aunque vacilante por la falta de gefe, que le imprimiera direccion, se conservaba no obstante el nérvio de la revolucion, y que el pueblo acariciaba el pensamiento, que le daba forma, con mirada recelosa hácia toda autoridad ó persona, de cuyo desamor á su causa concibiera sospechas. —Mompo formó una resolucion atrevida. Huyó de la cárcel y se trasladó al Paraguay.

Rápido, muy rápido fué su pasage por la Provincia, pero honda la huella que dejó en la Sociedad. Produjo un cataclismo y desapareció. Con tan impetuosa franqueza descubrió el pensamiento escondido en los senos mas guardados de su partido; fué dado con mano tan pujante el impulso, que precipitó al pueblo á trastornar por completo todas las formas de la administracion, y los principios mas severos del derecho colonial, —que fué imposible conservar aquella súbita conquista, que por ventura habria sido mas consistente, si en vez de ser la obra de una esplosion, lo hubiera sido de la labor lenta y progresiva, con que los partidos cautelosos llegan donde les está vedado, en pena de su impremeditacion, á los que cuentan demasiado con sus fuerzas y reparan poco en el poder del enemigo, y mas que todo, en el poder de las preocupacio-

nes y de las doctrinas profundamente arraigadas. — Despues de Mompo no quedó en el Paraguay sinó desórden. — Con un corage digno de los héroes antiguos desafiaba la cólera del poder, y arengaba al pueblo en las calles de la Asuncion, fascinándolo con su fuego de tribuno y la analogía permanente de su palabra y de su accion, para inocularle definitivamente una idea, que estaba comprendida en las anteriores doctrinas esparcidas por Antequera, pero envuelta en un prudente respeto hácia el derecho de la monarquía. Mompo rompió el símbolo para descubrir la deidad. Penetró en el santuario, que su antecesor velaba, para empuñar la antorcha, á cuya luz descifraba su partido el enigma del porvenir, y la sacudió chispeante ante los ojos deslumbrados de las huestes absolutistas.

La autoridad del comun, no reconoce superior. — La voluntad del Monarca, y todos los poderes, que de ella derivan, otras tantas fórmulas del mismo principio, todos le están subordinados. — La autoridad de los comunes es elemental, permanente, inalienable. — Preexiste á todas las modificaciones de la monarquía: y es la forma y como el molde primitivo del Estado. La monarquía, principio estraño á la antigua constitucion de los pueblos latinos, fué introducida en una crisis turbulenta del mundo romano. Implica la delegacion de la soberanía origina-

ria, pero de ningun modo el suicidio moral de las naciones. — El derecho natural es el código universal y el tipo perpétuo de las acciones en la raza humana. Si los pueblos lo abandonan por el estravío de sus delegados, sus preceptos absolutos le ordenan reasumir el poder de legislar. Las leyes artificiales se derogan de suyo, cuando se separan de la fórmula inicial y compleja del deber, moderador supremo de las relaciones recíprocas de los hombres (1).

Estas palabras encieran el fondo del pensamiento de Don Fernando Mompo: pensamiento que sus arengas diseminaban en todas las cabezas, y que profesaba en las reuniones públicas del Cabildo, y diariamente conquistaba prosélitos en el Paraguay. Así abria Mompo todos los secretos de su alma, mientras exhalaba Antequera en medio de las amarguras de la prision las quejas de la suya y los arranques generosos de su espíritu liberal.

Corria yá próximo á su fin el año de 1730, cuando las opuestas corrientes se chocaron, produciendo una dilatada esplosion. — Fatigaba al Virrey la situacion de la Provincia del Paraguay, que le inspiraba sérios recelos, y las equívocas relaciones, que mantenia con él su Goberna-

(1) Véase Soria «De la moralidad, ó de la potencia intelectual, moral y politica, etc.»

dor (1). Considerando el tiempo que se prolongo el provisoriato de Barúa, de quien no podia estar satisfecho, es dable suponer, que vacilára hasta entonces en tomar una resolucion para abreviar el malestar, temeroso de incitar nuevas y graves perturbaciones. Por fin, y en la época indicada, se decidió á proveer el Gobierno en la persona de su pariente Don Ignacio Soroeta, el cual aceptó el puesto y se dirijió al Paraguay.

Habia llegado para los comuneros el momento de obrar.—Mompo lo comprendió así. No debe el pueblo aceptar ese majistrado. Opongámonos á su recepcion en nombre del comun. La voluntad del pueblo nos escuda, y una decision colectiva estorba la responsabilidad individual (2). Tal fué la palabra, que como signo de alarma resonó por boca del tribuno en toda la Capital del Paraguay. Poco tardó en ver puesto de pié y con ánimo esforzado á su partido, cuyas filas crecian á la par que su entusiasmo.—La mayoría, la inmensa mayoría de la Capital, segun espresa confesion de los jesuitas, se ligó al caudillo, y levantó valientemente su bandera. Bautizado con el nombre de *Comunero* lanzó sobre el bando opuesto un nombre sarcástico, que

(1) En esta misma época dirijió Barúa al Rey un Memorial contra los jesuitas, que contribuiria á agriar la ojeriza del Virrey.
(2) Charlevoix Lib. XVIII.

significaba la felonía de que se hacía reo contra el pueblo y el burlon estigma con que lo penaba el partido poderoso, que combatia, llamándole *contrabando*. Eran pocos y escamoteaban el derecho comun.—Con gran desconfianza y paso á paso se acercó Soroeta á la Capital, mas persuadido por Barúa, de que por su parte no haría la menor diligencia tendente á estorbar el cumplimiento de las órdenes superiores, que acataba y obedecia desde luego, se determinó finalmente á presentar al Cabildo sus despachos. —La revolucion estalló.—Los Comuneros declararon tumultuosamente, que no aceptaban ni reconocian otro Gobernador sino Don Martin de Barúa: declaracion, á que se plegó el pueblo en Villa Rica, donde mandaron emisarios.—Barúa renunció su puesto: pero todo era inútil. No era la persona de Barúa lo que la revolucion se empeñaba en conservar, sino el principio generalizado por Mampo, que aspiraba á un triunfo definitivo, y aprovechaba aquella coyuntura para romper con las leyes establecidas. Obligáronle á conservar el baston, y despues de haber entrado Soroeta en la Capital: despues de haber sido reconocido por el Cabildo, diéron el último golpe, intimándole en nombre del pueblo, que saliera inmediatamente de la jurisdiccion de una Provincia, que no estaba dispuesta á dejarse gobernar, sino por los magistrados en quienes ella deposi-

tára su confianza. Inútil hubiera sido resistir. Soroeta obedeció y partió. Salió al mismo tiempo de la Ciudad el Obispo, y se completó la revolucion deponiendo á todos los Alcaldes y Corregidores, que no le eran adictos y que fueron repuestos por otros vecinos pertenecientes al partido transitoriamente vencedor.

El Gefe militar Saldivan, que habia encabezado el movimiento popular, y al cual habian hecho Maestro de Campo general, quedó dueño de la autoridad al retirarse Soroeta, puesto que Barúa repugnaba el aceptar de nuevo el Gobierno. —Sin embargo, el pensamiento de Mompo, cuyo espíritu tenia mas vehemencia que profundidad, había sido trascendental, y la revolucion se llevó á cabo en virtud de una idea política, que querian hacer permanente. Talvez exajeraron la importancia de su triunfo: tal vez solo obraban para prevenir los males, que debia acarrear la acefalía de la Provincia; pero dueños del país y coronados por la victoria, quisieron dar forma á su pensamiento y cimentar con instituciones sólidas el principío de gobierno, por cuya conquista combatian.—Pusieron entónces y para lograrlo, la autoridad de la Provincia en manos de una Junta Gubernativa, elegida popularmente en la Capital, cuyo Presidente debia llamarse PRESIDENTE DE LA PROVINCIA DEL PARAGUAY, empleo que recayó en la persona de Don José Luis Barreyro.

El desafío no podia ser mas enérgico. La forma del gobierno era fundamentalmente opuesta al derecho monarquista, y creyeron los Comuneros abrir con ella una era nueva y echar las bases del porvenir político del pais con un acto de temeridad. Comenzaron por engañarse en la persona que pusieron á la cabeza de la Provincia, y que hasta entonces habia disimulado su afeccion al partido absolutista, ó fingídola por el del pueblo. Barreyro resolvió en sus consejos íntimos traicionar su causa, y vencer la revolucion en médio de sus triunfos, arrebatándole el foco de animacion, que conservaba é incitaba su entusiasmo, y privada del cual, pereceria sin duda, debilitada por el desaliento ó aniquilada por la anarquía. La ausencia de Mompo era la sentencia capital y la estincion de toda esperanza para el partido, que le reconocia como gefe. Las almas capaces de la traicion no retroceden ante los recursos mas villanos ni vacilan en emplear los mas innobles resortes.—Barreyro participaba de todos los matices de su vicio. Sabia que Mompo hacia diarias escursiones en los alrededores de la Capital, y cierto dia, que escogió para llevar á cabo su menguado proyecto, fingió encontrarse casualmente con él y le invitó á acompañarle hasta Yaguaron, donde le llamaba un asunto del servicio público. Mompo cayó en la celada. Conocía poco el interior del pais, y no le fué difícil

á su pérfido enemigo estraviarlo en el camino, y en vez de dirijirse al punto indicado, cambió rumbo y lo condujo al sítio, donde le esperaban los que habian de ejecutar su órden. Apenas hubieron llegado, le intimó mandamiento de prision, y entregándole á sus soldados, fué conducido á Buenos Aires, cuyo Gobernador Don Bruno Mauricio de Zavala le encarceló á hizo instruir su proceso. Cuando estuvo en estado de sentencia, lo remitió al Perú para que fuera definitivamente juzgado por el Virrey ó la Audiencia de Lima; pero al llegar á Mendoza, sus amigos lograron hacerle huir y consiguió refugiarse en el Brasil.

Tal fué la breve, pero tempestuosa carrera política, que hizo en el Paraguay el ardoroso tribuno, tipo el mas acabado de fervor y de imprudente entusiasmo, entre todos los que figuran en esta época luctuosa.

No se habia equivocado Barreyro pensando que la separacion de Mompo dislocaria su partido: mas sí se engañó, creyendo poder disfrutar en paz los beneficios de su traicion. Profundo desagrado produjo en el pais y tumultuosas manifestaciones provocó el acto pérfido del Presidente. El pueblo se indignó al ver entregado á la persecucion y al anatema el apostol de su derecho y la cabeza que presidía los transportes de su soberana voluntad; y todo su partido sentia que se le

escapaba la vida, porque Mompo estaba tan íntimamente adherido á su corazon, que solo desgarrándolo era posible arrancárselo.—Tornó á ponerse de pié, mas era yá en las convulsiones de la agonía. Bartolomé Galvan y Miguel Garay, se pusieron al frente de la revolucion, que estalló en Agosto contra Barreyro. Hubo de trabarse la lucha en las calles de la Asuncion, cuyo silencio turbaba el estridor de las armas, pero Barreyro conoció que aún en las filas de sus soldados habia quien le preparára dogales, y se encerró en el convento de la Merced, de donde fué obligado á salir, huyendo á la Provincia de Misiones. La traicion castigaba á la traicion. Garay ocupó su puesto.

Al fin de 1731 nombraron Presidente á Don Antonio Ruiz de Arellano, y enviaron diputados á Charcas para hacer legalizar los procedimientos del Comun, los cuales no pasaron de Córdoba detenidos por las funestas noticias, que por entonces vinieron del Perú. Mas yá todo era desórden y confusion. La revolucion habia perdido de vista su objeto y se habia convertido en una informe anarquia. El partido Comunero sin cabezas que lo dirijieran, vagaba en la incertidumbre y marchaba tropezando de estravio en estravio, y el gobierno pasaba á su vez de mano en mano, como en la decadencia del Imperio romano, cuando los soldados levantaban en

sus escudos á razon de Emperador por dia.

En el adviento de 1731, subió el principio revolucionario á la Cátedra sagrada.—El Padre franciscano fray Juan de Arregui, despues Obispo de Buenos Aires, predicó por entonces, defendiendo los derechos del Comun, y ratificando al pueblo en las liberales convicciones, que mantenian la revolucion. Pero los elementos dispersos del equilibrio revolucionario no podian reunirse al rededor del púlpito. La tribuna de Mompo estaba derribada, y nada era capaz de sustituirla, siquiera deba la historia tomar en cuenta el coraje y el pensamiento elevado del animoso Sacerdote, que á traves de las bóvedas del claustro recibe con amor la voz del pueblo, y siente retemplarse su vigor, debilitado por la fatiga y la penitencia, para poner su cabeza y su entusiasmo al servicio de su causa. Nos agrada poco, lo hemos declarado yá, la ingerencia del Sacerdote en las tempestades políticas: mas si en alguna ocasion es disculpable que olvide la mision de mansedumbre y abnegacion que le está impuesta, sin duda que lo será, cuando lucha por esa multitud, que es soberana y es su hermana, pobre como él, y como él destinada á sufrir y padecer, llorando en el silencio y ocultando unas lágrimas, que profana la luz del mundo.

Mientras tanto había llegado á Lima Don Ignacio Soroeta, repudiado por el pueblo, en los

primeros meses de 1731, precipitando así una catástrofe feroz, que hace chorrear sangre á la pájina de la historia, que la contiene. Dió cuenta Soroeta del desenlace, que cupo á sus diligencias para recibirse del Gobierno, y de cómo el Paraguay se había levantado para rechazarlo irremisiblemente, atribuyendo la perturbacion de aquella Provincia á la influencia, que todavía conservaba Antequera sobre sus antiguos partidarios, que habían llegado al último grado de insolencia, proclamando sin rubor ni embozo la autoridad del Comun, con tanta osadia, que segun el Obispo Palos (1) « podia decirse sin exa- « jeracion, que habían perdido el uso de la ra- « zon. » Caía envuelto en la acusacion el Alguacil Mayor Don Juan de Mena, amigo y confidente de Antequera.

Rebentó la cólera del Virrey al comprender todo el alcance que la revolucion tomaba, una vez colocada en terreno tan franco y decisivo.— Acto contínuo hizo estrechar las prisiones de Antequera, privándole de toda comunicacion y apoderándose de todas sus papeles, entre los cuales se dice haber encontrado cartas cambiadas con sus correligionarios del Paraguay, que le comprometian seriamente como iniciador de la revolucion y consejero de sus gefes. Con es-

(1) Carta al Rey, Mayo de 1725.

tos instrumentos hizo activar su proceso, cuyo fin estaba lejano, pues la confianza en que permanecía el Señor Antequera, deja entender, que no se traslucia aún el rumbo que tomaría finalmente. Al mismo tiempo se apresuraba el juicio del Señor Don Juan de Mena.

Inserta el Padre Charlevoix (1) en estracto la sentencia, que traducimos testualmente:—«Or-« denaba,—dice,—que Don José de Antequera « convicto de sedicion y rebelion, y por consi-« guiente, del crímen de Lesa-Magestad, fuera « sacado de la prision con muceta y capucha, « montado en un caballo enjaezado de negro,— « precedido de un heraldo para instruir en alta « voz al pueblo de los crímenes, que motiva-« ban su castigo,—y conducido á la plaza pú-« blica para ser decapitado sobre un cadalso: « que todos sus bienes fueran confiscados con « aplicacion á la Cámara Real, despues de cu-« biertas las costas del proceso; y que el Algua-« cil Mayor Don Juan de Mena, cómplice de sus « crímenes, fuera conducido al mismo sitio y « recibiera muerte de garrote en un cadalso mas « bajo. »

Los jesuitas y otros religiosos le asistieron en la capilla, preparando su espíritu para la muerte, en cuyas alas iba á colocarle la mano de sus

(1) Lib XVIII.

poderosos enemigos.—Afirma el mismo historiador, que encargó al Sacerdote domínico Aspericueta, que hiciera en su nombre pública retractacion de los cargos con que había calumniado á la Compañía de Jesús y de sus atentados en el Paraguay. — Afirmacion inverosimil y sin pruebas. El Señor Antequera solo habìa dicho de los Jesuitas lo que la historia demuestra irrefragablemente, salvo algunos cargos apasionados, que no es oportuno ventilar aquí (1), y en los cuales bien pudiera estar estraviado su juicio. Pero si Antequera encargó tal retractacion, ¿dónde está?... La afirmacion es gratuita. — El criterio histórico rechaza el asentimiento á ella, porque la tradicion de los partidarios es equívoca y poco fidedigna, y solo con los documentos y las pruebas mas claras es lícito aceptar hechos, que rompen la unidad de carácter de un hombre, altamente colocado en el aprecio y la admiracion de la posteridad.

Grande, como mas arriba dejamos notado, era el amor, que Antequera se habìa grangeado en Lima de parte del pueblo, y su vida despertaba un interés verdaderamente apasionado. Durante los tres dias que estuvo en la capilla,

(1) Tanto éstas como todas las cuestiones relativas á los jesuitas, que indicamos en este libro, asi como las que no tenemos oportunidad de mencionar, serán madura y sinceramente discutidas en nuestra « Historia de la Provincia de Misiones. »

la Ciudad pedia su perdon con la vehemencia, que lleva siempre la multitud en sus simpatías, y hasta se veían grupos y reuniones tumultuosas, en que se debatía agitadamente la salvacion del ilustre revolucionario.—Por mas que la ley lo abrume, el pueblo en el fondo se siente siempre soberano. Por eso se indigna cuando sus votos no son escuchados y los mandatarios miran con desprecio las indicaciones de su arbitrio.—La sospechosa piedad del pueblo fué desoida. La multitud murmuraba colérica.—El Señor Antequera se preparaba por médio de la oracion y los Sacramentos á presentarse purificado y tranquilo ante el Supremo Tribunal, que juzga á los jueces de la tierra, y corona con la inmortalidad el alma del inocente perseguido y martirizado.—Amaneció, por fin, el dia fatal.—Todas las avenidas de los sitios que el cortejo habia de recorrer estaban ocupadas por la muchedumbre fatigada de su emocion, inquieta con esa inquietud de los pueblos, que alarma á los tiranos y preludia la arrogancia de la justicia. Partió de la cárcel el ilustre sentenciado, conducido con el sarcástico ceremonial, señalado en su sentencia y llevando á su lado los Sacerdotes, que le habian hablado de Dios, á quien sentia en su alma, haciéndole olvidar la terrible amargura de aquel trance.—Un religioso franciscano subió al cadalso y desde allí gritó agi-

tando sus brazos y las anchas mangas de su hábito : —*¡Perdon!*— ¡Perdon! resonó en el pueble, mas no yá con el acento de la humildad, que suplica,—sino con el tronador bramido del leon amenazante. Corrìan aquí y allá numerosos Sacerdotes franciscanos, animando al pueblo erguido, para que arrancára la presa á aquella justicia bárbara del absolutismo, hiena que yá rechinaba los dientes con sangrienta alegría.—El pueblo se enfurecía. El Virrey recurrió á la fuerza. El fusil de los soldados del Callao hizo fuego contra el pueblo, mientras el Marqués de Castel-Fuerte, temiendo que aquel criminal feroz, reo de haber respetado la voluntad del pueblo paraguayo, escapára á la satisfaccion de la Majestad Real ofendida y á los placeres de la justicia, le hacia asesinar de un balazo.—Pero era poco. No bastaba apaciguar la Ciudad, cortando el nudo : no bastaba hacerse personalmente responsable ante Dios y los hombres de una muerte, que otro juez menos apasionado y menos cruel, se habria dado por satisfecho con economizarla sin compromiso de su parte, toda vez que el tumulto del pueblo así lo exigìa. Era poco haberse desembarazado del enemigo y haber satisfecho la venganza.—Poco era todo eso al celo absolutista del Virrey.—Era necesaria la bárbara ceremonia. Faltaba el espectáculo de la ley victoriosa contra el sacrílego

despreciador del Señor natural de los hombres, de las tierras y de las cosas,—y fué preciso que la mano pestilente del verdugo se gozára como las garras del chacal en profanar un cadáver, cortando la cabeza al finado Don José de Antequera y Castro. Con esta escena brutal dió el Señor Don José de Armandarú, Marqués de Castel-Fuerte y Virrey del Perú, un ejemplo de civilizacion suave y cristiana á los salvages, un escándalo á la Colonia y una pájina inmunda á la historia, en la plaza pública de Lima el 5 de Julio de 1731.

El furor del Paraguay creció hasta la demencia al caer sobre la tierra de América, que se apresuró á beberla con amor, la tibia sangre de su ilustre caudillo.—Ocupaba Arellano el primer puesto de la Provincia, y participaba de la efervescencia pública, que no reconocia límite. Su exasperacion estalló con la tercera espulsion de los jesuitas (1), en quienes creía ver el pueblo los motores de la pérdida de Antequera.

La cólera delirante de la multitud arrasaba cuanto le atajaba el paso. Penetraron soldados y vecinos en el Colegio, saquearon, maltrataron, profanaron el lugar santo, hicieron rodar cabezas, porque la majistratura tambien deliraba,

(1) La espulsion fué pronunciada por el Cabildo el 19 de Febrero de 1732.

y llegaron á todos los escesos que acompañan á un pueblo sin freno y arrastrado por el frenesí de las pasiones, aunque nazcan de un orígen noble.—Todo se pervierte entónces : todo se degrada. Ni queda institucion en pié, ni idea incontaminada. La libertad se arrastra en el crímen, la justicia se revuelca en el lodazal de los vicios, y todos los elementos de la sociedad se derrumban estrepitosamente, muertos por la corrupcion.

Las mujeres participaban tambien del entusiasmo por la causa, que personificó Antequera, y cuya degradacion comenzaban á llorar.—Queda en la historia el nombre y la severa declaracion de lá hija de Juan de Mena, cuyo temple de alma no desmerece de las ensalzadas matronas de Lacedemonia. Vestìa luto por su esposo Don Ramon de las Llanas, cuando llegó al Paraguay la noticia de que su padre habìa perecido á manos de la justicia de Lima como cómplice de Antequera.—La hija del mártir humilde, se asemejó entónces á aquellas mujeres antiguas, que parece que se arrancáran el corazon para entregarlo intacto á su pueblo, con todo su sentimiento y su vida. — Arrojó su fúnebre traje y se presentó en público engalanada y festiva : — « No,—esclamaba (1),— no debe la-

(1) Charlevoix, lib. XIX.

« mentarse una muerte gloriosamente sufrida en « servicio de la Pátria! » La hija del mártir pagaba así con elevacion el tributo de su amor y de su piadoso recuerdo al patriota, á quien no detuvo el peligro ni amedrentó el patíbulo.

Penoso y estraño á nuestro objeto seria seguir en todos sus detalles las peripecias de la anarquía del Paraguay, los motines y los combates, que ensangrentaron sus calles y sus plazas, los desafueros de todo linage, con que se pervirtió la revolucion, renegando del decoro en que la habian mantenido sus primeros caudillos.—La Provincia de Misiones, constantemente amenazada por los paraguayos, que temian y odiaban todavía á sus doctrineros, tuvo que mantener durante cinco años una fuerte guarnicion en la frontera. El Obispo Palos, vuelto á su silla, representaba un papel importante en su partido, y fué víctima de las arterías á que mas de una vez recurrió la revolucion convertida en un bando turbulento, que sin poder infundir esperanzas al pueblo, lo mantenia en alarma é inquietud perpétuas.

En 1732 determinó Zavala enviar un gefe y soldados de Corrientes para reforzar las guardias guaranís de la frontera de Misiones sobre el Tebicuarí á fin de oponerse á las proyectadas invasiones de los paraguayos (1).—El dia en que

(1) Hemos hecho mencion anteriormente de la Cédula, que quitó al Gobierno del Paraguay su jurisdiccion sobre las Misiones del Paraná.

el Teniente de Rey de dicha Ciudad debía hacer la eleccion de los doscientos soldados, que pensaba enviar á Misiones y que habìan de ocupar á Itatí, estalló una revolucion comunera, que envió preso á dicho magistrado al Paraguay para mayor seguridad, recibiendo en cambio soldados, armas y municiones con que sostenerse en sus principios y como prenda de fraternidad entre ambos pueblos.

Aunque anarquizado y en desórden, el partido comunero contaba todavìa con el apoyo de la mayoria en el Paraguay y conservaba fuerzas para hacer frente al Gobierno general. Asì que le fué inútil á Don Agustin Ruilova el haber llevado los soldados guaranìs, vencedores poco há contra el Comun, cuando quiso apoderarse del cenagal de Nembucú, para imponer á la Ciudad mal repuesta aún de la amenaza de los guaycurús (1), el dia en que fulminó sentencias contra los que pertenecìan á la causa perseguida del pueblo. —Abandonado de los que le seguìan, Ruilova murió asesinado por los revolucionarios. —El pueblo era llevado al frenesì, y los crìmenes se seguìan con asombrosa fecundidad. Don

(1) El Obispo habia fulminado entredicho y escomunion contra los que tomaron parte en el asalto del Colegio. Cuando se anunció la invasion de los guaycurús, negáronse los soldados á defender la Ciudad, si préviamente no se les alzaba la censura. El Obispo les absolvió entónces.

Agustin de la Sota, orador popular que pretendió reponer á Mompo, aparecc en todos estos motines estériles, si bien no manchado con sérias responsabilidades en sus escesos.

Durante el tiempo en que el mismo religioso franciscano, fray Juan de Arreguí, á quien hemos visto defender calorosamente los derechos del Comun y los principios de Mompo, electo yá Obispo de Buenos Aires, permaneció en el Paraguay, donde iba á recibir la consagracion de manos del Señor Palos, pretendió en vano, por la oposicion de éste, que se propusiera entre ambos el cambio de las diócesis, toda vez que su presencia podía influir en la pacificacion de la Provincia.—En una de las muchas y frecuentes revueltas de la Capital, fué elevado por el pueblo á la suprema magistratura, en la cual se mostró perseverante y benigno.

Si la custodia que hacían los guaranís de su frontera arruinaban sus pueblos, no dañaban menos á los intereses de la revolucion, constantemente amagada por sus fuerzas, superiores en número y disciplina á las del Paraguay.

Diligencias perpétuas para alejarlos: promesas siempre desmentidas, y pactos siempre quebrantados de una parte y de otra: la anarquía sin pensamiento y casi sin bandera, á no ser que queramos mantener el pendon de Antequera y de Mompo en las manos de agitadores

insensatos, sin la conviccion que forma el partidario noble, ni la rectitud que adorna con aureola inmarcesible al defensor puro del derecho : aspiraciones bastardas y mezquinas : dolo y bajeza : profanaciones y crueldades : todo esto amontonado sobre el cielo de la pátria ¿qué habia de producir, sino la ruina y el desprestigio para la causa revolucionaria, el aniquilamiento y la pobreza para el país, la recrudescencia del despotismo, vengándose de los hombres, despues de haberlos vencido? Don Bruno Mauricio de Zavala recibió en 1735 (1) comision de pacificar al Paraguay. Poco le costó la victoria de Tabatí, dada casi en su totalidad con los mejores soldados del Rio de la Plata, los guaranís de Misiones: victoria, que postró la revolucion, y que fué manchada con el fusilamiento de prisioneros, que quitó á ésta sus hombres mas influyentes y prestígiosos.

Zavala entró en la Asuncion el 30 de Marzo. Continuaron allí los procesos y las sentencias capitales. El pueblo estaba mudo. Zavala contaba la paz como restablecida, y tenia razon. Era aquella la paz de las tumbas, es cierto : la

(1) Por esta misma época declararon el Virrey y la Audiencia de Lima, que despues de un maduro exámen, reconocian calumniosas todas las acusaciones é injustas todas las sentencias contenidas en el proceso de Don Diego de los Reyes —Así lo espresaron en una carta irijida al Rey.

paz que queda despues el esterminio : pero en fin era la paz, que afirma tronos y amedrenta las naciones.

Volvieron los jesuitas á su Colegio, y Zavala, despues de instituir Gobernador á Don Martin de Echauri, á quien dejó para su seguridad la Guardia de Dragones, que habia llevado de Buenos Aires, partió para Chile, de cuya presidencia corria prisa, que se hicieron cargo. Los pocos restos del partido comunero capaces de conmover de nuevo el país, chispas que se temía engrosáran, fueron estinguidas por la mano del verdugo bajo el gobierno posterior de Don Rafael de la Moneda.—Las tinieblas tornaron á estender sus sombras sobre el Paraguay.

Puede refundirse en pocas palabras el carácter de este periodo de la revolucion.—Llevada por una gran personalidad á la cumbre de la conciencia de sí misma y del corage de sus propias convicciones, cae, al faltarle el caudillo, en las huellas rastreras de una faccion sin bandera, pervertida en el ideal é inmoral en sus recursos.—El enemigo que se conserva intacto, la sofoca sin esfuerzo, y queda como la ráfaga lumidosa de un cometa, para dirijir en la historia, por rumbos vigorosamente señalados el estudio del desarrollo político de la Colonia.—Se elevó como el águila: pero sus alas fueron el génio de Fernando Mompo. Faltóle éste y se precipitó en el abismo.

CAPÍTULO V.

Crítica histórica. — Charlevoix — Antequera. — Herran. — Aguilar. -- Funes. -- Dominguez, etc. -- Juicio de la Revolucion.

Enarecíamos al comenzar el Capítulo II de este Ensayo, las sérias dificultades, que ofrece á la crítica imparcial la carencia de documentos que relejen los acontecimientos, que acabamos de esponer, á través de una conciencia desprevenida; de tal manera, que no queda otro recurso al criterio sano, sino el de apoderarse de los hechos menos controvertidos é imprimirles las formas nobles de la historia, sin preocuparse en lo mínimo de las fuerzas estraviadas que solicitan su juicio para conducirlo por rastros falsos hasta una conviccion errada.

Muchas veces hemos citado al Padre Charlevoix, porque reputamos su libro, en la parte que adelanta al Padre Lozano, — el monumento mas completo de la épocas, que abraza, y sus páginas, que á veces se imponen con un marcado acento de verdad y á veces muestran la concien-

cia del autor titubeando ó arrastrada por la pasion de partido, principalmente en las grandes líneas de sus observaciones y en el conjunto de la crónica, siempre traducen el trabajo interior, la lucha de la sombra con la luz, y resplandecen aquí y allá relámpagos de una alma ingénua y sencilla, que confiesa de plano y sin reserva, lo mismo que la lójica de su sistema le veda aceptar. Afortunadamente, el Padre Charlevoix era un partidario demasiado franco de las instituciones, que pretendian modificar los comuneros para que tuviera empeño en ocultar la inmensa popularidad de los caudillos, que hemos visto pasar, personificando, dominando y conduciendo la revolucion hoy, dominados y superados mañana por ella: Antequera y Fernando Mompo. Á juicio del autor y de los suyos, era consideracion demasiado subalterna la voluntad del pueblo para engañarse á sí mismos ni engañar á la posterídad, respecto á sus manifestaciones en esta lucha. Por el contrario, constituyendo estas turbulencias una modificacion de las luchas perpétuas entre los principios, uno de los cuales se llama la soberania popular, otro se llama « el grande honor de la obediencia «del súbdito (1),» y siendo el objeto fundamental

(1) Dictámen del Fiscal de la Real Audiencia de la Plata, que motivó el Decreto de 13 de Marzo de 1725.

de los trabajos de Charlevoix levantar á su Órden en la consideracion del segundo de estos partidos, — fuerza le era consignar las verdaderas proporciones del combate; y toda vez que sostener la impopularidad de la revolucion, habria equivalido á afirmar, que el realismo combatia con una sombra, disminuyendo por consecuencia el mérito de los que coadyuvaron á su triunfo, se sigue, que su interés mas vivo en este punto era la verdad, yá que la exajeracion habia sido contraproducente por las diversas versiones de sus propios partidarios. — Importaba presentar al pueblo enérgico, unánime, delirante de entusiasmo, siguiendo enfurecido la bandera revolucionaria. De lo contrario no habria enemigo. — Basta esta consideracion para esplicar las ingénuas confesiones de Charlevoix, — como basta tambien, para manifestar su posicion en la crítica y descubrir el punto de vista, desde el cual entabla sus apreciaciones políticas y filosóficas. — Consideró, en efecto, las ruidosas emerjencias del siglo XVIII como una irrupcion de las muchedumbres sobre el trono: la actitud de los jesuitas en ella como nueva demostracion de su adhesion á la causa de la monarquía y del celo y abnegacion, con que la servian: la irritacion contra la Compañía como una venganza por sus sacrificios en favor del Rey, y una resurreccion de los ódios, que contra ella abriga-

ban los encomenderos desde la reforma del siglo XVII. Tal es el pensamiento que se destaca en el libro del jesuita, descartado todo lo que contiene, atingente solo á la crónica, ó inspirado por la pasion á que le inducia la tradicion de partido y el amor y solidaridad de cuerpo.

Participa de pocos de estos méritos y de todos los defectos de la pasion el Señor Obispo Don Fray José de Palos en las varias cartas y esposiciones suyas (1), que se contraen á tratar de la revolucion. En todas estas se retrata al partidario acre, intolerante con el contradictor, indócil en presencia de las reflexiones y de las pruebas, y para fortuna suya, solo se vé que en el fondo de aquel corazon reside un vigoroso sentimiento de religion, que aunque abrumado por una pasion política, estraña á su ministerio de Sacerdote y de Obispo, triunfa de cuando en cuando y le arranca espresiones patéticamente acentuadas, que reconcilian á la posteridad con su carácter. Es una bella alma ofuscada por el desórden social. — Parece un niño, atolondrado en el bullicio, que acusa, se irrita y por ventura maldice, — para volver poco despues á la serenidad dulce y suave de su espíritu candoroso.

(1) Carta al Rey. -- 25 de Mayo de 1725. -- Cartas á Don José de Antequera. -- Esposicion ante la Real Audiencia de la Plata. -- Carta al Provincial de los jesuitas, etc., &c.

Así se aparta y vuelve á colocarse el Obispo bajo la influencia de su sentimento religioso. — Sus opiniones son atrevidas, pero empíricas; padece del mal endémico de su tiempo: la indiferencia completa hacía las relaciones trascendentales de las ideas y de las peripecias políticas. En vez de colocarse en la corriente del pensamiento revolucionario, y encarar aquel debate turbulento bajo el punto de vista, que ofrece desde luego al observador de miras elevadas: en vez de dejarse conducir á lo menos, como mas tarde el Padre Charlevoix, al terreno especulativo, por las opiniones emitidas en él por Mompo su coetáneo, cuya voz escuchó y que fué el mas genuino representante del elemento ideológico en la revolucion, — el Obispo Palos empequeñece sus horizontes, disminuye la talla histórica de los sucesos, — y sin parar la atencion en la lucha trabada entre dos grandes principios, considera la cuestion como una mezquina eventualidad, sin raices en el pasado, sin apoyo en las ideas contemporáneas ni la menor influencia en el progreso ulterior del país. Es ésta una estrechez de ideas que desespera. — En el sentir del Señor Palos, no hubo en el Paraguay otra cosa, sino amigos ó enemigos de un hombre, perseguidores de los jesuitas, despreciadores de la inmunidad eclesiástica, anarquistas perversos, desorganizacion fortuita, en una palabra, sin repa-

rar en que jamás se desencaja de esa manera la trabazon de la forma social, sin que se invoque un principio simpático con las fuerzas mentales del pueblo, y que por el doble crecimiento del vigor espontáneo de la idea, y del vigor asimilativo de la multitud, que la identifica con sus pasiones, —llega á ser un verdadero gigante dotado de la inmensa fiereza colectiva, que trastorna los Estados y remuda la faz de los continentes. El Señor Palos parece obseso de la monarquía; y aunque esta reflexion sea dura, sus escritos nos hacen pensar, que en el espíritu del Obispo se encontraba tan irremisiblemente arraigado el principio de gobierno dominante, que no cabia en él la sospecha de que pudiera organizársele ataque ni iniciársele combate, no solo en la esfera de las ideas, pero tampoco en la esfera de los hechos. Tanta es su ceguedad en presencia de la revolucion del Paraguay. Vé al pueblo enfurecido cuando se le habla en nombre de la monarquìa y se le impone por su autoridad majistrados que rechaza: oye á Mompo declarando con su tronadora elocuencia, que la Ciudad quiere y debe ser dueña de sí misma: presencia este hecho palpitante, —que la popularidad de la revolucion aumenta en razon directa con su franqueza, y disminuye en dignidad y moral política á medida que olvida el símbolo de su ideal, y sin embargo el Señor

Palos cierra los ojos y los oidos, y se guarece de sus mezquinas trincheras: avaricia! dolo! engaño! — Inútil es agregar que sus escritos están vacíos de toda consideracion capaz de guiar en el juicio histórico de la época, que estudiamos, y apenas si ofrecen pábulo á la crítica.

No manifiesta tanta ceguedad el Provincial de los jesuitas, Padre Gerónimo Herran, en su correspondencia con el Marqués de Castel-Fuerte, Virrey del Perú (1), ni las noticias consignadas á continuacion por los compiladores de las *Cartas edificantes,* siquiera unos y otros se abstengan de generalizar sus vistas y penetrar en el fondo de la cuestion. El Padre Herran, efectivamente, manifiesta la decision de los *comuneros*, y en vez de atribuir la perturbacion pública á causas meramente personales, declara que la revolucion negaba su sometimiento á la autoridad soberana, y no solo que lo negaba, sino tambien que en esta actitud era acompañada por los votos y el concurso de la mayoría del pais, y que el contagio hería todas las clases sociales. « Tal es, Señor, decia al terminar su carta (2), « el estado en que se encuentran los rebeldes de « la Provincia del Paraguay, es decir, casi todos « sus habitantes, aún aquellos que por su profe-

(1) Lettres édifiantes et curieuses, -- tome IX. -- Edition 1781.
(2) Fecha 20 de Febrero de 1733.

« sion están obligados á contener los pueblos,
« valiéndose de la predicacion y del ejemplo, en
« la observancia de las leyes divinas y eclesiás-
« ticas y en la obediencia, que deben á su So-
« berano. No se vé en la Provincia otra cosa, sino
« tumulto y confusion ; no se sabe quien manda
« ni quien obedece (1), ni se oye hablar mas que
« de ódios mortales, de pillages y sacrilegios. »
La declaracion es categórica, y téngase presente que el Padre Herran no alcanzó al esplendor de la revolucion ; la encontró al revés en decadencia, estraviada y agonizante. Pudo, sin embargo, comprender su idea dominante, aunque sus reflexiones sean deficientes, toda vez que no se ocupa de calcular la filiacion y la genealogia, dígamoslo así, del hecho que le heria con bastante viveza para deslumbrarlo é impedirle consagrarse á un análisis severo y sustancial sobre su influencia y carácter definitivos. Por manera, que su escrito, carece igualmente de valor crítico y de mérito filosófico.

Otra observacion apuntaremos, que reputamos séria. — Los documentos de origen jesuítico, relativos á este punto, consignan ingénuamente dos hechos : el primero, la rebelion contra la

(1) Importa tener en cuenta la fecha de la presente carta para apreciar ajustadamente esta observacion. Es sabido, que despues de Mompo, la revolucion se convirtió en la anarquía mas desenfrenada y repugnante de que se conserve recuerdo.

monarquía: el segundo, la popularidad de la rebelion, — al revés de todos los otros documentos particulares y oficiales, que la revisten con mezquinos atavios y no se prestan á ver la mayoría del pueblo en las filas de la revolucion. — Coinciden unos y otros en el sistema de observacion empírica: solo que los primeros, desdeñando todo artificio, muestran el hecho desnudo, al paso que los segundos lo disimulan, lo adulteran, lo desfiguran. Los jesuitas, aunque aparenten considerarla como acontecimiento efímero, y desprendido del canabá de la historia, ó que no se preocupen de examinarla bajo esa luz, por lo menos la aceptan en toda su importancia, transitoria, concedámoslo, pero imponente de suyo. — Ninguno de sus correligionarios en política usa de tan plausible franqueza, sin que escapen á ese sistema pertinaz ni la Audiencia de Charcas ni el Virey Armandarú, á pesar de que acusa su profundo convencimiento acerca de la gravedad de la perturbacion, el hecho mismo de desplegar tanta energía y de llegar hasta la crueldad para sofocarla. Temían hasta llamar las cosas por su nombre, y reputaban sin duda como una profanacion del derecho divino, declarar que alguien era capaz de invocar al pueblo en contraposicion á su Rey (1). En una palabra ¿por qué los

(1) Hemos visto ya que los jesuitas conservaban la tradicion de que

jesuitas son francos, al paso que el resto de su partido, se obstina como en engañarse á sí propio? Los jesuitas en esta lucha eran con el partido absolutista un elemento agregado, pero no amalgamado. Distintos intereses los dominaban, distinta política los guiaba, y si hoy ponìan tanto entusiasmo en aquella alianza, ni era radical, ni garantìa un choque, de los que llenan tantas páginas en la historia de la Compañìa de Jesús contra el absolutismo tanto en Europa como en América. — Marchaba á aquel combate, á la justa iniciada en liza abierta entre el absolutismo y el comunalismo, como un tercero, que vá guiado por ideal ageno á los que los contradictores veneran: concurrìan en prosecucion de sus planes permanentes; y lejos de aventurar nada, podemos afirmar con plena conciencia, que la Compañìa de Jesús estaba dominada por el interés calculado de su partido, mas que por el amor, que pudiera abrigar hácia la monarquìa: deseaba adquirir méritos á la consideracion de los poderes establecidos, y necesitaba para que fuesen reales, que la revolucion

segun la opinion popular en el Perú, Antequera habia querido desmembrar el Paraguay de la Corona de España. -- Igual afirmacion contiene el pequeño libro, de C M. Cadell, titulado « Historia de las Misiones del Japon y del Paraguay.» Aunque éste lo repite como un hecho no controvertido, no es posible sin embargo, tomarlo como una creencia dominante en su partido, por la carencia de crítica en este y en todos los puntos que toca; lo cual hace nula su importancia y su autoridad.

contára con gran poder, y el triunfo, á que contribuia se hiciera difícil de obtener. Difería, por consecuencia, su situacion de la de los verdaderos partidarios del realismo, y no es de estrañar, si su conducta es diversa, y diverso el sistema guardado en todos los escritos, que nos han dejado sobre la cuestion (1).

Otras dos memorias de los Jesuitas corren impresas, que fueron publicadas en ocasion de las turbulencias del Paraguay (2), pero refiriéndose á estas solo incidentalmente, prescindirémos de ellas, asi como de las apreciaciones emitidas por Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa (3).

Hemos hablado con alguna extension en el curso del capítulo IV de las cartas que el Señor Antequera dirijió desde la prision al Obispo Coadjutor del Paraguay, y mas de una vez hemos citado su *Memorial ajustado*, extracto auténtico del pro-

(1) Veáse los documentos justificativos de Charlevoix, y señaladamente las notas de Don Fernando Treviño

(2) «Memoria presentada al Rey Católico por el» P. Jaime Aguilar,-- publicada por Charlevoix--Tomo VI, Edic. 1757. --Memoria apologética de las Misiones establecidas por los Padres jesuitas en la Provincia del Paraguay», publicada en las «Cartas edificantes.»

(3) Estos autores dicen, que el Sr. Antequera fué comisionado por la Audiencia Real de la Plata para visitar la Provincia de Misiones Refieren muy de paso y sin prestarle importancia el proceso levantado en Lima. No hacen mencion de Reyes ni de los movimientos de la opinion pública en la Capital del Paraguay, y afirman que el proceso, cuya iniciacion y actividad atribuyen á los Jesuitas, fué concluido por los términos regulares de la ley. [«Viaje á la América Meridional,» tomo 4º]. El fondo de este asunto está puesto muy en claro para que sea aceptable esta hipótesis destituida de todo fundamento.

ceso seguido contra D. Diego de los Reyes. Estos documentos son de la primer importancia, y ningun otro puede superarles en ventajas para el estudio de los progresos de la revolucion, verdadera bola de nieve, que apareció microscópica y rodando entre los hechos y las humanas pasiones, llegó á adquirir dimensiones colosales, para ser luego fundida al calor de los vicios de un partido anarquizado (1). Como ya hicimos notar, el pensamiento de la revolucion asoma despejado en ciertas pájinas de las hermosas defensas de Antequera, y la historia debe agradecer al caudillo animoso haber tenido el coraje de estampar sus máximas atrevidas para fijar los acentos, perdidos en el Paraguay con el éco del célebre orador popular. Constituyen el mejor elemento para la crítica, y establecen imponentemente la verdad en muchos casos dudosos.— De todos los escritos contemporáneos es el que mas se eleva, aunque intermitentemente. Antequera no se sostiene en su vuelo. Remonta solevantado por la aérea elasticidad del pensamiento político, que persigue; pero cae en seguida sofocado por la atmósfera inerte, que le rodea,

(1) He buscado en vano en Buenos Aires, el proceso de Fernando Mompo, cuyo encuentro habria sido sin duda precioso para la crítica y la historia. A mas de una paciencia alemana se requiere tener para trabajos de historia nacional una dósis de resignacion verdaderamente evangélica. De lo contrario seria preciso dejar de escribir.

y que solo se anima, para rechazarlo, impregnada como está de empirismo maquiavélico y poblada con emanaciones antipáticas á toda elevacion trascendental. Por manera, que aún sus ardientes pájinas se encuentran destituidas de la inspiracion de la ciencia histórica, y solo presentan al pensador hechos y documentos, dejando á su elaboracion el trabajo de agruparlos, clasificarlos, analizarlos y desprender el espíritu que presidió á su produccion, y que formará como la antorcha de esas tumbas, la luz sobre el pasado y la guia mas segura y mas lógica por los agitados senderos de la revolucion.

No se levantó tampoco á la altura de la cuestion el Dean Funes (1), ántes parece que con pasion preconcebida se ha atenido en sus relaciones á las fuentes abiertas por uno solo de los partidos, y señaladamente al libro de Charlevoix, como puede notarse, á poca familiaridad que se tenga con la lectura del último. Sus apreciaciones son estrechas, sin vuelo científico y dominadas únicamente por la intencion permanente entre los partidarios á cuyo lado se coloca sin reserva.—A veces llega hasta ser menos generoso que los Jesuitas, inspirado sin duda en los escritos de los monarquistas puros.—El

(1) Libro IV, cap. V. et s. s.

Dean Funes considera, en efecto, la prodigiosa esplosion del Paraguay, como una de muchas agitaciones mezquinas, sin mas orígen que las pasiones personales, ni mas recursos que el crimen, ni mas objeto que la avaricia ó la sed de poder. Nada le concede de cuanto constituye el valor histórico de las revoluciones. Ni una idea fecunda, ni un objeto elevado, ni un resorte lícito. Solo crímen, solo atropello. Como rasgo de imparcialidad, solo se destaca en sus capítulos la confesion franca de ciertas exageraciones de parte de Reyes en sus diferencias con Ábalos; pero ni aun en este punto avanza un paso sobre Charlevoix, que consigna idéntica afirmacion, segun hemos advertido mas arriba. Por un estravio, inconcebible en el historiador republicano, incurre en el grave error de salvar dos personalidades, la una con ceguedad, la otra ofuscado por la pasion, que la primera le inspira. Salve en buen hora, la inocencia de los Jesuitas, que fueron segun la incontrovertible afirmacion de la historia, el brazo armado del realismo, y sofocaron al Paraguay derramando temerariamente sobre la revolucion las huestes narcotizadas de la Provincia de Misiones: sálvela en buen hora, repetimos, si no distingue la radical diferencia que média entre los evangelizadores y los legisladores del indígena; pero el pudor de la libertad, y el sentido de la justicia, estorban salvar

de todo cargo y absolver ante la posteridad escandalizada la personalidad sombria del Marbués de Castel—Fuerte, única, que además de la Compañia de Jesus, sale intacta y sin mancha de la crítica histórica del Dean Fúnes.—Considerada la revolucion de este modo, fácil es comprender, que para el Dean Fúnes no guarda relacion alguna con el conjunto de la política, ni entra como elemento en el raciocinio implícito desenvuelto en la historia de los pueblos á través de gobiernos, anarquias, peripecias, desbordes, despotismos y dolores. No lo extrañamos, por otra parte. La escuela histórica del Dean Fúnes era pobre y sus horizontes abrumadores. La América le debe gratitud por el esfuerzo inmenso, que tuvo que hacer sobre su tiempo, en un pais, que se encontraba por entónces muy lejos del grado de cultura y de participacion en los adelantos científicos del universo, de que disfruta hoy dia; pero no es de admirar si la filosofia escasea en su obra, si las apreciaciones generales faltan, y aislando los hechos, rompe la cadena del progreso y la unidad lójica del hombre americano: porque, en vano consigna en su prólogo la máxima de Ciceron: que ignorar el pasado, es vivir siempre en la niñez (1), si además

(1) Nescire quid antea quam natus sit accidere, id est semper esse puerum. (Ciceron)—Funes—«Ensayo de la historia civil, etc. Prólogo.»

no se persuade de que el historiador, en brazos de la abstraccion debe, no aprender, sino vivir en el pasado: y llevado por la intuicion, adivinar é incorporarse al porvenir.—En el alma del historiador debe caber toda la vida de un pueblo. —El Dean Fúnes no pertenecia á esta escuela. Reputa estéril para la filosofia la historia de América, en lo que sin duda se engaña radicalmente, toda vez, que la conquista y la colonia, la revolucion y la independencia, encierran como en providencial sintesis todas las peripecias, todos los progresos, los dolores y las conquistas de la humanidad moderna.—El Dean Fúnes solo encuentra en el Plata, barbarie y crueldad: y lamenta la falta de guerras ruidosas y hazañas memorables que prestáran grandeza y solemnidad á la historia. Olvidaba por consiguiente que esa anhelada grandeza, consiste en la fermentacion de los gérmenes del progreso político, en el desarrollo persistente de las grandes ideas, en la fecundidad del axioma, deducido inmanentemente en la vida de las naciones, mejor que no en los desbordes absorventes de las mayores conquistas ó en los duelos hazañosos de los fuertes, retando á los débiles y traspasando la justicia con su espada antes de llegar al corazon de la víctima: olvidaba, en una palabra que la grandeza de los pueblos consiste en su espíritu, y no en el estrépito con que sacuden el suelo y atruenan las

alturas al pasar sobre la tierra.—Esta escuela no podia producir mejor historia del Plata que la del Dean Fúnes,—y al tropezar con su obstinado empeño de reducir la revolucion del Paraguay á las estériles condiciones de un movimiento aislado, sin hilacion en el pensamiento del Nuevo-Mundo, que por ninguna parte se vé brillar en su libro hasta 1810, no es dable sorprenderse, sobre todo, si á la consideracion de su sistema, se unen los vicios de una crìtica, inspirada en el constante anhelo de ensalzar á la Compañia de Jesus, la cual, niéganlo en vano tanto sus panegiristas como sus enemigos, á grandes méritos juntó profundas sombras en su doble vida durante la época colonial.

Parécenos, que no es lícito encontrar tan profundo vacío en el fondo de la revolucion. Mas de un problema se plantea espontáneamente al penetrar en sus senos, y el fenómeno tiene de suyo demasiado bulto, para mirar con indiferencia aquel tronco robusto sin curarse de averiguar hasta donde se enclavan sus raices, y hasta donde se levantan las ramas, que lo coronan. Cierto es que el árbol cayó podrido, pero tambien es verdad que no nació de la nada ni sus semillas se evaporaron. Nada perece en la naturaleza: nada perece en la historia. Al pié de la estátua de Pompeyo cayó el representante mas elevado y poderoso de la nueva iniciacion

de Roma, y al pié de la estátua de Pompeyo nació el Imperio. La esterilidad absoluta es antitética y absurda con el hombre, llámese individuo, llamese unidad colectiva. — La revolucion del Paraguay no podia escapar á esta ley, que es permanente é inmutable.

Economice la constitucion política de los pueblos el individualismo, aunque lo despotice y lo escarnezca: permita que bajo la planta del tirano, conserve el hombre la conciencia de sí mismo, sin absorverlo como los romanos, sin disolverlo como los Lacedemonios, sin confundirlo en un abismo místico como Platon (1), ni incrustarlo en el Estado como Rousseau (2), y será vano todo temor engendrado por la falta de participacion de la multitud en el poder de legislar. — Tiempo y progreso: hé ahí el símbolo de la esperanza histórica: símbolo, que siempre se reduce á fórmula empírica, cuando la energía personal se conserva viva, y se conserva en los términos generales de todo sistema, desde los primeros albores del cristianismo, si esceptuamos la constitucion de Misiones y los ensayos hechos en Europa y América por los utopistas del siglo XIX. — Una revolucion, por regla general, no es sino la anticipacion de la obra en-

(1) «La República.»
(2) «Contrato Social.»

comendada por las leyes de la naturaleza humana al tiempo y al progreso gradual. Rara vez triunfan las revoluciones, porque rara vez se llevan á cabo en perfecta madurez: y en menor número de ocasiones aún, se completan oportunamente; porque este momento es señalado por la universal aceptacion de un principio y entónces es innecesaria la revolucion. El principio triunfa espontáneamente, porque reside en todos los espíritus, y siendo producto del progreso, no necesita recurrir á la violencia. Apenas es una escepcion á esta doctrina la revolucion de América. Triunfó por la oportunidad de su esplosion: se hizo camino espontáneamente entre todos los Americanos, y solo tuvo que luchar, porque la libertad no habia avanzado tanto en España como en el Nuevo Mundo. Los pueblos simpatizan, y los mismos recursos desplegados por los Reyes contra los insurgentes de América, servíanles para luchar contra el pueblo español, que los ahogaba en Europa. — Favorable coyuntura ofrecian las agitaciones de la Península para la revolucion de América; pero no menor, como observaba el Arzobispo Prat (1), ofrecia la revolucion de América para la libertad de España. Por manera, que la necesidad de la lucha para el

(1) «Revolucion de América» «Últimos seis meses de la América, etc., etc.»

triunfo definitivo de la independencia del Nuevo Mundo, nada arguye contra la doctrina antes espuesta. Pero si es cierto, que las revoluciones prematuras fracasan, y que no es un camino seguro pretender llegar violenta é improvisadamente, por decirlo así, á los triunfos, hijos de una elaboracion lenta, —tambien está fuera de controversia la suprema eficacia de las grandes convulsiones de la opinion, para despertar las ambiciones legítimas y estimular la marcha, y abreviar los plazos del progreso espontáneo. — Aun dado que el principio que invoquen no sea un gran paso en el adelanto social; —algo mas: aún cuando implique un verdadero retroceso, con tal que halle su base en un fundamento análogo al que sirve de reposo y punto de partida á las instituciones mas perfectas, que son las populares, — esas revoluciones por el hecho solo de colocar las ideas en buenas corrientes, y de poner en actividad el individualismo dormitante, llenan en la historia una altísima mision, y dejan profundo surco en el camino de las naciones. Privar las revoluciones de toda conexion con el pasado y el porvenir, destruir la íntima persistencia de la entidad moral del pueblo, aislarlo todo, conduce al mismo término por camino opuesto que el naturalismo introducido en la historia por las escuelas alemanas y reproducido por algunos pensadores franceses contemporá-

neos (1). Los primeros estirpando el sentido solidario de la humanidad y la germinacion permanente de las ideas, entregan los pueblos y las civilizaciones al acaso, al capricho de una ciega eventualidad, desarraigada é inconsistente. Los segundos, encadenando la historia á una causalidad física, constituyendo un pueblo lo mismo que á cada hombre en grupo de fenómenos y no en personalidad libre, someten el desarrollo de las sociedades á un ciego fatalismo, inerte, abrumador, letal. Los primeros privan á la humanidad del pensamiento: prívanla los segundos de la voluntad; y unos y otros, conducen con su doctrina ó sus preocupaciones á esta afirmacion desoladora: el quietismo histórico, la paralizacion social: la ausencia del hombre en el progreso: la ausencia del hombre en la historia, — consiguiente con la ausencia de la Razon realizada: con la ausencia de Dios en los fenómenos superiores de la conciencia.

No: la revolucion paraguaya del siglo XVIII ha tenido trascendencia, y lento y elaborado orígen.

Convenimos desde luego en que su principio no es rigorosamente progresista, y que mas bien implicaba retroceso que adelanto. Sin embargo, y no sentamos una paradoja, su espíritu debió

(1) Véase especialmente la «Historia de la literatura inglesa,» por M. Taine: «La Idea de Dios,» por M. Caro: «Ética,» de Spinosa, etc., etc.

tener influencia en el progreso político del pais. La emancipacion de los comunes en Europa fué el punto intermédio entre el feudalismo y la monarquía pura, y la historia no contiene insensatas y desatinadas promiscuidades de sistemas. La filosofía coincide con la cronología en este punto, y concurre á demostrar la superioridad del realismo sobre el comunalismo: superioridad, téngase en cuenta la palabra, no moral, pero sí histórica y política: no absoluta, sino relativa. El vicio radical, insanable, de las civilizaciones antiguas no era precisamente la falta de libertad, sino la falta de igualdad. Ejemplo, Atenas, Roma. — La suprema conquista de la nueva y vigorosa civilizacion, nacida en el divino martirio é inspirada en las amarguras de la cruz, consiste en restablecer la lójica del derecho y en renovar el axioma de la ciencia en los fenómenos visibles de la humanidad, depurándolos del grave error en que incurrieron los antiguos al trastornar la íntima analogia que existe entre la region de las ideas y la region de los hechos: queremos decir: — consiste en hacer surgir la libertad de la igualdad, que es su base especulativa, y que debe ser su base práctica, so pena de hacerla inconsistente y bamboleante, porque es absurda. De modo, que la intuicion de la historia moderna, su espíritu, espontánea y providencialmente adivinado por César, no es otro, sino la

radicacion inalterable de la igualdad, como base de la libertad. No gozaba por cierto, menor suma de libertad el pechero bajo el feudalismo, que todo súbdito bajo Luis XIV ó bajo Felipe II; y á pesar de ser exacta esta observacion, sóbrales razon á los que afirman: era mayor la tiranía bajo el arbitrio de los Señores, que bajo el arbitrio de los Reyes absolutos; porque el último régimen disminuia la desigualdad, y colocando todos los hombres, con escasas escepciones, que los Reyes en interés propio trataban de amenguar diariamente, — bajo la presion de la misma ley, de idéntico principio, de iguales caprichos, si se quiere, — preludiaba el triunfo remotísimo de una igualdad mas perfecta.

Por lo que toca al comunalismo proclamado en el Paraguay, basta definirlo para clasificarlo y ajudicarle su puesto en el rol de las instituciones políticas. — Extinguid en Roma el espíritu de Caton, y teneis descarnado y exacto el principio del siglo XII. Roma, menos el orgullo de raza: hé ahi el comunalismo de la Edad-media. La Ciudad, menos la nobleza: hé ahi la revolucion de 1724 en el Paraguay. — Heredera de estas tradiciones é inspirada en el principio espuesto, la revolucion aspiraba al dominio del centro de poblacion sobre las campañas: á la supremacia del *ciudadano (cives, — burgeois)* sobre el labrador ó el pastor, artífices y conservadores de la

misma riqueza, que establece la superioridad de los primeros: introducia, por consiguiente, mayor suma de desigualdad, que la existente bajo el realismo y no importaba en definitiva sino un verdadero retroceso hácia la constitucion romana ó hácia las nociones politicas, que heredaron al feudalismo. Las doctrinas, ya apuntadas, de Mompo y Antequera (1), si bien es cierto que buscan el apoyo de la politica en la voluntad pública, no son de seguro, como afirma el Señor Don Luis L. Dominguez (2), una proclamacion de la soberania del pueblo, sino mas bien de la soberania de la ciudad: régimen evidentemente retrógrado, puesto que el desenvolvimiento de la civilizacion hacia alcanzar á los hombres una igualdad mas ajustada á los principios de la razon pura. Bruto, ciudadano romano, cayó abrumado por su época no de mayor libertad, pero si de mayor igualdad. Padilla (3), el insigne comunero castellano, sucumbió en Villalar, murió indomable como su esforzado compañero Juan de Bravo, como su santo hermano Acuña, y su partido no le sobrevivió (4), no por falta de elemento liberal, sino por falta de elemento

(1) Véase el Capitulo IV.
(2) «Historia Argentina,» seccion tercera, cap. III.
(3) V. Robertson «Historia de Cárlos V,» lib. III.
(4) Despues de la muerte de Padilla no resistió la «Santa Liga» sino los meses, que duró el sitio de Toledo, defendido por su heróica viuda y el Obispo Acuña—23 de Abril de 1521—Febrero de 1522.

igualitario. Supremas y misteriosas intuiciones de la historia que, haciendo doloroso el presente, afirman el porvenir: mantienen sobre cada generacion su herencia de lágrimas y preparan á las futuras razas soles sin nubes y libertades sin restricciones ni peligros. Por consiguiente, — introducir en la Sociedad mayores desigualdades, tanto importa como hacer desandar el mundo en su marcha constante y progresiva.

La revolucion se desorientó en sus propósitos, que podrian haber sido harto mas elevados y benéficos, si se hubieran contenido en límites mas estrechos. Si hubiera tendido, en efecto, á obtener la popularizacion de los Cabildos, y á derivar de la fuente de la soberanía comun el regimen administrativo y judicial de la Provincia, dejando en pié todo el aparato del centralismo político sin despertar la cólera de los gobiernos y la animadversion de los absolutistas,—acaso habria tropezado con menores escollos, y seguramente habría dejado á la historia una herencia rica y fecunda, transformando el Paraguay en la Nueva-Inglaterra del Rio de la Plata. Esto hubiera sido trabajar con seguridad para el porvenir, y colocar aquella importante fraccion del virreinato en un camino análogo al que ha recorrido desde el siglo XVI la política

británica (1); y algo mas aún: habría iniciado para el Paraguay y con él para el Rio de la Plata la marcha rápida de la libertad, con que las colonias puritanas han levantado sobre las instituciones comunales el gobierno mas completo de la tierra, distinguiéndose por lo libres aún entre el resto de los Estados Unidos de Norte-América.—Graves inconvenientes debieran combatir, pero no comparables á lo que se oponian al delirio, que concibieron; y decimos graves, porque lo eran realmente los que se encontraban en la combinacion de los poderes coloniales, espiral de absolutismo, cuya base solo parecia franca, porque era ancha, y en la cual la impotencia parecia tolerancia. En Norte-América, por ejemplo, Nueva-Yorck ha tardado largos años en colocarse á la altura del Massachussets, porque Nueva-Yorck fué colonia oficial, y á pesar de la diferencia radical que mediaba entre el sistema inglés y el español, el pueblo no podia marchar con las álas, que desplegaron las colonias puritanas en su marcha de la libertad á la igualdad y del comunalismo á la democracia. Tan árduos obstáculos habrian sin duda resistido tenazmente;

(1) V. Macaulay. « Historia de Inglaterra.--Historia de Guillermo III.» Guizot: «República de Inglaterra --Revolucion de Inglaterra, » etc., etc.

pero en el fondo de toda institucion política desde que predomina la civilizacion cristiana, se encuentra á la democracia, vencedora hoy, avasallada mañana, pero siempre en movimiento como el mar bajo los montes de hielo de los polos, dispuesta á revindicar la soberanía, usurpada por las combinaciones del derecho convencional, y sin duda se habria afiliado en el partido que le descubriera sus destinos. Encaminada la revolucion en este sentido, su carácter habria sido menos alarmante en la apariencia y mas trascendental en el fondo, preparando con la actividad robusta de la vida comunal, la germinacion de la soberanía popular en las regiones de la política, y previniendo los embustes, los crímenes y la esplotacion de la dictadura.

Se objetará que los Cabildos realizaban este ideal; pero era en proporciones reducidas. El voto que estaba reconocido (1) no renovaba anualmente el Cabildo (2). Esto era digno de reforma. Mas en vez de promover el comunalismo administrativo como en los Estados Unidos, promovieron lo que en otras épocas se apellidó emancipacion de las Ciudades : es decir, en vez de buscar en la igualdad y en la soberanía del

(1) Ley 3 Tit. X, Lib. IV.—R. de I.
(2) Ley 2, Tit. XI, Lib. IV.—R. de I.

pueblo la fuente de la administracion local, alimentando los Cabildos con el sufragio comunal, trataron de radicar la soberanía política de la Ciudad, hija del privilegio y madre de la aristocrácia, al revés de la emancipacion municipal, que viene de la igualdad, vive de la libertad y conduce á la democracia. Parecia que el corazon de Irala latiera en todos los pechos, reproduciendo exagerados en el pueblo nuevo el orgullo de los fueros vascongados. No era otra la tendencia de la revolucion. Cuando se constituyó el gobierno revolucionario, hemos visto que no fué el Paraguay el que eligió su majistrado y dió formas á la administracion: la Asuncion eligió al Presidente de la Provincia, en virtud de los privilegios indicados, imponiéndole de esta manera su voluntad. De modo, que la revolucion criaba prerrogativas para los vecinos de la Capital y preparaba el campo al egoismo estrecho y al orgullo intransigente y y celoso, que hizo conquistadores á los romanos, en cuyo ánimo el fanatismo por la Ciudad, llegó al estremo de reputar absurdo, segun la observacion de un pensador aleman (1), aún la idea de los contrastes y con mayor razon la de su ruina.—Principio estraviado, que es impotente para fundar la li-

(1) Herder. « Filosofia de la historia de la humanidad, » Lib. XIV, Cap. II.

bertad, como la reclama el hombre moderno, toda vez que viene á sumerjir en el abismo de la Ciudad privilegiada la vida de la democrácia y la actividad de una nacion, produciendo el mónstruo de una aristocrácia casi veneciana, ó de la república como la entendia Ciceron,—al paso, que el hombre del cristianismo no concibe la libertad, sino por la salvacion de la autonomía individual (1), diametralmente opuesta á la política fósil de Don Fernando Mompo.— El entusiasta revolucionario se contradecia además en los términos mismo del axioma con que resolvia el problema político. Es necesario reconocer el derecho divino de los Reyes, ó el derecho divino de los pueblos. No hay término lógico entre ambas nociones estremas. Ó se acepta que el monarca recibe mision directa de la divinidad para regir con freno duro la vida de las naciones, ó se reconoce que Dios ha hecho libres á los hombres, y por consecuencia, que la soberanía reside en el pueblo. El absolutismo lo comprendia bien y no pudiendo apoyarse en la verdad, inventó el derecho divino; pero negar la totalidad de la soberanía de los reyes, no para resta-

(1) Aunque peca por entender la libertad á la francesa, puede consultarse sobre esta distincion el discurso pronunciado por Benjamin Constant en el Ateneo de Paris « De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos. » (Curso de política constitucional, traducido al español por Lopez, tomo 3.°)

blecer al pueblo en su ejercicio, sino para adornar con ella á una de sus fracciones, llámese clase, llámese Ciudad, es una consecuencia desligada de toda premisa un hecho sin apoyo en la lógica de ningun principio. Mompo constituia á los Reyes (1) en el deber de sujetarse á la voluntad implícita de los pueblos, (2) concediendo á éstos el derecho de revindicar el poder de legislar cuando no la respetáran. ¿En qué forma? Aquí está su contradiccion. Mompo se detiene á las puertas de la democrácia, tuerce el rumbo y se precipita á plomo en su doctrina caduca alzando la bandera de los privilegios á favor de la Ciudad. —No advirtió tal vez que se encontraba tan próximo á la democrácia, y en vez de adherirse á las instituciones comunales bien comprendidas, cayó en plena Edad-media : se levantó sin adelantar y su doctrina murió por sí misma. Por manera, que con razon hemos afirmado, que la revolucion era retrógrada, políticamente considerada.

No obstante, hemos dicho tambien que esa revolucion y esa doctrina son históricamente progresistas. Levantan un pendon, profesan un símbolo : es inútil reflexionar mas: de alguna

(1) Véase mas arriba, cap. IV.
(2) Regnum no es propter regem, sed rex propter regnum.--Santo Tomás, « De regimine principum. »

parte vienen y algo dejan en herencia á la posteridad. Su época no es vacía, como lo pretendía el Dean Fúnes: sus combates no son una de las vanas y mezquinas rencillas que segun decidia hace poco el Señor Don José Tomás Guido (1), llenan toda la historia del Paraguay. Lo repetimos, tienen origen en los misterios y en los presentimientos del pueblo, y alcanzan tambien cierto grado de influencia sobre la posteridad.

(1) «Reflexiones sobre los destinos del Paraguay,» escrito publicado en la «Revista de Buenos Ayres» de los Señores Navarro Viola y Quesada. El Señor Guido al hacer tan terminante afirmacion parece haber olvidado la revolucion, que estudiamos. De otra manera no podria haberla confundido con los alborotos que agitaron el Paraguay en otro tiempo, comenzando en el siglo XVI con la anarquia de los conquistadores y señaladamente con los ódios y persecuciones mútuas entre el General Felipe Cáceres y el Obispo La Torre (primero del Paraguay), que dividieron los ánimos y perturbaron las conciencias durante el viage á España del Adelantado Ortiz de Zárate (1572). Estos partidos, en que las clases de la Sociedad cambiaron los papeles, formando casi todos los clérigos con el Gobernador y la mayoria de los seglares con el Obispo llegaron á cometer todo linage de escesos, cuando preso el Obispo, guardado con vigilancia y alimentado con avaricia, atropellaron los de su partido, al pié mismo del Tabernáculo de la Catedral, al Gobernador Cáceres, en cuya defensa murió Don Gonzalo de Altamirano, y al cual condujeron á la Corte, custodiado personalmente por el Obispo y Rui Diaz Melgarejo (Guzman, Lib. III, Cap XVIII -- Centenera, Canto VII) Pero ¿cómo confundir con tan ruin anarquia una revolucion, que levanta una bandera tradicional, y lucha con hidalguia en la época de su vigor, para someterlas al mismo juicio desdeñoso y equivocado?--Apoyándose tambien en el nombramiento de la Ciudad rechazó Rui Diaz Malgarejo al Capitan Alonzo Riquelme de Guzman, yerno de Irala y padre de nuestro analista Guzman, cuando el General Cáceres le envió en idéntica ocasion (por 1570), á asumir el Gobierno de Guayrá; mas, como no habia allí ni la sombra de un partido, y Rui Diaz obraba movido solamente por los rencores, que guardaba contra Riquelme desde las desventuras de Cabeza de Vaca y su interés en no devolver el gobierno á su rival, bien calificada se encuentra esta emergencia en el estudio del Señor Guido ¿Cómo confundirla entonces con la revolucion de Antequera y de Mompo, para envolver la última en un juicio, que no merecen de seguro ni aún las turbulencias de la Provincia en tiempo de Fray Bernardino de Cárdenas? Es lástima que el Señor Guido haya pasado por alto en sus estudios sobre el Paraguay un momento tan visible en la historia.

La estension del Gobierno Provincial durante la Colonia: la famosa Cédula de Cárlos V en 1537, que se tuvo en cuenta por la primera vez al confirmar la eleccion de Irala ántes del Adelantazgo de Cabeza de Vaca: un instinto, que atraia los pueblos hácia los Cabildos, en los cuales amaba por ventura la semilla de las libertades comunales; los ensayos del siglo XVII, en que la Capital puso á prueba su energía, sosteniendo ardientemente sus hechuras y sus privilegios; tales puede inferirse que fueron los elementos residentes en el espíritu público, que concurrieron á desenvolver súbitamente las doctrinas de los iniciadores de la revolucion. La alianza del trabajo, la existencia comun que corre á orillas del mismo rio, la conexion íntima de familias, que se enlazan con el comercio de la sangre, de los afectos ó de los intereses,— establece una mancomunidad, que las estrecha, que corrobora la analogia de los caractéres y de las tendencias, aumenta las afinidades generales del hombre y constituye una profunda amalgama en pensamientos y deseos, terminando, cuando la naturaleza escojida del caudillo así lo hace comprender á la conciencia comun, por engendrar una fuerza homogénea y colectiva, que de suyo viene á ser un gran centro de iniciativa y de accion.

Ya lo hemos observado: alzáronse en el Para-

guay terribles ódios contra Don Diego de los Reyes, que pusieron en efervescente actividad las pasiones populares. Discurrían al propio tiempo en la atmósfera contemporánea la susceptibilidad local y los gérmenes del fanatismo urbano, los cuales siquiera no comprendiera el pueblo la elevacion de las instituciones libres, le inclinaban, por lo menos en los límites de la Capital, á solicitar privilégios, que en su cabeza se confundían con las franquicias municipales, que pudieran haber dado un vuelco completo á su organizacion y abierto sendas desconocidas á la libertad, oculta como la Diosa de Cartago entre los velos sagrados del misterio histórico. Antequera se puso en la corriente de las pasiones del pueblo condenando á Reyes, y le inoculó, dándole forma, la idea esparcida por todas las almas. Ennobleció la revolucion: ligó la vehemencia de la pasion con un principio radical, que á su turno adquirió, incorporándose á la actividad de los disturbios de la Provincia, la fuerza, que podía convertirlo en hecho: verdadera obra de caudillo, y alta concepcion política, que á pesar de su estrechez dejó á la historia un antecedente, dado que reveló á un pueblo lo que es posible esperar cuando las mayorías quieren revindicar sus derechos; le reveló, decíamos, que el hombre, es decir, el pueblo, puede disponer de sí mismo: que la justicia lo autoriza y su

propia fuerza lo consiente. Y este antecedente, vigorizado por el progreso y madurado por los tiempos, cuya conquista, por inapreciable é infalible resultado de la esperiencia, es la esclusion de toda desigualdad sistemática, no puede producir otra consecuencia en la lógica de los acontecimientos humanos, desenvueltos sin estorbo, sino la conviccion de la justicia inmanente y del poder espansivo de la soberanía popular, es decir: la libertad. Por eso hemos afirmado, que esta revolucion políticamente retrógrada, es históricamente, progresista; y solo en este sentido pudiéramos aceptar el pensamiento del Señor Don Luis L. Dominguez, cuando la clasifica de una «intuicion democrática.»— Lo fué como ensayo práctico, mas no como ensayo especulativo; queremos decir: el pueblo hizo acto de soberania, sin darse cuenta á sì mismo ni del santo derecho con que la ejercia, ni de las consecuencias trascendentales y novadoras, que de aquel hecho podian y debian deducirse.

Además, la conviccion llevada por la revolucion al ánimo del pueblo paraguayo ha debido contribuir sin duda y por lógico resultado á producir otro fenómeno: el individualismo nacional. El Señor Don Juan Bautista Alberdi (1),

(1) «Bases y puntos de partida para la organizacion politica de la Confederacion Argentina.»

enumerando los elementos federativos ó descentralizadores de la República Argentina, no ha descuidado notar la latitud concedida al Gobierno Provincial por el antiguo régimen español; y forzoso es convenir en que esta exacta indicacion multiplica singularmente su vigor, aplicándola al Paraguay, donde el mismo antecedente viene entrañado en la historia, pero salpicado con la sangre y envuelto en las fogosas pasiones de las multitudes enardecidas. Tal vez por eso encontró éco fácilmente la engañosa palabra de Gaspar Francia, y se improvisó una nacionalidad mediterránea y sin fronteras naturales, que rompió violentamente la hereditaria y tradicional alianza del Rio de la Plata para caer bajo la garra del bárbaro, que aherrojó al leon jóven y bravo, corrompió hasta las entrañas del pueblo y transformó la sociedad paraguaya, condenándola á vivir harto mas martirizada despues que ántes de la independencia (1), y á gozar tarde, muy tarde, de los beneficios del progreso en el derecho americano, á cuya elaboracion ha contribuido tan ardiente y noblemente en los nebulosos dias del coloniage.

Tal es, á juicio nuestro, el carácter de la re-

(1) Véase : Funes- -« Ensayo de la historia civil, etc. » Rengger et Logchamp : « Révolution du Paraguay. » -- Mitre : « Historia de Belgrano.» -- « El Paraguayo independiente.» (Pub. per.), etc., etc.

volucion de los comuneros paraguayos. — Su ideal, políticamente retrógrado, tenía hondas raices en los antecedentes y preocupaciones del pueblo, y la palabra de los caudillos creció con vigoroso desarrollo, porque vivia en un elemento simpático y halagaba el orgullo de la Ciudad. Fué vencida, porque la popularizacion de la soberanía era doblemente anacrónica: el comunalismo, como ellos lo entendían, pertenecia al pasado: la democracía al porvenir; y no acertaron á trasplantar las semillas de libertad, prontas á germinar en las regiones setentrionales del Nuevo-Mundo. Murió de la pobredumbre de la anarquía, probando que las multitudes necesitan guia, y los pueblos cabezas escogidas, que los dirijan. Dejó, por fin, en herencia á la posteridad, el llamamiento á los principios trascendentales, la conviccion en el poder y el derecho de los masas, y nuevos gérmenes de concentracion social: herencia, cuyo progresismo histórico es evidente, aunque indirecto.

Una palabra mas. La conquista aventurera y la organizacion feudal, que le imprimió el gran legislador Irala, no solo llevó á cabo la áspera empresa, para la cual se sentia impotente la accion oficial, creando los multiplicados centros de poder, que la vigorizaron, y los intereses personales, que inducian á acometer la dominacion de los salvages, sobreponiendo el elemento

europeo al indígena, sino que además depositó en el espíritu de la América, cuyos horizontes despejó la Providencia, que preside la suerte de las naciones, la primera verdad que adquirió al pisar los umbrales de la civilizacion. Perdió, efectivamente, el poder real no poco del supersticioso prestigio, que le rodeaba, Jupiter altivo, que se sumerjia entre las centellas de su majestad sin tomar formas ni acercarse á la humanidad, — y lo perdió en presencia del nuevo agente de autoridad, que se levantaba, reyes ungidos en el altar de la fuerza y entronizados sobre la espalda encorvada del Índio esclavizado.—Los pueblos aprendieron así que el éxito y la fuerza son tan legítimos títulos á la soberania como los pergaminos dinásticos de los señores absolutos, y tan poderosos como el derecho divino. — Las pasiones prostituyeron el pensamiento de Irala. Los reyes temblaron como habian temblado al fijar los ojos en el Perú y en Méjico (1), y á principios del siglo XVII, se apresuraron á recojer los hilos del freno; y al propio tiempo, que mejoraban con solicitud casi paternal la suerte desventurada de los indígenas, cuyas lágrimas se agotaban, rompiendo su corazon

(1) Véase á Prescot — « Historia de la Conquista de Méjico -- Historia de la Conquista del Perú: -- Robertson, Historia de América: -- Quintana, Españoles ilustres (Las Casas), etc., etc.

de pesadumbre y desesperacion bajo el yugo bárbaro de los señores feudales, reducian á unidad la vida colonial, y entraban de lleno los pueblos conquistadores en el periodo de elaboracion de su carácter histórico y político. Al chocarse la civilizacion europea, no limpia aún de tanta bandera y de tanta reliquia antigua con que la envolvió la Edad media, al chocarse, decíamos, con las razas salvajes del Nuevo Mundo, produjo la monstruosidad, que ensangrentó la Europa despues de la Conquista y destruyó al villano bajo la espuela dorada del caballero. Pero pasada la necesidad que el gobierno español sentía de conceder tanto á la vanidad de los aventureros, vino el absolutismo á enclavarse vivo, poderoso, abrumante en la ley y en las instituciones fundamentales de la Colonia. Dominaba al mismo tiempo en determinadas localidades otra fuente de poder: el espíritu de cuerpo, la teocrácia y la utopia, encarnados en la Compañia de Jesús (2). Acabamos de ver pasar á tambor batiente, desplegado el pendon al azote de los vientos, con manos ensangrentadas y rostros polvorosos, las regiones comuneras, completan-

(2) Proyectamos sobre todas estas cuestiones diversos estudios, que alguna vez, esa esperanza á lo menos abrigamos, llegaremos á someter al juicio de nuestros compatriotas, justamente interesados en cuanto concierna al nacimiento y desarrollo de la civilizacion de que gozamos, y de las instituciones libres, que son el orgullo de todos nosotros.

do así en América el cuadro de los ensayos y escalas, que ha recorrido la civilizacion en Europa. Este resúmen de la historia de una misma civilizacion en el Nuevo Muudo, como en alguna otra oportunidad hemos observado (1), esta síntesis de los sacudimientos del universo culto, obra de la Providencia que vela por el hombre, ha precipitado en francos senderos la política del continente. La simultaneidad de los ejemplos ha reducido á las formas breves de un silogismo el misterioso razonamiento de la historia, y la América ha alcanzado en su hermosa juventud la perfeccion en la fórmula radical de su pólitica, si bien su consolidacion está lejana y ha tenido que gemir bajo todos los flajelos en su penosa y larga formacion democrática. No es oportuno detenernos mas en este principio histórico. Basta consignarlo aquí sumariamenie é insistir en que cabe un puesto á la revolucion comunera en esa fecunda produccion de enseñanzas, de aventuras y de lágrimas, que durante tres siglos prepararon el espíritu de la América conquistada, á levantarse en plena virilidad en nombre de la justicia y del cielo, para transformarse ante la atónita mirada del mundo en la América libre, in-

(1) « El Congreso Católico de Bélgica,» articulos publicados en la «Nacion Argentina» en los primeros dias de Noviembre de 1863 : «El General San Martin,» articulo bibliográfico, inserto en el «Correo del Domingo» en Mayo de 1864.

dependiente, republicana, sin mas dueño que su voluntad, ni mas amparo y defensa que el corazon y el brazo de sus hijos. Nada supera en evidencia á este axioma: que el primer gérmen de la independencia de América entró en su seno con el primer conquistador, —á no ser este otro: que los pueblos no se agitan sino movidos por un ideal, vigorosamente arraigado en el pasado, simpático en el presente, y que les ofrezca risueñas esperanzas para el dia venidero. De lo contrario carecen de fé, y sin fé no es posible luchar.

FIN DEL ENSAYO HISTÓRICO.

APÉNDICE

DECADENCIA Y GUERRA ACTUAL

DEL

PARAGUAY.

Nunc opus est succis, per quos renovata senectus
In florem redeat, primosque recolligat annos.

Ovidio, Met., L. VII, v. 215, 16.

I

Acabamos de estudiar el antiguo temple del pueblo paraguayo en una de las crisis mas estrepitosas de su vida. No es posible reprimir un amargo sentimiento de admiracion y de dolor si se compara el vigor estraordinario, que revestia en aquella época, con su actual decadencia; porque aterra el espectáculo de una Sociedad, cuya sávia estinguen los déspotas bajo el amparo de la independencia y en el nombre santo de la libertad sacrilegamente invocado. Tal ha sido la suerte del Paraguay. Turbulento hasta llegar á la crueldad, apegado á la autonomia provincia hasta reproducir los desaciertos politicos de la Edad Media, parecia que ese pueblo estaba destinado á despertar en el Nuevo-Mundo la gran revolucion de la libertad, ó que por lo menos, hubiera de abrazarla impetuosamente, desenvol-

viendo con brio los principios iniciados en 1811. El contemporáneo, que hubiera puesto su atencion en la marcha, que observó durante el dominio del gobierno conquistador, y hubiera tomado en cuenta el fervor con que concurria á todas las graduaciones de la civilizacion, á todos los engendros, digámoslo asì, de la politica, y pesára en la balanza de la lógica las premisas de la vida de un pueblo, que ensaya con Irala el alcance y la energia de su voluntad: se agita dividido por opiniones trascendentales, á principios del siglo XVII, en la gran mision administrativa y política de Alfaro, demostrando una especie de vocacion por las luchas de la opinion pública, que garanten la soberania popular contra las usurpaciones de la autoridad; que le viera pocos años mas tarde erguirse contra los gobiernos y levantar al anciano Obispo Cárdenas hasta la silla de la Magistratura en asambleas tumultuosas, donde no se economizó ni el corage ni la sangre: y que estudiára, por fin, el carácter de la revolucion, cuya historia hemos bosquejado en el *Ensayo*, que antecede, sobre la cual flamea un pendon innovador, y que coloca la Provincia en un terreno, cuya pendiente debia llevarlo á supremas consecuencias en el problema de la libertad, que es el gran problema de la vida social; quien tales hechos observára, repetimos, bien podria presagiar al pueblo, que los llevó á

cabo, una carrera rápida y gloriosa, fácil por ventura y casi necesaria, en el perfeccionamiento progresivo de su organizacion, toda vez que fundára sus instituciones sobre la soberania de masas que se habian demostrado con dotes sobresalientes para la vida libre. Si en alguna Sociedad humana es lícito y posible seguir la filiacion de sus peripecias y la genealogía de su política, es sin duda en las sociedades americanas, cuya vida se abraza con una sola mirada, y á cuyo nacimiento puede decirse, que hemos asistido los hombres del siglo XIX. Tocqueville lo ha dicho, y en nuestro pensar con sobrada razon. Por manera que el raciocinio que en la víspera de la dictadura de Francia concluyera profetizando para el Paraguay un gran porvenir en la carrera de los pueblos libres, considerados los antecedentes de su historia, estaria lejos de aventurar hipótesis temerarias, ántes al contrario, no haria sin leer á la luz de la lógica en el libro de los destinos humanos.

Pero el gran elemento de la vida, ya se considere individual ó colectivamente, el motor de las acciones del hombre sobre el mundo, su voluntad, retarda frecuentemente las situaciones mas seguras en la lógica del pensamiento histórico, y á veces trastorna por completo toda una civilizacion, preñada de esperanzas. Solo esta observacion es exacta: que los pueblos siguen

un discurso implícito, que los lleva á idéntica consecuencia cuando parten del mismo punto, siempre que grandes calamidades ó acontecimientos estraordinarios no se interpongan para detenerlos en su marcha ó corromper las bases mismas en que reposa la resolucion de su problema. En este último caso, suele ser tan eficaz la reaccion, que el dogma ficticio que se crea, no solo se sobrepone, sino que sustituye á los antecedentes políticos, de los cuales debia germinar la fórmula prevenida por la filosofía. No llega á tales estremidades cuando la entidad, que entorpece la marcha del pueblo, no altera fundamentalmente los principios, que vá desentrañando gradualmente el movimiento diario del progreso.

Ejemplo de uno y otro caso nos presentan en su respectiva revolucion la Francia y la Inglaterra. Venia la Francia desde los tiempos de la Fronda resolviendo laboriosamente la cuestion capital de su política interna, trabada desde muchos siglos entre dos principios rivales, á saber: señores y monarcas, municipalidades y trono, y para usar de la frase característica, centralismo y descentralizacion. Al estallar la revolucion, Robespiérre y los suyos alteran las bases del problema: fundan por medio del terror la centralizacion mas despótica que soñó jamás Luis XIV, en lo que marchaban contra la corriente, y la

barnizan con la proclamacion de la República, quimérica desde luego por entónces, y tanto mas cuánto que la desligan de toda institucion provincial, fulminando centellas contra la Gironda. El pueblo se desorienta. Napoleon viene á ser una necesidad, y todas las esperanzas de Barnave se disipan para transfigurarse en la nube que hoy hace sombra al rededor del trono de Napoleon III.

Distintas han sido las circunstancias de la Inglaterra. La tempestad de Cromwel fué horrorosa, pero fué una tempestad pasagera, que no hizo, sino dar prisa al pueblo á pensar y á obrar. Las antiguas instituciones, elementos iniciales de las libertades británicas, lograron salvarse del turbion, y pasadas las convulsiones febriles, encendidas en el suplicio de la alta víctima del Protector, la nacion siguió su marcha, hasta que llegó á la cumbre de su esperanza y se presentó ante el mundo como el pais mas libre de la Europa moderna. Los terroristas adulteraron la política nacional, y Cromwell no contagió á los ingleses con sus errores. Tal es la diferencia, que media entre ambas revoluciones. Por eso la Francia no goza aun de las conquistas, que disfruta la Inglaterra.

De aquí deducimos, que solo se cambia el destino político de las naciones como se traduce en sus primeros pasos, cuando sobrevienen hechos

que modifican hasta la raiz del pensamiento público y el criterio del derecho.—Para mejorar la China, seria necesario modificar su dogma: para pervertir los Estados Unidos se requeriria convencer á los Norte-americanos, de que deben confiar sus intereses al gobierno y dejarse garantir por la comunidad.—Por desgracia estos entorpecimientos suelen apoderarse de los pueblos cuando vienen en su daño, sin que lo sientan unas veces, haciéndose cómplices inocentes otras, ó por fin, sin que puedan resistir á la fuerza de torrente con que se imponen. Y es tan precaria la suerte de la humanidad sobre la tierra, que no faltan tampoco, personalidades ó revoluciones, que no contentos al parecer con truncar la marcha de una sociedad en la política, llevan la mano aún contra los manantiales de la civilizacion en todas las fases, que abarca este hecho complexo y fecundo. Entónces la nueva política se engasta en el corazon vacío del pueblo-victima, y como solo en la civilizacion viven las sociedades, su espiritu se enerva, desaparecen sus brios, y duerme narcotizado en la tumba, cadaver que respira, pero no piensa, ni sueña talvez con las prestigiosas ilusiones de la justicia.

Un hecho de este género es necesario buscar cuando se encuentra en la historia de una Nacion, esa ausencia de unidad, esa falta de lógica, á la cual bien podia llamarse solucion de conti-

nuidad. Si tal pueblo presenta un claro, en que no cabe la lógica, es seguro, que ese claro es el lugar de un gran crimen. Ese hecho y ese crimen es el que es necesario buscar en la historia del Paraguay.

La crísis que hemos estudiado en nuestro Ensayo atestigua bien claro, que á aquel pueblo le estaba destinado un rango elevado en el rol de los pueblos libres. ¿Cuál es hoy su situacion? — Si bien es cierto, que la República Argentina es la mas adelantada en las instituciones democráticas entre todas las de la América latina, está al mismo tiempo fuera de discusion, que el resto de las Colonias españolas, que se plegaron á la Revolucion, alcanzan un grado de libertad, que les permite abrigar grandes esperanzas para un dia no muy lejano. Entre tanto, el Paraguay, que durante el predominio de la metrópoli parecia darse tanta prisa á vivir de si mismo, es hoy la única escepcion en Sud-América al decoro politico y á la práctica, mas ó menos perfecta, de la libertad. Solo en el Paraguay es normal la esclavitud, sistemático el atraso, permanente la tirania. Solo alli ha sido elevado el despotismo á la categoria de institucion. Pasa de manos de Francia á manos de Cárlos Antonio Lopez, y este mas feliz que el Dictador, puede legar su gobierno en patrimonio á su actual Presidente. Y su actual Presidente, que ha recorrido el mundo civilizado,

se guarda bien de abrir una Escuela, porque sabe que de las Escuelas solo hay un paso al Foro: remonta sus Ejércitos, porque ha aprendido, que las bayonetas de los déspotas cierran al pueblo las puertas del Capitolio: renueva los atropellos para renovar el terror, porque en sus viages ha sabido, que los pueblos olvidan fácilmente el lenguaje del miedo, cuando no se les recuerdan sus lecciones: ostenta poderio para mentir prosperidad: recibe con falso amor á la civilizacion, los ingenieros de Europa, que vienen á levantar fortalezas, pero no la habitacion del particular: y oficiales estrangeros que vienen á educar sus guardias de genízaros, pero no los sábios, que vengan á sacar al pueblo de su postracion intelectual; pone en juego, por fin, todos sus recursos para conservar su patrimonio á la altura en que lo recibió.

El pueblo paraguayo es una masa sin vida, es una existencia atrofiada, una víctima que se resigna á todos los refinamientos de crueldad, con que el verdugo se complace en hacer sentir su mano. No se levanta una voz, no brota un pensamiento, no se escucha una palabra. El General Lopez anuncia que tal dia vino al mundo para honra del despotismo, y las matronas y las doncellas de la Asuncion danzan bajo la accion de un sol abrasador á la puerta de su Palacio, celebrando tan fausto acontecimiento.—El General

Lopez convoca un simulacro de Congreso, y le dice : « Marcho á la guerra. » El Congreso le responde : « Id : la pátria lo exige. » El General Lopez agrega : « Mi presencia es necesaria en la Capital. » Y el Congreso repone : « Quedaos : la pátria lo reclama. » Y se retiran satisfechos, cuando el Presidente declara que la paz interna del Paraguay no ofrece peligro y que él vela por la salud del pueblo.

Hace cincuenta años que el pueblo paraguayo gime bajo los gobiernos personales. Ellos han muerto el nérvio de la opinion pública, y su situacion actual acongoja el alma.—El comercio de la República está estinguido. Todas las producciones naturales del suelo, la madera, el tabaco, la yerba, están monopolizadas por el Gobierno. Le quedan al pueblo como artículos de comercio libre la chancaca y el chipá. Las fortunas privadas han sido completamente arruinadas por médio de contribuciones y exacciones arbitrarias de todo linage, á la vez que por la ausencia absoluta de todo movimiento mercantil.

La accion del Gobierno penetra todos los resortes de la sociedad, y la unidad administrativa es acaso el anillo menos estrecho, con que está oprimido el pueblo. El espionage mas activo sorprende en los ojos el reflejo de una idea, y el estrangero se vé sometido á la dura condi-

cion de contemplar el Paraguay con los lábios sellados, y á arrojar de sí todo pensamiento proscrito, es decir, todo pensamiento de justicia, temeroso de hacerse traicion á sí mismo y fulminarse su propia condenacion.

Nada existe en el Paraguay de cuanto podia esperarse ni en las ciencias, ni en las artes, ni en la industria. Rodeados por una espléndida naturaleza, que parece debiera infiltrar en el alma mas tosca el amor á lo bello y el entusiasmo por los espectáculos de la creacion, estrofas de luz y de vida, que hacen un himno del universo, los paraguayos no se elevan á la inspiracion ni parecen sentir esa inclinacion vehemente del espíritu á verter sus emociones, en las notas de la música, en las tintas del cuadro, en las robustas obras de las ártes plásticas, ni en la poesía ni en el libro.—He ahí un pais nuevo, cuyo porvenir reposa en sus leyes. Nadie en el Paraguay inicia un solo pensamiento; nadie recorre las conquistas de la ciencia moderna y las funde y las aplica para estimular á sus conciudadanos á plantear en el suelo de la pátria instituciones, que como el injerto jóven en el tronco corroido por los inviernos, están renovando diariamente la fisonomia de los pueblos cultos.

Todo el mundo avanza: de todo saca provecho el hombre; pero todo el cortejo de la civilizacion pasa sin dejar huella alrrededor del

pueblo despotizado, como esas generaciones de insectos luminosos que rozan con sus álas las ventanas del gabinete cerrado y oscuro, sin disipar sus sombras, sin dejar un recuerdo. No de otro modo vive el Paraguay en médio del hervir incesante del progreso en la América latina. El ruido del hacha de la civilizacion, que engrandece las ciudades de sus vecinos y anula sus soledades, no tiene éco en el Paraguay. El inmenso vacío de aquella tumba lo traga, pero no lo imita. Si acaso acepta de la industria de nuestro siglo alguno de sus dones, lo acepta para esplotarlo en beneficio del despotismo, y entónces construye un camino de fierro para transportar soldados á la Asuncion, juntando la Capital con otra plaza de guerra.

En una palabra, el Paraguay carece de todos los elementos de la buena sociabilidad. Aquel pueblo tiene un solo pensamiento, una sola voluntad: el pensamiento y la voluntad de su Gobierno. La actividad individual está estinguida, y como quiera, que el individualismo garantido por la sociedad, es la nocion primaria de la civilizacion: que en él descansa todo el mecanismo, no digamos yá de la vida democrática ni de la vida de la libertad, sino mas bien de la vida culta,—sin temor, podemos afirmar, que allí donde toda iniciativa personal carece de atmósfera, donde toda accion privada tendente á imprimir á la sociedad

movimiento y vuelo para enderezarla por los caminos en que se desenvuelve la prosperidad pública en todos sus ramos, parece sofocada en gérmen, tal es el quietismo de la muchedumbre, allí están cerradas las fuentes de la civilizacion.

Y asi es en verdad. El Paraguay presenta á los ojos de los contemporáneos este doble espectáculo. La política reducida á la habitud del despotismo. La civilizacion arrojada de sus hogares, con la torpe ceguedad del ateo, que arroja á Dios de su alma.—Doble desgracia, sin duda, porque el pueblo no solo carece de instituciones suaves y cultas, sino que además se vé condenado á plantear con árduos y dolorosos trabajos el dia en que respire, los fundamentos de su política para el porvenir.

¡Qué mudanza tan horrible y qué espantoso cámbio! ¿Cómo presumir que este pueblo es el pueblo de Antequera, y que esas muchedumbres mudas y ciegas son las mismas que en el siglo pasado fanatizaba Fernando Mompo, y las conducia frenéticas de corage á la revolucion con un entusiasmo irreflexivo y estraviado? Ayer turbulento y hoy enervado hasta rayar en lo fabuloso. Ayer heróico, lleno de esperanzas, prometiendo estar á la vanguardia en toda obra de regeneracion liberal, en toda empresa que llevára por símbolo la voluntad y la pasion del pue-

blo :— hoy siendo el escándalo de Sud-América, y la única nacion postrada de alma y de cuerpo y obsesa por la idolatria del despotismo. Nada es para un pueblo ser vencido por la astucia de un tirano; pero convertirse en el lote permanente del vilipendio, y en el asiento secular de la prostitucion política, es una de esas desventuras, que el corazon humano no basta á lamentar, porque responden á una idea, que apenas cabe en el entendimiento.

¿Será que el Paraguay ama á sus déspotas? Lejos del hombre honrado tan sangrienta blasfemia! El Paraguay está enervado, pero no muerto. Fué sorprendido en su camino, y hace médio siglo, que llora maniatado en una nueva cueva de Rolando, que los bárbaros han encantado para adormecerlo, como Calipso la suya para despertar las pasiones del hijo de Ulises. No es posible suponer en la raza de los hombres sentimientos tan mezquinos. Pueden las ideas pervertirse y dormitar la sensibilidad; pero el dia en que la luz de la verdad restablece al pensamiento su poder y aclara sus horizontes, ese dia el corazon recobra su imperio, se levantan los pueblos y despedazan á sus déspotas. Las reacciones suelen ser feroces, porque el esclavo siempre ódia al que le humilla.

Sin embargo, en el Paraguay el despotismo no está ya solo en los déspotas: está en dos ge-

neraciones en cuyos pechos se ha sofocado el sentimiento de su antiguo orgullo: está en el paraguayo hecho uraño de hospitalario y benévolo que era, acostumbrado hoy á temer el espionage ú obligado á ejercerlo : está en una civilizacion, que habia llegado á la víspera de florecer, y fué bárbaramente estirpada : está en la corrupcion del pueblo, que hace difícil rehacer el hogar, primer centro de accion colectiva, y por consiguiente de fuerza : está en la ruptura de toda tradicion histórica, herencia de vigor, que las generaciones se trasmiten, y que engendra en cada pueblo el orgullo nacional y con él acrecienta el ingénito amor de la patria : está en la pobreza del ciudadano, que le impide forjar sobre el beneficio las cadenas de la gratitud con que los hombres se ligan entre sí, formando de esta manera una nueva asociacion de fuerzas : está en el monopolio comercial, que hace nulas las relaciones del particular con los estrangeros, con cuya comunicacion se apoderan los hombres de un pueblo de las ideas y de los principios de otros pueblos, y que además, estorba el que jamás se restablezcan las riquezas privadas : está en la persecucion del sentimiento religioso, en cincuenta años de terror, en la inaccion de las masas, en su ignorancia, en las únicas doctrinas que reciben, en la soledad de las ciudades, en las ceremonias de la etiqueta, especie de culto

público á la tirania, y está por último en la tumba venerada de Gaspar Francia.

El nombre que acabamos de escribir resuelve nuestro problema. — Aqui nos detenemos.

Entre el pasado y el presente del Paraguay, entre su energía varonil y su decadencia radical, entre las esperanzas de su vida de colonia y las realidades evidentes en su vida despues de la Independencia, existe, como hemos dicho, un claro. Ese claro lo llena un nombre, revolucion, crímen y caudillo juntamente, hecho personal y persistente, si puede decirse asi. Apenas las armas del gobierno de Buenos Aires, vencidas en Tacuarí, reflejaron en el Paraguay la luz de la libertad, fiel á sus antecedentes el pueblo paraguayo sintió el soplo de una vida nueva, y se apresuró á conquistarla. Jamás ha pasado el pensamiento argentino por el suelo americano, sin dejar una semilla de justicia y un resplandor de libertad. El paraguayo se puso de pié; pero en médio de la muchedumbre pudo distinguirse yá la cabeza siniestra del Doctor Francia: y en él, fenómeno hecho carne, vivo todavia en su pais, se concentra la triste historia de la decadencia del Paraguay.

II.

Gaspar Rodriguez de Francia, fundador de la tirania del Paraguay, sobre el cual recae la triste gloria de haber iniciado y conducido á término la postracion moral de su pueblo, impregnando el despotísmo en la atmósfera de su patria, y germinándolo, por decirlo asi en la simiente de su copiosa vegetacion, en el aire que sus compatriotas respiran, y en el horizonte de terror, que rodea cada alma, y mata, antes de brotar, todo pensamiento generoso, — nació llevando en su temperamento los signos fatídicos y las inclinaciones perversas, que alimentó en vez de modificar, y determinaron su sombria accion en la política del Nuevo Mundo. Resplandecia el génio en su cabeza, pero no con el blanco fulgor, que arroja la llama del sentimiento. Palpitaba en su alma el nérvio de la concepcion rápida

y altanera, de la ambicion elevada, de la perseverancia indomable,—al paso que era nulo en su organizacion el resorte de la moral, el sentido de la justicia y los instintos delicados de la humanidad.—Miraba mas lejos que Neron, pero se revolvia en el mismo fango.—Podria decirse que con el génio de Minos aunaba en su ser vertiginoso el corazon de Agatocles.—Capaz de levantar un edificio, al cual imprimió su sello original, haciendo desandar la sociedad paraguaya, y esplotando los elementos iniciales producidos por una vida de tres siglos, esterilizada entónces: y de hacer todo esto con la sagaz cautela del lobo, que así se guarda de precipitarse como de desperdiciar un instante; capaz de combinar de tal suerte sus recursos y médios de gobierno, que no solo gozára él de su obra, sino que alcanzára á sobrevivirle: consumándola sin esquivar instrumento, sin arredrarse ante ningun obstáculo, «llenando los bajios con los escollos,»—el Dictador perpétuo del Paraguay es un tipo digno de resucitar la musa prostituida de Maquiavelo para esculpir su estátua en el mármol negro de sus héroes.

El panegirista de César Borja se sentiria de seguro doblemente inflamado por la inspiracion en presencia del déspota, cuyas cenizas corrompen la tierra paraguaya que mancilló con sus maldades. Francia, en efecto, aventajaba al héroe

del *Príncipe* toda la altura del génio y toda la trascendencia de su empresa. César Borja ensangrentó la Romanía para nutrirse como los buitres,—en tanto que Francia ensangrentó al Paraguay para descomponer la vida nacional, aislar su patria de la civilizacion que la rodeaba, gruñendo y protestando contra el progreso y contra toda influencia exterior, en ódio al Rio de la Plata, y provecho de una idea bebida en el infierno, de levantar una nacionalidad sin leyes, sin libertad, sin ciencias, ni cuanto desenvuelve el espíritu del hombre, á fin de colocarla en la naturaleza bruta, inmodificada, y alterar los fundamentos de la política, haciéndola reposar en la barbarie.

Así, el despotismo de Francia tiene una fisonomia profundamente delineada, y que responde á sus calidades personales. El Paraguay es la transfiguracion histórica del Doctor Francia. La vida de aquel pueblo desgraciado es la refraccion permanente de su alma atrabiliaria. Todo lleva la huella de su mano y respira el veneno de su aliento letal. Al simple aspecto de la siniestra figura del tirano se lee la historia de medio siglo de su pobre pueblo.—Aquella cabeza en que las facultades del entendimiento y la zona de las pasiones, predominante sobre todas, absorven visiblemente el desarrollo de la region en que la frenologia coloca el sentimentalismo, es uno

de los ejemplos, por ventura escasos, en que podrian apoyarse las investigaciones de Gall. Tal era el Doctor Francia. Talento al servicio de las pasiones. Dominio absoluto de los malos instintos, capacidad de convertirlos en hecho. En su mirada imperiosa y desconfiada se trasluce el egoismo y el recelo, que engendraron en él el pensamiento de aislar su pais y de despotizarlo. Despotismo y aislamiento: he ahí la polìtica del Paraguay, que se adivina en la fisonomía del dictador, porque brotó de aquella cabeza, Minerva embrutecida del cráneo de un Jupiter sangriento.

Francia se complacia en la lectura de Rollin (1). Allí tal vez su espíritu ambicioso é inmoral siguió paso á paso la carrera polìtica de Julio César, cómo Rollin acierta á descubrirla, revelando todos los malos resortes del grande hombre (2), y ofreciendo á la posteridad el espectáculo repugnante del caudillo sin fé, regido esclusivamente por las pasiones y sujetando la fortuna con una cadena de crímenes, porque las ciencias históricas no apreciaban aún el movimiento iniciado por el Dictador, ni tomaban en cuenta la corriente de ideas y exigencias que

(1) Rengger et Longchamp, «Essai historique sur la révolution du Paraguay,» p. 1ª, cap. VI.
(2) Vease Rollin, lib. XXIX, adelante, edic. esp. (1755).

producia aquella crísis, así como no comprendian tampoco los fantasmas de Plutarco (1), ni los dias parricidas de Suetonio (2). Francia supo leer á Rollin, y supo imitar su César, en la pertinacia del mal, en la falsia de los medios y la seguridad del propósito, sin perder la originalidad de su sistema.

Conservaba ademas en su gabinete, tomándola por retrato, una caricatura de Napoleon (3); pero no reparaba en que el retrato del inmortal soldado, que revelaba tener en su alma, era tambien su caricatura. Francia aceptaba del César moderno como del César antiguo los resortes viciosos, únicos en él, mezclados en aquellos con estraordinarias prendas y gigantescas intuiciones históricas. César y Napoleon, abriendo el uno los horizontes de Roma, restableciendo el otro sobre su asiento la Europa desquiciada, síntesis final de sus errores y de sus hazañas, han coadyuvado al impulso inmanente, al vuelo irresistible de la civilizacion universal. El Doctor Francia imitando su energia de propósitos para secuestrar del progreso una fraccion de América, sumerjirla sistemáticamente en la barbárie, y trabarla con su política, como

(1) César, parrafo LXXVI.
(2) Vida de Julio César, pàrrafo LXXXVIII.
(3) Rengger p. 1ª, cap. VI.

la India con su dogma, en la marcha gradual de los pueblos hácia la ilustracion y el bienestar, se asemeja á los bandidos de la *Corte de los Milagros*, imitando los procedimientos con que la sociedad se preserva de la injusticia y garante la sana aplicacion de las leyes, para cometer en medio de un formalismo irrisorio sus tenebrosos atentados.

Educado en la Universidad de Córdoba, el Doctor Francia abandonó la teologia, cuyo estudio emprendió con el objeto de dedicarse al sacerdocio, al cual le inclinaban sus padres,—y acometió el de la jurisprudencia, en cuyo ejercicio supo captarse el aprecio general. La revolucion le sorprendió ya muy entrado en la edad viril y concurrió á ella, llevando consigo el prestigio de su saber, mas ocultando el negro cortejo de sus malos instintos y tal vez sus ambiciosos pensamientos maduros ya y en vida de ejecucion.

Y no es muy aventurado suponer que viniera á la escena política con su plan preconcebido á echar sobre el Paraguay la red en que debia prenderlo poco despues. Sentado en la primera Junta de Gobierno en su puesto de Secretario se apresuró, en efecto, á hacer sentir la superioridad que tenia sobre sus cólegas y á buscarse por un camino que se liga íntimamente con el que siguió despues, la popularidad que entonces deseaba. Por otra parte, desplegó una clemencia,

que tambien le conciliaba grandes simpatías, y ausentándose de la Capital cuando la Junta se resistia á seguir sus inspiraciones, empeñándose en la política intolerante que abrazára, demostraba prácticamente, que su presencia en el Gobierno era necesaria por la marcada inferioridad de Yegros, y los que con él estaban á la cabeza de la revolucion. Solo en un rasgo prominente se armonizaba la política de la Junta con el secreto pensamiento de Francia: alejar el Paraguay de sus alianzas históricas y romper todo vínculo tradicional (1).

Aquel pandemonium anarquizado, hirviente en su desconcierto, no respondia á esperanza alguna legítima. La idea del Consulado fué unánimemente aceptada; pero el Congreso de 1813 entendia poco en materias de deslinde jurisdiccional, y la institucion fundada fué una verdadera monstruosidad.

Longchamp opina, que la habitud de los gobiernos personales hacia que los paraguayos no concibieran nocion alguna de buena política, y eligieran sus Cónsules con igual tino al de una tribu, que elige sus Caciques (2). Pudiera ser exagerada esta indicacion, pero no se aleja mu-

(1) Véase el bando de Velazco (17 de Mayo de 1811), y el Manifiesto de la Junta gubernativa dirigido á la de Buenos Aires (20 de Julio de 1811.)

(2) Parte 1ª, cap. III.

cho de la verdad. El Congreso no pensó en marcar á cada uno de los Cónsules la esfera de sus respectivas atribuciones: ni menos se preocupó de fijar las condiciones y restricciones con que delegaban la soberanía en el Gobierno, sin reflexionar siquiera, en que el Consulado, que copiaban de la antigua Roma, era de suyo antidemocrático, y tanto mas si se le libraba del contrapeso del Senado. Sometidos al régimen centralista de la Metrópoli, y sin conocer el movimiento general de la política en el resto del mundo, no eran capaces de deslindar convenientemente la eficacia de los poderes á fin de reservar al pueblo el campo de la libertad en que se habia de mover.

Los Paraguayos poseían el instinto de la libertad, pero esta idea era embrionaria en su cabeza. Los españoles, por otra parte, componian el elemento mas culto de la Sociedad paraguaya, y ellos no ejercian accion alguna en los negocios. Se estrechaba ademas á grandes pasos la incomunicacion con Buenos Aires, que colocado á la puerta del Oceano, recibia en sus oidos el éco de las agitaciones del universo, conocia el nombre de Washington, siquiera lo confundiese á veces con el de Robespierre (razon matriz de nuestras dudas en la organizacion nacional), y comprendia algo de las formas, que es susceptible de recibir la democracia para constituir un pais verda-

deramente libre, esto es, que no caiga en el despotismo ni se enrrede en su propia libertad, haciendo al individuo esclavo de las masas, tiranía reentrante en que la mayoria es siervo y señor juntamente. Carecian, por consecuencia, de todo auxilio esterior en una obra para la cual no se bastaban á si mismos.

El Doctor Francia aprovechó profusamente las circunstancias, que los hechos le creaban: encontró el medio de anular á su cólega en el gobierno, y el de seducir á los diputados del Congreso de 1814 atrayéndolos á fundar la Dictadura temporaria, que hizo recaer en su persona. Tres años despues el Doctor Francia era Dictador Perpétuo del Paraguay.

No inauguró su dominacion con escenas sangrientas ni tempestuosas. El reinado del terror se hizo esperar. Francia trataba de afirmar el pié en el terreno que pisaba, antes de aventurarse á dar un nuevo paso en su carrera. Cerró poco á poco el anillo de las cadenas y las echó sobre el pueblo, acariciándolo.

Él sabia que en el Paraguay encontraba fácilmente éco toda palabra, que revelára sentimientos localistas: conocia que la independencia era la pasion dominante de sus conciudadanos y se dió á halagarla para fundar en su esplotacion el reinado que iba á establecer. — Independencia respecto de España, independencia respecto del

Rio de la Plata: de aquí partia Francia y llegaba al aislamiento total, complemento de sus bases de despotismo. De esta forma quedaba el Paraguay, corazon grande bajo una cabeza vacía, queremos decir, pueblo con amor á la independencia sin el sentido de la libertad, sometido á la inspiracion directa, absoluta y soberana de su Mentor suspicaz y falso, que llamaba como los druidas á su pueblo á penetrar en el bosque misterioso del derecho, ecultando á la espalda la cuchilla traidora con que se aprestaba á degollarlo.

No solo obtenia el preservar la Nacion de toda influencia, que pudiera contrabalancear la suya,—sino ademas cegar todo manantial de civilizacion en que aquella pudiera apagar su sed y adquirir la luz que le mostrára las perversidades del tirano.

Insistamos sobre todo en su irreconciliable ódio contra la union argentina, porque es capital. — Mal conoceriamos al Paraguay sino tomáramos en cuenta, que su política ha sido organizada en ódio al Rio de la Plata, y que la máxima en que reposa como en su éje, es una máxima negativa: no queremos á Buenos Aires. — Hé ahí la tradicion histórica del despotismo paraguayo, ya que por desgracia, el despotismo forma tradicion en esa tierra ostigada por la mala fortuna. Cuando Francia se sintió fuerte, y no temió ma-

nejar el acha, la estrenó simultáneamente con dos clases de enemigos ó de sospechosos, por hablar con mayor propiedad. Uno de estos sangrientos ejercicios fué la imitacion del tirano antiguo que derribaba en su jardin las amapolas sobresalientes, en presencia y por única respuesta al mensagero, que en nombre de otro príncipe le pedia reglas de conducta para asegurar la paz de sus Estados. El Doctor Francia, efectivamente, miró á la muchedumbre, y asestó el arma fatal contra toda cabeza que se erguia, ahogando así toda personalidad elevada, y reduciendo el pueblo á una masa confusa, uniforme, sin matiz, atónita de espanto y resignada con sus desventuras. El segundo ejercicio del verdugo tenia por objeto todo ciudadano ó todo estrangero, de quien temiera, que pudiese promover la renovacion de las afinidades del Paraguay con el Rio de la Plata.

Todavia conservaba el pais chispas de su antigua vitalidad; así encontró apoyo la iniciativa de Valta-Vargas, en cuyo sombrio desenlace espiraron las últimas esperanzas de los buenos por la libertad del Paraguay. Aquellos desventurados patriotas miraban á Buenos Aires, tratando de orientarse en la vida, que emprendian bajo tan malos auspicios; pero ya era tarde. Francia estaba aferrado en la tiranía. Cayeron los conjurados bajo su venganza impiadosa, y á tal es-

tremo llegaba el poder del Dictador, con tan orgulloso desprecio miraba los intereses del pais, que al comprender, que las calles de la Asuncion se prestaban á emboscadas en que pudiera peligrar su vida, comenzó la demolicion de la Ciudad (1), iniciando esa larga obra de espoliaciones, con que dió término á toda riqueza privada, detalle de su sistema de abatir cuanto individualismo sobresaliente percibiera en el seno del pueblo. Tanta era la saña del Dictador contra los partidarios de la union del Plata, que llubo en cierta ocasion de recurrir al elocuente lenguage de los atentados (2) á fin de borrar las sospechas de españolismo, que se acarreaba al principio de su gobierno, — y á españoles y argentinos confundia en el mismo anatema, condenándolos á la muerte civil, y prohibiéndoles enlazarse con las mugeres blancas del Paraguay (3). El encarcelamiento del Enviado Argentino fué la única respuesta á la invitacion que en 1824 hizo al Paraguay el Gobierno de Buenos Aires para que enviára sus Diputados al Congreso Constituyente (4); fracasando esta tentativa como la que en 1813 encargó la Junta al Señor Don Nicolas Herre-

(1) Rengger et Longchamp, P. I, chap. VIII
(2) id id. P. I, chap. VI, chap. X.
(3) id. id. P. I, chap. XIII.
(4) id. id. P. I. chap. XV.

ra (1). — Hasta en el hecho y la forma con que recibió á Artigas, cuando vencido por Ramirez, acudió á pedirle hospitalidad, traspira su terror á la influencia del Plata. Francia se apresuró á guardar allí el caudillo á quien mas temia. Desde entonces respiró mas libremente y se descargó de una porcion de sus temores.

Pero esta tendencia de Francia no se limitaba á segregar el Paraguay del Rio de la Plata. Para este fin esplotaba, como dejamos consignado ya, la preocupacion del pueblo; y uno de sus primeros crímenes encontró disculpa (2) y aun aplauso en el vulgo, así que para cohonestarlo inventó la fábula de una conspiracion destinada á renovar la alianza antigua. Así, aquella pasion, que dió tono al Paraguay en otro tiempo, y sobre la cual hubieran podido fundarse provechosas instituciones, que habrian intervenido eficazmente para contener el despotismo, venia á ser uno de los primeros recursos del Dictador en su obra execrable. — Mas no se detenia aquí su pensamiento, acabamos de decir. — Importaba evitar todo contacto, que infundiera un soplo liberal en aquel pais que todavia respiraba, y Francia cerró sus puertos para todas las banderas.

(1) El Señor Herrera tuvo que huir del Paraguay, viéndose amenazado de ser asesinado. Consúltese su «Memoria» publicada en el Brasil en 1849 por el Señor Don Andrés Lamas.
(2) Rengger et Longchamp, P. I, chap. X.

Favorecido por la posicion geográfica del Paraguay, entró gradualmente en este sendero. Las restricciones comerciales se sucedian aumentándose, hasta que murió el comercio por falta de movimiento. El uso de la moneda fué estinguido casi totalmente en la época mas cruda del terror.

Cada dia se hacian mas escasos los permisos para viajar por el Paraguay concedidos á los estrangeros, hasta que el pais se convirtió por entero en santuario de aquella feroz divinidad. El ciudadano se atraia el calabozo ó la muerte si pretendia gozar del inocente placer de pasearse aún dentro de los límites de su patria. La correspondencia epistolar era violada. Los correos fueron suprimidos. Cuando por ventura un estrangero como el ilustre Bompland entraba en el Paraguay, entraba para no salir, custodiado y perseguido por el mas fútil pretesto. Vana era toda tentativa, toda intervencion de los poderes estrangeros en este sentido. En la parte interior de aquella puerta, que solo se abria para dar paso al génio del mal, como la del infierno de Milton, leia de contínuo el cautivo la terrible sentencia, que imaginó el Dante en la *Divina Comedia* á la entrada de la region de los réprobos.

Por manera, que el Paraguay quedó privado de todo ejemplo de libertad y desincorporado

del movimiento de las naciones; ageno á todo progreso y entregado sin amparo en manos de su sagaz verdugo. Este es el gran resorte de la dictadura de Francia. Su sistema se apoya en la barbárie. La barbárie se conserva por el aislamiento.

Restábale aún otra tarea. No bastaba el quietismo: era necesario el retroceso, y Francia aplicó todas sus fuerzas para obtenerlo.—El pueblo amaba los Cabildos, hemos dicho en el *Ensayo* que precede (1), porque adivinaba en ellos el refugio de las libertades públicas. Francia los extinguió; y en tal extremo centralizó en sus manos la vida del pais, que él era la ley, la administracion y la justicia, sin que magistratura ni institucion escrita pudieran contrapesar en lo mínimo la inmensa amplitud de su accion, como dueño de la totalidad de la soberanía y de la suma de los poderes sociales. Luchaba contra la constancia de pocos pero heroicos patriotas, que sabian morir confesando su patria, madre del hombre y delicioso amor de toda la existencia. Montiel se sentaba en el banquillo gritando á la faz del tirano: *viva la patria!* y ordenaba repetir la descarga, levantando la cabeza al caer herido (2). Caballero en su

(1) Cap. IV.
(2) Rengger y Longchamp, P. I, Cap. IX.

delirio recurria al suicidio, declarando (1): « Yo sé que ofendo á Dios y á los hombres, pero mi sangre no ha de servir de pasto al tirano de mi patria. » Y cuando la heroica mujer de un conjurado sentia sus miembros delicados, hechos pedazos en la tortura, exclamaba tambien con el coraje de las Cornelia: « Si tuviera mil vidas, todas las ofreceria por la destruccion de ese monstruo! » (2)

El Dictador se apresuraba á terminar. En vista de estos sintomas de varonil patriotismo cada dia se encharcaba mas en sangre, y cada uno de sus pensamientos era un crímen. Ni el oscuro hombre del pueblo se libraba de su crueldad ni escapaba á su mirada de fiera. Para quitar á sus enemigos ocultos los elementos de accion que ofrecen las masas á los revolucionarios, fundó á Tevego (3), donde amontonó con las prostitutas millares de infelices inocentes ó ignorantes.

El terror enmudecia el país: enrojecianse las aguas del Paraguay, murmuraban con el sollozo de los rios de Babilonia las corrientes del Bermejo, y cuando el viento del Norte soplaba sobre la residencia del tirano, temblaba horrorizado el pueblo y alzaba las manos al cielo el prisione-

(1) Rengger y Longchamp, P I, Cap. IX.
(2) » » P. I, Cap. X
(3) » » P. I, Cap. V.

ro sumido en la mazmorra. Ah! es que en aquellos días estallaba la misantropìa de Gaspar Francia y se sepultaba hasta el fondo en el inmundo abismo en que nutria su alma con sangre y con lágrimas (1).

(1) Pasando el Doctor Francia por una calle, su caballo se asustó de un barril viejo, que estaba junto a la puerta de una casa Media hora despues su dueño estaba en el presidio.

—Un español se quejò de que sus grillos le entraban en la carne viva. «Que compre otros, si le incomodan» dijo el Dictador Su esposa tuvo que mandar forjar los grillos de su marido! exclama horrorizado un historiador extrangero

—Francia fijaba caprichosamente los precios de las mercancias en el Paraguay En 1821 arruinó á todos los agricultores del Paraguay, y en 1822 á todos los ganaderos.

—Francia se habia hecho inaccesible. Un dia en que el oficial que montaba la guardia en su casa dejó penetrar hasta su habitacion á otro militar, Francia espulsó con ignominia toda la guardia y la sustituyó con un negro, armado de un sable con órden de herir á todo el que se acercára.

—En otra ocasion dió órden al centinela que estaba en la puerta exterior de su casa, que disparára contra todo el que mirára hácia adentro del edificio. Un indio que pasaba, ignorante de dicha órden, se detuvo frente á las ventanas del dictador. El centinela le tiró un balazo, que felizmente no le acertó. Entonces Francia modificó su órden.

—Francia ya viejo se dedicó á estudiar la lengua inglesa para leer por si mismo la patente de un buque, porque no se fiaba de la traduccion, que pudiera hacérsele El buque estuvo cargado en el puerto, mientras consiguió traducir con una gramàtica y un diccionario la patente en cuestion.

—Un «fiel de fecho» ó Secretario de Francia, eran con el Ministro de Hacienda, los únicos cargos que condecoró con el alto honor de auxiliarlo en sus tareas. Las órdenes del dictador eran comunicadas á los comandantes, sus instrumentos de terror, pero no promulgadas. El pueblo solo las sabia por casualidad.

El misterio y aislamiento de Francia fué esplotado por varios impostores, principalmente por un Marqués del Guaraní, que se presentó en España como enviado del Paraguay; imposturas que ocasionaron numerosos errores en Europa que imaginaban á Francia como el gefe de una monarquia portuguesa hoy, brasilera mañana, independiente despues, y que contaba grandes elementos militares, una administracion regular y un comercio próspero. Los Sres. Renggery Longchamp fueron los primeros en disipar estos errores, mostrando la verdad.

—Para conocer detalladamente los crimenes de la tirania de Francia, pueden consultarse: El «terror» y las «Cartas sobre el Paraguay» de los hermanos Roberston.

Por lo que toca á los acontecimientos de la espedicion del general

Nada de esto le complacía. Era preciso disolver todo vínculo afectuoso entre los hombres: era necesario dislocar la familia: corromper al pueblo.—Francia comenzó por derribar el altar cristiano, y los primeros actos de su dictadura se dirigieron de preferencia contra la religion. Roto el lazo del sentimiento religioso, la semilla de no sé qué monstruosidad, que él llamaba *religion natural*, en la cual aunaba la negacion de todo principio moral con hipotéticas afirmaciones, de que acaso no se daba cuenta á sí mismo; relajadas las costumbres y pisoteado el decoro, se puso y estimuló á los suyos á colocarse con él al nivel de las béstias, que siguen sus instintos sin reparo y sin reflexion, sin levantar una sola vez la vista para comprender los augustos misterios de la naturaleza en la humanidad. Trastornada además la ley de sucesion, arca que no se toca sin operar una reforma radical en la sociedad: llevada la desconfianza con la delacion al seno del hogar, muy pronto sonreia el Dictador con infernal satisfaccion al ver su obra aca-

Belgrano no podemos recomendar fuente tan autorizada como la «Historia de Belgrano» del general Mitre.

Se puede ver tambien el «Bosquejo» del Dean Funes, y la «Historia Argentina» del Sr. D. Luis L. Dominguez. Otro libro, publicado hace poco, «La Plata,» por el Sr. Arcos, no contiene á este respecto sino una compilacion del interesante libro de los médicos suizos Renggery Longchamp, que residieron varios años en el Paraguay y fueron estigmatizados por Francia cuando supo la publicacion de la obra, á la cual hemos remitido con preferencia al lector, porque es un libro sano, breve y completo.

bada. El pueblo estaba corrompido: la familia disuelta. El matrimonio casi llegó á olvidarse en el Paraguay.

Allá en su juventud, cuando Francia educaba su espíritu en la escuela del mal, se absorvía en la lectura de un libro antiguo sobre ártes. Sin duda se encantaba al estudiar la formacion de aquellos sepulcros de vivos con que los Señores feudales preparaban tormentos indecibles á sus víctimas en los castillos de la Edad-Media. Fráncia aprovechaba todas las malas lecciones. Sus famosos subterráneos nos responden de sus progresos en este ramo de los conocimientos humanos. Nuevo detalle de su sistema de terror. Allí entraba el hombre jóven, y prematuramente envejecido contaba las horas lentas y horrorosas como las de una inmortalidad sucesiva, perdiendo la energía en el dolor y el movimiento en la inaccion. De tarde en tarde, pasaba al declinar el dia una sombra fatídica á vista de los que pagaban un rayo de luz con la pena incomparable de contemplar aquella aparicion entre las tintas cenicientas del crepúsculo. Era Gaspar Fráncia que se complacia en hacer resonar sus pasos sobre las bóvedas en que morian sus víctimas, y gozaba con su agonía.

Nada era sagrado para el tirano. Nada era sagrado en el Paraguay, sino él ó lo que le per-

tenecia. Su inmunidad no solo alcanzaba hasta su último instrumento, sino hasta sus perros, como las bestias del tirano antiguo.

El estrangero encerrado en el Paraguay veia discurrir los años, sin escuchar que una sola persona, se atreviera á hablar, sino en secreto, en las calles de la Asuncion, y hasta en lo mas escondido de sus habitaciones.

Despues de completado su sistema, Francia era el misterio. Se encerraba dentro de sí mismo y carecia hasta del último consuelo de los malvados: la amistad de alguno de sus cómplices.

A las seis de la tarde todas las casas se cerraban, todos los vecinos se ocultaban. Era la hora en que Francia hacia su paseo.

Tres dias despues de su muerte, su médico no se atrevia á anunciarla. El cadáver se descomponia, y Francia se sirvió á sí mismo hasta para avisar que habia salido de este mundo. Las tinieblas reinaban en el pueblo. El dia de su inhumacion, cuando el cortejo fúnebre recorria las calles de la Capital, todos los vecinos se ocultaban, todas las casas se cerraban. Aún temian que el tirano alzára la cabeza.

III.

Francia era el Paraguay. La tirania habia estinguido el espíritu nacional para sustituirlo por el espíritu atrabiliario del Dictador, que parecia transfigurarse en la política. Cuando la muerte libró al mundo del espectáculo de su vida, el Paraguay quedó mudo de estupor. Se asemejaba la situacion del pueblo á la de un hombre, restituido á la libertad despues de haberse disipado todo su vigor en largas y crueles privaciones. Ha perdido la conciencia de su fuerza, no sabe qué hacer de sí mismo, y cae bajo el peso de su suerte. Apenas devoró la tierra el cadáver de Francia, se levanto sombría, como la suya, la imágen de su sucesor. En pos de la breve anarquía, que siguió á la muerte del Dictador, los gefes militares alzaron sobre el escudo otro verdugo, que oró en la tumba de

Francia, buscando la intuicion de su obra de esterminio y de barbarie, y, seguro de los recursos que en sí mismo contenia el país para conservar el despotismo, lanzó su gobierno por los rumbos descubiertos y esplorados por su antecesor. El consulado de Lopez y Alonso no sirvió, sino para preparar el camino del prímero hácia la magistratura suprema. El 14 de Marzo de 1844 fué electo Presidente de la República del Paraguay por un irrisorio Congreso, convocado como los de Francia, para consagrar el crímen á los ojos del estrangero, sin que la voluntad pública hiciera en su eleccion acto real de soberanía, sin que esos mismos diputados, á quienes Lopez manejaba con resortes inmorales, pudieran disponer de la independencia de una idea.

Don Cárlos Antonio Lopez no es hombre, cuya fuerza personal mida la talla del Doctor Francia. Su entendimiento era vulgar: sus conocimientos inútiles para la política. Su época y su accion pueden espresarse en pocas palabras.—Lopez tenia el instinto de la tiranía, y las pasiones propias para conservar un despotismo yá hecho. Rodeado él como su país, por el alma del primer tirano, no le fué dificil suplirlo en la tarea de sus últimos años: apretar el yugo sobre la cerviz del ciudadano. Para esta obra le bastaban sus recursos, toda vez, que no necesitaba sino

la energía del terror y el manejo de los resortes introducidos por Francia en el mecanismo social para corromperlo. Esta era la obra de la pasion vulgar.—Forzoso es convenir, sin embargo, en que Lopez tuvo toda la sagacidad guaraní, que combinada con sus instintos, hizo de él un sucesor inimitable para Francia.

Las escasas modificaciones, que introdujo en el gobierno, prueban abundantemente por sí solas, que comprendia bien el sistema, y que podia obrar con cierta libertad de espíritu dentro de sus límites, imprimiéndole una especie de progreso, que en nada le dañaba, y sin el cual habria llegado el momento de no poder saborear los placeres de la tiranía, como él los entendia. Lopez amó la opulencia, al revés de Francia, que vivió y murió pobre. Esto solo basta para establecer la diferencia radical, que los distinguia. Lopez, dejándose dominar por su amor á las riquezas, prueba que su alma era vulgar, y que solo tenia las pasiones bajas de los tiranos comunes. Francia, por el contrario, alejándose de todo provecho personal en su dictadura y no esplotándola para enriquecerse, se manifiesta como el tirano de la gran vocacion ; como uno de esos fenómenos morales, que hacen del absurdo su símbolo, y del mal su ley, monstruoso conjunto de pasiones en grande escala, que escapan á todo criterio justo. Lopez

pudo hacerse tirano. Francia nació tirano.—Lopez entre los antiguos habria pasado por un déspota; pero Francia habria sido el semi-dios de la tiranía. En suma, Cárlos Antonio Lopez conservó en conjunto y en detalle el sistema despótico del Dictador perpétuo, á escepcion de ciertas modificaciones emprendidas á beneficio de la tiranía ó del tirano, ó bien fundadas en la inutilidad presente de las prescripciones antiguas.

Todos los apologistas de Lopez (1), al exhibir sus títulos al reconocimiento de los paraguayos han esclamado, creyendo tal vez cortar aquí todo debate : Lopez levantó la interdiccion establecida por Francia : abrió el Paraguay y lo sacó del aislamiento en que estaba sumergido. — Para apreciar en su justo valor esta obra de Lopez, importa resolver préviamente esta otra cuestion : ¿Por qué y para qué cerró Francia el Paraguay? El Dictador consumó esta obra ínicua para asegurar la independencia del Paraguay contra el Rio de la Plata, haciéndolo inaccesible á la influencia de nuestra política y de nuestra civilizacion, temeroso de que ella entorpeciera su empresá de barbarizarlo, y despertára el entusiasmo público por las antiguas alianzas. El círculo de preocupaciones en que

(1) Véase « la République du Paraguay. » par A. M. du Graty.

Francia se movió fué este : desde luego suscitar antagonismo contra el argentino : además establecer una marcha retrógrada y rápida que llevára la Nacion á la barbárie, y como resorte de su segundo pensamiento, inspirado por el primero, aislar el país de toda influencia de progreso. Este aislamiento, por otra parte, cegaba de un golpe la fuente de la riqueza privada, sofocando el comercio estrangero, y le libraba así de toda rivalidad, puesto que de las que pudieran fundarse en el mérito personal se despojaba en el presente por la mano del verdugo, y en el porvenir, suprimiendo la educacion. — Con el empobrecimiento del país, se empobrecia al mismo tiempo el Estado, pero Francia no se cuidaba de este inconveniente, porque no amaba la opulencia.—Don Cárlos Antonio Lopez ha probado abrigar la pasion de la avaricia en todo su salvage esplendor. Primer instinto que debió conducirlo á meditar sobre los males que acarreaba el aislamiento, y comprendiendo como comprendia, el génio del despotismo paraguayo, se persuadió de que el espresado sistema habia producido yá todos sus frutos, y que para conservar el antagonismo, en que fundaba su vida, podia echar mano de otros recursos, que al propio tiempo harian temible al Paraguay para sus vecinos. Entónces suscitó las cuestiones con Rosas, de que nos ocuparemos en el parágrafo si-

guiente, comenzó á poner el país en tren de guerra, y le fué lícito abrir los puertos de la República, monopolizando el comercio de los principales productos y estableciendo Reglamentos de Aduana (1), destinados á esquilmar al particular en provecho del Estado, personificado de hecho y de derecho en el Presidente de la República.

Es verdad, que el comercio del Paraguay ha adquirido vuelo durante su presidencia, pero tambien es verdad, que en el Paraguay no hay sino un negociante, que es el Gobierno, ni se ha formado mas fortuna particular, que la de la familia Lopez y la de sus agentes en los mercados estrangeros.—La prosperidad del Paraguay es una mentira. El movimiento comercial de ese país es una farsa ínicua y perversa, con que sus déspotas escarnecen la miseria del pueblo, que al disputar á las béstias su alimento presencian hoy un espectáculo, de que á lo menos estaban libres bajo la tiranía de Francia. Nada hace tan dolorosa la pobreza de la víctima, como la opulencia del verdugo. La posteridad juzgará ese refinamiento de crueldad con que los modernos tiranos del Paraguay escarnecen el llanto de sus esclavos.

(1) Véase «el Repertorio Nacional del Paraguay,» año de 1844.

La estincion como el monopolio del comercio, dada la sociedad, vienen á quebrantar una ley de la naturaleza, sin la cual el hombre pierde la nocion de sí mismo: la ley del trabajo: ley de equilibrio, indispensable para no caer en el quietismo ó en la barbarie, á cuyo estremo está la muerte. Tendencia al reposo: necesidades qué satisfacer: — hé ahí los dos polos de la vida del hombre.—Si se deja vencer por la tendencia á la inaccion, la muerte, prevenida por el dolor, no tarda en argüirle de su error, cuando no tiene remedio.—Si cae en la sed de las satisfacciones sin freno moral, sin respeto por el derecho vivo de otro hombre, se entrega á la barbárie, y la muerte llega tambien, prevenida esta vez por la violencia.—La idea del trabajo aparece entónces á la mente humana como recurso intermediario, como ley de equilibrio y compensacion. La facilitacion del trabajo inicia la idea del comercio y el respeto al derecho ageno. De aquí la Sociedad. Satisfacer las necesidades personales sin perjuicio de otro: tal es el principio social. Satisfacer el mayor número de necesidades con la menor suma de trabajo: tal es el objeto de la Economia politica (1). Por consiguiente, adulterar las condiciones esencia-

(1) Véase Rossi, »Curso de Economia politica»: Blanqui, «Tratado elemental de Economia politica,» etc.

les del comercio, no importa menos que perturbar las bases de la buena sociabilidad; porque al atacar su libertad, no solo « se viola la pro-« piedad del suelo, sino tambien la de los bra-« zos, de la inteligencia, de las facultades, de la « personalidad (1).»—El personalismo desaparece poco á poco, cuando un despotismo arrogante y ambicioso, quebranta la energía individual con el terror y la absorcion, y sepulta la libertad del comercio y el derecho del trabajo, con que el hombre compra su quietud y salva la sociedad, en el abismo del monopolio oficial.—¿Qué le importaba, entonces, al tirano del Paraguay abrir los puertos de la República, si todo lo conciliaba al proceder así? Comerciando él y solo él, el Estado y su persona se enrriquecian. El despotismo mendicante de Francia podia morir de inanicion. Monopolizándolo, conseguia el mismo resultado que Francia estinguiendo el comercio : anonadar el individualismo; y adquiria á los ojos del estrangero el único prestigio, que su antecesor no ambicionó. Trabando, por fin, cuestiones apasionadas con Rosas, mantenia vivo el antagonismo, inoculado por médio del terror en el ánimo del pueblo. ¿Qué mas podia desear? Esta modificacion, lo repetimos,

(1) Bastiat, « Propiedad y despojo. »

no prueba otra cosa, sino que Lopez comprendia el sistema del Dictador, y que al perpetuarlo, le imprimia el sello de una pasion mezquina, que no abrigó éste.

No tienen mas valor las vociferaciones de sus apologistas. —Por lo demás, Francia habia aterrorizado de tal manera al pueblo, que á la aparicion de Lopez, en vez de una nacion qué corromper, encontró una masa sumisa, dispuesta á soportar todos los desmanes del poder. Con una resignacion semejante á la del fatalista, que no halla en sus reveses una combinacion de causas de que puede escapar, sino un hecho necesario, que se produce por una ley inmutable, el pueblo paraguayo desesperado de luchar contra el despotismo, no sentia en su corazon atrofiado revelacion alguna de libertad ni de justicia. Arrodillado todavía ante el sepulcro de Francia, recibió sin pestañear la marca ardiente de su nuevo Señor.

Lopez no necesitaba del terror. Lo ejerció, sin embargo, para probar sin duda, que sabia manejar el hacha, y para segar la cabeza de los que le elevaron al poder, porque veia tal vez que en ellos habia vida; y le ejerció tambien yá viejo y en el término de su carrera, cuando su hijo volvió de recorrer el mundo, trayéndole por ventura noticia de que todo hombre en el siglo XIX marcha á la libertad, y que importaba herir de nue-

vo al paraguayo para que no se distrajera en la adoracion perpétua de los déspotas.

Entretanto, ejercia el terror de la idolatria, el terror del misterio, aprendido en la historia de su Maestro. Ninguna autoridad se movia sino por su impulso: ningun ciudadano se levantaba en la estimacion y el respeto de sus paisanos. Desde el templo hasta el hogar: desde la legislatura hasta el patíbulo, toda la sociedad estaba llena con el tirano. Ejercia el terror de su presencia constante, disfrazado y reproducido, en la policia y el espionage; y el ciudadano paraguayo, al amar á sus hijos, como al recordar á su pátria, en su derecho y en sus aspiraciones, en toda su vida, enfin, se veia asediado por un pensamiento perseverante: el tirano. Ejercia, en una palabra, el terror crónico de un despotismo hereditario, injertado, por decirlo así, en el tronco de la antigua Sociedad, y que ha suplantado el viejo ramage lleno de esperanzas, impidiendo que brotáran los frutos de la libertad.

Lopez no era sino el reflejo de Francia y la consecuencia de su axioma. ¿Cómo pretenden entonces sus apologistas hallar acceso en el sentido comun para sus defensas mal inspiradas? Un escritor (1) ha llamado al gobierno de Lopez:

(1) M du Graty (« République du Paraguay ») Chapitre I, Quatrième Epoque.»

«La regeneracion del Paraguay.» —Jamás se ha lanzado blasfemia mas sangrienta á la faz de un pueblo mártir ¿Dónde está la regeneracion del Paraguay, si su gobierno es idéntico al de Francia, si son iguales los resortes del despotismo, si la personalidad está igualmente anonadada bajo su pié, si el comercio es una mentira, si la navegacion de los rios es una hipocresía, si no hay, por fin, en esa pobre tierra, ni una sombra de progreso?

Hemos visto lo que significa el progreso comercial del Paraguay. ¿Qué diremos de su progreso intelectual? Ni la ciencia, ni el arte, han asomado en aquella tierra, en que la ignorancia lo cubre todo como la noche, y en que se recuerda al pueblo el amor nacional en una bárbara rapsódia, que arrancaria la risa de la organizacion menos literaria, si no reflejára las desventuras atroces de medio millon de hombres empujados al retroceso por las álas de la muerte.

El progreso del Paraguay está en sus buques de vapor, arma del tirano contra el pueblo, preparativo de la barbárie contra la civilizacion. Está tambien en Humaitá, barrera levantada por el salvaje en esos «caminos que andan,» como dice Pascal, para llevar mas á prisa la palabra del hombre al hombre y propagar la cultura de region en region. Nada ha progresado

en el Paraguay sino el despotismo. ¡Tomais por adelantos del pueblo los atavios con que la tirania se viste á la moda! Tomais por síntomas de regeneracion los hechos hipócritas, con que la barbárie quiere disfrazarse, para no presentarse ante el siglo XIX en su salvaje desnudez!

¿Ha hecho algo mas que esto el Presidente Lopez? — Si; la tirania, que despues de Francia, se salvó en su persona, ha quedado consignada en la ley durante su gobierno. — Francia quiso consolidar el despotismo, corrompiendo al pueblo. Una y otra cosa quiso perpetuar Cárlos Antonio Lopez, amarrándolo á la ley. Con verdad ha dicho un publicista argentino (1), hablando del Paraguay: « Peor es su estado actual que el « anterior, si se reflexiona que ántes la tirania « era un accidente, era un hombre mortal; hoy es « un hecho definitivo y permanente, es la Cons« titucion. » Detengámonos á examinarla rápidamente.

La Constitucion del Paraguay es una traicion, porque bajo la capa de un órden regular, no hace sino consagrar el despotismo: es una Constitucion dictatorial. — Comienza por establecer la division de los poderes en las tres grandes ramas de la autoridad: poder lejislativo, poder

(1) Don Juan B. Alberdi, « Bases y puntos de partida para la organizacion política de la Confederacion Argentina, » Cap. IX.

ejecutivo, poder judicial (1); pero vamos á ver en seguida, de qué modo y hasta qué punto despoja á todos los poderes, en provecho del Ejecutivo, el cual es ejercido por un mandatario irresponsable, que puede obrar sin Secretarios de Estado (2), y al cual se reviste con una suma inaudita de autoridad.

El Congreso lejislativo, segun ordena, es elejido enla forma acostumbrada (3), es decir, que se conserva el mismo sistema electoral del Doctor Francia: que la voluntad del pueblo es legalmente falsificada y se dejan pendientes las deliberaciones lejislativas del capricho del Presidente. Importa tener en consideracion, ademas, las doctrinas aceptadas en el Paraguay en punto á sistema representativo. Cuando iba á celebrar sus sesiones el Congreso de 1849, el Presidente Lopez hacia sostener á su órgano oficial la mas estravagante doctrina, que puede inven- el cérebro enfermizo de los tiranos, demostrando, que la mision del Lejislador en el Paraguay se limitaba á consagrar con su aparente sancion todos los actos del Gobierno (4). De esta mane-

(1) Ley que establece la administracion politica de la República del Paraguay, Titulo I, articulo 1°.
(2) Tit VIII, art. 1°.
(3) Tit II, art 1°.
(4) «El Paraguayo independiente,» publicacion periódica, inspirada ó redactada por Lopez, escribia lo siguiente: «Las asambleas del «Campo de Mayo en tiempo de Carlo Magno, dice Anssillon que reci-

ra y reservando los medios de adulterar la voluntan del pueblo á favor del Poder Ejecutivo, fácil es percibir lo que queda en pié del sístema representativo. El Congreso además se reune solo dos veces en el curso de cada presidencia (1), convocado por el Poder Ejecutivo; pero guarda silencio la Constitucion en cuanto á la conducta, que debe observar la legislatura, en caso de no ser convocada oportunamente, á diferencia de lo establecido en la Constitucion argentina (2) y en la norte-americana (3), que señalan plazos fijos para la instalacion anual de la representacion federal: única manera de no hacer del Congreso una oficina del Poder Ejecutivo, quebrantando el equilibrio de la division, como viene reconocido desde Aristóteles hasta Madisson ó Story.

Sobre todo esto, el Congreso carece de mision para someter á juicio los actos del Ejecutivo, sancionando de esta manera la completa irres-

«bian siempre y tomaban como un médio solemne de proclamacion «todo lo que el Emperador les sometia, y que así introdujo una idea «desconocida de sus antepasados, y ejerció una incalculable influencia «en la forma representativa de las naciones europeas. El pueblo para- «guayo tiene mucha analogia con el pueblo de tiempo de Carlo Mag- «no. El Gobierno del Paraguay ilustrado por la esperiencia y ejemplo «de los pueblos vecinos se ha preservado sábiamente de la manía de «un liberalismo intempestivo; pero, verdaderamente liberal, prepara «su pueblo á mejoras sólidas y estables.»

(Tomo II, número 83.)

(1) Tit. II, art. 2º.
(2) Artículo 55.
(3) Art. I, seccion IV, inciso 2º.

ponsabilidad del último. La eleccion del Presidente es una de las atribuciones concedidas al Congreso (1): combinacion de todos modos viciosa, porque si el Congreso tiene plena libertad de accion, la pierde el Ejecutivo; y si no la tiene, como sucedé en el caso presente, el Ejecutivo se constituye á sí mismo. De ahí, que la República del Paraguay se encuentre encerrada por su propia Constitucion, en este círculo vicioso: un Presidente irresponsable, que elige un Congreso esclavo, y un Congreso esclavo que reelige indefinidamente al mismo Presidente irresponsable. Dos autoridades monstruosas, la una por lo atlético de sus formas y la otra por su raquitis natural, apoyándose recíprocamente y conservando de consuno el despotismo.

Dominado de este modo el Poder Lejislativo, es fácil concebir que se ha puesto el Judicial en manos del Presidente. Sin acuerdo de la Legislatura, como lo establece la Constitucion de los Estados Unidos (2), y la nuestra (3), el Presidente de la República provee la Administracion de Justicia, desde el cargo de Supremo Magistrado (Juez Superior de Apelaciones), hasta el último Alcalde de la Nacion, llegando esta superinten-

(1) Titulo III, art 2°.
(2) Art. II, Sec. II, inciso 2°
(3) Art. 86, inciso 5°.

dencia á señalarles el trage que han de vestir: y reglamentándola hasta el punto de quitarle las mínimas apariencias de libertad (1).

No satisfecho aún el tirano con absorver toda su independencia al poder judicial, y temeroso de entregar en manos estrañas aunque seguras las víctimas de sus recelos políticos, se hizo acordar jurisdiccion sobre toda causa política (2): pero tremenda jusisdiccion, cuyos fallos son inapelables, y de los cuales solo tiene que responder ante Dios y su conciencia; lo cual significa el establecimiento constitucional del terror.

Habiamos visto que Legislatura y Presidencia son un solo hecho fraudulento. Esta organicion del sistema judicial, y la esclusion esplícita de toda intervencion de parte de los Tribunales en las causas políticas, demuestra con plena evidencia la confusion de todos los poderes. Una vez probado esto, y basta para demostrarlo una rápida lectura de la Constitucion, es inútil estenderse en raciocinios. Despotismo se llama aquel gobierno, que reune en una sola mano los tres grandes poderes en que se subdivide el ejercicio de la soberania. La prueba mas irre-

(1) Estatuto provisorio de Administracion de Justicia, Capitulo II, articulo 2º: C. IV, a. 19: C. V, a. 22: C. VIII, a 43: C. VI a. 30, : C. VIII, a. 53, 56.

(2) Idem, C. IX, a. 57.

fragable que puede exhibirse de la verdad de estas apreciaciones es el ejemplo que los hechos nos presentan en veinte años, que lleva el Paraguay de ser regido por esa ley.

Pero esto no basta. El Presidente del Paraguay no solo decide soberanamente de los destinos del pais, firmando y anulando tratados, ajustando la paz y declarando la guerra, abriendo puertos y reglamentando aduanas, y ejerciendo todas las atribuciones del Poder Ejecutivo, y las que la ley le autoriza á usurpar, y las que indebidamente le acuerda, sino que goza del derecho, esplícita y categóricamente establecido, de absorver en su persona toda la suma del poder público, es decir, la autoridad extraordinaria, la dictadura como la entendian los romanos y como la sostenia Rousseau, como la arrebató Rosas al voto ciego de una representacion felona y como la inició Francia, siempre que á su juicio «fuere preciso para conservar el órden y la tranquilidad pública de la República (1).» ¿Qué le falta á esa dictatura de los atavios con que la adornó Francia? Ahí está su espíritu presidiendo la organizacion del pais, y su sistema convertido en ley. El Congreso existe, los tribunales funcionan, en tanto que el Presidente de la Re-

(1) Constitucion, Tit. VII, art. 1º.

pública no juzge conveniente disolver el primero y suspender los segundos, para sentarse á la puerta del pretorio y condenar al justo, limpiando las manchas de su crímen en la Constitucion, que autoriza su proceder.

La tirania es legal, y por consecuencia, inocente. ¿En virtud de qué ley nacional podria juzgarse al déspota que derramára mas sangre, que confiscára mas propiedades y escarneciera mas inicuamente á los ciudadanos? En virtud de qué ley se condenaria á Lopez? Todos los desmanes están legalizados. La diosa se ha prostituido, y la ley ha bajado de las regiones ideales en que el sentimiento humano la coloca, para remachar los grillos del pueblo y forjar las cadenas, que le amarran. ¿Qué esperanza le queda al Paraguay despues de dictada esa Constitucion? Reformarla? No. La Constitucion no puede ser reformada, sino con el consentimiento del Poder Ejecutivo (1). ¿ Quejarse? He ahí el único derecho que la Constitucion acuerda á los ciudadanos, pero no es accesible á su queja, sino una autoridad: el Poder Ejecutivo (2).

El Señor Alberdi observa, que la Constitucion del Paraguay es la única, en que no se garante una sola libertad. Es exacto; pero consignemos

(1) Tit. X, art. 12, inc. 3°.
(2) Tit. X, Art. 3°

además, que tampoco garante ningun derecho primordial, ni la vida, ni la propiedad,. Solo declara que todos los habitantes de la República son iguales ante la ley (1), es decir, que todos son iguales bajo la dictatura permanente del Poder Ejecutivo, única ley real, toda vez, que á su arbitrio puede darse atribuciones extraordinarias, que hagan nulo el derecho de los ciudadanos, y suspendan frecuente, indefinida ó perpétuamente el imperio de las leyes.

El resto de las disposiciones constitucionales es igualmente tiránico. Suprime los cuerpos municipales (2), baluarte de los instintos populares y primer ensayo de la vida democrática. Los Estados Unidos deben á estos cuerpos, planteados sobre las bases de la soberania popular, el estallido del mas ámplio sistema republicano, con que asombraron al mundo en los dias de Washington, y continúan siendo el modelo de la libertad. El Gobierno Español los introdujo aunque sobre fundamentos estrechos: Francia los oprimió: Lopez al estirparlos, completa la obra de la esclavitud.

Los bárbaros reglamentos de policia con que Francia penetraba todos los secretos, y con que hostilizaba á los estrangeros, que se atrevian á

(1) Tit. X, art. 2°.
(2) Estatuto provisorio, C. X, art. 74.

poner el pié en el Paraguay, quedan en pleno vigor (1), autorizándose además al Presidente para ampliarlos, si así lo creyere oportuno, esto es, para ampliarlos á favor de su autoridad, único punto de vista de la Constitucion, que para nada toma en cuenta la conveniencia pública. Esto significa, que Lopez, al modificar el sistema del Dictador abriendo los puertos de la República, no quiso cortarse la retirada, si mas tarde se arrepentia de su propósito, é hizo consignar en la Constitucion esa facultad de despotismo ilimitado.— Así que la libertad del comercio y el permiso de entrar y salir en el territorio de la República, todo eso que á lo menos aliviaba en cierta manera la condicion de una parte del pueblo, desaparece con un decreto en el instante, en que tal estravagancia asalte al juicio obcecado del tirano.

Sobre el monopolio, que hace propiedad oficial dos terceras partes de los frutos de la República, la Constitucion restablece los diezmos, reglamentados y percibidos por el Gobierno (2): y con esta série de disposiciones, que suspenden una amenaza de incalculable alcance sobre cada persona y sobre el cuerpo social, se ratifica la suprema y arbitraria autoridad del Presi-

(1) Constitucion, tit. X, art. 5°.
(2) Tit. VII, art. 22.

dente, á cuya persona, encarnacion y emblema de la soberania (1), se obligan por juramento todos los ciudadanos de la República (2), en la forma, que mejor satisfaga á su arrogancia ó recelos.

Por manera, que esta Constitucion es verdara y científicamente digna de ser calificada, como lo hemos hecho. Es una Constitucion dictatorial.

Pero, á fin de que no sufriera menoscabo en el porvenir, era necesario armar al Presidente con todos los recursos necesarios para evitar cualquiera alteracion. El pensamiento recorre facilmente su camino: las ideas se propagan, y las aspiraciones populares brotan de la ilustracion comun. Importaba, por consiguiente, poner á disposicion del tirano las dos fuentes de progreso intelectual, la Prensa y la Educacion, no solo á fin de estorbar la iniciacion del pueblo y de los niños en principios liberales, sino tambien á fin de esplotarlas, constituyéndolas en cátedra de las doctrinas inmorales, inoculadas por Francia y consagradas por la Constitucion. Con estos fines se establecieron la fianza y el permiso prévios para la introduccion de imprentas en el Paraguay, obligándose los propietarios á sujetarse

(1) Tit. IV, art. 1º: VI, 1º, 2º; VII, 30, etc.
(2) Tit. X, art. 1º.

á los Reglamentos, que les diere el Gobierno (1). La prensa está muerta desde luego, y no tiene otra palabra, sino la que el tirano le comunique.

Despues la Educacion. Todos los establecimientos de enseñanza están obligados á solicitar prévio permiso del Gobierno y á exhibir su plan de estudios, los testos que se proponen usar, y el curso que piensan dar á las ciencias que cultiven, sujetándose lo mismo que la prensa, á los reglamentos que se les dicte (2).

En resúmen, el gobierno del Dictador perpetuo es ley constitucional del Paraguay, y para evitar la regeneracion del pais, se ha cuidado de cerrar en ella los manantiales de la ilustracion pública.

Tal ha sido la obra de Don Cárlos Antonio Lopez. Tal es el resultado definitivo de su famosa Constitucion. Jamás se ha dictado ley tan inicua, en nombre de principios tan sagrados. Ni las Constituciones de las antiguas repúblicas griegas viciaron mas profundamente los principios sanos de la soberania, ni el delirio de ningun déspota ha llegado hasta derivar fraudulentamente del sufragio popular autoridad mas omnímoda, dictadura mas altanera é irrespensable. Nada

(1) Tit. X, art. 8°.
(2) Tit X, art. 7°.

hay en ella para el pueblo. Nada para los poderes, que participan de la soberania. Toda la autoridad, rodeada de la idolatria de la fuerza, recae en el Poder Ejecutivo, centro, orijen, motos y objeto soberano de la ley. — Así quedan consignadas en el Código fundamental la usurpacion y la iniquidad. El Paraguay es esclavo de la ley.

¿Á esto se llama la regeneracion del Paraguay? ¿Completar la tirania importa salvar al pueblo? ¿Hacerla, eterna é irremediable sin ausilio esterior, equivale á restablecer el derecho? Lo repetimos: tales absurdos no tienen acceso en el sentido comun.

Dictada esta Constitucion, la vida de Don Cárlos Antonio Lopez siguió imperturbablemente la lógica del despotismo. Hoy hacia sentir su antoridad con aflictivos reglamentos aduaneros (1), mañana estableciendo impuestos sobre los repiques de las Iglesias (2): otro dia comprometiendo al pais en una guerra insensata: mas tarde, celoso de la autoridad episcopal, prohibiendo al Diocesano de la Asuncion usar las insignias de su rango (3). Recorrió, en una palabra, como los tonos de la escala musical, todos

(1) Repertorio Nacional, 1842, N° 3.
(2) Repertorio Nacional, 1842 N° 17.
(3) Repertorio Nacional.

los grados del capricho desde la crueldad hasta el ridículo (1). Vivió y murió consagrado á la tirania, que legó intacta en manos de su hijo.

Con razon afirmamos, por consecuencia, que Lopez fué el continuador de Francia. Las breves observaciones que preceden lo comprueban elocuentemente, puesto que ellas manifiestan que esplotó el ódio contra la influencia argentina, que aterrorizó al pueblo, que atacó el individualismo, que empobreció al pais, y conservó la barbarie, para mantener una política intransigente, un gobierno abusivo é irresponsable, sancionado por la Constitucion que él mismo dictó. — El gran crimen de Francia fué iniciarla. El gran crímen de Lopez perpetuarla. El majistrado mas recto seria un tirano si gobernára con esa Constitucion, porque en ella está la tiranía organizada y puesta en movimiento. Es el testamento de la iniquidad, el evangelio de la injusticia: arrasa el derecho para salvar la tirania. — Si Montesquieu, el genio iniciador de la política moderna, despertára del sueño del sepulcro, y fuéramos á preguntarle: ¿qué sistema representa esta Constitucion, qué significa, qué

(1) Véase la obra del Señor Eizaguirre, titulada «Intereses católicos en América» y la del Señor Arcos, titulada --«La Plata»-- Etude historique», que contienen numerosos detalles y anécdotas de la tirania de Lopez Los contienen igualmente las cartas dirijidas á Don F. S. Lopez por el Señor Don Manuel P. de Peña (Paraguayo), publicadas en la «Tribuna» de Buenos Aires.

espíritu la preside? Montesquieu nos contestaria: representa el delito dogmático : la preside el espíritu de la barbárie. «Cuando los salvages de la Luisiana desean comer fruta, cortan el árbol por el pié y la cogen. Tal es el gobierno despotico(1).»

Tal es el gobierno del Paraguay.

(1) Espíritu de les leyes, Tit V, cap XIII.

IV.

Los sucesores de Fráncia no se han limitado á imitarle en el despotismo, cuya funesta herencia les legó, sino que comprendiendo el carácter capital de su politica estrangera y reconociendo en una de sus fases, las relaciones del Paraguay con el Rio de la Plata, la base del sistema de gobierno, que planteó el Dictador, la han conservado tambien con imperturbable tenacidad.—El antagonismo contra los pueblos, que forman hoy la República Argentina, contra la union con ellos, contra sus luces, contra su influencia y su iniciativa liberal y progresista, es el resorte de la tiranía del Paraguay. Para romper los vínculos consagrados por la tradicion, para aislar la presa de la atmósfera en que pudiera adquirir la conciencia del individualismo popular, que es la iniciacion de la soberanía comun, puso en juego el Dicta-

dor todos los resortes diabólicos, que le sugiriera su génio fértil en inspiraciones tenebrosas. — Apoyó aquel antagonismo en su ascendiente personal y en su predominio, apoyando á su vez la tiranía en el antagonismo que suscitaba. Son dos hechos históricos conjunta y correlativamente producidos, que se eslabonan, se unen, se sintetizan, digámoslo así, en su personalidad. Son su obra inmediata, para cuya ejecucion torció las pasiones informes, pero bien inclinadas y robustas, de una sociedad que pasaba trabajosamente por esas transformaciones de crisálida, que atraviesan los pueblos, cuando á costa de crísis tempestuosas unas veces, de estupefacto enmudecimiento otras, abandonan un símbolo para abrazar otro, rompen un círculo para espaciar su vida en otro nuevo y mas estenso. El principio de la tiranía de Francia era la barbárie: su resorte el aislamiento, como ántes hemos espresado; y por consecuencia, el dogma radical de su política, el delirio, que debia hacer intervenir entre los elementos puestos en juego para hacerla triunfar y para conservarla, era el antagonismo del Rio de la Plata. Por manera, que los Lopez al constituirse herederos suyos y al recoger de la tumba del Dictador el áspero testamento de su política inmoral, no podian menos de abrazar con amor esta palanca, que apoyada en el profundo retroceso y en la incapacidad

absoluta de la sociedad, que se proponian esclavizar, podia conmover aún, los últimos rezagos de pasion pública supervivientes al diluvio de la abyeccion y de las lágrimas en que apagaron el fuego de su alma ardorosa los nietos de los comuneros, interesándolos en una enemistad insensata, que los hiciera tolerar la prostitucion de todo principio derivado de la justicia y del axioma inicial de la soberanía en la organizacion interna del país.

Los Lopez, en efecto, adoptaron intacto el sentimiento de repulsion, que abrigaba el alma de Francia. Ni lo disimularon ni lo restringieron, — ántes al contrario, constituyeron el nombre ignominioso de Francia en un emblema de orgullo, que como el Rómulus de los antiguos, habia de representar á la memoria del pueblo todos los esplendores de la nacionalidad; y al invocarlo para que la sábana funeral , que envuelve sus despojos, recuerde constantemente al Paraguay, que en la mano que la agita se encierra todo el poder asolador de aquel hombre, cuyas pisadas todavía cree escuchar el ciudadano horrorizado en las noches calladas y tenebrosas, han tenido el pudor de no decirle : hé aquí el gran legislador, que te ha abierto los horizontes de la libertad, y ha derramado en tu seno la bienhechora civilizacion del siglo; no le han dicho : hé aquí el fundador de la felicidad que disfrutas, el pon-

tífice de la justicia, el iniciador de la igualdad (1); pero sí han clamado con todo el brio de su palabra y el estrépito de sus alevosas maquinaciones : hé aquí el enemigo de Buenos Aires (2) ! En el nombre de Buenos Aires envol-

(1) Esta Apotéosis estaba reservada á un escritor francés. El « Diccionario universal de historia y geografía, » de Bouillet, dice hablando de Francia (páj. 696): « Sin embargo, su administracion fué «útil,» y el Paraguay le debe su **organizacion**, sus **manufacturas** y su **comercio!** »

(2) « El Paraguayo Independiente, » cuya importancia oficial yá hemós hecho notar, dice en el tomo I, núm 7 : -- « La administracion « del Dictador perpétuo es generalmente conocida, por lo que no « consideramos de necesidad recordarla. El mantuvo celoso y cons- « tante con pulso firme los derechos de la República del Paraguay al « respecto del Rio de la Plata durante todo su largo gobierno. La ver- « dad histórica nos obliga á observar, que algunos de sus actos no podrán « ser avalorados con exactitud, sino despues de conocidos los moti- « vos que les dieron órigen y direccion. Zeloso siempre contra las ma- « niobras, no solo del partido europeo, sino tambien de las intrigas ar- « gentinas, impuso algunas penas, que álias habria economizado. Co- « nociendo que el contacto de ideas, facilitado por la mútua y fre- « cuente correspondencia sugiere pensamientos hasta los mas peligro- « sos, y temiendo la irrupcion de las innovaciones y especulaciones « políticas, que alimentaba el Rio de la Plata, fué contrayendo y por « último adoptó su sistema de aislamiento. Hasta en eso el Rio de la « Plata ejerció una influencia perjudicial y maligna Y es tan exacto lo « que esponemos, que ese aislamiento tuvo una escepcion constante y « protegida por el lado que no tenia esos recelos. Los estrangeros, ma- « yormente los brasileros, recibieron siempre entera proteccion en su « comercio de Itapuá. Falleció el Dictador el dia 20 de Setiembre de « 1840 : la República sintió su muerte, por cuanto, cualesquiera que « sean las censuras, que le dirijan, él fundó la independencia del Pa- « raguay, y si su política hubiera sido desasombrada de los peligros, « que referimos, ciertamente hubiera sido mas franca y creadora. »

El testo no puede ser mas claro. En otro lugar hablando de Buenos Aires, dice: « La filosofia ha demostrado que á los porteños les inte- « resa grandemente que les corten el pescuezo, los azoten y los ro- « ben. » (T. II, núm. 80)

Y volviendo sobre Francia, dice atacando el « Argirópolis » del Señor D. Domingo F. Sarmiento : « Y en cuanto al tropel de improperios « con que se ha tomado la licencia de ajar y ultrajar la memoria del « Dictador Francia, declarándole tirano, ignorante, sombrío, y que su « nombre solo recuerda hoy todos los escesos, todas las crueldades de « un déspota, bastará decirle que ha venido tarde á insultar las frias « cenizas de un hombre, que yá no habla, despues que en el largo « periodo de su mando ha sabido contener la marcha pérfida y hostil « de los Gobernadores de Buenos Aires. « (T. II, núm 99.)

vian ellos la influencia de nuestra República, y la civilizacion que les aterrorizaba. De modo que la antipatia al Rio de la Plata ha engendrado y conservado el despotismo del Paraguay.

Cuando Francia cambió el trono por la tumba y se encaramó en el sepulcro del Dictador el nuevo déspota de su pátria, la República Argentina gemia bajo la accion de una de esas horrorosas tempestades que, encerradas en una personalidad, cuyas pasiones desequilibradas martirizan las sociedades, caen de tarde en tarde para purificar en el dolor mas acerbo las inspiraciones del civismo, acrisolando la virtud en el martirio. Rosas reinaba en Buenos Aires, y estendia su férrea voluntad por toda la República. Solo en la Provincia de Corrientes parecia haberse refugiado la virilidad del pueblo.

Tal vez Rosas, hombre inculto y despreciador de las ciencias, que no alcanzaba, hubiera aspirado en sus tenebrosas ilusiones á reducir la República al grado de barbárie en que estaba sumergido el Paraguay. La abundante cópia de luces, de que disfrutaba el paìs, y su posicion geográfica, le impedian, sin embargo, aceptar el plan de aislamiento ejecutado por el Doctor Francia, por ineficaz y por imposible. Su resorte de gobierno fué otro. Consistia en la superposicion de los elementos ineducados de las campañas sobre

el elemento culto de las ciudades, apoyada por el recurso comun y vulgar de los tiranos : el terror en todas sus fases; el terror de la sangre, el terror de la desconfianza, la delacion, la alevosia, la crueldad y el relajamiento de los vínculos y de los deberes morales.

Al humillar el elemento sano de la sociedad y descubrir ante el mundo la usurpacion, como ley de la soberanía que representaba, y el puñal como símbolo de su autoridad, Rosas tuvo que fingirse algun emblema, que como hipócrita careta, cubriese las monstruosas facciones de su ídolo. Esa careta la llamó él : nacionalismo.— En su nombre se oponía y levantaba las masas contra la conjuracion del mundo civilizado, que venia escoltando las falanges de la libertad á pedirle cuenta, en nombre del decoro de la humanidad y del testamento glorioso de la Revocion, de las demasias y atentados con que en cada minuto de su vida ultrajaba la justicia y el derecho. No se equivocó seguramente en la eleccion de su disfraz, y de tal manera es evidente que acertó á escoger un símbolo capaz de equilibrar el escándalo de sus crímenes, que el preclaro varon, que mas glorias militares dió á la República Argentina, el héroe que en su Dictadura del Perú alcanzó la talla de Washington y Cincinato, moria legándole la espada de Chacabuco en prenda de reconocimiento por sus es-

fuerzos en pró del individualismo argentino (1).

Con ese entusiasmo mentido, Rosas así como engañó al General San Martin, contribuyó á afianzar su despotismo, escitando las pasiones de las masas, y prestando cierto barniz á las criminales peroraciones de sus oradores y apologistas.

Antagonismo al Rio de la Plata, encarnado en Lopez. Hipócrita nacionalismo argentino, encarnado en Rosas. Ved ahí los dos principios en lucha entre los gobiernos del Paraguay y de la República Argentina desde 1840 hasta 1852 (2).

La República no habia reconocido la independencia de la Provincía del Paraguay declarada en 1811 y confirmada en 1813. El artículo 5º de la Convencion celebrada el 12 de Octubre de 1811 entre las Juntas Gubernativas de Buenos

(56) En la carta particular que el Oficial de la Legacion argentina en Paris le escribió á Rosas, trasmitiéndole noticia de la muerte del General San Martin, trascribia una claúsula de su testamento, cuyo cumplimiento le dejó encargado, la cual dice así: — « 3.º El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la inde- « pendencia de la América del Sud, le será entregado al General de la « República Argentina Don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de « la satisfaccion que como argentino he tenido al ver la firmeza y sa- « biduria con que ha sostenido el honor de la República contra las « injustas pretensiones de los estrangeros que trataban de humillar- « la. »(« Archivo Americano, » Nueva série, núm 22).

(57) Para evitar la multiplicacion de citas, advertiremos, que los documentos relativos á estos acontecimientos, se encuentran principalmente en la «Coleccion de tratados celebrados por la República Argentina con las naciones estrangeras,« (publicacion oficial --Buenos Aires, 1863), « Gaceta mercantil,» «Archivo americano,» -- « El Paraguayo independiente,» (publicacion periódica, reimpresa en 1859.--Asuncion, 2 volúmenes.)-- Puede consultarse tambien á M. de Moussy, «Description de la Confédération Argentine, tomes 1er et 3me M. du Graty, «La République du Paraguay;» Don José Maria Paz, « Memorias póstumas;» Don Bartolomé Mitre, « Historia de Belgrano;» D. Luis L. Dominguez, « Historia Argentina, » etc., etc.

Aires y el Paraguay no importa seguramente un reconocimiento de la independencia, implícitamente negado con las repetidas invitaciones que en los años 1813 y 1824 le hizo el Gobierno argentino, á fin de que concurriera á los Congresos constituyentes. El Doctor Francia cerrando el Paraguay y cortando toda relacion con el Rio de la Plata dió en el nudo el golpe de espada de Alejandro. Á su muerte reapareció la cuestion, interesando, desde luego los instintos de D. Cárlos Antonio Lopez, en cuyos intereses entraba conservar vivas las pasiones tan hábilmente esplotadas por su predecesor, para lo cual le era indispensable revivir los debates, que habian de traerlas nuevamente á la arena.

No eran preocupaciones dormidas ni ódios en potencia los que habian de robustecer el trono de su tiranía, sino peligros inmediatos y turbulencias esteriores palpitantes y vivas. — Convocó para conseguirlo el Congreso de 1842, el cual en 25 de Noviembre del mismo año ratificó la declaratoria de la independencia del Paraguay en Acta, que le fué comunicada á Rosas el 28 de Diciembre siguiente.

Así preocupó Lopez el ánimo de sus conciudadanos, y volvió á retemplar el vigor de la tiranía en la misma fuente de fortaleza en que se rejuvenecia la pasada dictadura.

Soberbia oportunidad se presentaba, por otra

parte, ante el tirano del Rio de la Plata para desplegar la bandera nacional mutilada, con que fascinaba las masas ignorantes y supo estraviar el severo y perspicaz criterio del General San Martin.

En 26 de Abril de 1843 contestó al gobierno consular del Paraguay, negando el reconocimiento, que de él se solicitaba. Su nota fué acompañada de un estravagante *Memorandum*, en el cual esponia las razones, que le decidian á adoptar la determinacion enunciada.

Dejando de mano la parte cómica de dicha esposicion, que no parece escrita sino para descubrir la ausencia de atencion formal, que él prestaba y sospechaba, que prestaria Lopez á tan grave asunto, su argumentacion podria reducirse á estos tres puntos principales : 1° Que siendo el Paraguay un pais mediterráneo, cuyas vias fluviales pueden cerrar á su capricho gobiernos limítrofes, que son dueños de sus grandes entradas, careceria de la suficiente libertad en el uso de su soberanía, toda vez que no es difícil hacerle una guerra comercial, que lo empobreceria en poco tiempo : 2°, que el Paraguay carecía de la capacidad política que se requiere para entretener relaciones complicadas con el Estrangero y se esponia á no desempeñar un papel airoso en sus negocios internacionales : 3°, que unido con los lazos de la federacion á la

República Argentina nada tendria que temer ni por su posicion geográfica en lo relativo á la soberanía de los rios y al desarrollo de su comercio, ni en cuanto á las asechanzas estrangeras, que por sí solo no era capaz de prevenir.

Los malvados se armonizan como los buenos, por una cadena invisible de simpatías.— Lopez suscitando esta cuestion, y Rosas, dándole el sesgo, que supo imprimirle, no sospechaban tal vez, que conspiraban á robustecerse mútuamente, y que se ayudaban en su obra respectiva de dominacion, prestándose el uno al otro ocasion propicia para pulsar uno de los resortes de despotismo, en que mas confiaban.

Otras dos notas fueron cambiadas en Agosto de 1843 y Mayo de 1844 sin que se adelantára un paso en la cuestion, en tanto que Lopez absorvió en sí solo el gobierno compartido hasta entónces con su cólega en el Consulado, Don Mariano Roque Alonso, Yegros del nuevo Fráncia. El nuevo Presidente del Paraguay, á imitacion del Dictador, habia suscitado el prestigio que reputó indispensable para sus propósitos, sin abrir de lleno el libro inícuo, en que habia escrito su código de muerte; pero una vez dueño de las riendas con que iba á conducir al pueblo ya enfrenado hacia treinta años, echó mano de todos sus recursos y singularmente del que habia puesto en movimiento con la ratificacion de 1842.

Fráncia adoptó su antagonismo contra el Rio de la Plata, y lo conservó, aislando el Paraguay; pero Lopez, con menos fuerza personal que aquel para dominar por su propio ascendiente, tuvo que interesar directamente el honor de los paraguayos para conservar ese antagonismo, que era su elemento de vida.—Pretendia sin duda, por otra parte, dar mayor vuelo á esa pasion y constituir al Paraguay en un poder equilibrador, que respetado por sus limítrofes, pudiera asegurar la conservacion de su estravagante combinacion social y arraigára la tiranía en vicios inherentes al pueblo tiranizado.—Para obtener este doble resultado y pretestando prevenirse contra las asechanzas de Rosas, que para él no era representante del crímen, sino simplemente heredero de las tradiciones políticas del Plata en lo relativo á los pueblos, que formaban el antiguo virreinato, puso todo el pais en tren de guerra, llamando los ciudadanos á las ármas, é inició de esta manera la política complementaria de la del Doctor Fráncia, que ha obtenido su apogeo, digámoslo así, bajo el despotismo de su hijo, y ha colocado en su época de crísis así la vida de la tiranía como la suerte del pais.

Mientras que con este paso desenvolvia Don Cárlos A. Lopez el plan hereditario del gobierno paraguayo, la heróica provincia de Corrientes en guerra abierta contra Rosas se conservaba de

pié como el último soldado de la libertad argentina. — Habia en aquel heroismo algo de la nerviosa desesperacion de la justicia casi vencida, que ensaya un esfuerzo supremo en el cual cifra con su última ilusion la sentencia de toda su vida. Rosas como medida de hostilidad contra el gobierno del Señor Madariaga, cerró la navegacion del Paraná. Reclamando el Paraguay contra esa disposicion. que le perjudicaba considerablemente, Rosas le dió esplicaciones, que sin duda calculó para renovar la polémica, puesto que entre otras escusas, presentaba al gobierno de Lopez la de favorecer en las Aduanas los géneros de comercio del Paraguay, (1), por cuan-

(1) En comprobacion de dicha ventaja, Rosas adjuntó al Gobierno del Paraguay la siguiente:

PLANILLA.

¡ Viva la Confederacion Argentina!
¡ Mueran los salvajes unitarios!

	Derechos que adeudan.	Diferencia en favor del Paraguay.
Yerba del Brasil	28 0/0	—
Tabaco de id.	39 «	—
Idem de la Habana	id «	—
Cigarros de id.	id «	—
Id de Hamburgo	id «	—
Tabaco de Norte-America	id «	—
Idem del Paraguay	10 0/0	29 0/0
Cigarros de id	20 «	19 »
Yerba de id	10 «	18 »
Miel de id	libre	28 «
Miel de la Habana	28 0/0	—
Miel del Brasil	id «	—
Mandioca de id	28 «	28 «
Id. del Paraguay	libre	—
Maderas de id	id	—
Id del Brasil	5 0/0	5 0/0
Id de Norte-América	5 «	5 «
Dulce del Brasil	28	28 «
Id del Paraguay	libre	—

Buenos Aires, Octubre 3 de 1844

« Pedro Bernal »

to no reconociendo su independencia, no podia colocarlo al nivel de los demas estranjeros.

Corrientes, por su parte, en represália de la medida aflictiva para su comercio, que acababa de adoptar Rosas, declaró en Octubre de 1844 buena presa toda mercancia que cruzára los rios, de propiedad de un porteño ó de cualquier otro natural de las Provincias sujetas á la tiranía.— En cumplimiento de esa disposicion fueron detenidos algunos buques, que navegaban con bandera paraguaya, y un gefe de dicha nacion, de nombre Villa-Mayor, llegó á atacar á mano armada las fuerzas fluviales de Corrientes á las órdenes de Don José Joaquin Baltar.

En el mismo mes, Lopez reprodujo las disposiciones de Rosas y cerró los puertos del Paraguay al comercio de Corrientes, hasta que restablecieron sus relaciones en la Convencion del 2 de Diciembre.

A consecuencia de las garantias, que obtuvo para su bandera de parte de los correntinos, se dirijió nuevamente á Rosas, pidiéndole que le franqueára los rios, toda vez que el pabellon paraguayo haría sagrada la mercancia de los beligerantes. Rosas por toda respuesta cerró absolutamente la navegacion del Paraná, tanto para el Paraguay como para Corrientes (Enero 8 de 1845), y Oribe la del Uruguay al Norte del Salto Grande (Enero 17 de 1845), y no satisfecho aún de

la eficácia de estas prohibiciones, publicó el 16 de Abril del própio año un decreto cuyo primer artículo decia testualmente: « Queda probibida hasta nueva resolucion la introduccion de efectos y artículos del Paraguay por cualquier via que vengan. »

Estas hostilidades de Rosas precipitaban mas el furor del Presidente del Paraguay. — En Marzo de 1845, le dirigió aquel una nota en que se negaba á todo avenimiento con él por cuanto bastaba para inspirarle esta decision el hecho de haber celebrado una convencion « con los salvajes unitarios asilados en Corrientes. »

Lopez respondió á ella con un ultimatum (28 de Julio), y llamó al pueblo á las armas (26 de Agosto), declarando, por último, la guerra en un Manifiesto de fecha 4 de Diciembre de 1845. Este Manifiesto era simplemente un proceso de las asechanzas de los gobiernos argentinos, y una ostentosa declaracion de la inocencia y nobleza de proceder de la administracion paraguaya en sus relaciones con el tirano, de cuyo despotismo se escandaliza.

En aquellos momentos la revolucion de Corrientes cuyas fuerzas mandaba el bravo general Don José Maria Paz, no creyó peligroso ponerse de acuerdo con el Paraguay, y los soldados de Lopez, bajo las órdenes de su hijo Don Francisco Solano, pasaron al territorio de Corrientes.

Basta para nuestro objeto fijar las grandes líneas de estos acontecimientos; así que no nos detendremos en la fácil tarea de enumerarlos detalladamente. La anarquía, que se introdujo entre los gefes argentinos liberales, la impericia de los soldados y del gefe paraguayos, y las vacilaciones del general Urquiza, enviado á sofocar la revolucion, se combinaron para hacer que esta sufriera un descalabro, y los paraguayos volvieran á su pais sin haber combatido. — En Mayo de 1846 se deshizo la liga del Paraguay con Corrientes.

Las relaciones con Rosas y con aquella Provincia sufrieron frecuentes alternativas, entre las cuales descuella la mediacion de los Estados-Unidos, que Rosas convirtió en una farsa, como solia él transformar los mas vitales intereses dèl pais.

En Setiembre de este año, el Paraguay licenció las cuatro quintas partes de su ejército, y restableció sus relaciones comerciales con Buenos Aires.

La batalla del Rincon de Vences en 1848 puso á Corrientes bajo el predominio de Rosas, y entónces continuaron las hostilidades parciales contra el Paraguay, reanudadas el año anterior con la invasion de Don Benjamin Virasoro, en prevencion de la cual el gobierno paraguayo anuló el decreto de desarme, de que he-

mos hecho mencion, un mes despues de haberlo dictado (Setiembre — Octubre de 1846).

Lopez ocupó militarmente en 1849 el territorio de las Misiones jesuíticas á la derecha del Paraná; y en Octubre del mismo año propuso á Rosas celebrar un tratado bajo la base de la Convencion de 1811.

Nada de esto podia complacer al tirano, que hacia un médio de aquellas cuestiones: así es que en Marzo de 1850 hacia votar á la Sala de Representantes una ley autorizándole « para dis-« poner sin limitacion alguna de todos los fon-« dos y recursos de todo género de la Provincia, « hasta tanto que haga efectiva la reincorpora-« cion de la Provincia del Paraguay á la Confe-« deracion Aagentina. »

Cuando el General Urquiza se pronunció en 1851 contra Rosas, invitó á Lopez á tomar parte en la cruzada, á lo cual se negó en una nota brutal, en que solo intervenia el ódio sistemático hácia la felicidad de la República. Instado mas tarde por los aliados, despues de la Convencion del 29 de Mayo, respondió que adheriria á condicion de que la independencia del Paraguay fuera reconocida inmediatamente despues de derrocada la tirania, pretension á que los Aliados creyeron no deber suscribir.

Apenas la batalla de Caseros puso al pueblo argentino en camino de emprender su organi-

zacion definitiva y entablar relaciones cordiales con sus vecinos, un enviado del Director Provisorio de las Provincias reunidas en Confedera cion, el Doctor Don Santiago Derqui, reconoció la independencia del Paraguay en 17 de Julio de 1852, y firmó un tratado de amistad y comercio, que fué desechado por el Congreso y sustituido, despues de algunas cuestiones diplomáticas, por el que celebró en 1856 el General Don Tomás Guido. La Provincia de Buenos Aires, separada de la Confederacion despues de la fecunda revolucion de Setiembre, reconoció igualmente la independencia del Paraguay y sancionó la libre navegacion de los rios por médio de una ley dictada el 18 de Octubre de 1852 (1).

Tales son reducidas á un breve resúmen las relaciones del Paraguay con el Rio de la Plata en el largo periodo de la dominacion de Don Cárlos Antonio Lopez. — En ellas no resplandece la chispa mas ligera de esa política leal y noble, que concilia para los pueblos y los gobiernos las simpatías de las sociedades cultas. Se desprende con plena evidencia histórica de parte de Lopez como de parte de Rosas, el fanatismo de un sistema y el delirio de un error.

(1) Diario de Sesiones de la Sala de Representantes de Buenos Aires 1852—50ª Sesion ordinaria.

¿Por qué no reconocer la independencia del Paraguay, en efecto? Si esa independencia es un absurdo, desaparecerá por sí sola: pero, entretanto, un hecho político de medio siglo de edad, reconocido por todo el muudo (1), y que no afectaba inmediatamente la prosperidad del pais ni su organizacion ni comercio, valia la pena de ser acatado, á lo menos esperando, que el Paraguay aprendiera en su soledad y en la afliccion de su destino, que sus intereses están vinculados á la civilizacion y al progreso del Rio de la Plata. Rosas no reflexionaba seguramente así, y comprometia cruelmente la República en una guerra, que pudo multiplicar los azotes, que su mano descargaba sobre la patria. Con el martirio de la tirania y el sacrificio de la guerra, la desolacion habria venido á sentarse en las riberas del Plata, como en otro tiempo sobre las colinas de Jerusalem. Rosas con todo el furor de la fiera y Lopez con toda la pasion del bárbaro, habrian pasado sobre la República como

(1) El Estado Oriental reconoció la independencia del Paraguay el 14 de Junio de 1845: el Brasil, el 14 de Setiembre de 1844: igualmente lo habia sido por los Estados-Unidos y otras naciones. El reconocimiento de parte del Emperador de Austria dió márgen á las reclamaciones de Rosas de 13 de Enero de 1848 y 21 de Octubre de 1849, en las cuales le enrrostra la inconsecuencia de su proceder á este respecto con la politica que sostenia sangrientamente en Europa, con motivo de la revolucion de Hungria, para evitar «la disolucion de sus Estados por segregacion de sus miembros constitutivos.» («Archivo americano.» Nueva série. No. 26.

las hordas del sangriento Atila sobre las mústias campañas latinas.

Por providencial felicidad de la Nacion, el ejército de Lopez se reconoció impotente. De lo contrario, la conflagracion no se habria hecho esperar veinte años; porque importa tener en cuenta esta verdad: que Lopez no trabajaba ingénuamente por la independencia del Paraguy, sino que en su corazon hervía el ódio irreconciliable hácia el pueblo argentino, por cuya ruina habria dado él su vida, si cupiera la abnegacion en el alma estrecha de los tiranos.

Lejos estuvo de su pensamiento favorecer la libertad argentina al aliarse con Corrientes, como con extraordinaria impremeditacion afirmaba no hace mucho un escrito nacional (1) Por el contrario, en vez de prestar ausilio á aquellos bravos patriotas, solo pretendió esplotar su coraje y el error en que alevemente los indujo, no para combatir contra Rosas, sino para tremolar triunfante por la patria de Belgrano el sudario sangriento de Gaspar Francia (2). Así le vemos

(1) «Reflexiones sobre los destinos del Paraguay,» por Don José Tomás Guido («Revista de Buenos Aires, t. II, N° .5)

(2) «En aquella época Corrientes hacia la vanguardia del Paraguay, «y era seguro, que si el ejército correntino fuera batido, reuniria allí «el Gobernador de Buenos Aires nuevas fuerzas para invadir el Para- «guay. Con esta prevision la República se puso en alianza con Corrien- «tes, y declaró guerra al Gobernador de Buenos Aires en 4 de Di- «ciembre de 1845.» («Mensage de Don Cárlos Antonio Lopez al Con- «greso de 1849.»)

responder al General Urquiza, cuando le invita á combatir por la libertad argentina: Qué me importa! Todos los gobiernos del Plata son iguales para mí (1)! En esta frase está formulada su política, y mucho y muy gravemente se equivocan los que creen encontrar en las alianzas de 1845 otra cosa, sino la esplotacion de Corrientes contra la República, ya que no la pretension de anexar aquella provincia limítrofe á su pais, postrado hasta donde jamás alcanzó el nuestro en los dias en que mas pesadamente lo oprimia el yugo del despotismo. Lopez veía la República vencida por los amaños del caudillage, estraviada en el vértigo ó en el cansancio, entre los torbellinos de la anarquía ó bajo la barbárie de los tiranos, pero no se le ocultaban las febriles palpitaciones de un pueblo robusto caido en la arena, pero vigoroso como el atleta, capaz de reponerse por la energía propia de su temperamento y de restaurar el reinado de la libertad.

Tal era la diferencia entre un pueblo en el cual la tiranía no pudo sofocar las luces ni estinguir la vida, que tenía en sí mismo, y el Paraguay en que los tiranos arrancaron de raiz las escasas flores de civilizacion, que vivian bajo su

(1) Véase la nota dirigida por Lopez al General Urquiza en 4 de Junio de 1851. («Paraguayo independiente,» t. II, N° 102.)

cielo. — Lopez lo comprendia, y su ódio no se apagaba. Lopez adivinaba el porvenir, que la República podia labrarse, con solo buscar dentro de sí misma las inspiraciones, adulteradas momentáneamente, pero intactas en su facultad germinativa, que la habian llevado al dintel de la verdad política, de donde la arrebató el terremoto del suelo, las convulsiones histéricas del caudillage y de la anarquía. — Veía que la barbárie no se fortalecia en la sociedad: que era tarde para introducirla, y que, por consecuencia, ningun vínculo de simpatía podia estrecharla con el Paraguay, mientras éste no despejára las tinieblas, que le rodean; y su antagonismo estallaba como la imprecacion del blasfemo, y suspiraba por lanzar el esterminio sobre nuestras campañas y sobre nuestras ciudades, ó borrar las fronteras de Corrientes para inocularle el virus, que corrompe las venas de su pueblo. De ahí sus luchas con Rosas: de ahí sus alianzas con los liberales argentinos. Era el alma de Francia trasmigrada á la sociedad política de su patria: sus mismas preocupaciones, su mismo sistema, su misma barbárie, alimentándose recíprocamente, completándose las unas por las otras, y llevando el pensamiento público narcotizado al rededor de la misma espiral, estraviándolo en el mismo laberinto de retroceso, de terror y de pereza en el alma y en el cuerpo.

Pero si en estas cuestiones ha podido deslumbrar á los que las han examinado sin suficiente precaucion, no así en las otras, que constituyen la base de nuestros intereses, relativamente al Paraguay—queremos decir, las cuestiones de límites y de navegacion, en que la hostilidad no ha podido embozarse.—

Al pretender el Paraguay estender sus límites territoriales hasta el Aguapey, abrazando el antiguo departamento de la Candelaria, no ha alegado, no puede alegar título alguno positivo y formal en que apoyar su derecho sobre tan estensa porcion del territorio argentino.

No presenta, efectivamente, otros argumentos, sinó la historia pasada de los cambios de jurisdiccion de los pueblos de Misiones, obra en su mayor parte de la política de los jesuitas, y que ningun fundamento sério pueden proporcionar á los propósitos del Paraguay.

La sentencia de los árbitros nombrados en 1727 entre los Obispos Palos y Fajardo para dirimir la competencia jurisdiccional, que los dividia, respecto del Departamento de la Candelaria, nada significa, como ninguna de las otras razones espuestas por el Gobierno de aquella República, y diremos brevemente por qué.—Es verdad, que dicha sentencia adjudicó al Obispo del Paraguay el espresado territorio, pero esa sentencia se limitaba esplícitamente á señalar la

jurisdiccion eclesiástica, y tanto mas evidente será esto, si se observa, que coincidía con las medidas provocadas durante la revolucion de los Comuneros por los Padres de la Compañía de Jesus (1), que querian librar á sus pueblos de la influencia de los revolucionarios en lo civil, dejándolos bajo la direccion espiritual de Fray José de Palos, apasionado suyo.

La primitiva division jurisdiccional de las Reducciones del Paraguay fué anulada en 1726 por la influencia de los jesuitas. Hemos visto en el lugar citado, que el Gobernador Zavala *motu propio* alteró esta organizacion, á pedido de Don Martin de Barúa, y que entónces el Rey por cédula de 5 de Setiembre de 1733 ratificó la disposicion de Zavala, limitándola á los cuatro pueblos allí mencionados.—Posteriormente, la Provincia de Misiones fué erigida en gobierno independiente, organizacion, que se conservó hasta 1810, porque la Real Órden que pocos años antes reunió en Don Bernardo de Velazco la jurisdiccion del Paraguay y la de Misiones, no destruyó aquella, como seria fácil comprender de su contexto (2).

Dos palabras producirán la evidencia. La Junta de fortificaciones y defensa de Indias hizo

(1) Véase el Ensayo anterior, Cap. III.
(2) M. S. Documento auténtico del Archivo General de Buenos Aires.

presente al Rey en 11 de Julio de 1801, que tanto por el arrrglo administrativo de ambas Provincias, entorpecido por la resistencia de Don Lázaro de Rivera á abolir el régimen de comunidad, segun estaba dispuesto por Cédula de fecha anterior, como para plantear el nuevo plan militar, absolutamente reclamado y que habia combinado yá la Junta, difícil tambien de ejecutar, conservándose en su puesto el Señor Rivera, tanto porque lo repugnaba cuanto por « su corta graduacion, la cual solo es de Tenien- « te con grado de Capitan y como el plan cita- « do debe abrazar necesariamente la defensa de « las Misiones guaranís, que están inmediatas, « espone á V. M. la Junta, que el Coronel Don « Bernardo de Velazco, Gobernador de estas Mi- « siones y sugeto que posee ventajosamente la « honradez y talentos, que se necesitan, *reuna* « *en sí por ahora* los dos gobiernos del Paraguay « y Misiones. » El Rey acordó lo que la Junta le aconsejaba. He ahí todo el alcance de esa disposicion puramente accidental, y casi podria decirse, personal, que, por consecuencia, no es un título mas válido, que el anterior.

El argumento que prueba mucho no prueba nada; y si éste se hace valer, debia el Gobierno del Paraguay esforzarlo un poco y pretender jurisdiccion tradicional sobre todos los treinta pueblos de las Misiones jesuíticas, á riesgo de que

el Gobierno argentino le argumentára con paradojas análogas y digera : no es exacto, que la administracion de Misiones fuera incorporada á la del Paraguay, sino mas bien la del Paraguay á la de Misiones. Á la cabeza de ésta se encontraba el Señor Velazco, cuando se depuso al Señor Rivera para encargarle de la del Paraguay con el objeto de someterlo á un plan militar, que debia llevar á cabo el Gobernador de Misiones. Por consiguiente, si el Paraguay pretende que los pueblos de Misiones debian seguir su suerte, nos es lícito sostener, que el Paraguay debió seguir la de éstos, y como quiera, que ellos fueron representados en nuestros Congresos y formaron parte de la República despues de la Revolucion, el Paraguay es parte integrante del territorio argentino.

Estos paralogismos nada significan ni nada prueban, ni es leal echar mano de recursos tan pobres en cuestiones que afectan intereses gravísimos. La Provincia de Misiones, siquiera su gobierno estuviera accidentalmente reunido con el del Paraguay en la persona de Don Bernardo de Velazco, no por eso dejaba de ser independiente, como fraccion del virreinato del Rio del Plata. La República Argentina, no es otra cosa, sino ese virreinato declarado independiente. Por consiguiente le pertenecen todas las Provincias, que esplícitamente no se hayan separado de su

grémio; y no es necesario indicar, que la de Misiones, representada por los Señores Malaver y Pinto en el Congraso de 1827, no se halla en el caso de Tarija, el Paraguay y el Estado Oriental.

De manera, que siendo el Paraguay una entidad distinta de la de Misiones, al declararse independiente lo hizo solo en los límites de su jurisdiccion. Esos límites estaban en el Rio Tebicuarí. Allí acaba el Paraguay propiamente dicho.

Solo una política felona y desleal ha podido inspirar á los tiranos paraguayos el plan de comprometer en su independencia, territorios desiertos, esperando para efectuarlo á que el azote de la guerra civil trajera el silencio de la muerte sobre los pueblos guaranís, que tantos dias de gloria nos han dado, y que nos bendijeron mientras no ahogó la palabra en su garganta el prestigio impetuoso de Andresito y el sable de Rivera.

El tratado de 1852 reconoció por línea divisoria el Rio Paraná, adjudicándole al Paraguay la isla de Yaciretá y á la República la de Apipé, y concedió al primero plena soberanía sobre el Paraguay hasta su confluencia con el Paraná, sancionando de esta manera sus pretensiones sobre una vasta porcion del Chaco, sancion de la cual reclamó el gobierno de Bolivia.—El Congreso de

la Confederacion rechazó este tratado. El artículo XXIV del de 1856 aplazó el arreglo de límites, declarando no obstante la soberanía perpétua del Paraguay sobre la isla de Yaciretá en el Paraná.

Todas estas dificultades son insolubles, mientras la buena fé no presida las cuestiones internacionales; y solo su ausencia ha podido promoverlas. Si los gobiernos, que se han sucedido en el Paraguay, en vez de desplegar tanto ódio y tan récia hostilidad hácia la República, hubieran aceptado el decoro y la fraternidad de pueblos ligados por vínculos estrechos en el pasado, como base de su política, no se levantaria hoy esta cuestion amenazadora como la sombra de Banco, ni se habrian complacido en usurpaciones insensatas, que no hacen sino promover antipatías entre sociedades, que deben amarse.

Pero los tiranos, y principalmente los del Paraguay, no piensan de esta manera. Para conservar vivo el antagonismo han querido hacerlo comun; para que el ódio no muera han querido hacerlo recíproco; y á fin de obtener este doble resultado, que alejaba la amenaza de su cabeza, no han retrocedido ante violacion ninguna de la buena fé de las Naciones. Con hipócrita liberalismo clamaban por la navegacion de los rios, franca para toda bandera. Rosas, perseverante en su caprichoso sistema y en su hostilidad á los

pueblos del litoral, con cuya postracion aniquilaba toda la República, reservándose en Buenos Aires la fuente de recursos, que necesitaba para dominarla, y haciendo pagar á esta Provincia el efímero y precario desarrollo que promovia en ella para esplotarlo en provecho de su tiranía, rechazó todo obertura á este respecto, é hizo agotar las fuerzas del paralogismo á sus escritores para refutar y desacreditar aquel pensamiento.

La caida del tirano puso á una sociedad, que habia conservado sus fuerzas propias, en estado de iniciar todas las grandes reformas, cuyos frutos está recogiendo el pais. El tratado de 1852 declaró el principio de la libre navegacion de los rios, y la Provincia de Buenos Aires, por su parte, la sancionó el mismo dia en que reconoció la independencia del Paraguay (1).

A esa sancion, noblemente inspirada, de los gobiernos argentinos, é indispensable en nuestras aspiraciones altas y progresistas, debe el actual gobierno del Paraguay la prosperidad y el aumento de riqueza, de que disfruta; y si el pueblo paraguayo nada ha adelantado, si las masas viven condenadas á la inaccion y sin esperar la abundancia, si el comercio se arrastra y la pobre-

(1) Diario de Sesiones de la Sala de R R. de Buenos Aires, 1852, 50ª sesion ordinaria.

za es la herencia comun, yá no podrán sus tiranos atribuir aquellos males á la hostilidad de los argentinos. Por el contrario, los ciudadanos capaces de comprender por sí observarán esta verdad, que no puede escapar á la innata perspicacia de su raza : que los tiranos y solo los tiranos son culpables de los males, que ántes se complacian en atribuir á la República Argentina.

Entretanto, ellos han cerrado el Alto Paraguay arrojando su llave al abismo en que sepulron la libertad de su pueblo, y con increible perjuicio de los ribereños, persisten con estúpida tenacidad en el mismo absurdo, que enrrostraban á Rosas, demostrando así con plena evidencia la ninguna sinceridad y el mentido, el hipócrita liberalismo, con que procedian al reclamar lo que ellos continúan negando. El Paraguay solo reclamó la libre navegacion de los rios inspirado por un pérfido egoismo.

Por manera que en esta cuestion internacional, como en la cuestíon de límites, como en la cuestion de la independencia, nada hay noble, nada elevado, en la política sistemáticamente bárbara y sustancialmente rastrera y desleal de los gobiernos paraguayos.

Nada han innovado, nada reformado, nada mejorado de lo que constituye el testamento del Dictador. Lo han estereotipado en su cabeza y

están retemplándose siempre en su meditacion y reagravando la decadencia del pueblo, corrompiendo cada vez mas la politica, que lo enerva, y se trasmite de padres á hijos como la iniciacion genesiaca del mal moral.— El águila amontona con sus garras las esperanzas del pueblo y las esparce como el viento. Pero la corrupcion tiene su limite y las desventuras sociales plazos, que no se rompen, sin el esterminio de una raza. La redencion brota del fondo mismo de los vicios, por una reaccion tardia pero infalible que despierta al hombre cuando respira en el absurdo, lo reconcentra en sì mismo, mide el espacio á que lo sujetan, lo encuentra estrecho, y se levanta á buscar nuevas revelaciones, ancho campo para su pensamiento impetuoso, para su voluntad soberana. Ese dia ruedan los despotismos y nacen los pueblos libres. Ese dia se acerca para el Paraguay.

V.

La tirania de Don Francisco Solano Lopez, actual Presidente del Paraguay nada tiene de original. La recibió de manos de su padre, modificada yá sobre la de Francia, y no ha sabido dominarla. Al revés, se ha dejado arrastrar por la fuerza y la corriente del sistema y ha llegado al borde de la tumba.

Don Cárlos Antonio Lopez preparó con previsora anticipacion el camino de su hijo, al cual le vemos preconizar hace cerca de veinte años como la esperanza y la futura salvacion del órden y de la política en el Paraguay (1). Así le preparaba el camino y familiarizaba al pueblo

(1) « Ese jóven (D. F. S. Lopez) á juicio de personas muy capaces de « formar opinion, corresponderá á las esperanzas de su padre y de « su patria. . . . . Ha mostrado que tiene las calidades análogas y « conformes á las necesidades de su nacion. »
(« Paraguayo independiente, » t. II, N° 77 -- 18 de Mayo de 1848.

con la idea de ser regido por el jóven general de 1845, elevado á los primeros honores desde su mas tierna edad.

Educado en la escuela del despotismo, yá con un fondo de perversidad política adquirido y arraigado con el consejo y el ejemplo, Don Francisco Solano Lopez fué enviado á Europa, donde no aprendió, sino á temer la revolucion, como observaba hace poco un compilador chileno. La vuelta de Don Francisco Solano al Paraguay coincide con los últimos actos de terror, con que cerró Lopez su dictatura, despues de largos años de una aparente calma.

El tirano se acercaba á su fin. Viejo y achacoso sentia que la vida se le escapaba, pero no quiso salir de este mundo sin terminar la obra execrable á que consagró toda su existencia. Francia menos afortunado, si el crímen y la fortuna no son contradictorios, habia muerto sin dejar sucesor, que conservára la tirania. Lopez la aseguró con dos cadenas. Fué la primera la Constitucion, de que nos hemos ocupado mas arriba: Constitucion dictatorial, que haría de Washington un déspota. Fué la segunda el fraudulento principio hereditario, que mañosamente introdujo en la práctica, colocando al morir la estrella de oro, emblema del Poder en el Paraguay, en el cuello de su hijo, esperanza de la dictatura y nueva encarnacion del

mal. — En 1856, hizo votar por el Congreso (3 de Noviembre) una ley, que derogaba la disposicion constitucional, que señala al Juez Superior de Apelaciones suplente del Supremo Magistrado en caso de ausencia, enfermedad ó muerte hasta tanto, que se proveyera la Presidencia (1), y que le concedia el derecho de nombrar su sucesor interino. El 15 de Agosto de 1862, Lopez depositó un pliego cerrado en el Ministerio de Gobierno, abierto el cual el 10 de Setiembre, en que falleció, supo el pueblo, que Don Francisco Solano Lopez heredaba el señorio, y lo supo sofocando su sorpresa ; porque Varela y Maiz están purgando todavia el crímen de haber protestado contra un hecho, que restablecia, contra el testo espresa de leyes dictadas por los tiranos mismos, como patrimonio de una familia el gobierno de un pueblo, que invoca la República al frente de los oprobiosos documencon que se ahoga la libertad y se la arranca de cuajo del suelo del Paraguay.

Lopez entró á la tirania con todo el vigor del atleta que no ha participado de la lucha, y conserva enteras sus fuerzas. Todas las aplicó á arrastrar por sendas ensangrentadas el pueblo paraguayo hasta los escalones de su trono, para

(1) Constitucion, Tit. IV, art 5°.

esponerse á la adoracion de la muchedumbre ciega y esclava.

La tiranía del Paraguay se reasume en estas tres figuras: Francia creador, Lopez, el padre, coservador, Lopez, el hijo, destructor de la obra de despotismo, cuya esperanza saludaba en él el fundador de la dinastía. Don Francisco Solano Lopez tiene todas las malas pasiones de su padre y ninguna de sus buenas cualidades.— La raza de los tiranos ha degenerado de grado en grado en el Paraguay.—El déspota actual acepto su sombria investidura con todos sus resortes; pero si se ha de llevar á cabo una empresa árdua y trascendental, se requiere tener la fuerza personal suficiente para dominar todos los médios de ejecucion. La suspicacia como norma política, y el antagonismo argentino, como nervio de pasion generadora para la tirania, fueron el elemento vital de los dos gobiernos anteriores; pero Francia y Don Cárlos Antonio Lopez dominaron sus recursos y no se dejaron llevar por los ódios, que suscitaban. Sabian medir el vuelo, que podian concederles sin riesgo, y restringir oportunamente su peligrosa vehemencia. Aquellos tiranos eran como la araña; producían con su propia energía la tela en que prendian el alimento de su despotismo, pero la manejaban libremente, la recojian á tiempo, la usaban á su capricho y campeaban como

en su propio elemento en la atmosfera artificial, que narcotizaba al pueblo. — El hijo de Lopez parece un insecto de otra especie que, queriendo hacer uso de la tela, hubiera sido la primera víctima de su inesperiencia y de su incapacidad. Se ha envuelto, efectivamente, en las redes de un sistema mal comprendido y mal ejecutado, y á causa de su providencial ceguedad, le ha dado mayor desarrollo que el que sus maestros concibieron, conduciéndolo á un apogeo, donde no le queda recurso, sino rodar á la muerte.

El Paraguay blasfemaba contra la civilizacion y se aislaba; blasfemaba contra el Rio de la Plata, y rompia con su alianza ó mantenia el ódio por médio de hostilidades, que reprimia ántes que adquirieran proporciones críticas: estaba armándose hace veinte años, mas no para lanzarse fuera de sus fronteras, sino para hacerse temible y resguardarse tras de los muros de Humaitá. Sus hábiles tiranos comprendian que ese sistema se disolveria al contacto del aire esterior, y comprendian igualmente, que sus recelos y sus ódios, convertidos en bandera de guerra y traducidos en cañonazos, provocarian la venganza de los pueblos, y traerían la ruina sobre el despotismo, que los alimentaba.

Don Francisco Solano Lopez ha incurrido en la imprevision de una lógica, que la mentira

no comporta. Leyó en el catecismo de Francia el credo de la tirania y se propuso darle espansion. Su espíritu vulgar é inculto no concibe, que el error no admite ampliaciones, y que toda su esperanza reside en la pequeñez de los horizontes que abarca. Por esta razon se propuso ejercer una influencia imperiosa y arrogante sobre la política internacional de los pueblos vecinos, y se atribuyó el ministerio de conservar el equilibrio del Rio de la Plata.

El absurdo de semejante doctrina es palpitante. La barbárie no puede intervenir como poder moderador en las relaciones de pueblos civilizados; porque no existen entre éllos afinidades generales, capaces de crear como núcleo de una accion política constante y variada, un interés comun y definido. Todas las naciones del Plata, por otra parte, tienen entre sí graves dificultades que salvar, y cuando la esperanza de convenios equitativos reposa sobre la lealtad de los procedimientos, seria un delirio establecer y aceptar el contrapeso de la fuerza, como norma permanente. Esa cópia ridícula, mas bien parodia que imitacion, del equilibrio europeo, sistema concebible en paises, cuyos límites se marcan con hierro, y donde intereses tradicionales, hacen de cada grupo de Naciones una entidad temible, — no seria en el Rio de la Plata, sino el perpétuo tropiezo de las aspira-

ciones lejítimas de nuestras sociedades, rejidas por la opinion y limpias de ráncias preocupaciones. Nuestras democracias incipientes no pueden ser poderes militares.

¿Qué significa entónces el equilibrio del Rio de la Plata? ¿Se oculta bajo ese nombre una antipatia de colonos ó la rivalidad del guaraní contra el tupí? Absurdo tambien; porque en el Rio de la Plata los pueblos conocen, que el Brasil no es para ellos un enemigo temible, sabiendo como saben, que la sociedad brasilera atraviesa una época de profundo trabajo interior, y que la opinion pública domina los gabinetes, que marchan por rumbos propios, sin apegarse servilmente como el Czar de Rusia al testamento usurpador de ningun Monarca.

« El equilibrio del Rio de la Plata, » es simplemente una fórmula del pensamiento paraguayo. Carece de toda significacion séria y solo espresa la voluntad de dar espansion á los estravios primarios, que engendran y conservan el despotismo, y solo su proclamacion importa un peligro para las naciones vecinas, que verian atravesarse el poder bárbaro del Paraguay en medio de todas sus transaciones, en nombre del equilibrio y de su sacerdocio consagrado en la violencia.

Invocando este principio, absurdo en sí é injusto, porque no se fundaba en convenciones

especiales de los pueblos, á los cuales se referia, únicos árbitros competentes para dar forma á doctrina de tan grave trascendencia, el Paraguay con procederes irregulares y felones, le declaró guerra al Brasil con motivo de las últimas turbulencias de la República Oriental, sobre las cuales queremos reservar nuestro juicio íntimo y personal.

El equilibrio del Rio de la Plata se convirtió en razon de guerra, y el Paraguay salió encadenado del calabozo á buscar aventuras en los pueblos estrangeros. El símbolo de Fráncia insensatamente desenvuelto llegó á su apogeo. Odiamos la civilizacion? se dijo Lopez: vamos entónces á destruirla. ¿Odiamos al Rio de la Plata? intervengamos entónces en su política. Y ved ahí la barbarie con la espada ceñida: las antipatias, el antagonismo inveterado, contenido en límites perversamente calculados y esplotado sin interrupcion durante cincuenta años, que se hace legion y se precipita hambriento y arrasador, arrogante y enfurecido en la ancha arena del combate. Ya la tirania del Paraguay no satisfecha con la corrupcion de un pueblo, fatigada de martirizar una sociedad, busca regiones mas ámplias y lucha por estender su influencia: quiere humillar á los pueblos cultos, que detesta dos veces: que detesta por cálculo y detesta por pasion, para regir su marcha con la ley de su barbárie: quiere

que el pensamiento retrógrado que la alimenta impere soberano sobre la cumbre de las naciones civilizadas que la rodean: su orgullo solicita estúpidas satisfacciones en el espectáculo de los pueblos cultos yendo á pedir de rodillas la paz y la justicia de manos de los salvages, que despedazan la tabla, en que el nuevo Moisés ha escrito los preceptos de la revelacion politica, en que cifran su esperanza todos los hombres libres.

El reto no podia ser mas terminante, ni el peligro mas amenazador. Por eso el pueblo argentino acompañaba con su simpatia y sus votos mas vehementes la accion del Imperio, que debia desencajar el trono del Paraguay y barrer de la faz de Sud-América el último patibulo de pueblos, que afea su fisonomia social. El pueblo argentino no se equivocaba. El peligro de la actitud del Paraguay en el terrible complemento que recibian las doctrinas de su barbarie, recaia directamente sobre la República, blanco preferente de sus animosidades.

Y de tal género era ese peligro, que por sí solo bastaria para haber justificado la guerra contra el Paraguay aún provocada por nuestra parte. La circunstancia en que insistiremos á riesgo de caer en el fastidio, de apoyarse la tirania en el antagonismo del Plata: la circunstancia de mediar con ese pais las graves cuestiones de límites, apuntadas mas arriba, y la hostilidad visible y

manifiesta que el tirano desplegaba relativamente á la República, todo hacia presagiar terribles y próximas tempestades. En ese caso, la República podia en resguardo de su seguridad ulterior y en precaucion de los peligros estremos, que la amagaban, llevar la guerra al Paraguay y aún reducirlo á la impotencia de dañar. La guerra no es sinó la justicia internacional, que á falta de juez, toman los pueblos por su propia mano; y si es justa la guerra defensiva, cuando el enemigo atenta contra la soberania nacional; si es justa la que se lleva al estrangero en reparo de injurias inferidas á la honra de una sociedad, es justa tambien y á veces necesaria, la que se inicia contra el vecino hostil que se prepara á profanar la tumba de los heroes, en cuyas cenizas palpita el nérvio de una nacionalidad naciente: la que se hace para precaver la desolacion de la patria; porque, como ha dicho un gran rey: «la espada desnuda y vigilante impide que salga de su vaina el acero enemigo.» (1)» Esta es la que los maestros del derecho llaman guerra preventiva. (2) Guerra justa, guerra prudente, que interviene en

(1) Federico de Prusia, «Anti-Maquiavelo,» Cap. II.
(2) Véase, Vattel, «Derecho de gentes,» Lib. II, Cap. IV; Heinecio, «Elementos del derecho natural y de gentes,» Parte II, Cap. IX, § CXCV; Kant, «Principios metafisicos del derecho,» Part. II, Sec. II, § LVI; Federico el Grande, «Anti-Maquiavelo,» Cap. XXVI; Wheaton, «Elementos del derecho internacional, etc., etc.»

la política antes que la conflagracion haga tardio el corage.

Pero sobre todo, esa guerra era una necesidad histórica. El Paraguay es un absurdo y tiene que regenerar su organizacion. Median entre él y la República Argentina cincuenta años de rencor gratuito, pero ferviente.—La civilizacion argentina tiene en él su escollo, su enemigo, su tropiezo : tropiezo, escollo y enemigo, que algun dia habia de llegar á la insolente altaneria de ponerse de pié para detener el vuelo del creciente progreso de estas regiones. La República y el Paraguay forman la mas cabal antinomia social y política, y su colision es un hecho providencial, que no podia escapar á la lógica del mejoramiento humano, que por una ley terrible, en que se armonizan las pasiones de la realidad con las ideales conquistas del espíritu, no se desenvuelve, sino en médio de los dolores y de los nerviosos y convulsivos estremecimientos de los pueblos.

Insisteremos sobre este pensamiento. Consignemos, entretanto, que á pesar de las graves tentaciones, que podian inducir la opinion pública á la guerra, el Gobierno de la República Argentina observó los principios de la neutralidad mas escrupulosa en la contienda entre el Imperio del Brasil, amigo de la Nacion, y el despotismo del Paraguay, nuestro enemigo tradicional, nacido y organizado para aborrecernos.

El acto vandálico del 13 de Abril de 1865 puso fin á la paz. El Gobierno del Paraguay inició la guerra, sin prévia declaracion, consumando una abominable felonia en las aguas del Paraná. En el puerto de Corrientes se encontraban dos vapores de guerra de la Nacion. Uno de ellos, escasamente tripulado, estaba en comision: era el *Veinticinco de Mayo*; el otro estaba reparando su casco: era el *Gualeguay*. Cinco buques paraguayos pasaron en la mañana del Juéves Santo por su fondeadero y cambiaron con ellos el saludo de estilo. Pocos momentos mas tarde fueron traidoramente abordados, sus tripulaciones pasadas á cuchillo, y los pocos que sobrevivieron á la catástrofe fueron conducidos al Paraguay. Al dia siguiente un cuerpo de Ejército se apoderó de la indefensa ciudad de Corrientes.

La honra nacional estalló con el corage varonil del pueblo heróico de los Andes, y la República Argentina aceptó la guerra.—Don Francisco Solano Lopez se concita un nuevo y poderoso enemigo. Obligado á conservar por el Norte una espedicion salvage que esparce la desolacion en la Provincia brasilera de Mato-Grosso: teniendo que luchar por el Sud contra el opulento imperio, que lo invade con ejércitos de tierra y con numerosas fuerzas fluviales, Lopez agrega el delirio de sublevar la cólera de la República Argentina, de promover la triple alianza entre di-

chas naciones y la República Oriental contando apenas con cuarenta mil soldados (1), al delirio mortal de cambiar de centro de vida á los elementos y á las pasiones, en que se apoya su gobierno.

Tan incomprensible ceguedad solo se esplica por la accion de la Providencia, que precipita los criminales y venga las afrentas inferidas á la justicia. Existe una Providéncia, que ha estampado su huella en todo el camino, que recorre el hombre desde la cuna hasta el sepulcro, y ha

(1) La dictadura del Paraguay se ha empeñado en aumentar ú ocultar la cifra de la poblacion de dicho pais á fin de poder exagerar su poder, como acontece hoy, en que habla de millares de soldados inverosimiles.--Don Cárlos Antonio Lopez cuando estaba en el Paraguay Don Andrés Gelli, hizo levantar un censo, que ocultó escrupulosamente. Despues han pretendido hacer montar la poblacion hasta cerca de millon y medio. Pero puede concebirse lo farsaico de semejante calculo con solo observar, que en otras ocasiones solo le han atribuido una poblacion de 800,000 almas y otras veces de 600,000. El censo de Azara daba en 1795, incluidas las poblaciones de las Misiones, una cifra de 97,480 almas. M. de Moussy, que ha hecho sérias investigaciones sobre todos los fenómenos económicos de las regiones del Plata, asegura, que en ninguno de estos paises la poblacion ha llegado á duplicarse en 30 años. El Paraguay no ha tenido guerra, pero tampoco ha tenido inmigracion. La mortalidad es escesiva alli, singularmente en los párvulos por la ausencia de comodidades, la mala calidad de los alimentos y por la abundancia de enfermedades eruptivas y sifiliticas. Concediendo á pesar de todo esto, que duplicára su poblacion por el crecimiento espontáneo en treinta años, lo cual solo hipotéticamente puede admitirse, tendriamos en 1855 una cifra de 389,520 almas.--Este cálculo es de M. de Moussy. que ha aceptado en la discusion el tipo mas alto. Segun el tipo de Malthus, la poblacion no alcanzaria á 300,000 almas. Otros tipos producirian una cifra mas baja aún. Convengamos entónces en el término prudencial. que acepta M. de Moussy, y elevémoslo un poco, concediendo al Paraguay una poblacion de 350,000 almas Para formar un ejército de 50,000 hombres, necesitaria el Gobierno del Paraguay poner sobre las armas el 15 por ciento de la poblacion De esta el 60 p. 100 es compuesto por mugeres. Deduzcamos niños y viejos, y encontraremos que es absurdo que Lopez pretenda que dispone de un número de soldados, que esceda en mucho al de 40,000, y esto solo merced al despotismo bárbaro, que ejerce --En un pais regularmente regido eso seria imposible.

q

escrito su nombre con caractéres plásticos de sin igual magestad en la armonía de la creacion física, en sus leyes de reproduccion y purificacion, en el órden inalterable del firmamento, en la química y en la poesía de la naturaleza. Ella eclipsa la estrella de los tiranos y levanta el azote que martiriza á los pueblos : premia la virtud y aniquila el crímen. Ella ha hecho que Lopez, regido por su imbécil furor, ponga término al despotismo del Paraguay, y con sus obras de iniquidad, abra la era de la grandeza definitiva para la República Argentina, y de regeneracion para su pátria desgraciada, tan varonil y tan noble en los dias del coloniage, juventud que vá á reproducirse, al recibir en sus venas las jugos de la civilizacion.

Tales son las esperanzas engendradas por la significacion y carácter de la presente guerra, que vamos á examinar rápidamente en el resto de este estudio.

VI.

Si el conocimiento de la política dictatorial y caprichosa de Francia y de Lopez, no bastára por sí solo para persuadir con plena evidencia, que la presente guerra es la prosecucion de un sistema bastardeado en la práctica, pero idéntico en el fondo,—pensamos, que nadie resistirá á la lógica de los hechos, tomando en séria consideracion los principales documentos producidos por la estravagante cancilleria del Paraguay.

Los tres autócratas paraguayos han señalado su aparicion sobre el trono con una hostilidad al Rio de la Plata, cuyo objeto yá éstá probado. Cada uno de ellos le ha impreso el sello de su carácter.

Francia la produjo con el terror y el aislamiento. Génio profundamente calculador, realizó su pensamiento con toda la siniestra seguridad del

hombre organizado para la tiranía, y lo inoculó en el pueblo con perseverancia.

Dón Cárlos Antonio Lopez, maquiavelista de instinto y dueño de sí mismo, interesó en ella la vanidad de los paraguayos, pero contuvo á tiempo la guerra, que no le convenia dejar pasar de un simulacro, decorado con el espectáculo de la independencia y la falsa libertad comercial, con que trató de engañar al mundo.

Su hijo, por fin, con su organizacion de viagero miope, hinchado con las nociones de política, que adquirió en su odisea, pero que no ha digerido en su cérebro incompleto, y débil de entendimiento para sobreponerse á los tiempos y dominar los accidentes y resultados de un mecanismo puesto en juego, le ha dado el carácter solemne de una mision histórica, hecho que de suyo haria intolerable la presencia del Paraguay en la civilizacion sud-americana: y luego se ha dejado arrastrar por el torrente de los sucesos y el desarrollo espontáneo de la política, de tal manera, que en vez de caracterizar su sistema, hoy no tiene él otro carácter, sino el que le imprime éste, desenvuelto por su impericia.

Lopez es esclavo de su propia tirania. Por consiguiente, la guerra actual entre el Paraguay y la República Argentiua es el despotismo, que ha desbordado arrastrando al déspota, incapaz para contenerlo y manejarlo, al abismo en que van á

ser derribados caballo y caballero. Se deduce de aquí, que la cuestion que va á resolverse en ella es la misma de sus antecesores, porque lo alienta el mismo espíritu.

En efecto, los documentos oficiales del Gobierno del Paraguay lo declaran terminantemente (1), y la guerra se rodea de circunstancias análogas á las que envolvian las caricaturas del Legislador autocrático de su pais. Las declaraciones de guerra (2), contienen, como fundamentos principales estos cuatro: 1°, Cuestion oriental; 2°, Actitud de la prensa argentina respecto del Paraguay: 3°, Denegacion del tránsito terrestre al Ejército paraguayo por territorio nacional: 4°, Desconocimiento de los derechos del Paraguay sobre parte de los antiguos pueblos de Misiones.

La primera de estas razones es evidentemente nula, toda vez, que el gobierno argentino ha guardado en la última revolucion del Estado vecino la neutralidad mas perfecta sin intervenir en sus acontecimientos, á no ser aceptando la alta mision de inducir á los partidos á una transacion, que evitára mayores trastornos para el pais. — Si la opinion pública se ha manifestado

(1) Memoria del Ministro de R. E. al Congreso paraguayo, 1865.
(2) Véase la Nota del Ministro Berges, la declaracion del Congreso paraguayo y la proclama de Lopez á su Ejército.

en diversos sentidos á ese propósito, no por eso se han comprometido las autoridades, que no pueden limitar las espansiones de un pueblo libre, que encuentra en los dolores ó en las luchas de otro íntimas afinidades con las suyas.

Hace mas de médio siglo, que comenzó á agitarse la vida de los pueblos del Plata, y desde entónces nuestras conexiones con la República Oriental han sido tan estrechas, que casi podria afirmarse, que los mismos fenómenos sociales se han reproducido alternativamente en uno y otro pais. A los ojos de la ciencia, una gran convulsion física arrancó los continentes de su eterno abrazo: por eso todos los hombres siguen siendo hermanos. Del mismo modo, una convulsion política arrancó á la República Oriental de la gran comunidad del Plata: por eso orientales y argentinos seguimos siendo hermanos. La continuacion de la misma lucha, la federacion en estado primitivo, ha estremecido durante largos años el suelo de la República, y la anarquía y el despotismo han pesado sobre la sociedad, reuniéndonos frecuentemente en idéntico martirio con nuestros hermanos de la otra márgen del Plata. No es estraño entónces que ambos pueblos se apasionen mútuamente por sus luchas, como sin duda aconteció en la Revolucion terminada con la presidencia del General Don Venancio Flores. El Gobierno, entretanto, de-

positario de la soberanía pública guardaba la actitud reservada, que convenia para conservar la paz de su pueblo. Esto basta para revindicar el derecho de neutralidad.

Cuando una democrácia se organiza, y delega en los Gobiernos su soberania activa, éstos representan el pensamiento colectivo y la espresion social. Los particulares no representan sino opiniones ó pasiones individuales, cuya suma total no espresa la opinion de la sociedad, porque eso seria la negacion de la democrácia. Si no fueran los Gobiernos el único órgano del pensamiento nacional, entónces el pueblo gobernaria directamente, las autoridades serian inútiles, ineficaces las constituciones y el pais caeria en la olocracía ateniense, que es el caos de la libertad. Por consiguiente, las manifestaciones populares mas solemnes, nada significan en cuanto á comprometer la neutralidad de una República. Asi se ha convenido para templar con la fria razon del delegado, la febril impetuosidad del delegante. Esto es exactamente lo que ha acontecido entre nosotros respecto á la cuestion oriental. La opinion pública de una de las Provincias argentinas se ha preocupado de los acontecimientos del pueblo vecino, y bien ha podido intervenir con sus simpatías en pró de tal ó cual partido local del estrangero, mientras que el Gobierno Nacional separado del bullicio de

las pasiones, dejaba campo al movimiento popular, que la libertad le veda restringir, pero sin que la palabra oficial de la República resonára, sino con acento de paz y conciliacion. Éste es el hecho histórico evidente y palpable. La acusacion del Gobierno del Paraguay carece de asidero, y sobrecarga con la mentira todas las otras irregularidades de su arrogante provocacion.

Pero, si hipotéticamente concediéramos al Paraguay la intervencion clandestina ó descubierta, del Gobierno argentino en la Revolucion oriental, no sabemos en qué principio sério podria apoyarse para declararnos la guerra, toda vez que queda demostrado, que la teoria del equilibrio, es arbitraria porque no reposa sobre pactos preexistentes ni deberes espresamente contraidos por las naciones á las cuales se refiere; y atentatoria, porque asoma en una hoja de papel, con que enciende el primer cañon, que trata de difundirla en el Rio de la Plata.

Por lo que toca á la actitud de la prensa, por poco entendido que sea el lector en los fueros de la libertad del pensamiento, se verá forzado á convenir en que á ningun gobierno democrático puede lícitamente inculparse el no sofocar la emision de las ideas por escrito, dado que la hoja impresa no es sino la palabra individual consumada por médio del arte, y que en los pueblos libres, todo ciudadano goza del derecho

inalienable de pensar y de hablar sin mas restriccion que la que ejerza la verdad sobre su conciencia. El santuario del pensamiento es inaccesible para la mano de las autoridades, como es inaccesible el mundo de los fenómenos morales. La prensa es el sensorio de la sociedad y el áncora de la democrácia. Atentar contra su libertad es invertir el órden de las ideas de justicia, y adulterar los sanos principios, que deben encumbrarse soberanamente sobre la organizacion de los gobiernos populares. El delito cometido por la prensa no debe ser reputado sino como el delito vulgar de la palabra, ni caben en ella crímenes, á escepcion de los atentados contra la moral pública, contra la reputacion, contra la seguridad del individuo ó del pais como delito de sedicion. Mas pretender, que una legislacion despótica sofoque las manifestaciones legitimas de la opinion, porque contrarien la voluntad de los gobiernos ó porque juzguen los desaciertos de tiranos estrangeros, es pedir que se prive al hombre de la facultad de pensar.

Cada pueblo se rige por sus leyes y vive de sus costumbres. De modo, que cuando el estrangero juzga la situacion de un pais ó su actitud política, estudiando los síntomas de la opinion con el criterio de una legislacion distinta ó de costumbres opuestas, incurre en un delirio:

y si acude á la violencia para vengar agravios, que solo existen á la luz de ese criterio vicioso é ineficaz, entónces comete un atentado contra la soberanía del pueblo, que ataca.

Tal es la conducta del Paraguay. Juzga de la prensa argentina con el criterio de la legislacion paraguaya sobre imprenta, en lo que comete un absurdo, y declara la guerra á la República en virtud de ese absurdo y á efecto de vengar la libertad de pensar de que gozamos en el Rio de la Plata, lo cual es atentatorio.

La tercera razon, que aduce, es la denegacion del tránsito terrestre, que solicitó para su Ejército á fin de pasar á la Provincia brasilera de Rio Grande del Sud. No ha sido mas feliz la cancilleria paraguaya en la eleccion de este pretesto, yá que tan inconsistente argumento no comporta el calificativo de razon.

El Gobierno argentino en su calidad de neutral no podia hacer en favor de un beligerante concesiones, que no otorgára igualmente en favor del otro, ni le era lícito prestar al Paraguay un ausilio real, dándole la ventaja que debia reportar de llevar la guerra á Rio Grande. Á trueque de los beneficios de la neutralidad, el derecho no exige del neutral, sino el cumplimiento de dos deberes principales : 1° No prestar cooperacion á ninguno de los beligerantes: 2° No negar á uno, en virtud de la guerra, derechos

acordados á otro. — La concesion del tránsito terrestre importaba una cooperacion incuestionable en favor del Paraguay, toda vez que era la base de operaciones bélicas de la mayor entidad; y la neutralidad argentina comprometida, no habria podido salvarse, sino á costa de otorgar idéntica concesion al Ejército imperial, de donde habria resultado, que el teatro de la guerra habria sido el territorio de la República, que se veria sometida á todos los deberes de la neutralidad, sin disfrutar ninguna de sus prerrogativas.

Esto no admite discusion, ni el Gobierno argentino podia vacilar entre el sacrificio esteril del pais, ó las dificultades con que tiene que luchar para la paz y para la guerra una nacionalidad combatida por la geografia.

¿En qué principio puede fundarse el Paraguay para pretender que sus vecinos faciliten sus empresas guerreras con menoscabo de sus intereses y peligro de sérias perturbaciones?

Las naciones ejercen completo dominio sobre sus tierras por razon de su soberania, y les es privativo el derecho de conceder ó negar el tránsito por su territorio, toda vez que la introduccion de la propiedad, sobre la comunidad primitiva, somete las divergencias en este punto al interés del propietario. El tránsito de tropas no es uso inocente de la propiedad agena, ni las

ventajas solicitadas en una guerra, pueden ser invocadas como necesidad capaz de hacer lícito el tránsito arbitraria y violentamente exijido. Mas concediendo que lo fueran efectivamente, la violencia no podria pasar con justicia de la realizacion del tránsito negado. La guerra no puede fundarse en la negacion motivada de un derecho imperfecto. Por manera, que aún supuesto que el paso de tropas por territorio neutral pudiera ser considerado en este sentido, siempre seria injusta la declaracion de guerra, que apoya el Paraguay en su denegacion.

Mas si estas tres consideraciones de la diplomacia de la Asuncion carecen de vigor y de robustez, la mala fé brilla con su rojizo y vacilante esplendor de una manera visible é incuestionable en la última de las razones espuestas por el Congreso, que bajo la presion de Lopez decretó la guerra contra la República. Nos referimos á la cuestion de límites en la parte relativa al territorio de las Misiones del Paraná, cuyos fundamentos hemos discutido mas arriba. (1)

Haciendo abstraccion del fondo del debate semi-secular iniciado por el Paraguay á este respecto, basta para calificar como desleal la conducta de su Gobierno, atender á que nos lanza

(1) Apéndice § IV.

el guante, sin haber mediado negociacion alguna, de donde pudiera desprenderse la repugnancia de la República á un arreglo definitivo de dicha controversia. Aplazada por el tratado de 1856, que espiró en Noviembre de 1862, no ha vuelto á suscitarse desde entónces, y solo cabe en la política caprichosa de una barbárie sin pudor, lanzarse á vindicar derechos, que no le han sido negados, y á vengar injurias, de que solo tiene sospechas.

Ninguno de estos argumentos es la causa real de la guerra del Paraguay. Creemos haberlo demostrado.

La guerra, por consiguiente, es absurda, y no tiene otra esplicacion sino el desarrollo de la política de antagonismo, en que como hemos dicho, se ha envuelto el actual Presidente de de aquella Nacion. Con cortas diferencias, que es inútil señalar, la declaracion de guerra de 1865 es idéntica á la de 1845.

Queremos consignar otro punto de contacto. Como hemos visto al ocuparnos de aquel acontecimiento, Don Cárlos Antonio Lopez sorprendió la buena fé de los patriotas de Corrientes, ofreciéndoles una alianza, que firmó en nombre de la libertad, y en la cual, segun allí mismo probamos, no tenia otro objeto definido, sino esplotarlos como instrumentos de sus intereses y salvar el Paraguay de una guerra, que no que-

ria llevar à sus últimas consecuencias, escudándose con la Provincia de Corrientes, á la cual llamaba su vanguardia. En esta palabra esta espresado todo su pensamiento. Corrientes era la vanguardia del Paraguay, y no el Paraguay aliado de Corrientes en su lucha heróica contra la tirania. Los patriotas cayeron en el lazo, y felizmente salvó la República de la doble devastacion de Rosas y de Lopez, gracias á que los recelos del último lo retrajeron pronto de una empresa, que no acometió con sinceridad. — Su hijo ha querido esplotar tambien las disensiones internas de la República, y aunque la situacion del pais sea precisamente contraria á la que lo afiigia en 1845, en sus provocaciones á un partido, que suponia resentido : en sus incitaciones villanas á los militares argentinos para que abandonáran la senda del honor y del deber, y se arrojáran con el sombrio pensamiento de Júdas en los rastros siniestros de la traicion, manifiesta que trae á la guerra el mismo plan que su padre : encharcar el suelo de nuestra patria en sangre de hermanos, para deslizar su carro triunfador con la bandera de la barbárie sobre la civilizacion del Plata.

Uno y otro de los Lopez han dicho la misma palabra : « Corrientes es la vanguardia del Paraguay. » Pero la estrella de los tiranos se eclipsa; y el déspota paraguayo ha acertado á profanar la

tierra de los héroes, en dias de rara felicidad, en que la libertad y el derecho han abierto las puertas de la política á todo pensamiento, y las costumbres la han cerrado á toda pasion. Una era regeneradora, á cuya cabeza marcha rodeado por la opinion uniforme del pueblo argentino, un hombre, en cuyo cérebro hierve la inspiracion de las grandes ideas y cuyo corazon palpita al impulso de nobles y elevados sentimientos, ha cerrado el calendario de las batallas y roto el estorbo, que cegaba las fuentes de la prosperidad nacional. Bajo el pendon de paz y fraternidad, enarbolado por la mano del General Mitre, se encuentran bien los argentinos, y las incitaciones de Lopez han recibido por respuesta la unánime execracion de todos los partidos locales. La negra traicion, que quema las tumbas queridas y apaga la lumbre del hogar, no cabe en los pueblos varoniles, que se estremecen con el entusiasmo ardiente de la juventud y la embriaguez de la gloria. — El ála de Satan no roza la frente del argentino. No hay traicion en la República.

El cálculo de Lopez ha fracasado, mas no por eso es menos evidente.

Por consecuencia, queda probado, que con análogos recursos buscaba fines análogos, y que el hecho providencial de su estravio, ha venido á refluir en un gran beneficio para la República Argentina.

La política conciliadora, emprendida desde 1861 en la vida democrática de nuestro pais, iba consumiendo gradualmente las barreras, que dividian ántes á los hombres, y todos los ciudadanos estaban próximos á la fraternidad. El peligro comun suscitado por el Paraguay y el fogoso despertar de los grandes sentimientos de la honra nacional y de la soberania ultrajada, han apresurado el triunfo de la verdad y de la paz en el seno de la República. Con profunda razon ha dicho un ilustrado publicista, á quien nos honramos llamándole amigo (1): «Lopez es el martillo bruto, que forja el último eslabon de la nacionalidad argentina.»

Ratificada de esta manera la unidad interna de la Nacion, el sentimiento público no se ha estraviado al aceptar con placer la idea fecunda de la triple alianza, que establece cordiales relaciones entre pueblos vecinos, que deben ventilar mas ó menos tarde, cuestiones que exigen lealtad y buena fé si se desea ingénuamente arribar en ellas á combinaciones equitativas.

Cuando una nacion con máximas constantes manifiesta estar animada de perniciosas disposiciones hácia sus vecinos, y ejerce la violencia contra alguno ó algunos de ellos, la causa de

(1) El Doctor Don José Maria Gutierrez.

la humanidad se interesa en que todos se liguen para castigarla y obligarla á deponer sus hostiles pretensiones.

El Paraguay declarándose poder equilibrador del Rio de la Plata, ha revelado sin embozo su voluntad de intervenir violentamente en la política de los pueblos limítrofes, y con la conflagracion general, que ha provocado, atenta á la vez contra los derechos y la soberania de todos. La alianza era lógica, era necesaria. La República Argentina, el Brasil y el Estado Oriental se han aliado, pues, bajo el amparo de la justicia.

Tenemos, á consecuencia de este hecho,—que la cuestion paraguaya queda reducida á su verdadera proporcion y colocada en su verdadera luz.

Por una parte, el Paraguay aislado. Lleva la barbárie como herencia, el despotismo como bandera, el atentado como sistema.

Por otra parte las tres naciones civilizadas y libres, que en el Rio de la Plata, representan el progreso como ideal, la libertad como derecho comun y como enseña, la justicia que emana de Dios, bien, verdad y belleza, como código soberano de su vida (1).

(1) Ya en prensa este párrafo llega á nuestras manos, merced á la bondad de un amigo, un folleto publicado en Paris, en lengua francesa, bajo el titulo de «Las disensiones del Plata.» A su publicacion aún se ignoraba allí la guerra argentina. La mayor parte de sus doctrinas quedan refutadas con las razones en que apoyamos las nuestras. En la «Nacion Argentina» nos hemos ocupado de él con mayor detencion.

Tal ha sido siempre, tal es hoy la cuestion paraguaya.

La historia tiene sus plazos, cuyo sendero descubre á veces el rastro de sangre de los crímenes para que la espada vigorosa de la humanidad troce cadenas, restituya libertades, y engrandezca con el prestigio magestuoso de la gloria á los pueblos generosos y viriles, que aceptan con ánimo esforzado la soberana investidura de sacerdotes armados de la moral.

VII.

La República Argentina va á hacer el último sacrificio. Lo ha aceptado con entusiasmo, y seguramente que no se ha equivocado ni ha incurrido en ilusion al rechazar las preocupaciones vulgares, con que no ha faltado quién, en su conciencia atornasolada, haya pretendido retraerla del camino de la guerra, que es el de la victoria, llorando con gestos fingidos la suerte de la patria, que parece deseáran ver enervada en la inaccion del despotismo. El pueblo ha rechazado el consejo de esos apóstoles falsos, corazones de cristal, frájiles y huecos; porque concibe con suprema intuicion, que en el mundo, luchar es vivir, que cada dia tiene su afan, y que las naciones no nacen de los senos de la historia, desenvueltas y armadas, como Minerva de la cabeza de Júpiter; sino que por el contrario, se for-

man lentamente en la escuela del infortunio y en los trabajos de un progreso penoso y gradual. Ni la sociedad ni el individuo tiene reposo. El último sueño, que es el de la tumba, es el primer descanso del hombre. Por eso está escrito en el Evangelio, que la vida es milicia. Si una sociedad se detiene, se estaciona. La China es una sociedad, que descansa.

No seria otro el destino de la República Argentina, si en presencia del fenómeno social, que presenta el Rio de la Plata, con un pueblo bárbaro, única protesta de la América latina contra los principios de la Revolucion, convertida en legion y asomando la cabeza con arrogancia amenazadora, no se apresurára á terminar la tarea iniciada en 1810, rompiendo ese obstáculo opuesto á la libertad y dominando aquel antagonismo violento sublevado contra la civilizacion.

La República se desprendió como una centella del fondo opresivo de las Colonias españolas, y vigorizada en la region ideal del entusiasmo y en las armonias robustas de la epopeya liberal, ha recorrido en medio siglo una espléndida carrera, mas á costa de tormentos espantosos; porque la semilla del progreso y de la nueva ley, no podia rebentar sobre preocupaciones tradicionales y pasiones supersticiosas à favor de un regímen envejecido, sobre simpatías perniciosas

y antipatías estúpidas, sin que desgarros estridentes, y roturas convulsivas estremecieran la sociedad con acerbos dolores y lágrimas de hiel.

Por afortunado destino suyo, la escuela ha sido fecunda. Cerrado el largo periodo de la guerra civil, en que el pais ha conquistado á costa de copiosas amarguras, cada verdad constitucional, cada principio de organizacion, y en que el regímen federal instintivo y congénito á las pasiones de las masas, ha brotado por fin y florece como la esperanza nacional,—la fraternidad práctica vencía en la costumbres, y todas las fuerzas sociales se aplicaban á la tarea perpétua del progreso. Los pueblos se estrechaban con carriles de hierro y comenzábamos á hablarnos con la sustancia del rayo. La éra de la paz interior brillaba esplendorosamente sobre nuestro cielo.

Entre tanto la tirania del Paraguay entorpecia la espansion de la libertad, cerraba los caminos, é incrustada como permanente estorbo entre dos pueblos cultos y amigos, impedia por sistema, que desde el Amazonas hasta la Patagonia, se deslizáran como riego de fecundo progreso, la libertad, el comercio y la industria, engrandeciendo las regiones del Plata y reduciendo al credo de la justicia los descendientes de Mompo, amarrados como Prometeo, en la piedra del escándalo.

Al entrar la República en una época definitiva, solicitando la atencion del universo por sus avanzadas instituciones y su tradicional dignidad de-reveladora del derecho en Sud-América, encontraba que la garantia que los pueblos hallan para su vida y su carácter en las afinidades de los otros pueblos, que los rodean, flaqueaban en una sociedad, enervada y bárbara, hostil á su civilizacion y postergada en el sentimiento del progreso por una obra maligna y perseverante, radicada en las costumbres y en las leyes.

La base trepidaba. Por consiguiente, no podia ocultársele, que elementos tan contradictorios como los suyos y los paraguayos, no admitían una relacion armoniosa y permanente, porque su existencia simultánea es absurda; y que la aparente cordialidad de ámbos paises era efímera y únicamente debida al sistema receloso, aceptado por los tiranos vecinos, como salvaguardia de sus instituciones anormales.

Tarde ó temprano, la guerra tenia que venir. No se amontonan impunemente en un pueblo ignorante cincuenta años de ódios y rencores vivos y furíosos.

Esa guerra era una necesidad histórica, porque nosotros representamos la Revolucion triunfante y desarrollada, al paso que el Paraguay representa la negacion de la Colonia, por instintos locales, sin la afirmacion del progreso, por te-

mor de la libertad. — Nosotros salimos de la Colonia para iniciar el porvenir de los pueblos, descubierto al terminar la pasada centuria, en las inspiraciones de la América del Norte, — en tanto que el Paraguay se desprende de ella para fundir la autoridad absoluta del coloniage, recrudescida por la perversidad accidental de los hombres, con la reposicion de la sociedad guaraní, como elemento pasivo, á fin de realizar el siniestro delirio de un mónstruo, cuyo pensamiento ha sido sancionado en la ley y en la práctica inveterada de sus sucesores.

La Revolucion estaba incompleta. Francisco Solano Lopez, que en la ebriedad de su despótico orgullo, ha salido á desafiar la tempestad, llevando el para-rayos para atraer sobre su cabeza todas las centellas, despues de concitar contra su trono ensangrentado la cólera del Imperio, al ultrajar la bandera de 1810, ha provocado su triunfo definitivo. La República Argentina acepta la guerra, y la acomete como tarea complementaria de aquella empresa gigantesca.

El instante no puede ser mas solemne. La actualidad de la República es un gran momento histórico, y la crísis que la perturba es uno de esos estraordinarios acontecimientos, que fundan ó consuman las nacionalidades.

La posteridad señalará esta fecha á la altura de Mayo: 1865. — Complemento de la Revolu-

cion. Asegurada la organizacion interna, el pensamiento argentino se dilata, estableciendo las afinidades de la civilizacion en las regiones bárbaras de Sud-América!

Los siglos venideros la saludarán como la fuente de una vida copiosa en gloria y en poder, que otros gozarán, pero que nosotros, mas felices que ellos, habremos fundado dejando tal vez el corazon hecho girones en las fragosidades del camino; y como estudia la ciencia en las generaciones fósiles el gradual desarrollo de la creacion orgánica,—asi vendrán nuestros nietos á estudiar en nuestras almas los primeros destellos, las primeras luchas, las primeras germinaciones del símbolo, que envolverá las suyas en su luz.

Nuestros padres despertaron las ambiciones, que nosotros satisfacemos. Ellos arrancaron con la fuerza del heroismo dos mundos engastados: nosotros realizamos los ensueños de su martirío. Ellos fueron la epopeya: nosotros seremos la historia.

De esta manera, la República Argentina reasume su mision providencial, y bosqueja su fisonomia con rasgos profundos, que la distingan en el rol de las naciones grandes por su pensamiento ó por su fuerza.

En la aurora de la Revolucion fué el guia de las sociedades sud-americanas; y parece que en

el sentimiento colectivo de este pueblo palpitáran las fibras caballerescas de aquellas estraordinarias organizaciones, que en el desquicio de la Edad-Media suplian la pobreza de las leyes y la ausencia ó ineficacia de las garantías sociales, consagrando su brazo y su alma á la justicia : al castigo de la opresion y á la defensa de la virtud. —De ese modo, la República en el vertiginoso despertar de la América española á la luz del derecho, y en el crépusculo de aquella vida nueva, eslabon de una faz á otra de la civilizacion, en que se mezclaban el pasado y el porvenir en el cielo nebuloso de un presente sin estrellas, queria suplir y suplia en efecto la arrogancia y decision de los pueblos, que solo se apasionan cuando se enamoran de un símbolo, desaletargando á los unos y prestando á otros el concurso de sus fuerzas.

Dentro de algunos siglos el carácter de la República Argentina será uno de los mas visibles fenómenos de la historia, porque se presentará ante la posteridad como uno de los pueblos en que mas de lleno se refleja el espíritu del siglo XIX.

Aquel siglo, dirá la historia, fué época de grandes germinaciones. Las auroras se reproducian y se prolongaban multiplicando sus espectáculos como los giros caprichosos de una luz fantástica, ofreciendo en cada hora nuevas esperanzas,

que prometian el dia mas radiante y mas espléndido de cuantos contaron los hijos de los hombres. Y era esto así, á causa de la incalculable fecundidad de la creacion, que el curso de los hechos y el perfeccionamiento del espíritu venian á engendrar. Era la época de solemne iniciacion de la democrácia. Todo el universo esperimentaba la influencia consoladora de aquel nuevo sol que venia á apagar las luces incompletas de tantos principios relativos, que habian salvado del naufragio á las sociedades, como guias transitorias, que le marcaban el derrotero, conduciéndole paulatinamente á la verdad política. Bajo la vacilante claridad y el claro-oscuro de dos luminares que cambiaban entre sí el imperio de la civilizacion moderna, ciertas nacionalidades engrandecidas por los presentimientos de su porvenir halláronse constituidas en reveladores naturales de la nueva luz. —La República Argentina pertenece á ese glorioso número.

En ninguna parte se presenta esta metomórfosis tan de bulto como en la América del Sud.

Los anglo-americanos al declarar la democrácia no hicieron sino dar formas armónicas á todos los elementos de la libertad, que estaba encerrada en la vida comunal y resplandecia en las colonias puritanas de Nueva-Inglaterra, de modo que solo necesitaron romperle la barrera del aisla-

miento y darle ensanche en la esfera de la política, para que se difundiera de region en region, transformándose en astro de justicia para el universo entero.

La América del Sud, por el contrario, cambió de improviso entre dos sistemas radicalmente opuestos. Rompió con el siglo XVII y se puso en las fronteras del porvenir. Presintió la democrácia, y se entregó sin reserva al delirio bendito de sus inspiraciones, arrojando al sepulcro de los tiempos el libro de la monarquía envuelto en el manto de los monarcas. Su revolucion fué doble. Independencia y democrácia fueron su bandera. Aquellos dos mundos que se separaban envolvieron naturalmente en dudas y vacilaciones el sentimiento de la sociedad americana. No era posible, además, que todas sus fracciones se bañáran á la vez en el rocio bienhechor, que refrescaba el amanecer de la libertad.

Sobre el pueblo iniciador, sobre el que previno toda esperanza, abrazándose decidido de la bandera recien consagrada, recaia, por consiguiente, la mision de inaugurar la nueva época, tomando el puesto de honor y de peligro en la fraternidad de los iniciados, que se daban la mano, concibiendo la necesidad del esfuerzo comun, para precipitar los destinos que les sonreian. Ese pueblo era la Bepública Argentina;

y el mundo sabe, si ella aceptó los ásperos deberes del profeta.

Con estos colores escribirá su nombre la historia; y así como Atenas es el perpétuo modelo de la olocracia griega, la República Argentina será ante el porvenir el perpétuo modelo y el alto ejemplo de la fraternidad democrática y de la abnegacion social, en el periodo intermediario de la civilizacion sud-americana.

Tal es su carácter.

El pueblo argentino se debe á la lógica de sus antecedentes. Bajo la luz que arrojan sus primeras hazañas resplandeció su nombre ante el universo; mas la alta fama que conquistó ha sido luego borrada por el espectáculo de sus luchas intestinas, que esterilizaban inmediatamente el sacrificio heróico que la caracteriza.—Esas luchas pasaron, y los ódios locales han sido sepultados en el sepulcro de los absurdos. Ha llegado la hora de revestir su antiguo esplendor, consumando en el Paraguay la obra, que llevó á cabo en beneficio de la mitad de un continente. Á trueque del esfuerzo, que demanda su empresa, le espera la vida real y la tarea pacífica de la industria, ejecutada en adelante, sin estorbo y sin peligro.

Derrocado el trono del Paraguay, la Revolucion de 1810 está consumada.—Por eso repetimos, que la guerra del Paraguay es un hecho

providencial, que viene á precipitar la recompensa, que el mundo debe á la República Argentina, por su mision de paz y libertad : recompensa, que no solo se traducirá en el espontáneo adelanto de las luces, que la inundan, en el perfeccionamiento de sus instituciones y en la radicacion de su espíritu político, sino tambien en los beneficios, que debe reportar del comercio y de la navegacion, yá sin tropiezos, para adquirir el rango de los pueblos mas aventajados, transformándose en la tierra prometida.

Si hay en el mundo Polonias, párias de la historia, que la humanidad despedaza en su carrera, y derrotados de la política, cuya herencia es el martirio,— tambien hay pueblos privilegiados, á cuya prosperidad parecen conspirar los acontecimientos que se producen á ciegas, mas regidos por una ley constante, que llama todas las naciones á la felicidad, y solo posterga las unas, esperando á que el hecho universal las abrace todas en su luz.

La República Argentina es uno de esos paises, á los cuales el mundo discierne la recompensa de su heroismo, conjurándose en su provecho y cooperando á la obra de la naturaleza.

La virtud de las naciones se revela en sus grandes actos, promovidos por un instinto, cuyos resortes no ven ni calculan, pero que las conduce á su epopeya por sendas, en que no les

es posible estraviarse. Dormitarán á veces como Homero, pero sacudido el cansancio, se purificarán de efímeros deslices, para seguir la lumbre de su estrella. Cuando la República Argentina acometió las empresas, que retratan su fisonomia escepcional en el curso de los acontecimientos humanos, y la destacan en el cuadro de la política de Sud-América, á la manera con que se destacaba Jerusalem y su templo, como centro de las intuiciones relijiosas de tres civilizaciones, — obraba bajo la dominacion de un instinto, que era el revelador interno y personal de la libertad bajo las formas luminosas de la democracia. El mismo instinto, despertado en otras naciones, activo y puesto en juego por caminos superiores, que escapan á la investigacion, inspira á los pueblos del Rio de la Plata la última obra complementaria de la revolucion de 1810, cuyos resultados, ligando hechos incoherentes al primer análisis, armoniza la accion del hombre con la de la naturaleza para abrir la urna de la prosperidad y derramar sus caudales sobre la frente de la Patria.

La República Argentina, al consumarse el credo de 1810, vá á recibir la recompensa de su iniciacion. Tal es la grande esperanza que se levanta en el alma, con todo el cortejo de la evidencia, al examinar el supremo significado de la guerra del Paraguay.

La naturaleza y los hombres nos favorecen. Interroguemos sinó la obra fecunda de la primera.

Cuando las convulsiones físicas de la tierra la dieron su actual aspecto, cerca del estremo Sud del mundo delirado, que el antiguo solo veía en la celestial region de la poesia, — la mano que modela los órbes, y traza su curso á las corrientes, que remontan la atmósfera bajo la ley de la evaporacion y descienden en riego dulce, como el llanto de la hiel de los dolores, ó en témpanos, que coronan de hielo la frente de las montañas de raiz de fuego, para precipitarse por los torrentes, y producir entre las cuencas de la árida del Génesis los movibles tesoros de los ríos, — labró los anchos senos del altivo estuario, que reveló Solis al universo y fué el pasmo del siglo XVI, cuyo espíritu aventurero lo saludó como campo de fabulosas empresas, y adivinando su porvenir lo bautizó con el nombre de su ideal: lo llamó EL RIO DE LA PLATA. Anchuroso y espléndido, atrae como corrientes de imán, todas las arterias del soberbio sistema fluvial de estas regiones, y convida al mundo á confiar á sus espaldas vigorosas las naves del comercio, que él reparte mas tarde en los hombros de sus hermanos, el Paraná majestuoso como el Nilo, el Uruguay dócil y bello como el niño de cabellos de ángel, el Salado y el Bermejo, cuya edu-

cacion en el trabajo completará la industria y el arte de los hombres. Próximo á la Europa, emporio de la opulencia humana, la naturaleza le llama á ser conducto entre el hombre del viejo mundo y los pueblos, que viven á orillas del Pacífico, abreviando las distancias y asegurando la rapidez de las negociaciones. Un camino de fierro por los Andes, y el Rio de la Plata será intermediario del vasto comercio del Pacífico, que se salvará de penosas travesias y extraordinarias dilaciones. Inclinemos la cerviz de los Andes bajo el imperio del arte, y la patria de Valdivia quedará vinculada á nosotros con los lazos de la prosperidad comun. Abiertos todos nuestros rios, el comercio de la República, el de Chile, el del Paraguay se reasume en el Rio de la Plata, por imperiosa ley de la naturaleza.

El Rio Paraguay yace cerrado por la mano de la barbárie, y corre regando desiertos y selvas vírgenes, ó murmurando al oido del esclavo el himno amargo de la libertad perdida, de la riqueza postergada, del progreso maldito por los tiranos. Es necesario abrir esa fuente de increible prosperidad, esterilizada para el comercio y para la ciencia, que no han esplotado sus recursos, ni analizado los frutos de su suelo.

Retardado hasta hoy el complemento de la obra de la naturaleza, ván á romperse los estor-

bos, que lo atrasan, y la República se vá á convertir en la tierra de promision. Y van á romperse, porque esos estorbos eran: la ausencia de nuestra paz interna, y la barbárie dominante en el Paraguay.

La guerra actual los aniquila, y si la naturaleza ha sido pródiga con esta region encantada, los hombres tambien han conspirado y los hechos se han armonizado en su beneficio.

¿Cómo se ha producido la situacion presente, sino por caminos misteriosos, que importa reconocer ó renegar de la eficacia del pensamiento humano? Hace dos años, que un General oriental se lanzaba á mano armada á reclamar en su pais garantias, que exijia su partido. De seguro, que el General Flores no pensaba la grave trascendencia que adquirió su empresa, singularmente complicada por acontecimientos ulteriores.

Hoy se encuentra en la República vecina un cambio total en la política, y con distintos hombres, se han establecido distintas afinidades en el pensamiento oficial de la márgen izquierda del Plata. El Brasil, viene á la misma República, traido por reclamaciones diplómaticas sin trascendencia en la política general. Una larga série de accidentes, cuyo recuerdo es inútil en este momento, agrían gradualmente las negociaciones, y precipitadas tal vez por movimientos in-

ternos de la opinion pública en el Brasil, se desenlazan con la guerra, hecha en alianza con el jefe revolucionario. El incendio toma creces y la atencion popular comienza á preocuparse cada vez mas de los hechos desarrollados á su vista.

Con sorpresa del buen sentido, sábese poco despues, que Lopez corria el telon de su teatro para dar principio á un melo-drama de equilibrio, palabra que viene acompañada de fórmulas cómicas, en que se anunciaba al mundo, que el Paraguay «estaba próximo á salir del estado de crisálida,» y que la «talabarteria paraguaya,» se habia puesto en activo movimiento. La República Argentina, entre tanto, se impone los deberes de una neutralidad escrupulosa, y salva de la conflagracion conservándose en pié de paz. Amaneció un dia, sin embargo, en que la sangre de los argentinos pidió venganza, reparacion la bandera ultrajada, y guerra el bárbaro invasor de Corrientes.

Esto acontecia, cuando la terminacion de la revolucion oriental, permitia al Brasil dedicar todas sus fuerzas contra el Paraguay; á la República vecina concurrir á una cruzada de regeneracion, y cuando la uniformidad del pensamiento argentino hace que podamos entregarnos sin temor ni vacilaciones á la guerra justa y noble, á que hemos sido alevosamente provocados.

La triple alianza estaba en los hechos. Hoy está en pactos solemnes, que obligan á las naciones que la han firmado, con la religion de la fé pública.

Por consiguiente, el Brasil y la República Oriental ván á cooperar á la empresa en que la nacion reconquista su alta mision histórica, heróicamente aceptada en las luchas de la Independencia, y nos prestan tambien su ausilio en el complemento de la Revolucion de 1810, que acometemos al estender la influencia de sus principios sobre el único pueblo que se sustrajo á la corriente májica de la libertad. La profecia de Lopez se vá á cumplir: el Paraguay saldrá del estado de crisálida; porque el sol de la justicia vá á romper su tela y á dorar sus alas. Abierto el Paraguay con la libertad: dueña la República Argentina por su paz y por la categoria que vá á adquirir entre las naciones, de todos sus elementos de industria y de comercio, la obra de la naturaleza será consumada, y transformado el Rio de la Plata en la tierra prometida, «que brota la leche y la miel.»

Esta accion dualista de la creacion física y de los hombres, que concurren á nuestra colosal prosperidad, es la obra de la Providencia, que empuja los hechos y recompensa las virtudes individuales, como las virtudes sociales.

La República se consagró instintivamente

apóstol del derecho moderno en Sud-América. Los pueblos sud-americanos vienen á ausiliarla hoy en su última obra de regeneracion, y á hacer prácticas las bendiciones con que la naturaleza le ha preparado su mision y su corona. El instinto preside la vida colectiva. Él nos hizo mártires de la libertad. Él nos consagra pontifices de la grandeza y de la prosperidad del Plata. Tambien la historia tiene su moral, y los pueblos virtuosos encuentran tarde ó temprano su recompensa. La triple alianza nos garante que la nuestra está próxima. Este grande hecho, de que nos hemos ocupado mas arriba, es, efectivamente,—el acontecimiento político de mayor trascendencia, entre los que preparan un porvenir risueño á los pueblos del Rio de la Plata.

La alianza con el Brasil es un gran progreso, porque es síntoma de que en nuestras costumbres están desarraigadas las preocupaciones y los celos, que como una pasion tradicional dominaba en tiempos menos felices la opinion popular. Es tambien un gran progreso, porque revela que el sentimiento democrático de la República es síncero y desprendido de la intolerancia y del fanatismo, con que suele apoderarse de los pueblos nuevos, cuando no se colocan en el terreno de la verdad, y no aspiran ingénuamente á identificársela en su vida.

Dia llegará en que nuestros nietos bendigan

nuestros dolores, y reputándonos mártires de una época, aplastados bajo las ruedas del progreso, que corre entre las tempestades, salude en las desventuras de la pátria, en las luchas horribles, por que ha atravesado y en los padecimientos á que nos sujetára la mano de acero de los tiranos, la escuela de lágrimas en que hemos adquirido la ciencia de la vida. Como un rumor destemplado suele llegar hasta nosotros el grito insensato, que proscribe la influencia estrangera y se empeña en estigmatizar toda sociedad, en cuya bandera no esté escrito el nombre de la democrácia, por mas que la libertad sea la herencia comun de sus miembros. En buena parte de Sud-América es una pasion intransigente como el espíritu quiritario, ese absurdo, que entre nosotros es una corriente efímera, sin caudal de vida propia, sin manantiales que la reproduzcan y engruesen. Esas preocupaciones existen allí, porque la sociedad vive apegada á constituciones hostiles, guerreras, digámoslo así, que nutren el error de las costumbres, lo fortifican y lo renuevan sin cesar. Gracias al cielo, el pensamiento argentino no se ha trabado con preocupaciones mal inspiradas, conservando la libertad de su espíritu, que le permite discernir el bien del mal, la fealdad de la belleza, sea cualquiera la careta con que se disfrace.

En vano los órganos de un fanatismo atornasolado, que refleja distintos colores en distinta luz, y encubre con la sombra incierta de una preocupacion, relámpagos de afinidades sospechosas, han esforzado su lójica sin filo para cortar los lazos instintivos, que nos acercaban hoy á la alianza con un Imperio, en el cual predomina la libertad política en las leyes y en las costumbres. La alianza está hecha y prestigiada por el aplauso unánime del pueblo; porque vé con claridad, que intereses idénticos y aspiraciones de justicia y de decoro, enlazan con igual propósito las naciones civilizadas.

La intervencion de la República Oriental en la triple alianza, está del mismo modo rodeada de una aureola de indisputable simpatía. La fraternidad de los pueblos cultos del Rio de la Plata es una verdad, y entra en la historia bajo los auspicios de una obra generosa y de los copiosos laureles, con que orlarán su frente.

Basta el espectáculo que presenta la guerra del Paraguay para que el mundo entero conciba cuales son las condiciones de la lucha y los intereses, que vamos á ventilar.

El Paraguay, entregándose á escesos sin pretesto, sin justificacion posible ante el derecho moderno, y pretendiendo conservar por médio de la felonia y de la violencia un ministerio político, que el Rio de la Plata recusa en masa, y

que una vez aceptado, traeria el desquicio de la libertad entre nosotros, por el ascendiente de su sistema de barbárie y opresion.

Las sociedades cultas del Plata, entre tanto, se someten en la guerra á todas las garantias con que el mundo moderno la rodea, y llevan al Paraguay, en desagravio de las ofensas inferidas á su honor, sus hijos y sus caudales, para derrocar la tirania y dar espansion á la libertad de los ciudadanos de aquel pais, que hoy defienden á mano armada su yugo y ultrajan la soberania del estranjero con desaforados desmanes.

La guerra, por consiguiente, esta trabada entre la civilizacion y la barbárie. Representa la lucha de todos los pueblos del Plata en defensa propia y en prosecucion de un objeto inspirado por la generosidad del corazon democrático, que palpita vigorosamente en las tres naciones aliadas. Las ármas de la triple alianza ván á restablecer un pueblo en la lógica de sus antiguas é impetuosas aspiraciones, y devolviendo bien por mal, al vengar su honor, ván á levantar de la tumba el espíritu enervado del Paraguay. Noble y santa conspiracion, sobre la cual resuenan en los mundos superiores las promesas de la victoria. El varonil impulso de sus ejércitos vá á estremecer la sociedad narcotizada, y al compás de sus cánticos triunfales, entonará el Paraguay el himno profético de la regeneracion y de la fra-

ternidad sin estorbo entre todos los pueblos libres del Rio de la Plata. La triple alianza por fin, es una nueva iniciacion histórica y un grande hecho, causa fecunda de incalculables beneficios, si accidentes bastardos no se interponen para esterilizarla.

Tales son los horizontes, que se descubren luminosos y fascinadores tras la breve tempestad, que sobrecarga hoy el firmamento. La democracia argentina vá á completarse y á acreditarse ante el universo, entrando en el Paraguay como elemento regenerador. Nunca tarea mas grandiosa ha pesado sobre pueblo alguno de la tierra, y las águilas de César, trayendo el mundo antiguo á la comunidad de una civilizacion y de una lengua: rompiendo la muralla de fanatismo, que vedaba al conquistado participar de los dones de la igualdad; preparando, por fin, la próxima irradiacion del pensamiento nuevo, que regeneró á Roma y ligó los bárbaros, transformándolos en el crisol de una cultura que embellecía el espíritu de las razas cuya sangre robustecian, apenas escede á esta empresa de bendicion, que lleva símbolos completos y fórmulas cumplidas para abrir de lleno y de súbito la senda de la prosperidad al hermano esclavizado.

Por eso los bienes, que de ella se desprenden arrebatan las ilusiones y devoran un entusias-

mo, que se anonada en su presencia. El porvenir seguro, permanente, inmutable y glorioso de la República Argentina queda asegurado. Oh! si pudiéramos despertar los muertos para enseñarles cómo respondemos á su esperanza y consagramos su testamento, lo perfeccionamos y lo colocamos brillante y fecundo en la cuna de nuestros hijos, santuario de nuestras aspiraciones, como es su tumba el trípode de nuestros deberes! Pero los muertos no se ván. Cambian de region y se transportan al mundo de la realidad, presente en todos los siglos, transparente para las almas desenvueltas en la inmortalidad. Los héroes nos contemplan y nos bendicen. Deleitados en alegrias superiores esperan á sus hijos, y sus hijos marchan hácia ellos por el camino de la abnegacion, que tambien recorrieron. — Ellos se sacrificaron por nosotros: sacrifiquémonos nosotros por nuestros hijos. Sobre las generaciones mártires se levantan los pueblos, y la interminable cadena del amor es la série prolongada de los sacrificios. — El porvenir que sonrie á la patria es espléndido. Conquistémoslo, siquiera dejemos en la lucha el vaso frágil de nuestra alma, que remontada en las álas de la muerte presenciará la alegria de otra generacion; y por ventura nos dejará el cielo la gloria de contemplar atónitos en su esplendor delicioso los frutos de la obra, verdadera

mente americana, en que vamos á consolidar el emblema de las ambiciones y el conjunto de las conquistas del mundo de Colon sobre las cenizas del último rastro de barbárie, superviviente al piluvio de luz de la Revolucion.

VIII.

La hora del Paraguay ha llegado tambien.—Del conjunto que forma el *Ensayo histórico* que antecede, con el presente Estudio, se desprende esta conclusion: que el Paraguay traia entrañados en su vida colonial instintos liberales, que fueron entorpecidos y bastardeados en el momento crítico por la accion poderosa de un siniestro personage. Hemos esplicado, como nosotros los entendemos, los resortes capitales de su sistema, así como tambien, la esplosion de ciertos elementos del mismo sistema, que el actual Presidente del Paraguay no ha sabido contener á tiempo, y dejándoles espontáneo curso, á diferencia de sus antecesores que los esplotaron en beneficio del despotismo, manejándolos con sagacidad, él mismo invoca la ruina, y le abre paso. De aquí se sigue, que el pueblo para-

guayo nada puede perder en la presente lucha, cuyo resultado será exonerarlo de la obra en que su civilizacion tropezó.

Si las combinaciones de Francia, como un escrecencia accidental, no se hubieran interpuesto para corromper la sociedad, seguramente que ésta, retemplada en sus propios recursos de vida, y aprovechando la leccion, penosamente formulada en tres siglos de existencia opresiva y de disturbios alimentados por intuiciones rudimentarias, habría alcanzado el conocimiento esplícito del derecho y con él se hubiera colocado á la altura de todos los pueblos hermanos. Su actual decadencia, es el efecto de la tirania, que adulteró las pasiones populares y torció sus rumbos para conducirla al retroceso. — La historia del Paraguay fué esterilizada por este elemento estraño y como postizo.

El pasado de la sociedad nada le dice yá, que no venga por el sendero tortuoso labrado por Fráncia, á remachar sus grillos. Por consiguiente, la suprema y la única esperanza de ese pueblo reside en la accion de un elemento nuevo, que restablezca el curso de la historia, entable la lógica de sus instintos liberales, purificándolos de los vicios en que se les ha hecho incurrir, y sobre todo, que renovando el espíritu popular, temple el ardor del llanto, descubra horizontes y le preste la vida de una civilizacion ade-

lantada, incorporando su sávia varonil á la energía enervada, que la libertad ha de resucitar.

Los paraguayos necesitan ser colocados en el dia de la Revolucion. El tiempo ha corrido para ellos retrogradando. Su vida se ha tornado á reasumir en un pasado remoto de barbárie. La libertad, que les lleva la triple alianza, los volverá á encaminar hácia las condiciones ordinarias de los pueblos. La Revolucion es el punto de partida de todas las Repúblicas Sud-Americanas. La Colonia hizo crísis en ese ciclo sorprendente de inspiracion y de corage. — Todos los otros puntos del Continente han partido de la revolucion al progreso, de la libertad á la civilizacion. El Paraguay es la única escepcion. Pervertido por la tirania, se transformaron en cadenas sus mejores instintos; el instinto liberal fué transformado en independencia; el instinto de localidad en antagonismo contra toda influencia y afinidad. Un dia la Sociedad encontró, que abrigaba preocupaciones en vez de aceptar altos sentimientos, y como hemos dicho, éstos fueron los puntos de apoyo de la dictadura. — Por consiguiente, los instintos revolucionario fueron esplotados para alejar el Paraguay de la Revolucion. La leccion de la historia está bastardeada, y el Paraguay perderia irremisiblemente el apoyo, que los pueblos encuentran en su pasado, si la produccion de la libertad, sus deli-

cias y sus realidades, provocadas necesariamente por la estincion de la violencia, que dejará al pueblo en poder de sí mismo, no restaurára la perseverancia de su pensamiento íntimo, que abriendo la corriente del pasado, combinada con la corriente del derecho modernamente implantado, purificase las costumbres maleadas por la habitud de la sumisi on y del quietismo.

Entre el pasado y el porvenir del Paraguay, médian los vestigios de la tiranía. La doble accion de la libertad y de los antecedentes populares, debe purificar la sociedad de esas reliquias sangrientas.—Para conseguirlo, lo repetimos, aquella carece de los recursos indispensables, y solo puede esperarlos del contacto con otras organizaciones y con distintos principios: observacion, que hace evidente la necesidad de la guerra presente, aún bajo el aspecto de los intereses puros del Paraguay.

El pueblo, por otra parte, que seguia la palabra palpitante de Fernando Mompo, y ensayaba en las tinieblas de la Colonia el vigor de las fuerzas del pueblo, su alcance y su eficacia, violenta y traidoramente privado de las instituciones, que contribuyó á iniciar, merece, que los pueblos sud-americanos lo ausilien en su afliccion y le abran el porvenir, que ambicionaba. — Nada deben pesar en el espíritu del Rio de la Plata los ódios paraguayos contra su influencia. No es

esa la obra del pueblo, que no ha sido libre un solo instante, y salió de la Colonia para caer en la dictadura. Los tiranos la han hostilizado, al contrario, temerosos de que sus víctimas la rodeáran con su amor, y precipitáran de consuno el trono de la barbárie.—La voluntad del Paraguay no ha sido manifestada jamás desde la Revolucion. Sus verdugos, al hablar en su nombre, lo profanaban y encarnecian su desgracia. —El dia de la libertad vá á brillar por la primera vez sobre aquella sociedad, como el primer llamamiento de la realidad al pensamiento popular, dormido, postergado, escluido de la participacion en la marcha política, que es inherente á su naturaleza y lógico con sus aspiraciones.

Protegido contra toda asechanza por los pueblos, que han jurado su regeneracion, vá á pronunciar el fallo de sus destinos, y á resucitar á lo vida, como Lázaro, por el milagro de la justicia. Magnífico es el espectáculo que vá á presenciar el mundo. Una sociedad descaminada y caida en el abismo, que recibe la mano de sus hermanos, sacude el letargo que la embarga, y abandonando la sima tenebrosa de la tiranía, vuelve al rumbo de sus tradiciones y de su historia y se encamiua á grandiosos destinos. Un pueblo dormido en la tumba, cuya losa oprime el despotismo, fundado sobre ella, que libre del peso de los crímenes al empuje de las armas

aliadas, la remueve en su despertar y salta sobre la faz de la tierra, rejuvenecido y embriagado en la alegría como el Adam de Espronceda! Santa mision y sublime ministerio, que centuplicará la corona del sacrificio!

Así las riquezas inesplotadas del Paraguay se precipitarán por la ancha boca, que deje al derrumbarse, el Capitolio de Francía, y la industria y el comercio asentarán sus reales en los bosques vírgenes que encierran la opulencia: al pié de las montañas, que guardan en sus senos los metales; y renacerá la prosperidad del pais, creciente en la Colonia, y extirpada bajo la dictadura. Sus rios se alegrarán como el Jordan, y ágiles y libres, llevarán de prisa la riqueza y la bandera de los pueblos amigos de grado en grado y de region en region. La humanidad se conquistará un hogar y el derecho un trono: el comercio una mina y la industria un taller: las ártes una gruta encantada de inspiracion y las ciencias un santuario.

Todo el cortejo de la barbárie, con sus maldades y sus rapsodias, la pobreza como la literatura estravagante del despotismo, todo desaparecerá con la dictadura, porque el espíritu social se sobrepondrá soberano y victorioso con soberanía inmutable y victoria inmortal sobre el espíritu estrecho, apocado, sombrío y retrógrado de los tiranos, que han mancillado al Nuevo-Mundo con su presencia.

El Paraguay renace envuelto en esperanzas.

Árdua es, no obstante, la tarea de prevenir los males, que puede acarrear una libertad rápidamente planteada, si la mas grave circunspencion y el tino mas consumado, no presiden la obra de reorganizacion del Paraguay. La anarquìa es el escollo de estas transiciones repentinas, y la anarquìa del Paraguay serìa espantosa, por el estado primitivo á que ha sido reducido el pueblo.

El carácter de aquella socíedad puede bosquejarse en pocas palabras: Habitud de la obediencia pasiva y de la indiferencia polìtica, profundas, arraigadas: incapacidad de la accion inmanente para trastornar el regìmen antiguo é iniciar las formas de la democrácia: ausencia del desarrollo intelectual: perversion del sentido moral en la polìtica.

Su Constitucion debe desaparecer, porque es la tela de la tirania. De ahì la dificultad de la empresa para dar á la libertad una organizacion, que llene estas tres condiciones: 1° analogía con la situacion escepcional del pueblo paraguayo: 2° susceptibilidad de progreso, á fin de que no embarace el adelanto político ni se retarde en el desarrollo del pueblo: 3° vigor para contener la anarquía: elasticidad para desenvolver la libertad.

La situacion del Paraguay es única, insólita,

pero transitoria. Su Constitucion debe ser eminentemente original, porque es original el pueblo, á que se aplica, cuya fuerza ha de despertarse con la caida del despotismo que lo enerva, y cuyo espíritu alcanzará gradualmente la concepcion del derecho y del deber en las relaciones de la democracia, forma de civilizacion, que es nueva para él. Este debe ser el blanco de los estudios mas sérios y las meditaciones mas profundas de todos los hombres, que se interesan en el éxito de la cruzada de regeneracion, que emprenden los pueblos cultos y libres del Rio de la Plata en generosa venganza de sus agravios.

De todas maneras, y mientras llega el momento de encarar temblando la cuestion de la reorganizacion del Paraguay, concluyamos, que: siendo el pueblo paraguayo refractario de la civilizacion y de la libertad, á causa de haberlo secuestrado sus tiranos del movimiento revolucionario de 1810: y careciendo hoy, que vá á reponerse en via de progreso, de elementos propios para fundar las instituciones libres, — su esperanza reposa en la estincion completa y absoluta de su antagonismo contra el Rio de la Plata, y en el restablecimiento ingénuo y leal de sus afinidades históricas y tradicionales. — ¿Hasta qué punto? Las lecciones de la naturaleza y de la esperiencia iluminarán la voluntad del pueblo, llamado por la primera vez á disponer

de sus destinos. — Esa es su esperanza. — Acatándola, una civilizacion yá hecha se pondrá en contacto con su ser debilitado y entorpecido, y su accion le infundirá los jugos vitales, que reproduzcan la fecundidad histórica, y renueven en él el vigor de la juventud, los años antiguos y las flores de una eterna primavera.

FIN.

ÍNDICE

COMUNEROS DEL PARAGUAY.

Pájina

PRÓLOGO V

CAPÍTULO PRIMERO—Teoría de esta revolucion—Situacion de la Política en el Paraguay—Curso de la lucha—Actitud de los partidos—Actitud de los Jesuitas..... 1

CAPÍTULO II—Primer periodo de la revolucion—Don José de Ábalos—Don Diego delos Reyes—Don Tomás de Cárdenas 1717-1721..... 23

CAPÍTULO III—Segundo periodo de la revolucion—Don José de Antequera (1721-1725)..... 53

CAPÍTULO IV—Tercer periodo de la Revolucion—Don Fornando Mompo—Sublevacion contra Don Ignacio Soroeta—Organizacion del Gobierno Comunero—Traicion del Presidente Barreyro—Sacrificio de Antequera—Decadencia del partido—Su anarquía—Su estincion (1726-1735)—..... 123

CAPÍTULO V—Crítica historia—Charlevoix—Antequera—Herran—Aguilar—Funes—Dominguez etc.—Juicio de la Revolucion..... 167

APENDICE

—

§ I. Reseña de la decadencia del Paraguay 209
§ II. Don Gaspar Francia—Su sistema.... 225
§ III. Don Carlos Antonio Lopez—Constitucion del Paraguay..... 245
§ IV. Politica del Paraguay relativamente á la República Argentina..... 271
§ VI. Don Francisco Solano Lopez—El equilibrio del Rio de la Plata..... ... 301
§ VI. Guerra entre el Paraguay y la Republica Argentina—Su significacion y causas.. 315
§ VII. Resultados probables de esta guerra en relacion con la República Argentina—La triple alianza..... 331
§ VIII. Resultados de la guerra en relacion con el Paraguay—Su reorganizacion..... 355

49799